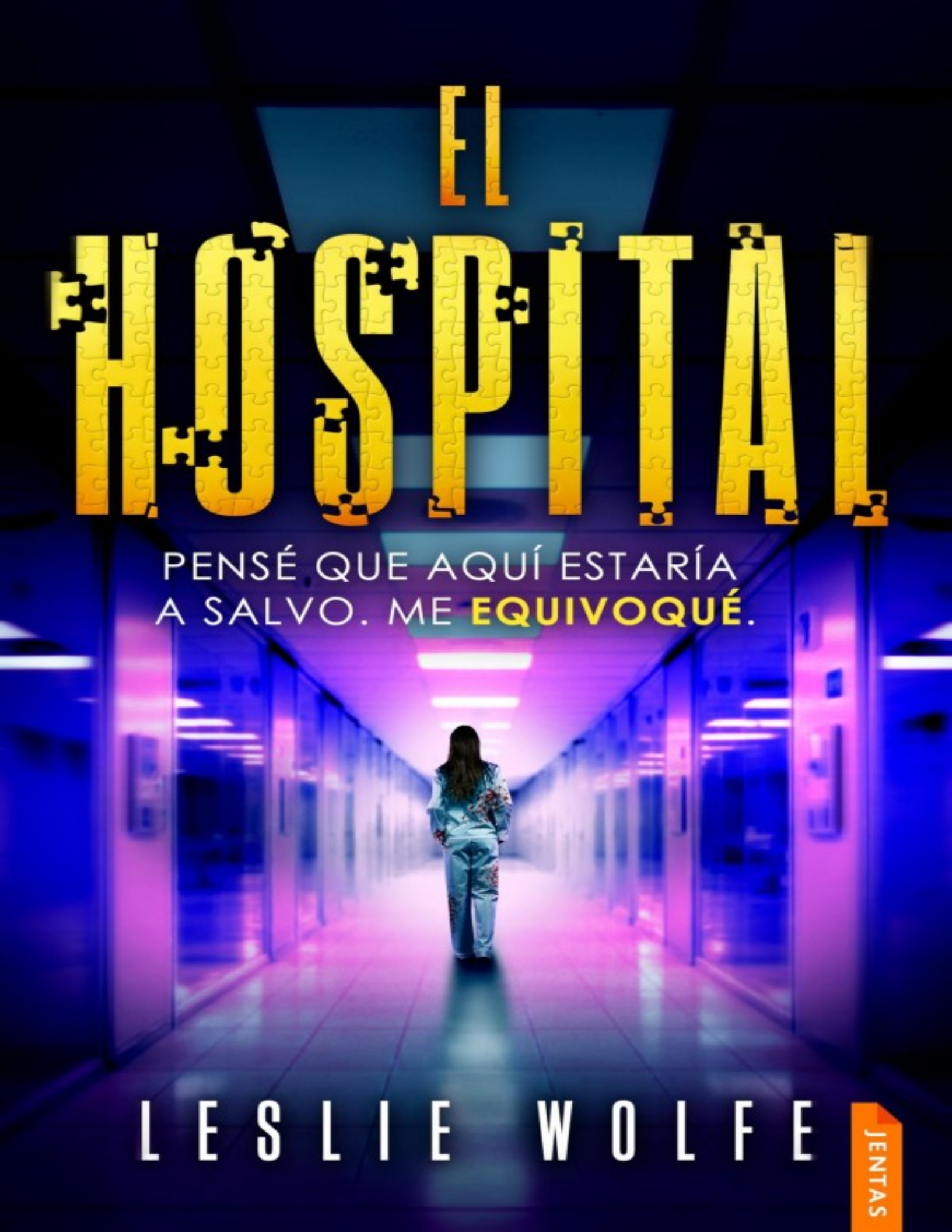

EL
HOSPITAL
PENSÉ QUE AQUÍ ESTARÍA
A SALVO. ME EQUIVOQUÉ.
LESLIE WOLFE
JENTAS

EL HOSPITAL

Leslie Wolfe
El hospital
Título original: The Hospital
Copyright © Leslie Wolfe, 2024.
Copyright © 2026 Jentas A/S
Traducción: Bárbara Vaquero © Jentas A/S
Cubierta: Jentas A/S
ePub: Jentas A/S

ISBN: 978-87-428-1444-4

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Queda prohibido el uso de cualquier parte de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial sin autorización previa de la editorial.

First published in the English language in 2024 by Storyfire Ltd, trading as Bookouture.

Quiero dar las gracias especialmente a mi amigo y avezado abogado de Nueva York, Mark Freyberg, que me ha guiado con pericia por los entresijos del sistema judicial. Mi más sincero agradecimiento a la doctora Deborah Joule —Debbi— por su amistad y sus atentos consejos. Ella hizo que mi investigación sobre el tratamiento de lesiones cerebrales traumáticas y la farmacoterapia fuera una tarea mucho menos abrumadora. Su pericia y su pasión por la precisión y el detalle han conseguido que escribir esta novela fuera una experiencia fantástica.

1

«¿Dónde estoy?».

Esa pregunta aparece en mi mente cuando recobro la consciencia, vacilante y destrozada, tras una profunda oscuridad. Intento averiguar —sin conseguirlo— dónde estoy y qué me ha pasado, poco a poco, ignorando el sordo dolor de cabeza que me provoca náuseas en la boca del estómago.

Abrir los ojos me parece una tarea imposible. Intento superar la debilidad de mis músculos, anhelando que la luz me ayude a orientarme. Sin embargo, mis párpados permanecen obstinadamente cerrados.

Trato de levantar la mano y tocarme la cara, luchando contra la fragilidad de mi cuerpo, pero no se mueve. Es como si pesara demasiado como para levantarla, como para intentar el más mínimo gesto.

Hasta mi cara parece la de una extraña. Distante. Como si me la hubieran extirpado de alguna manera. Los estímulos sensoriales son débiles y remotos, como algo que percibo en segundo plano, como si estuviera viendo una película intensa y compartiera las emociones, percepciones y miedos del personaje. La sensación es real, pero distante y desconectada.

Por mucho que me empeño en abrir los ojos, ni la más tenue pizca de luz atraviesa la profunda y absoluta negrura. Mi mundo ha quedado engullido por la oscuridad.

Una oleada arrolladora de pánico se apodera de mí y el pulso me late con fuerza en los oídos. Mi mente es un caos confuso; intenta aferrarse frenéticamente a los bordes deshilachados de mi memoria cuando trato de recordar por qué estoy atrapada en un mundo paralizado. Cada vez que intento hacer algo solo consigo una inmovilidad aterradora.

«¿Qué me está pasando?».

Un grito nace en mi pecho y escapa de mis labios como un leve gemido, tan bajo que casi no lo oigo.

Un recuerdo recorre mi mente acelerada, alimentando un miedo que lo consume todo.

No lo veo con claridad. No aparecen imágenes, acciones ni personas que reconozca; solo una reminiscencia borrosa de las emociones que he sentido y de las cosas que he hecho. Es un sueño más que un recuerdo; una pesadilla, en realidad, y tan pavorosa como una de estas.

En mi visión, corro desesperadamente para salvar la vida y flaqueo al mirar por encima del hombro, respirando de forma superficial y rápida, entre gritos desesperados. No alcanzo a ver quién me persigue: solo atisbo un espacio vacío detrás de mí, inundado de la misma oscuridad que ahora se ha apoderado de todos los rincones de mi mundo. Recuerdo haber gritado, haber suplicado y haber pedido ayuda. Todavía siento en mi cuerpo la desesperación, el miedo y los gritos que me abrasaban la garganta. Y corro, cada vez más rápido, con la sensación de que lo que me persigue está ganando terreno.

Al revivirlo en mi mente, siento que el mismo miedo me atenaza la garganta y me estrangula. La oscuridad se vuelve cada vez más sofocante; es una opresora implacable que me arranca del suelo y me hace girar cada vez más alto, con mis pensamientos sumidos en una espiral de caos.

De ese tormento surge una única idea clara: «Sea lo que sea de lo que he estado huyendo me ha alcanzado. Y ahora yazgo aquí, vulnerable e indefensa, incapaz de moverme ni de ver dónde estoy».

Respiro despacio; el esfuerzo de llenarme los pulmones de aire es casi insoportable, y obligo a mi mente agitada a tranquilizarse. La calma no llega de forma rápida ni sencilla. Los destellos de ese mismo recuerdo, que se repiten en mi cabeza una y otra vez, no hacen nada para tranquilizar mis temores. Pero sigo respirando de forma dolorosamente lenta mientras escucho el aire entrar en mi cuerpo y luego salir de él sin aparente conexión con el ritmo acelerado de mi pulso.

Siento la boca seca y la lengua pegajosa e hinchada.

Esa pequeña información sensorial es como un tesoro desenterrado en el negro vacío de mi mente. La tomo y la sigo como un hilo que desenredo en busca de una salida del laberinto. Muy pronto, más

fragmentos de ese tipo empiezan a acumularse para formar una imagen que puedo descifrar.

Tengo sed. Tengo los labios resecos y no logro humedecerlos ni calmarlos con la punta de la lengua. Intento mover los dedos una vez más, despacio y concentrándome, pero no lo consigo. Con la misma obstinación, mis ojos permanecen firmemente cerrados, salvaguardando la oscuridad interior a costa de mi cordura.

Justo cuando ese miedo irracional empieza a reaparecer, oigo a lo lejos la sirena estridente pero lejana de una ambulancia que se acerca. Presto mucha atención a eso y a los otros sonidos, casi indistintos, que empiezo a captar, y las imágenes empiezan a tomar forma en mi mente.

Unos instantes después de que la sirena se detenga, soy consciente de la gente que charla al pasar; también oigo sus voces distantes pero lo bastante cerca. Si gritara, probablemente me oirían. Inspiro con toda la fuerza que puedo e intento gritar.

Solo sale un susurro de mi boca y la gente sigue imperturbable, alejándose a paso ligero.

Aun así, no estoy sola.

El zumbido de mi propia sangre en los oídos remite un poco a medida que mi pánico disminuye al darme cuenta de ello.

Más sonidos empiezan a llenar mi mundo, pero ya no están amortiguados por mi miedo: una megafonía lejana llama a un médico para que se presente en algún lugar que no alcanzo a ver y, más cerca y un poco más alto, el pitido tenue y rítmico de una máquina; sus sonidos se sincronizan a la perfección con mis latidos.

Estoy en el hospital.

Es la única conclusión lógica a la que puedo llegar. Y significa que, después de todo, no he escapado de quienquiera que estuviera huyendo. He sucumbido a su ataque, y eso me ha traído hasta aquí, donde me encuentro indefensa, vulnerable y perdida. El miedo vuelve con ese pensamiento, pero esta vez teñido de una ira ardiente que arrasa mi mente con preguntas que no puedo responder porque el rostro de mi atacante permanece envuelto en sombras.

Reproduzco de nuevo ese fragmento de memoria con la esperanza de vislumbrar a la persona de la que intentaba huir. No logro

visualizar una cara ni recordar un nombre. No me acuerdo de gran cosa, solo de que no estoy a salvo y de que la próxima vez no habrá escapatoria. Estoy absolutamente segura de ello, como estoy segura de mi propio nombre.

«Soy Emma Duncan, y he sobrevivido. Sigo viva».

Me sienta bien ponerlo en palabras, aunque solo sea un pensamiento no pronunciado.

Mi mundo lleva un rato en silencio cuando el sonido de unos pasos que se acercan me hace contener la respiración; el latido de mi corazón se acelera cada vez más, con el eco del pitido creciente del monitor.

Unos pasos, rápidos y decididos, pasan de largo y luego regresan. Noto cómo la corriente de aire me roza las mejillas con suavidad, una sensación de la que nunca había sido consciente. Entre el suave sonido de las suelas de goma y el aire que se mueve dentro de la habitación, me imagino a alguien caminando de un lado a otro, cerca de mí. Está lo bastante cerca como para tocarme.

Tal vez lo bastante cerca como para matarme.

Mi primer instinto es quedarme quieta y esperar a que se vaya. Es absurdo, irracional y solo ha pasado un rato desde que he intentado llamar la atención de alguien gritando. Tal vez esta persona pueda ofrecerme algunas respuestas. O quizá está aquí para terminar el trabajo que ha empezado cuando yo corría, tratando de escapar.

Un sollozo silencioso escapa de mis labios antes de que pueda contenerlo. Las lágrimas anegan mis ojos, pero no se deslizan por mis mejillas. O, si lo hacen, no las siento.

Las suelas de goma se quedan paradas durante un instante vertiginoso y luego se acercan con rapidez. Una mano cálida estrecha la mía y la aprieta suavemente.

—Estás despierta —dice una alegre voz de mujer—. ¡Qué maravilla! Voy a llamar al médico.

2

Ver a Emma así, inmóvil en un charco de su propia sangre, me rompe el corazón.

Durante un rato, lo único que había podido hacer había sido mirarla fijamente. Su bello rostro, en parte cubierto por los mechones sueltos de su larga cabellera castaña que se movía con suavidad por el viento frío, se mostraba pálido bajo la luz de la luna. Sus labios entreabiertos parecían pronunciar mi nombre, pero yo sabía que no era así. Su mano, temblorosa en el suelo helado, nunca intentaría apretar la mía.

Después de lo que había pasado esa noche ya no.

Frente a mí, la casa se alzaba envuelta en la oscuridad, cerniéndose sobre ella, su guardiana sin vida. A un lado, un bosquecillo de álamos temblones susurraba suavemente al viento y sus hojas crujían al caer al suelo, derrotadas para siempre.

Me acerqué, con cuidado de que nadie me viera, y salí despacio de las sombras, en silencio.

No me atreví a tomarle el pulso, como si su piel pudiera abrasar mis dedos temblorosos. La vulnerabilidad de aquel cuerpo perfecto y la fragilidad de la vida misma me recordaron mi propia juventud atribulada. Mi respiración se volvió rápida y trabajosa al recordar lo impotente que solía ser, siempre a merced de los demás, de mi madre.

Pero eso fue hace muchos años. Lo pasado, pasado está.

La noche de finales de noviembre había llevado consigo una capa de aire helado procedente de los picos de las montañas, y no tardé en tiritar; los dientes me castañeteaban y me metí las manos en los bolsillos. El viento aullaba y los altos álamos se doblaban bajo su fuerza, ensuciando el asfalto con las hojas caídas. Un par de hojas azotadas por el viento, todavía verdes en los lugares donde la temprana helada aún no las había mordido, aterrizaron junto a la cabeza de Emma y flotaron sobre su sangre, como dos barcas amarillas y ámbar surcando unas aguas de color rojo oscuro.

Toqué la pantalla de mi teléfono, pensando en la llamada que tenía que hacer. Los dedos de Emma seguían temblando de vez en cuando; seguía viva. No sabía con seguridad cuánto tiempo le quedaba. El creciente charco de sangre que le rodeaba la cabeza como un halo oscuro me decía que se le escapaba vida con rapidez.

Marqué los números nueve, uno, uno, pero no le di al botón. Si lo hacía, sabrían quién había llamado, y al acceder al historial de ubicaciones del teléfono, se enterarían de que llevaba varias horas allí, vigilándola. Irían a por mí con ganas, encantados de tener un sospechoso tan pronto.

La alternativa era ver morir a Emma allí mismo, a mis pies. Eso no podía ocurrir. No podría soportarlo. No iba a permitirlo. Con cualquier otra persona la decisión habría sido fácil: me habría ido sin pestañear, sin mirar atrás ni una sola vez. No habría hecho ninguna llamada para evitarme problemas.

¿Pero Emma? ¿Mi Emma? No podía quedarme ahí viendo cómo se moría. No. Bajo ningún concepto. No me importaban las consecuencias.

Durante un tiempo, paseé inquieto cerca de ella, haciendo todo lo posible por ignorar los suaves sollozos que salían de sus pálidos labios, deseando levantarla y consolarla, estrecharla con fuerza entre mis brazos y llevarla dentro para que estuviera caliente y a salvo. En lugar de eso, recorrí el camino de entrada como un animal enjaulado mientras consideraba mis limitadas opciones. ¿Y si pedía ayuda y luego destruía el teléfono antes de que pudieran rastrearlo? No estaba seguro de que fuera a funcionar. Entonces, ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Qué mentira podría contar para explicar mi presencia allí?

Mientras andaba cada vez más rápido, desgarrado por mi propia indecisión, empecé a darme cuenta de lo que sentía en mi interior: cómo el olor metálico de su sangre me llenaba de un anhelo indefinido y de lo profundamente preocupado que estaba por el poder que tenía sobre el cuerpo vulnerable que yacía a mis pies.

En ese momento, en el filo dentado entre la vida y la muerte, ella era completa y absolutamente mía.

Al mirarla una vez más, aún debatiéndome entre mis opciones,

noté que sus dedos caían inmóviles. Las sacudidas habían cesado; se estaba muriendo o ya estaba muerta.

Se había terminado el momento de la indecisión, de considerar alternativas. Sin dudarlo más, elegí la mejor de todas las posibles e hice la llamada.

Ahora, a la sombra de los árboles, observando el lugar donde yacía su cuerpo, sé que he tomado la decisión correcta. La nieve prístina y reluciente lo cubre todo con una capa blanca de inocencia. Y Emma sigue viva.

Mi dulce Emma.

3

Las mullidas suelas de goma se alejan de la cama y se desvanecen al cerrar con suavidad una puerta. Contengo la respiración y escucho atentamente mientras se me llena la mente de preguntas que tengo que hacer. Los sonidos lejanos, apenas perceptibles, me indican que hay gente pasando por delante de mi puerta, moviéndose deprisa, susurrando de vez en cuando. Un instrumento metálico repiquetea sobre una bandeja y un pitido de alerta, muy parecido al de un microondas, me hace pensar en los equipos médicos que he visto en películas pero a los que no sé poner nombre.

Mis fosas nasales se dilatan un poco al reconocer el olor a gasa, a material estéril, a desinfectantes… Es tenue pero fresco, como si acabaran de desprecintar un paquete. Sin embargo, no recuerdo haber escuchado el crujido del envoltorio al rasgarse desde que estoy despierta.

La puerta se abre en silencio y vuelvo a inspirar; solo los pitidos del monitor cardíaco delatan mi estado de ansiedad. Oigo otros pasos, más fuertes que los de las suelas de goma que ahora reconozco, pero igual de apresurados. Me llega un leve aroma a algo cítrico, o quizá a hierbas aromáticas, como la salvia o la albahaca. Es una fragancia elegante y masculina, una colonia que alguien utiliza con moderación. Entonces cesa el susurro de la bata y las pisadas se detienen junto a mi cama.

—Hola, señora Duncan. Soy el doctor Sokolowski, su médico de cabecera. ¿Recuerda haber hablado conmigo antes?

Su voz suena apagada, pero es grave, tranquilizadora, con un leve acento eslavo, quizá polaco. Y me resulta completamente desconocida. Nunca había oído esa voz. ¿Por qué me ha preguntado si lo recordaba?

—N… no —digo con dificultad. La misma debilidad que me ha congelado las extremidades me afecta a la cara, a las mejillas, a la lengua…, pero el pánico que me ha estado ahogando disminuye con rapidez—. No creo que hayamos hablado antes.

Se hace un breve silencio entre nosotros y luego se oye el ruido de algo con ruedas que se desliza por el suelo y más crujidos de telas almidonadas cuando el médico, probablemente, toma asiento junto a la cama.

—¿No reconoce mi voz? —Su tono está teñido de un matiz de preocupación que me llena de pavor; sigue sonando apagado, como si se estuviera tapando la boca con un pañuelo o como si llevara una mascarilla quirúrgica.

Espiro, aliviada. Claro que la lleva. Tiene sentido.

—No. ¿Qué me está pasando?

Me aprieta la mano con suavidad. De forma vaga, a través de lo que parece un guante de nitrilo, siento sus dedos buscándome el pulso.

—No se preocupe, señora Duncan, responderé a cualquier pregunta que pueda tener. Usted…

—Emma. —Trago saliva, con la garganta seca y oprimida—. Por favor.

—Muy bien, Emma. —Un atisbo de sonrisa tiñe brevemente su voz antes de tornarse sombría y preocupada—. Te trajeron aquí después de un accidente. Estás en el hospital Baldwin…

Protesto, deseando imprimir más fuerza a mis palabras, y él deja de hablar y me escucha.

—Me atacaron. No hubo ningún accidente. —Respiro un poco más rápido, agitada, asustada incluso por la ignorancia del médico, desesperada por dejar las cosas claras. Lucho por incorporarme, pero nada se mueve; la quietud de mi cuerpo hace que el pánico corra por mis venas—. Estaba corriendo y…

Sin palabras para explicar lo sucedido, me detengo en mitad de la frase, jadeando. No puedo contarle lo que pasó. No recuerdo nada.

Unas ruedas avanzan brevemente por el suelo y me doy cuenta de que debe de desplazarse en una silla de ruedas, aunque antes he oído con claridad cómo andaba. Entonces me llega el sonido del plástico al golpear algo con ligereza y el crujido de los papeles me hace imaginar al médico revisando las notas de mi historia clínica, que probablemente esté en un portapapeles.

—Aquí dice: «Accidente»; más concretamente: «Resbalón y caída».

Voy a cambiarlo. —Los papeles crujen un poco más—. No te preocupes, aquí estás a salvo.

Se me encoge el pecho por la desesperación.

—No lo entiende —gimo débilmente—. No creo que se haya acabado. Sé que no ha terminado. Puedo sentirlo. Y no puedo ver ni moverme…

Me vuelve a apretar la mano, esta vez de forma tranquilizadora. Siento el contacto tan lejano como antes.

—Cuidaremos bien de ti. Tenemos un excelente equipo de traumatología y ninguno de nosotros dejará que te suceda nada malo. —Su voz suena seria, decidida.

Le creo y me permito relajarme un poco.

—¿Qué me ha ocurrido? ¿Por qué se suponía que su voz debía resultarme familiar?

—Ya hemos hablado dos veces, pero voy a explicarte lo que ocurre. Después, me gustaría que me contestaras a unas preguntas. Si necesitas que te aclare algo o que vaya más despacio, dímelo.

—Cuénteme qué pasó —suplico, aterrada por el vacío que tengo en la memoria. No es que haya olvidado algunas de las cosas que ha dicho el médico: es como si no lo conociera, como si nada hubiera existido desde aquel momento en que corría por mi vida.

—Sí, empecemos por eso —dice con voz amable—. Has sufrido una conmoción cerebral grave, una lesión cerebral traumática causada por un golpe o una sacudida violenta en la cabeza y el cuerpo que ha afectado a la corteza visual de tu cerebro. En mi opinión fue un golpe, del tipo que vemos cuando la gente se cae por las escaleras, pero no podemos excluir por completo las sacudidas. Tienes una laceración en la parte posterior del cráneo y hematomas, indicios claros de un impacto significativo con un objeto contundente. —Se me hiela la sangre en las venas al oír esas palabras. ¿Lesión cerebral? Eso explica por qué no recuerdo lo que pasó. Significa que quizá nunca vaya a saber quién me hizo daño. Puede que nunca vuelva a ver o a caminar. El doctor Sokolowski hace una pausa—. Debido a la naturaleza de tu lesión, estás experimentando síntomas bastante significativos. Los más complicados en este momento son la ceguera

y la dificultad para moverte. Hay una hinchazón importante en el cerebro que comprime los nervios y afecta a su función.

No parece real, aunque lo es. Solo de pensarlo se me hiela la sangre.

—¿Qué me va a pasar? ¿Recuperaré la vista?

—Esperamos que eso sea lo que está causando tu ceguera y tu parálisis, y que se resuelva a medida que lo haga el edema. Ese es el término médico para la hinchazón del cerebro, por cierto. Hemos realizado varias pruebas, entre ellas un TAC y una resonancia magnética, y no hemos visto nada irreversible.

—¿Cuánto tiempo? —pregunto, luchando por contener las lágrimas que me hacen arder los ojos. No puedo vivir así… ni un minuto más. El terror me recorre el cuerpo como si fuera un escalofrío invernal—. ¿Cuánto tiempo estaré así? Tengo miedo.

El médico toma aire y lo retiene un momento. El simple sonido de su vacilación me inquieta. Ya debe de estar acostumbrado a dar malas noticias a los pacientes. ¿Es muy grave? ¿Qué se está callando?

—Voy a ser sincero contigo, Emma. Es una lesión grave, pero hay que tener en cuenta que la situación puede cambiar. El cerebro humano tiene una capacidad de curación extraordinaria. Aunque no podemos predecir el resultado con certeza, tenemos esperanzas de que mejores a medida que avancemos con en el tratamiento.

—¿Esperanzas? —jadeo, luchando por tomar aire, por llenar mis pulmones, como si sus palabras hubieran consumido todo el oxígeno de la habitación.

—Emma…, entiendo que esto te resulte aterrador, pero no puedes rendirte. Ni ahora ni nunca. —Me vuelve a apretar la mano, y ese simple gesto me infunde un poco de valor—. Hemos empezado a darte medicación para reducir la hinchazón y controlar el dolor. El equipo de Neurología, dirigido por el doctor Winslow, sigue investigando. Podría haber daños en la médula espinal que no hayan aparecido en los escáneres; a veces la hinchazón dificulta la visión. Pero no me preocupa demasiado; la única herida visible que tenías era en la parte posterior del cráneo, no en la columna.

—¿Está diciendo que, aunque mis nervios están intactos, no funcionan?

—Exacto. Creemos que esa es la razón de la disminución del tono

muscular que estás experimentando. El tono muscular es la cantidad de tensión que hay en los músculos, su disposición para realizar su función con la fuerza esperada. El hecho de que puedas dominar tus extremidades, aunque sea un poco, es la razón por la que creo firmemente que saldrás de esta. Aunque puede llevar un tiempo. —Hay una pausa, tensa y agobiante, durante la cual contengo la respiración. Su tono se ha vuelto sombrío, lo que contradice sus palabras positivas—. Habrá que trabajar mucho, y no será fácil. Necesitarás un montón de pruebas, tratamientos y rehabilitación. Tendrás que aprender a caminar de nuevo, paso a paso. Pero primero tienes que descansar hasta que baje la hinchazón del cerebro.

Por un momento, las palabras parecen lejanas, mientras la incredulidad se convierte en negación e intercede entre mi nueva realidad y yo, que no quiero aceptarla.

Entonces me doy cuenta.

No voy a ir a ninguna parte.

No es un sueño; no me voy a despertar, a darles las gracias a todos los implicados, a conducir tranquilamente a casa y a reanudar mi vida. No… Esto es lo que hay.

La oscuridad, la parálisis, el miedo.

—No puede ser. —No puedo evitar llorar. Los sollozos salen de mis labios temblorosos. No me muevo ni jadeo, solo permanezco inmóvil tendida de espaldas, como si lo único vivo en mí fuera el dolor, que está desesperado por salir a la superficie.

—Sé que esto es muy difícil de asimilar. Estamos aquí para ti e iremos paso a paso. —Hace una pausa, pero su voz tranquilizadora sigue resonando en mis oídos—. Hablemos de tu memoria. Me preocupa un poco que hayas olvidado nuestras interacciones anteriores. Ya lo hemos hecho antes, pero me temo que tengo que preguntártelo otra vez: ¿qué es lo último que recuerdas?

Todavía aferrada a la esperanza surrealista de que todo sea una pesadilla de la que pronto me despertaré, me esfuerzo por ordenar mis pensamientos.

—Mmm, estaba corriendo. Tenía miedo… Gritaba, corría hacia una puerta, creo. No estoy segura.

—¿Quién te atacó, Emma?

Intento sacudir la cabeza, pero no siento que se mueva.

—No lo sé. No logro acordarme. Está todo en blanco. —Hago una pausa; el mismo recuerdo vuelve a reproducirse en mi mente—. ¿Voy a ser capaz de recordar? Tengo que hacerlo.

—Creo que lo harás. Date un poco de tiempo.

Tiempo. Algo que no tengo. Algo que ya he perdido de vista, dilapidado en lo más profundo de la oscuridad de mi mente fracturada.

—¿Cuánto llevo aquí? ¿Por qué no puedo recordarlo?

—Un par de días. Pero la aparente amnesia anterógrada, es decir, la incapacidad de formar y acceder a nuevos recuerdos, no me preocupa tanto porque estás muy medicada.

—Vale —susurro, deseando que todo desaparezca. Todo lo que pasó. La oscuridad que se ha apoderado de mi mundo. El miedo generalizado a que el resto de mi vida sea así.

—Me preocupa más la amnesia retrógrada postraumática que pareces estar experimentando. Es decir, la pérdida de información adquirida antes de la aparición de la amnesia que, en tu caso, probablemente sea el momento de la agresión. Suele ser temporal y parcial, no una pérdida total de memoria. Suelen faltar fragmentos o trozos enteros, o quizá se recuerdan de una manera desordenada. —Hay otro momento de silencio, como si le costara elegir las palabras —. Aparte de lo que has descrito antes, que estabas corriendo para intentar escapar de tu agresor, ¿qué más recuerdas? —Entreabro los labios, pero de ellos no sale ninguna palabra. Es como si solo hubiera un borrón distorsionado donde antes había una vida. La mía. El monitor cardíaco emite pitidos cada vez más rápidos—. No pasa nada —dice el doctor Sokolowski—. Sé que recuerdas tu nombre, y eso es algo, ¿no? —Aprieto los labios. No me atrevo a compartir su optimismo—. ¿Recuerdas en qué año estamos? —Otro momento de silencio mientras grito por dentro—. ¿Sabes quién es el presidente? —Otro segundo de silencio; luego su voz vuelve a sonar, enérgica y optimista—: Intentémoslo de nuevo dentro de uno o dos días, cuando la hinchazón haya bajado un poco más. Luego reduciremos la medicación y seguro que empezarás a recordar cosas. Tu memoria

podría volver en *flashes* dispersos e incompletos o en fragmentos más grandes y cohesionados, con todos los detalles. —Me da otro apretón en la mano—. ¿Tienes alguna otra pregunta a la que pueda contestarte ahora mismo?

«¿Por dónde empiezo?».

—No puedo abrir los ojos —susurro, me siento completamente agotada—. Los noto raros.

—Tienes un vendaje alrededor de la cabeza que te tapa los ojos; quizá sea eso lo que notas. No debes intentar abrirlos ni forzarlos hasta que sepamos qué causa tu ceguera.

Siento que me desvanezco y lucho contra ello lo mejor que puedo.

—Gracias —consigo decir.

—¿Quieres que llame a la policía para que denuncies la agresión?

—Sí, por favor. —Mi mente cansada se aferra a esa idea, con la esperanza de que me sentiré más segura una vez que encuentren y arresten a mi agresor.

—De acuerdo, lo haré ahora mismo. —Oigo las ruedas avanzar por el suelo y luego sus zapatos moviéndose en el sitio cuando se levanta. Uno de ellos emite un pequeño chirrido.

—No —digo; he cambiado de opinión y me siento derrotada—. Les haríamos perder el tiempo. No recuerdo nada. —Trago con dificultad —. Lo siento. Es que… Tengo muchísimo miedo.

—No hay de qué disculparse, pero tienes que denunciarlo. —El tenue olor a hierbas o a cítricos parece acercarse—. Toma, bebe un poco. Es una pajita —dice, y un objeto toca mis labios.

Agradecida, bebo el líquido frío y trago unos sorbos. Es agua. Luego, oigo cómo deja el vaso de plástico sobre una superficie que hay a mi lado.

—Gracias.

—Emma, aquí estás a salvo, te lo prometo. Tómate el tiempo que quieras y, cuando estés lista, llamaremos a la policía para que te tome declaración. Mientras tanto, enviaré los formularios necesarios a la policía local, pero no tendrás que hablar con ellos hasta que estés preparada. ¿Te parece bien?

—Sí —susurro; estoy perdiendo el conocimiento a medida que hablo.

—Por ahora, lo único que puedes hacer es descansar. Nosotros nos ocuparemos de todo lo demás; todo saldrá bien, te lo prometo. —Vuelve a tocarme la mano, pero apenas lo siento.

«Quizá mañana recuerde quién era».

El pensamiento se arremolina en mi mente durante un breve instante y, después, la oscuridad y el silencio vuelven a reclamarme.

4

—Es George, ¿verdad? Por eso…

La voz distante, risueña y cargada de insinuaciones me despierta con un sobresalto. Sin aliento, escucho con atención hasta que la charla alegre de dos mujeres jóvenes que pasan se desvanece en la distancia. La desaparición de las voces deja tras de sí un silencio asfixiante y oscuro, interrumpido únicamente por el pitido del monitor cardíaco.

«¿Estoy sola?». No saberlo con certeza me vuelve loca. Saber quién más hay en la habitación, si es que hay alguien, es algo básico que he dado por sentado toda mi vida. Y también hay muchas otras cosas. Beber agua cuando tengo sed, comer yo sola, ir a sitios…

—¿Hola? —pregunto débilmente; el esfuerzo de hablar me agrava el dolor de cabeza un momento antes de que disminuya hasta convertirse en un latido más apagado.

Nadie contesta.

No hay el menor sonido que me indique si alguien me observa desde el manto de mi ceguera. A veces me parece oír respirar a alguien, pero debe de ser mi imaginación. O mis pesadillas.

El médico me ha dicho que ya estaba a salvo. ¿Cómo se llamaba?

«Uf. Se me ha olvidado. Algo así… como…».

La frustración por mi mala memoria me arranca un gemido indeseado. Al menos recuerdo su visita y algunas de las cosas que me ha comentado esta vez. En cuanto a las anteriores que ha mencionado, hay un vacío total.

Me obligo a hacer memoria y buscar cualquier cosa que me ayude a recordar quién me hizo daño. ¿De quién huía cuando me golpearon?

No encuentro nada. Solo hay una pesada cortina de oscuridad detrás de mis párpados, donde solían aparecer fragmentos de imágenes como volutas de un sueño que me ayudaban a imaginar o recordar cosas, como escenas de películas representadas en el teatro de mi mente.

Eso era antes del ataque. Al menos recuerdo eso de mí: cómo

funcionaba mi mente.

—Por favor, ayúdame —susurro. Las palabras no están dirigidas a nadie en particular, pero me sienta bien decirlas, como si en voz alta fueran de algún modo más poderosas que si solo las pienso.

Al principio de forma algo tenue, y luego con más claridad, empieza a formarse una imagen. De nuevo, es más una sensación que un recuerdo. Mi cara contra una cortina marrón rojiza estampada con vetas onduladas de color marrón claro. Cómo huele: un leve olor fresco a limpio, a detergente para la ropa y suavizante de lavanda.

Y a miedo. Huele a miedo.

El mío.

Mi jadeo silencioso amenaza con romper el ligero filamento de la memoria, pero me aferro a él, reacia a dejarlo ir, desesperada por seguirlo adondequiera que me lleve. Me veo a mí misma mirando por la ventana desde detrás de esas cortinas; mis mejillas rozan la fina tela al asomarme al exterior, donde el desconocido se apoya contra el tronco de un árbol, con las manos hundidas en los bolsillos de la sudadera negra, mirándome fijamente. La luz se desvanece de pronto; el sol ya se ha puesto. El patio trasero está desierto y los lejanos picos de las montañas cubiertos de nieve se alzan sobre él como gigantes taciturnos.

Y ese hombre está ahí, sin moverse y sin apartar los ojos de mi ventana. Esperando.

¿A qué?

El hilo de mi memoria se desenrolla en otra dirección con una sacudida. Me veo mirando por la misma ventana, pero más temprano, cuando el sol está a punto de tocar el pico nevado de la montaña y las sombras de los álamos temblones son largas y amenazadoras. ¿Será el mismo día, pero antes? No lo sé. En cambio, recuerdo cómo me latía el corazón en el pecho cuando vi a aquel desconocido acechando en mi sereno patio trasero. Agarré con fuerza el teléfono, lista para llamar al 911. Me temblaban los dedos, vacilantes, y dudé de mí misma, de mi propia cordura. Luego cerré las cortinas, jadeando y temblando.

Sin embargo, el miedo me resultaba familiar; lo recuerdo claramente. Pero por qué, no lo sé.

Un ruido que viene de fuera ahuyenta el tenue recuerdo y me deja en un estado de alerta doloroso. La puerta se abre con suavidad y las pisadas enérgicas de unas suelas de goma que reconozco se acercan.

—Ya veo que estás despierta —dice una voz amable de mujer—. Muy bien. Vamos a darte de comer. —Algo cruje en la lejanía y varios objetos repiquetean en silencio—. ¿Tienes hambre?

Dejo escapar el aire atrapado en mis pulmones en un suspiro silencioso.

—¿Cómo te llamas?

Los pasos suenan ocupados a mi alrededor.

—Soy Isabella —responde la mujer. Parece joven—, y quiero comprobar si puedes tragar. Hasta hoy solo te alimentabas por vía intravenosa.

Intento fruncir el ceño con un gesto de disgusto, pero no logro más que avivar el punzante dolor de cabeza y cedo, derrotada, ante las vendas que tengo apretadas alrededor de la cabeza.

—Creo que puedo —digo, y espero que sea verdad—. Antes he bebido un poco de agua.

—Perfecto —responde Isabella—, eso es justo lo que quería oír.

Los objetos traquetean en la dirección de la que procede su voz. Oigo cómo gira una tapa y el recipiente se abre con un suave chasquido. Algo de plástico repiquetea, luego se oye un sonido húmedo y chirriante cuando la enfermera remueve algo en un frasco.

Puré de manzana.

El olor me hace desear esa comida que no he vuelto a probar desde la guardería. Y el hecho de saber que no la he comido desde entonces es refrescante, incluso alentador.

—¿Eres mi enfermera?

Isabella se mueve con rapidez y no deja lo que está haciendo para responder.

—Una de ellas, sí. —Abre otro recipiente y llena algo con líquido—. Ya casi estamos, cielo.

—No hay prisa —respondo; no quiero pensar en que me van a dar de comer con cuchara—. ¿Alguna vez has visto a gente en mi estado recuperarse?

El traqueteo se detiene. Después, Isabella se acerca y se sienta en el

borde de la cama. La superficie se inclina ligeramente bajo su peso, pero apenas noto nada.

—Intenta apretarme los dedos lo más fuerte que puedas —me pide, tocándome las manos. —Hago todo lo que puedo, pero mis músculos se niegan a obedecer. Lo intento una y otra vez, y me detengo cuando un sollozo amenaza con escaparse—. Sí, he visto a gente en tu estado recuperarse. Lo veo todos los días —dice Isabella—. Puedes mover las extremidades, aunque sea mínimamente, pero no eso no importa. Lo único que importa es que puedes hacerlo. ¿Tu médico no te ha contado todo esto?

No me atrevo a responder de inmediato. Isabella espera, paciente.

—Tengo miedo —acabo diciendo—. No puedo…

—Debes ser valiente. Tienes que creer que puedes recuperarte, con todo tu corazón. Y no te preocupes. Por ahora solo descansa, date tiempo para curarte. —Me da una palmadita en la mano, y su contacto es tan remoto como el del médico, como si ella también llevara guantes; siento el roce de su piel con la mía, el calor de su mano, pero todo sigue siendo lejano—. Ahora, vamos a comer algo, ¿de acuerdo? —La primera cucharada de puré de manzana baja con dificultad. Me duele la garganta, como si tuviera amigdalitis. Hago un gesto de dolor al tragar y pido un poco de agua—. Déjame echar un vistazo —me pide Isabella, después de dejarme beber con una pajita. La bandeja repiquetea al dejarla sobre la mesa que hay junto a la cama. Entonces un objeto chasquea cerca de mi cara. Me estremezco—. Es solo la linterna. No tengas miedo. Abre la boca. —Me cuesta hacerlo. Mis músculos no me obedecen demasiado bien, aunque mi mandíbula funciona mejor que mis manos. Isabella me toca con suavidad la barbilla, probablemente para abrirme la boca lo suficiente como para poder mirar con claridad. Luego, sus dedos danzan por mi cuello, me palpan las glándulas y me recorren la parte inferior de la mandíbula—. Tienes la garganta irritada y un poco inflamada. Necesitarás que el médico te revise con un laringoscopio. Hablaré con él. —Oigo un clic. Probablemente haya apagado la linterna—. ¿Has forzado la voz o algo así?

El parpadeo de un recuerdo inunda mi mente con tanta intensidad que se me corta la respiración. Me veo corriendo de nuevo con pasos

vacilantes. Recuerdo el ardor que sentía en la garganta mientras gritaba, desesperada y furiosa al mismo tiempo.

«¡Socorro! ¡Que alguien me ayude…! ¡Deja que me vaya!».

Los gritos resuenan en mi mente, perforan la quietud de mis pensamientos. El recuerdo es muy nítido por un momento, pero luego desaparece.

—Yo… Gritaba —susurro—, y corría… Pero… No vino nadie.

—¡Ay, cielo, eso es terrible! ¿De quién huías?

No contesto. Tras un momento de silencio, Isabella vuelve a sentarse a mi lado y me ofrece otro poco de puré de manzana dándome suaves golpecitos en el labio inferior con la cuchara.

—No… No puedo.

—No te preocupes —dice la enfermera con suavidad—. Estaré por aquí si te apetece comer un poco más. Y si necesitas cualquier cosa…

—¿Podrías ayudarme a llamar a mi madre?

5

«Ay, mamá…».

Dentro de la niebla que hay en mi mente, los recuerdos dispersos de mi madre chocan entre sí hasta que parece que nada se ha perdido. Pensar en su mano cálida acariciándome la mejilla hace que se me salten las lágrimas. Ojalá pudiera ir corriendo a su casa, sentarme en el suelo a su lado y apoyar la cabeza en su regazo. Y descansar, sentirme segura, disfrutar de su cariño…

La imagen empieza a cambiar y los detalles escapan del abismo: el tubo de oxígeno en un carro con ruedas, que siempre está a su lado; la máscara que a veces mantiene sobre la cara, sujeta con dedos temblorosos y nudosos; la palidez de su rostro y la fragilidad de su cuerpo; la tos y el resuello que hacen que cada respiración sea una batalla por un momento más de tiempo prestado, sabiendo que no le quedan muchos, aunque acabe de cumplir sesenta años.

Pero ¿cuándo fue eso? ¿Cuándo cumplió los sesenta?

Por un segundo, un miedo indescriptible me atraviesa el corazón. ¿Y si ya se ha ido? ¿Y si mi madre ya ha muerto y lo he olvidado por completo?

«No… Eso no puede ser verdad. Por favor, que no sea verdad».

Isabella sigue trasteando con la bandeja; probablemente esté guardando cosas mientras tararea en voz baja una melodía que reconozco, pero cuyo nombre no recuerdo. Luego se detiene un momento, lo suficiente como para echarse un chorro de desinfectante de manos que huele a fresas. No son fresas de verdad, sino una versión química del aroma. Se oye cómo se frota las manos con energía mientras vuelve a tararear durante un rato.

Entonces unas suelas de goma se acercan deprisa a mí. Siento que la cama se hunde con ligereza y percibo un sutil cambio en el aire, acompañado de un leve crujido de ropa.

Cuatro débiles pitidos provienen de Isabella; está desbloqueando el teléfono, se prepara para hacer la llamada.

—Vale, estoy lista. ¿Cuál es el número de tu madre?

Una simple pregunta que debería haber visto venir. No puedo darle ninguna respuesta. Solo siento cómo la desesperación me llena el pecho hasta que no puedo respirar.

—No lo recuerdo —susurro, con la voz temblorosa.

—No pasa nada, cielo, lo averiguaremos. ¿Tienes móvil? Seguro que el número de tu madre está guardado ahí.

Recuerdo sostener mi teléfono, lista para llamar al 911, mientras observaba a aquel extraño que acechaba en las sombras cada vez más profundas de mi patio trasero. Recuerdo que lo apreté con tanta fuerza que los nudillos se me pusieron blancos y empezaron a dolerme.

—No… No lo sé. Tal vez la policía se lo llevó, después de que yo…

—Vale, no te preocupes. —Siento que Isabella me da un suave apretón en el antebrazo—. Lo averiguaremos. ¿Cómo se llama tu madre?

—Loreen Duncan —digo, agradecida de poder recordarlo—. Vive en Lubbock, Texas.

—¿Y tu padre? A lo mejor el teléfono está a su nombre.

El día que enterraron a mi padre llovía. Todavía puedo saborear las gotas de lluvia llenas de polvo en mis labios, mezcladas con la sal de mis lágrimas. El sonido de la tierra húmeda al chocar contra el ataúd reverbera en mi corazón. La vuelta a casa bajo un calor sofocante mientras el sol se abría paso alegremente entre las nubes, indiferente a mi pena. La vieja granja, que necesitaba con urgencia un nuevo revestimiento y también un nuevo tejado, tenía la puerta principal abierta cuando llegó la pequeña comitiva. Nuestra pequeña familia primero —solo éramos mi madre, algunos primos lejanos de Oklahoma y yo—, luego un par de vecinos y algunas personas de la iglesia local. El olor de las velas encendidas y el polvo del verano tejano, besado por la lluvia.

—No…, allí ya solo vive mi madre.

Hay un momento de silencio mientras contengo la respiración e Isabella golpea con rapidez la pantalla del teléfono con las yemas de los dedos.

—He encontrado a una Loreen Duncan. Vamos a intentarlo, ¿de acuerdo?

Asiento, pero no puedo decir si mi intención se ha convertido en un movimiento que Isabella ha notado.

—Sí… Gracias. —Me tiembla la voz cuando recuerdo la fragilidad de mi madre—. Por favor, no le digas lo que me ha pasado. No se encuentra bien. Solo quiero oír su voz.

—No te preocupes, lo entiendo. —Isabella suena un poco ahogada—. Voy a marcar y enseguida te pondré el teléfono junto a la oreja. Si reconoces su voz, empieza a hablar y yo me iré. Tómate el tiempo que quieras. Si no, seguiré buscando números para probar.

Inspiro despacio, deseando que mis lágrimas desaparezcan y mi voz se fortalezca.

—Vale.

El teléfono cae sobre la almohada y resbala contra mi mejilla justo cuando una mujer al otro lado de la línea pronuncia un débil «Hola».

—¿Mamá?

—¿Emma? ¿Cariño?

Las lágrimas me inundan los ojos y jadeo en silencio, sin querer que mi madre oiga mi dolor.

—¿Sigues ahí?

—Ajá —consigo decir—. Sí, mamá, estoy aquí. ¿Cómo estás?

—Estoy tan feliz de que hayas llamado, cariño… Te echo mucho de menos, ya lo sabes. Te echo de menos todo el tiempo. —Empieza a toser pero tapa el teléfono con la mano, ya que sus toses se silencian durante un rato, hasta que finalmente vuelve a hablar—. Lo siento… Ya sabes cómo es esto.

—Lo sé —respondo, tragando saliva, tratando de contener las lágrimas—. Yo también te echo mucho de menos; a lo mejor voy a verte pronto.

—Nah… Aquí no hay nada para ti salvo polvo y tábanos. Vive tu vida y sé feliz. Ahora tu vida está con Steve, en un mundo diferente, en lugar de aquí, con una vieja que casi no puede respirar. —*«¿Steve? ¿Quién es Steve?»*. La persona que tiene la respuesta es precisamente a la única a la que no puedo preguntar—. No dejo de mirar las fotos que me enviaste, las de Cancún. Sales muy guapa.

No se me ocurre nada que decir. *«¿He estado en Cancún? ¿Cuándo?»*.

—Gracias —susurro al fin. No consigo decir nada más, ya que la cabeza me da vueltas, desesperada por encontrar la más mínima huella de todo lo que he perdido. ¿Qué más no recuerdo? ¿Y quién es ese Steve del que habla mi madre?

—Es verdad. Estás preciosa. Tu padre, que en paz descanse, no solía equivocarse, pero me alegro de que se equivocara con Steve.

Hay un instante de silencio mientras espero, muda. Cuando puedo confiar en que mi voz no me va a traicionar, vuelvo a hablar.

—¿Qué quieres decir?

—Ah, pues decía que Steve era demasiado mayor para ti. No paraba de repetir: «Diecinueve años es una diferencia de edad demasiado grande». Pero después, las fotos de tu luna de miel hicieron que dejara de mencionarlo. Nunca te habíamos visto tan feliz, cariño.

«Ay, Dios… Estoy casada con un hombre llamado Steve, alguien a quien no recuerdo».

Me invade una profunda sensación de pánico cuando la suave risa de mi madre se convierte en un breve ataque de tos. Oigo un silbido, como si ella hubiera encendido el oxígeno y lo hubiera inhalado profundamente.

¿Qué le ha pasado a Steve? ¿Por qué no está aquí, a mi lado, si es mi marido? ¿Lo asesinaron durante el ataque? Pero lo más importante de todo es: ¿dónde está el amor? Mi corazón debería sentirse vacío y desolado si alguien tan importante desapareciera. ¿No lo recordarían mi cuerpo y mi corazón antes que mi mente? ¿Cómo podría alguien perder tanto y no darse cuenta? ¿No sentirlo?

Respiro de forma superficial, tensa, temiendo el dolor que presiento que va a llegar. Busco cualquier recuerdo de la vida que he perdido, pero no encuentro nada. Solo hay una sensación inquietante de que de verdad hay algo allí, acechando, escondido, esperando…

Carraspeo con disimulo y le hago otra pregunta a mi madre, lo más despreocupadamente que puedo.

—¿Cuál es tu foto favorita, mamá? Descríbemela.

—Ah, pues es muy difícil elegir una. —Su voz está llena de alegría, lo que me reconforta el corazón—. Es la de la playa, con la luna. ¿Te acuerdas de ella?

—N… no, la verdad.

—Pues es casi de noche y el cielo, que es de un sorprendente tono púrpura, tiene un borde rosa a lo largo del horizonte. La luna está llena, pero apenas se ve por encima del agua. El mar está en calma y la luna se refleja en él, formando una larga línea de diminutas ondas centelleantes que casi tocan la orilla donde estáis sentados.

—Ah, ¿también estoy yo en esa foto? —pregunto en tono burlón, sabiendo ya la respuesta. La foto favorita de mi madre tiene que ser una mía. Eso lo sé.

—Estáis Steve y tú, los dos. Él está sentado en el tronco de un árbol, creo; parece algún trozo de madera a la deriva por lo que veo, y tú estás acurrucada a sus pies, en esa arena blanca como el azúcar. Te rodea los hombros con los brazos y te mira con muchísimo amor, cariño. Y tú estás resplandeciente y tu sonrisa es contagiosa. Lo quieres mucho, ¿verdad?

Sus palabras se desvanecen en la distancia mientras mi mente se aferra a retazos de las imágenes que evocan sus palabras. La sensación de unos brazos fuertes alrededor de mis hombros, manteniéndome a salvo, haciéndome sentir querida y protegida. La arena fina y caliente bajo mis pies. La mano de un hombre apretando la mía y llevándosela a los labios. Su aliento me abrasa los dedos y enciende un fuego en mi interior que me hace desear aún más su tacto. Hoyuelos en la mejilla al sonreír. Reflejos plateados en sus sienes.

De repente, una voz suena con fuerza en mi mente.

—¡Corten! Se acabó por hoy. ¡Una actuación excelente, Emma! Te estás *convirtiendo* en Jane Watkins. Has estado muy convincente y auténtica. Sigue así.

Un abismo se abre en mi pecho cuando varios fragmentos de recuerdos empiezan a formar una imagen multidimensional con emociones profundas que empiezo a sentir y sensaciones que parecen tan reales ahora mismo que casi puedo tocarlas. Mi emoción al escuchar las palabras del director. La sonrisa radiante que le dediqué. La familiaridad de su tacto cuando me acompañó fuera del plató con la mano en la parte baja de mi espalda. Lo que sentí al tocar sus labios con los míos cuando me acerqué y le di un beso rápido, furtivo, antes de que alguien se diese cuenta.

—Todo es mérito tuyo, Steve —susurré, cerca de su oído.

Esas palabras suenan extrañas ahora, en la oscuridad, llenándola de recuerdos coloridos y rápidos fragmentos de acción, como piezas de un rompecabezas que ansían ser ensambladas.

Soy actriz. Y Steve es director. Y hemos trabajado juntos al menos una vez.

Rebuscando entre las imágenes que han evocado las palabras de mi madre, revivo esa escena una y otra vez, la reproduzco a cámara tan lenta que me duele, hasta que vislumbro lo que estoy buscando.

En la mano que Steve se llevó a los labios aquel día, una alianza de oro captaba la luz, reflejando un brillo cálido y radiante.

«Es verdad. Steve es mi marido y lo quiero».

—… seguir viendo una y otra vez; gracias a Dios por las plataformas de reproducción de vídeos. —La voz de mi madre me hace regresar a la realidad y mantiene a raya la oleada de dolor.

—¿Cuál es tu favorita? —pregunto; mi voz es solo un susurro.

—*La caída de Jane Watkins*, por supuesto —responde con rapidez —. Esa es tu mejor película con diferencia. No me gusta mucho *Amor de verano*. —Su tono se ha vuelto un poco triste, casi decepcionado —. Sigo sin entender por qué aceptaste hacer lo que hiciste. La película podría haber sido igual de buena sin esa escena. Podrías haber dicho que no.

—¿A qué, mamá? —pregunto, un poco distraída, o tal vez cansada, pero temerosa de terminar la llamada, que es lo único que se interpone entre la oleada de recuerdos que amenaza con destrozarme y yo.

—Anda… Como si no lo supieras… —Se produce un momento de silencio reprobatorio—. Desnudarte delante del mundo entero, ¿te parece poco? Cuando emitieron esa película, estuve varios meses sin aparecer por la iglesia. Todos los que te conocían fueron a verla y no paraban de hablar de ella.

—La gente es así, mamá. —Me tiembla un poco la voz. Siento haberle hecho pasar por eso a mi madre. No parece que mereciera la pena. Ni siquiera recuerdo haber hecho una película llamada *Amor de verano*.

—¿Estás bien, cariño?

—Ajá —consigo decir, a punto de perder la batalla contra las lágrimas. Ojalá pudiera contárselo, pero no puedo agobiarla con eso.

—Pues a mí no me parece que estés bien. ¿Me estás mintiendo? —Hay un instante de silencio mientras busco las palabras adecuadas—. ¿Va todo bien entre Steve y tú?

«Ay, mamá, si tú supieras…». Suspiro y hago un doloroso esfuerzo por llenar los pulmones, que fracasa estrepitosamente.

—Sí, es que estoy muy resfriada y me he tomado demasiados medicamentos. Mañana tengo que volver al trabajo, así que puede que me haya pasado. —La mentira se desliza por mis labios con una facilidad inesperadamente familiar.

Mi madre duda un momento; es probable no se crea mi historia.

—Lo que tú digas, cariño. Cuídate, ¿vale? Toma un poco de té con miel y duerme un rato más. Después te sentirás mucho mejor.

Le hago esa promesa, que sé que no voy a poder cumplir, y contengo la respiración hasta que oigo el sonido que me indica que mi madre ha colgado.

Entonces me dejo llevar e invito a entrar los recuerdos perdidos.

Ahora recuerdo algo de Steve y algunos de nuestros momentos juntos; no es mucho, pero sí lo suficiente para clavarse en mi pecho con una abrumadora sensación de pérdida. Está ahí, dentro de mi corazón, volviendo a ocupar el lugar que le corresponde, como si hubiera estado ausente durante un tiempo y yo me muriera por recuperar su presencia tranquilizadora. Me veo en sus brazos, sintiéndome segura, amada y querida, creyendo que todo irá bien y que pronto estaremos trabajando juntos en un proyecto nuevo, conquistando el mundo otra vez y llenando la repisa del salón con más estatuillas doradas.

Pero la ensoñación de mi mente se convierte en una pesadilla que me cala hasta los huesos. ¿Era Steve la persona de la que huía cuando recibí el golpe? ¿Es esa la razón por la que no está aquí? Cuanto más lo pienso, más me parece que el atacante me resultaba familiar. ¿Cómo puedo saber si era él?

«Oh, no… Por favor, no».

Las lágrimas me queman en los ojos y me empapan el vendaje de la

cabeza. Me ahogo con el lamento que se aferra a mi pecho y lucho desesperadamente por respirar.

El pitido frenético de la máquina que hay junto a mi cama coincide con mi creciente angustia hasta que se convierte en una cacofonía de zumbidos continuos.

Oigo la voz llena de pánico de Isabella, gritando.

—¡Está entrando en parada! Saturación de ochenta y cinco y bajando. ¡Necesito ayuda!

Se acerca otro grupo de pisadas más fuertes y apresuradas.

—Está en taquicardia ventricular. Epinefrina. Desfibrilador —anuncia una voz de hombre con calma tensa.

Es lo último que oigo.

Después, el silencio se une a la oscuridad y me hundo profundamente en la nada.

6

Por extraño que parezca, de alguna manera sé que estoy soñando. Aun así, no logro despertarme, como si la oscuridad me tuviera secuestrada con unos tentáculos largos y pegajosos que se me enroscan en el cuello.

En mi sueño, miro por la ventana, y el fresco tejido de la cortina me roza la cara. Las luces del salón están apagadas y el único destello de luz que hay procede del teléfono que sostengo con fuerza en la mano. La pantalla muestra los dígitos 911 y mi pulgar se cierne sobre ella, temblando ligeramente, indeciso.

Entrecierro los ojos para escrutar la oscuridad con cautela, intentando ver el rostro del desconocido que está apoyado en el blanco tronco del alto álamo. Esa silueta ha estado rondando mis noches desde la primera vez que la vi.

Quiero salir ahí fuera y resistir el frío cortante para ver de cerca la cara de ese desconocido.

—¿Quién eres? —Las palabras, que resuenan en una versión alterada de mi voz, como suele ocurrir con el habla onírica, nunca llegan al hombre. Está esperando sin inmutarse, con los brazos cruzados sobre el pecho, un pañuelo negro tapándole la boca y la capucha bajada sobre la cara para esconder sus ojos. Como si pudiera pasarse toda la vida esperando. Como si no quisiera estar en ningún otro lugar.

El sueño cambia, o tal vez comienza uno nuevo. Estoy charlando con alguien en el Village Center, y las asas de dos pesadas bolsas se me clavan en los dedos. La persona con la que hablo no tiene cara, como a veces ocurre en los sueños. Pero el desconocido del patio trasero está ahí, siguiendo mis pasos por el centro comercial, vestido de nuevo con la sudadera negra y los vaqueros, aunque, al mismo tiempo, sigue apoyado en el tronco del árbol.

—Sé de lo que hablo. —Mi propia voz resuena en mi mente, amplificada por el miedo—. ¡Tiene que creerme! —Mi mano apunta hacia donde estaba el acosador hasta hace un momento; el hombre

que me dedica una sonrisa cortés y burlona es un policía; lleva placa y una etiqueta con su nombre en la camisa azul marino almidonada, y tiene la radio enganchada en la hombrera izquierda.

—¿Era un hombre? —pregunta, y acerca su cara a la mía de forma extraña—. ¿Una mujer? ¿Puede darme una descripción?

Sacudo la cabeza, derrotada. Se me hunden los hombros y se me corta el aliento cuando vuelvo a mirar al policía.

—Un hombre, creo. No lo sé. Pero lo juro, es real; lleva ocurriendo varios meses. —Mi voz suena débil, impotente y avergonzada.

El centro comercial empieza a dar vueltas a mi alrededor, como si estuviera montada en un carrusel que va cada vez más rápido. Todo se mueve cada vez más deprisa y arrastra consigo colores, destellos y fragmentos sonoros de villancicos. Solo una cosa permanece quieta, moviéndose conmigo, centrada únicamente en mí.

El acosador.

Me mira fijamente con expresión intensa y ardiente.

Entonces una voz, que no es la mía ni la de nadie que conozca, susurra un nombre cerca de mi oído.

—Steve. —Mientras escucho esa palabra, el aliento de alguien me roza el rostro y me pone la piel de gallina.

Me despierto, sobresaltada y asustada, cuando una voz lejana a través de la megafonía llama a un tal doctor Jones para que vaya a la UCI. Esa voz suena artificial; parece un sistema automatizado, de los que hay en la mayoría de los hospitales grandes. Aunque no haya una persona real detrás de esa llamada, me encanta oírla. Es una pequeña prueba de que sigo viva y despierta. El sueño aterrador empieza a disiparse, pero no quiero que lo haga: quiero revisarlo, rebobinarlo y volver a verlo, aunque partes de él ya se hayan perdido para siempre.

Enterrado en ese sueño está el rostro de mi acosador.

Respiro de forma lenta pero profunda y me sumerjo en el abismo nebuloso de mi subconsciente. Busco atisbos de un rostro, de una mano, de algo que pueda servirme de utilidad… Sin embargo, las escenas fragmentadas permanecen ocultas, reacias a proporcionarme ninguna información útil.

«¿Era Steve?».

¿Era esa la razón por la que no podía ver la cara del acosador en mi recuerdo? He leído en algún sitio, probablemente cuando investigaba para un papel, que la mente retiene el acceso a información que puede resultar dolorosa y difícil de procesar, como si el cerebro tuviera su propio sistema de control parental; así que hasta que me vuelva lo bastante fuerte no podré ver las partes más perturbadoras de la película que es mi propia vida, grabada en el voluble tejido de la memoria.

Todavía en la frontera entre el sueño y la vigilia, me imagino de pie en mi propio patio trasero y acercándome al acosador, sin miedo, sabiendo en cierta manera que estoy a salvo. Avanzo poco a poco y mantengo el ojo de mi mente enfocado en el espacio donde la cara ya debería ser visible. Sin embargo, a cada paso, el miedo florece en mi pecho y me insta a detenerme, a dar media vuelta, a huir…

Me quedo congelada en el sitio, incapaz de moverme. Imagino que lo llamo, como si ya supiera de quién se trata, y observo atentamente lo primero que me viene a la mente, esperando que sea un nombre. Pero solo llega el sonido de mi propia voz, chillona, desesperada y asustada.

—¡Socorro! ¡Que alguien me ayude…! ¡Deja que me vaya!

Desconcertada, salgo de ese espacio con la respiración agitada, todavía asustada. Siento como si ese sueño hubiera abierto la puerta para que ese desconocido entrara y terminara lo que había empezado con otro golpe en la nuca. Es absurdo, pero parece tan real que me hiela la sangre.

Unos minutos más tarde, cuando mi respiración se ha normalizado, me imagino dibujando un retrato robot para la policía. Dejando a un lado mi total ineptitud para todo lo relacionado con el dibujo, intento visualizar de nuevo la silueta, tal y como recuerdo haberla visto desde la ventana de mi salón.

¿Era Steve?

¿Los hombros del acosador eran más anchos que los de Steve? ¿Más estrechos? ¿Eran voluminosos? No… La silueta era más bien atlética, con piernas delgadas como las de los ciclistas o las de una mujer. Los brazos, siempre cruzados sobre el pecho, no eran musculosos como

los de un levantador de pesas; eran delgados, pero parecían fuertes. Aunque no era la fuerza física lo que me había aterrorizado.

Habían sido esos ojos.

La intensidad que había en ellos, ardiendo con algo que no podía nombrar. Quizá era repulsión, o tal vez algo distinto. Sí... Recuerdo cómo me hicieron sentir: como una presa, petrificada y llena de pavor mientras el depredador la observa con atención, preparándose para saltar sobre ella. Eso es lo que recuerdo en lugar del color de sus ojos o de la piel que los rodeaba, el grosor de las cejas o la forma de la nariz. Solo esa escalofriante sensación de que estaba mirando fijamente a los ojos de un cazador peligroso que ansiaba derramar mi sangre.

Se abre una puerta cerca y me quedo quieta, escuchando. Se acercan unos pasos familiares y, con ellos, un tenue aroma a albahaca, especias y cuero. Es mi médico... Me acuerdo de él, del sonido ligeramente chirriante que hace uno de sus zapatos, de cómo cruje su ropa, o tal vez su bata, cuando se mueve. Aunque no recuerdo su nombre.

Suspiro. Estoy a salvo, al menos durante un poco más de tiempo.

—Hola, Emma. ¿Cómo te encuentras hoy?

Es una pregunta sencilla, pero a la vez complicada.

—Estoy bien, supongo... Todo lo bien que cabe esperar con lo que está pasando.

—Ayer nos diste un buen susto.

—Ah, ¿sí? —En cuanto lo pregunto recuerdo vagamente el pitido de las máquinas y la voz llena de pánico de Isabella—. Pensé que estaba soñando. ¿Qué pasó?

—Entonces, ¿te acuerdas?

—Sí, un poco. No podía respirar.

—Me alegro de que lo recuerdes. Esto es lo que a los médicos nos gusta llamar una mejoría notable: estás formando nuevos recuerdos que permanecen en tu mente. —Puedo oír la sonrisa en su voz, aunque esté amortiguada por la mascarilla—. Sin embargo, tuviste dificultades para respirar. Eso puede pasar a veces con la medicación que tomas. Te he reducido un poco la dosis para que tengas más

fuerzas para recuperarte. Si experimentas algo de dolor, siempre podemos volver a…

—No, necesito fuerzas. Necesito salir de aquí. N… No puedo… vivir así. —Se me quiebra la voz. Parece algo imposible, incluso mientras pronuncio las palabras. Sigo sin poder moverme. Sigo sin ver. Y ni siquiera recuerdo el nombre del médico.

—Poco a poco, ¿de acuerdo? —Su voz se acerca. Sus dedos tocan los míos—. Aprieta mis manos, tan fuerte como puedas. —Me esfuerzo al máximo y noto un poco de movimiento en los dedos. Motivada, me esfuerzo más—. Excelente —dice él—. Ahora vamos a comprobar los reflejos.

Las sábanas crujen y se mueven a mi alrededor. Algo me toca el codo izquierdo y luego lo vuelve a tocar. El médico suelta un suspiro silencioso, apenas perceptible, pero yo lo noto y me quedo inmóvil. Oigo unos pasos alrededor de la cama y luego mi codo derecho recibe un par de golpecitos.

—¿Lo estoy haciendo bien? —Temo oír la respuesta.

—Voy a comprobar primero tus reflejos plantares, luego lo hablamos. —Levanta las sábanas, me deja los pies al descubierto y me pasa algo puntiagudo y ligeramente desagradable por las plantas, desde el talón hasta los dedos. Siento los dos pies igual de distantes, como si pertenecieran a otra persona. Algo repiquetea a los pies de mi cama cuando vuelve a taparme; luego oigo un crujido de papeles mientras pasa las páginas de mi historial—. Tus reflejos aún no están tan bien como me gustaría, y aún queda algo de inflamación en tu cerebro que presiona esos nervios. Seguiremos dándote Decadron hasta que el edema cerebral remita por completo. El neurólogo, el doctor Winslow, confía en que ocurra en los próximos días. Reduciré un poco más los analgésicos, pero te mantendré el Versed, para que descanses; es un sedante. ¿Te parece bien?

Está a punto de irse y tengo un millón de preguntas más.

—Espere, por favor, no se vaya todavía.

—Claro. Tengo un par de minutos más. ¿Qué te está pasando por la cabeza?

Lo siento de pie junto a la cama, reacio a tomar asiento, probablemente ansioso por marcharse.

—Yo… He olvidado su nombre… Lo siento muchísimo.

—No pasa nada; la verdad es que soy bastante optimista respecto a tu memoria. Parece que cada vez recuerdas más cosas. Y soy el doctor Sokolowski, un nombre fácil de olvidar, ¿verdad?

—Gracias —le digo—. ¿Le importa comprobarme la vista? A lo mejor ya puedo ver. Si me quitan este vendaje, podría intentarlo.

Un momento de tenso silencio invade la habitación.

—Ya lo hemos hecho —responde, y el corazón me da un vuelco. Ahora su voz parece sombría, como si el optimismo anterior se hubiera esfumado—. Esta mañana, cuando te cambiamos el vendaje. Estaba empapado de lágrimas. Debes de haber estado llorando.

—Ah —consigo decir con calma, aunque me estoy desmoronando—. No me acuerdo de eso. No sé qué ha ocurrido. Recuerdo que tengo un marido que se llama Steve, recuerdo cómo es y lo que pasó cuando anoche no podía respirar, lo que dijo Isabella, pero no recuerdo que me hicieran ninguna prueba de la vista ni que me cambiaran el vendaje.

Las ruedas giran y la bata susurra cuando el doctor Sokolowski se sienta junto a mi cama.

—Emma, no deberías preocuparte demasiado por eso. Parte de la medicación que te estamos dando podría causar retrasos en la recuperación…

—Entonces, ¿por qué no me la quita? Vamos a…

—El mayor enemigo ahora mismo es la inflamación. Con eso no se juega. Si no se trata, puede causar un déficit cognitivo y funcional permanente. Lo más probable es que recuperes la memoria después de dejar la medicación. ¿Lo entiendes?

—Sí… Es que me siento como si estuviera encerrada en un mundo oscuro e inmóvil del que no puedo escapar, y estoy aterrorizada.

—Es comprensible que te sientas ansiosa por tu situación. Podríamos darte…

—Por favor, no quiero medicamentos para eso. Me las arreglaré. Es que nunca me había sentido tan vulnerable y tan asustada. Tengo miedo de que me ataquen de nuevo. ¿Cómo sabré si alguien viene a hacerme daño?

Se oye cómo se levanta, coge el portapapeles y garabatea algo en él.

—Aquí estás completamente a salvo, Emma. Te prometo que nadie te pondrá un dedo encima. Hemos informado a la policía y están investigando tu caso. Encontrarán a quien te hizo esto y avisarán a tus familiares.

Escucho sus palabras, pero me pasan de largo, como si hablaran de otra persona. Como si no lograse comprender lo que quiere decir. Mi mente se aferra a la misma pregunta, se niega a soltarla, y no registra nada más.

Vuelve a sentarse.

—Cuéntame más sobre tu vida antes del incidente, lo que empiezas a recordar. Has mencionado a un marido. ¿Quieres que lo llamemos?

Me paso la lengua por los labios resecos y trago con dificultad.

—Yo… No sé dónde está o si ha resultado herido en el ataque. ¿Por qué no está aquí, conmigo? —El miedo se despliega en mi mente como una baraja de cartas sobre una mesa; cada carta es una pesadilla diferente, un nuevo escenario en el que aún no he pensado —. ¿Por qué no me acuerdo? ¿No hay nadie ahí fuera que me eche de menos?

—Déjame ver qué podemos averiguar. Tenemos gente que se ocupa de este tipo de asuntos. Les pediré que hagan algunas llamadas.

—Por favor, no —susurro, con un pánico irracional que extingue el atisbo de esperanza que sentía ante la idea de reunirme con Steve—. ¿Y si fue él?

—¿Te refieres al hombre que te hizo daño? ¿Tienes razones para creer que podría haber sido tu marido?

—No. —La palabra sale de mis labios con un susurro tenso—. Es que no me acuerdo. Y eso me está volviendo loca. Ya no sé qué es real. Y he perdido tanto tiempo… No sé *en qué día* estamos ni cuántos han pasado desde lo último que recuerdo.

—Ah, entiendo. —Se levanta y da dos pasos hacia la puerta—. Entonces, dejaremos en suspenso la búsqueda de tu marido hasta que estés preparada. ¿Vale? —Su voz es agradable y servicial, como un faro de esperanza, paciencia y bondad en mi oscuridad permanente.

—Sí. —Hago una pausa, pensando en todo lo que aún quiero preguntar—. Una cosa más —me apresuro a decir, temiendo que ya

se haya ido—. ¿Qué ha pasado con mis pertenencias?, ¿con mi ropa? A lo mejor tenía el teléfono; su número debería estar ahí.

Unos pasos se acercan a los pies de mi cama y suena el familiar portapapeles de plástico.

—Aquí hay algunas notas sobre tus objetos personales; le pediré a la enfermera que se ocupe de dártelos. —El portapapeles vuelve a repiquetear cuando lo deja sobre la cama—. Volveré para la ronda de la tarde. Si cambias de opinión sobre llamar a tu marido, díselo a una de las enfermeras; ellas se encargarán de hacerlo. ¿Has dicho que el nombre de tu marido es Steve?

—Sí, Steven Wellington —contesto. *«Y lo echo muchísimo de menos»*.

Mis pensamientos resuenan por encima del sonido de la puerta al cerrarse, dejando tras de sí nada más que pitidos y silencio.

Vuelvo a estar sola con mis fantasmas.

7

Mi dulce Emma sigue viva.

Eso hace que todo esté bien. Todos los riesgos que corrí y que sigo corriendo, a sabiendas de que un día la policía podría encontrarme y detenerme, merecen la pena solo por saber que mi Emma está viva. En lugar de huir para salvarme, elegí quedarme a su lado.

Anoche, después de que todos se fueran, me colé en su habitación. Estaba profundamente dormida; no me oyó abrir la puerta ni acercarme lo suficiente para tocarla. Todos esos medicamentos la tienen fuera de combate.

Me quedé de pie junto a su cama y la observé, sin moverme, paralizado mientras pasaban las horas. La luna proyectaba una tenue luz plateada en el interior de la habitación a través de las persianas entreabiertas, creando unas sombras largas y amenazadoras sobre todo lo que nos rodeaba. La pantalla verde del monitor cardíaco, con sus constantes pitidos, era lo único aparentemente vivo. Gracias a ese dispositivo, no tuve que tocarle el cuello a Emma para tomarle el pulso ni acercar mi cara lo suficiente a sus labios para sentir cómo salía el aire de sus pulmones. No tuve que tocarla para nada.

Pero quería hacerlo.

Aún recuerdo cuando la vi por primera vez; cómo supe que estaba destinada a ser mía, de la forma en que uno conecta al instante con su alma gemela. Ella es mi alma gemela; no tengo ninguna duda. Aunque ella aún no lo sepa.

Hay cierta fragilidad en mi preciosa niña. Por fuera, parece intrépida, decidida e imparable, pero sé que todo eso es para aparentar. Una verdadera artista nunca se sale de su personaje, pero yo sé la verdad. Por dentro, no es más que una niña asustada que necesita amor y cuidados para prosperar, para convertirse en la mejor versión de sí misma. Es extremadamente frágil y le cuesta soportar el estrés de la vida cotidiana si yo no estoy. Yo la entiendo y sé exactamente lo que necesita.

Me necesita a mí.

Aunque nunca lo admitirá, ni siquiera ante ella misma.

No sabe los sacrificios que he hecho para vigilarla, para estar a su lado y asegurarme de que permanece a salvo, a pesar de que ha tomado algunas decisiones bastante malas; porque ya ha estado a punto de morir, y si no fuera por mí, hoy no estaría viva.

Tengo tiempo y la quiero lo suficiente para ser paciente, para darle la oportunidad de entender lo que significamos de verdad el uno para el otro. Y yo estaré aquí, esperando, listo para cogerla de la mano cuando esté dispuesta a aceptar la verdad.

Estamos destinados a estar juntos para siempre.

Antes de salir de la habitación, le toqué con suavidad la cara; las puntas de mis dedos apenas rozaron su piel. Ella no lo sintió. Su respiración era baja y constante y no vacilaba. Me incliné más hacia ella y le susurré unas palabras al oído, tan bajito que yo no podía oírlas, solo sabía que las estaba diciendo.

—Estoy aquí, Emma. Siempre a tu lado.

Luego la besé suavemente en los labios, con un roce ligero como una pluma, un susurro contra su boca que la dejó imperturbable. Me quedé un minuto más y salí a hurtadillas, con las manos metidas en los bolsillos delanteros de la sudadera. Ya la echo de menos.

Volveré mañana. No puedo estar alejado de ella demasiado tiempo.

8

En algún lugar a lo lejos suena un teléfono con un pitido fuerte y estridente. El ruido resuena en mi cabeza y entonces, de repente, ocurre lo que dijo el médico que pasaría: un trozo de mi pasado se abre a partir de ese sonido.

Los recuerdos inundan mi mente mientras permanezco tumbada en la cama; la oscuridad total se convierte en un lienzo en el que los destellos de mi pasado empiezan a encajar, formando imágenes que reconozco y valoro, como si viera a un ser querido después de una ausencia demasiado larga.

La llamada que cambió mi vida se produjo a las siete y media de la mañana.

Yo seguía durmiendo en el diminuto apartamento de una habitación de la avenida Lexington. Lo compartía con la que se había convertido en mi mejor amiga, Lisa Chen, una estudiante de interpretación, asiática, bajita y delgada. Detrás de sus ojos expresivos y sus rasgos delicados había una mujer poderosa, con mucho talento e ingenio. Tuve suerte de que nuestros caminos se cruzaran cuando lo hicieron. Íbamos juntas a las audiciones y nos reíamos y bailábamos juntas. Cuando me hice mis primeras fotos profesionales, unas impresiones de alta calidad que me habían costado una pequeña fortuna —el equivalente a una semana trabajando como camarera en Taps On First—, ella fue quien me ayudó a meterlas en sobres para enviarlas a varios agentes, con el corazón lleno de esperanza.

Recuerdo como si fuera ayer la primera vez que vi mis fotos. Mi pelo castaño, largo y ondulado, brillaba con reflejos cobrizos alimentados por el sol; mis ojos azules transmitían una sensación amigable, y mis labios prometían un atisbo de sonrisa, tal vez un toque de asombro o de intriga. Llevaba un top negro, sencillo e informal, y el fotógrafo me había hecho despojarme de la bisutería que tan cuidadosamente había elegido. Y todo por una buena razón: sin las joyas, la mujer que aparecía en esas fotos parecía segura de sí misma y auténtica.

Y, sin embargo, las cartas de rechazo llegaban una tras otra, aunque no eran ni de cerca tantas como las que yo había enviado. La mayoría de los agentes ni siquiera se molestaban en contestar; era como si esas cartas hubieran caído en un abismo invisible de esperanzas y sueños rotos. Ese abismo se llamaba Hollywood, y estaba lleno de jóvenes como yo, que creían no tener ninguna oportunidad.

Mientras tanto, estaba Taps, un bar deportivo ruidoso y siempre abarrotado, donde las horas felices diarias duraban hasta bien entrada la noche. Olía a queso chédar fundido y a hamburguesas calientes, a cerveza derramada y a sudor empapado de alcohol. Trabajaba allí cuatro noches a la semana y el resto del tiempo acudía a clases de interpretación en la UCLA, no porque me gustaran los deportes ni los borrachos gritones, sino porque había oído que muchas personalidades de Hollywood pasaban por allí.

Durante tres largos años, no vi a ninguna. Con la sabiduría que me aportó esa derrota, comprendí que el dueño del bar, un hombre armenio astuto, más bien bajo y corpulento, y de unos cincuenta y tantos años, había difundido entusiasmado el rumor, sabiendo muy bien que eso le proporcionaría empleados fotogénicos, especialmente chicas guapas a las que le encantaba contratar como camareras. Según sus propias palabras: «Una chica sexy paseándose con una bandeja llena de cerveza y patatas fritas nunca le hará daño a un negocio». Y su negocio prosperó, aunque nunca iban famosos.

Pero aunque todo lo que tenía era un trabajo pésimo, un apartamento con moho en las paredes y una cama con un muelle que se me clavaba la espalda cada vez que me daba la vuelta, no soportaba renunciar a mis sueños.

De pequeña, mi madre me dijo muchas veces que era guapa, hasta que empecé a creérmelo. Quería ser actriz desde los quince años y solo hablaba de Hollywood y de películas. Mis padres no me desanimaron, aunque mi padre no estaba demasiado entusiasmado. Pero mi madre me empujaba en secreto a salir de Lubbock, Texas, para que consiguiera ser la mejor versión de mí misma. Y si ese camino llevaba a Hollywood, le parecía bien. Pero primero tenía que graduarme y aprobar los exámenes de acceso a la universidad. Ese era nuestro acuerdo. Si estudiaba mucho y demostraba que podía

superar las pruebas de admisión, mi madre haría todo lo posible por apoyar mi sueño.

Cumplí con mi parte del trato y me gradué con las mejores notas del curso, con una sonrisa radiante en mis labios carnosos y mi largo cabello castaño ondeando al viento bajo el birrete de graduación que llevaba con orgullo.

No podía defraudar a mis padres y regresar a casa como una fracasada.

Sin embargo, esa mañana, cuando me desperté en mi cama llena de bultos, me sentía así. Había estado trabajando hasta las tres de la madrugada y estuve a punto de dejar que la llamada fuera al buzón de voz. Pero, como la esperanza es lo último que se pierde, decidí darle una oportunidad a quien llamara tan temprano.

—¿Emma? Soy Denise Hastings —dijo la interlocutora con un suave y sofisticado acento británico—. Te llamo de la Agencia de Talentos Hastings.

Salté de la cama, con el corazón golpeándome las costillas tan fuerte que casi me ahogo.

—Sí, señora Hastings, lo sé —solté sin pensar—. Quiero decir, que sé quién es, y vaya, ¡muchas gracias por llamarme!

—No sabes por qué te llamo —dijo la mujer con calma—. ¿Y si no hay nada que agradecerme?

La pregunta me dejó sin aire en los pulmones. Tras un largo momento que me cayó como un jarro de agua fría, conseguí pronunciar unas palabras con voz débil.

—Pues… no creo que ese sea el caso. Los agentes que me rechazan no se molestan en llamar.

En cuanto las palabras salieron de mis labios, sentí ganas de darme de bofetadas. Denise Hastings se imaginaría que lo había intentado con cada uno de los agentes que había en la ciudad y que todos me habían rechazado. Lo más probable era que fuese a hacer lo mismo.

El silencio que se hizo al otro lado de la línea era insoportable y se prolongaba, pero resistí el impulso de decir algo más. Ya no tenía arreglo. Entonces Denise se echó a reír, no con sarcasmo, sino con la comprensiva amabilidad de una madre.

—Has ganado varios puntos por tener cerebro, Emma; y humildad.

Suspiré; sentía las gotas de sudor brotarme de las raíces del pelo.

—Gracias, señora Hastings.

—Resulta que hay una convocatoria para una bonita película llamada *Serenata eterna*. ¿Estás…?

—Sí —solté, mientras caminaba emocionada por mi habitación—, ¡por supuesto!

Volvió la risa suave, aunque apagada y un poco más crítica.

—Emma, si vamos a trabajar juntas, tienes que aprender a dejar que la gente termine lo que tiene que decir.

—Lo siento, señora Hastings. Perdóneme; es que… estoy tan emocionada, que yo…

—¿De verdad? No tenía ni idea. —Hubo un momento de silencio, durante el que me mordí el labio para no hablar—. Llámame Denise.

Ese fue el día en que me convertí en una actriz de verdad, con agente y todo. Denise Hastings estaba en el punto de mira de muchos aspirantes a actores. Agente veterana y actriz retirada con dos Globos de Oro y una nominación al Óscar en su haber, era bastante selectiva con los clientes que contrataba. Por razones que nunca llegué a comprender, Denise se interesó por mí.

No era la primera vez que me presentaba a una audición para un papel, pero aquella en concreto fue aterradora. Había demasiado en juego. Denise aún no había firmado un contrato de representación conmigo, lo que significaba que podía pasar de mí, sin obligaciones, si yo no conseguía el papel. Pero no me permití pensar en eso mientras entraba en el estudio al que me habían mandado y me apoyaba en la pared junto a otras cinco o seis chicas, todas más guapas que yo. Los tacones altos, el pelo largo y rubio, los dientes perfectos y los cuerpos de infarto —con vestidos ceñidos al cuerpo— eran la norma en aquellos pasillos.

Oculté lo mejor que pude mi estado emocional exacerbado, y transferí todo ese bagaje al personaje al que momentos después di voz.

No miré fijamente a ninguno de los hombres ni de las mujeres que estaban sentados frente a mí con expresiones hastiadas y posturas encorvadas. Hice contacto visual con cada uno de ellos, les dediqué una sonrisa breve y profesional, y me comporté en todo momento

como si fuera una vendedora cuya actuación era su producto estrella. Cuando abrí la boca, *me convertí* en Sarah, la mejor amiga de una mujer con el corazón roto tras descubrir la infidelidad de su marido.

Conseguí el papel. Uno de los productores me llamó Sarah por accidente cuando me dio las gracias y luego se disculpó. Yo sonreí.

Después de tres semanas de infarto, empezamos a rodar la producción de bajo presupuesto en exteriores, en algún lugar de La Jolla, bajo la dirección de una estrella emergente a la que Hollywood empezaba a prestar atención. Había oído antes el nombre de Steve Wellington; incluso lo había conocido durante mi audición, aunque apenas había dicho nada y se había mostrado bastante desinteresado en mi lectura. Pero no permití que eso me detuviera. Durante esas semanas que pasé preparándome, vi algunas de sus películas y un par de entrevistas cortas que encontré en YouTube. Busqué su nombre en Internet, pero no de forma obsesiva, solo para saber qué me aguardaba.

Pero no me esperaba al Steve que conocí en el plató.

Mientras dejo que mi mente rebusque en los recuerdos, lo veo deslizando un anillo de oro en mi dedo, con los ojos llenos de amor, y mi corazón henchido de alegría. Cuando me levanta el velo y nos besamos, estallan vítores y aplausos en algún lugar detrás de nosotros, cerca, pero, sin embargo, a un mundo de distancia.

Pero eso no ocurrió hasta más tarde. Mucho después.

Había una fuerza en él, un aura de poder que lo rodeaba como un resplandor y que llamaba la atención de todos. Vestido con traje, camisa blanca y corbata gris oscuro, parecía listo para presentar un nuevo proyecto ante unos empresarios de alto nivel o para subir al escenario del Dolby Theatre para recoger su estatuilla. Con un rostro anguloso, pómulos prominentes, mandíbula fuerte, ojos azules de mirada profunda que permanecían intensos aunque estuviera consultando el menú del almuerzo, y una voz de barítono que se propagaba por el plató en rápidas ráfagas de dirección entusiasta, Steven Wellington era muy intimidante. Su discurso del primer día fue una buena prueba de ello.

—Depende de nosotros, de la gente que está en este plató, que esta película tenga éxito. ¡Hacedla vuestra! Me gustaría pensar que estáis

aquí porque creéis que esta película se merece lo mejor y que vosotros sois los mejores. ¡Dejad que brille vuestra luz! Es una historia en la que creemos, una historia con la que nos identificamos fácilmente, un ámbito donde la fragilidad humana y la redención se entrelazan para crear una experiencia inspiradora. —Steve hizo una pausa y todos permanecimos en silencio. Durante un breve instante, sus ojos se cruzaron con los míos, y luego se apartaron mientras continuaba diciendo—: Quiero expresar mi gratitud a todos y cada uno de vosotros por aportar vuestra pasión y talento a este proyecto. ¡A rodar!

Serenata eterna fue mi primer papel de verdad en un proyecto multimillonario. Estaba emocionada y aterrorizada al mismo tiempo, y sabía muy bien que todo eso pendía de un hilo. A los pocos segundos de oír hablar a Steven Wellington, supe que, si cometía el más mínimo error, saldría del plató más rápido de lo que él tardaría en llamar por teléfono a su director de *casting* para que me sustituyera. Si olvidaba mis líneas o me atragantaba, me despediría sin pensárselo dos veces.

La grabación empezó conmigo en ese estado de ánimo y casi me atraganté dos veces; cada tropiezo empeoraba las cosas. Steve dejó de rodar y me hizo señas para que me acercara.

—Confía en ti misma —me dijo en voz baja, para que lo oyera solo yo—. Puedes hacerlo.

Y así, con unas pocas palabras, me ayudó a encontrar mi equilibrio y a brillar.

Bajo su dirección, aprendía y disfrutaba de mi trabajo más de lo que había creído posible. Me empujó a explorar aspectos del personaje que no había considerado y me animaba a experimentar, lo cual fue bastante aterrador al principio con tanta gente mirando, con todo un equipo al que podía decepcionar.

Tardé menos de una semana en darme cuenta de que, aunque motivaba a todo el mundo del plató, Steven Wellington mostraba un interés especial en mi actuación.

Una noche, después de tener que rodar la misma escena tres veces seguidas debido al desprecio mal disimulado de la actriz principal por cada línea de diálogo que yo pronunciaba, Steven habló con ella

en privado en uno de los pequeños dormitorios sin amueblar que servían de almacén de equipos en el plató. Salió con el ceño fruncido y dando un portazo.

La vi marcharse con gesto preocupado. Era el primer papel auténtico que hacía en una película y, de alguna manera, me las había arreglado para enemistarme con la protagonista. En Hollywood se conoce todo el mundo; no podía permitirme que me culparan de crear tensiones en el equipo.

Teniendo eso en cuenta, estuve a punto de rechazar la invitación a cenar de Steven Wellington.

Me alegré de no haberlo hecho cuando, horas después del cierre, seguíamos charlando en la pequeña terraza desierta, con nada en la mesa ya excepto dos botellines de cerveza vacíos.

Steve y yo descubrimos que teníamos muchas cosas en común. Ambos éramos admiradores de los primeros trabajos de Scorsese; Steve lo había estudiado en detalle y yo había visto la mayoría de sus películas. Ambos citamos frases de *New York, New York* entre carcajadas cuando imité el extravagante estilo de Liza Minnelli y forcé la voz para cantar algunas notas del tema principal. Entonces Steve se convirtió en De Niro en *Uno de los nuestros,* con unas líneas que reconocí de inmediato. Lo hacía increíblemente bien, era muy convincente. Habría sido un gran actor.

—Cuando la rodaron, yo estaba allí, en el plató —dijo Steve—. Scorsese dijo: «Recuerda que Jimmy es encantador, pero también es muy calculador. Tiene un carisma superficial que atrae a la gente, pero en el fondo siempre está conjeturando, planeando y conspirando». O algo así —añadió, y nos echamos a reír de nuevo—. Fue entonces cuando supe que quería ser director. —Sus ojos brillaban mientras hablaba—. Mi trabajo da vida a las historias —gesticuló con entusiasmo—, moldeándolas como si fueran de arcilla, aunque están hechas de emociones. La gente cree que las historias están hechas de palabras o de hechos, acontecimientos, ese tipo de cosas..., pero se equivocan. Conectamos con las emociones.

—¿Eras actor? —Era lo bastante guapo como para haber sido una estrella si lo hubiera querido.

Ladeó un poco la cabeza y en sus labios se dibujó una sonrisa.

—No. Nunca he actuado; no lo haría bien. —Su sonrisa floreció, y se le marcó un pequeño hoyuelo en la barbilla—. Era becario… de los que no cobraban. Dejé los estudios y trabajaba metiendo la compra en bolsas los fines de semana para poder permitírmelo. Era más bien un chico de los recados, aunque estaba contratado como ayudante de producción. Básicamente, lo que hacía era llevarles cafés a todos y aprender de Scorsese.

—Vaya —dije, consciente de repente de lo tarde que era, de lo desiertas que estaban las calles y de cómo habían resonado nuestras risas hacía un rato.

«¿Qué hago aquí? Y encima estoy con mi jefe…».

Pero el tiempo para pensar había llegado y se había ido a toda prisa entre largos días de trabajo en el plató, momentos de ansiedad y sudor en las palmas de las manos mientras releía las líneas una vez más justo antes de que empezara mi escena, y más cenas tardías con Steve.

En la oscuridad inmóvil de mi mundo, recuerdo nuestra boda y esta vez me pierdo en la nostalgia, deleitándome con su amor, añorándolo.

—¡Se supone que no debes verme! —grité, cuando me encontró con mi vestido de novia antes de que empezara la ceremonia. Pero en realidad no estaba molesta; la expresión que había en su rostro fue suficiente para borrar cualquier superstición de mi mente. Me acerqué, levantando un poco la falda, y lo besé con suavidad—. Y ahora, márchate de una vez. Estaré allí en un minuto.

Me miré en el espejo una vez más mientras mi madre me colocaba el velo y me ahuecaba la falda. Denise me contemplaba desde su silla con un poco de melancolía en los ojos. Le di las gracias mientras recorría con las manos mi esbelta cintura cubierta de seda. El vestido era exquisito, con delicados motivos florales de encaje en las mangas, la espalda y el escote, que caían en cascada hasta una falda de satén que bailaba ligeramente con cada paso. Denise me había ayudado a elegirlo y era el único derroche de un evento en realidad bastante modesto. Estaba muy por encima de mi presupuesto, pero el vendedor se había apresurado a rebajar el precio un cincuenta por ciento de manera sospechosa, probablemente por influencia de

Denise. El toque final lo puso un ramo de hiedra y rosas blancas. Era perfecto.

—Estás guapísima —dijo mi madre, acariciándome la cara con dedos temblorosos. Sus ojos brillaban por las lágrimas—. Sé muy feliz, pequeña. Eso es lo que deseo para ti.

Fue surrealista.

No recuerdo casi nada, aparte de estar con Steve, caminando hacia él entre dos filas de gente sonriente; recuerdo que los dos nos miramos a los ojos mientras decíamos nuestros votos; recuerdo que pronuncié el «Sí, quiero», y luego oí a Steve susurrar: «Te quiero» mientras deslizaba el anillo en mi dedo, y recuerdo mis labios contra los suyos durante un momento vertiginoso y sin aliento, una promesa de más felicidad aún por llegar.

—Doctor Parrish, acuda a la sala de Enfermería —anuncia la megafonía, sacándome de mi ensoñación. La oscuridad de mi mundo es abrumadora y aterradora.

Debería llamar a Steve. *«¿Qué le ha pasado? ¿Por qué no está aquí?»*.

El pensamiento indeseado e inconcebible vuelve y me hiela hasta los huesos. *«¿Fue él? ¿Fue él quien intentó matarme?»*.

Un cambio en el aire llama mi atención. Escucho con atención. La puerta se ha abierto silenciosamente y unos pies enfundados en zapatos con suelas de goma se acercan de forma sigilosa. Un leve aroma que no me resulta familiar llega a mis fosas nasales; no es Isabella.

Tengo ganas de gritar, pero me quedo inmóvil e indefensa, sin atreverme a respirar.

¿Ha venido a matarme?

9

Aterrorizada, espiro en silencio mientras destellos de recuerdos inundan mi mente como fragmentos de un espejo roto. Me veo corriendo, me giro para mirar por encima del hombro y vacilo; casi me caigo, pero me sujeto a la pared para mantener el equilibrio mientras me dirijo hacia la puerta. Agarro el pomo y tiro con todas mis fuerzas. Vuelvo a mirar por encima del hombro, pero solo veo un brazo levantado que baja con un golpe despiadado.

Pero el rostro de mi atacante permanece oculto en las sombras de mi mente, invisible.

El suelo cruje de manera casi imperceptible. No estoy sola en la habitación. Ya no.

—¿Estás aquí? —pregunto, decidida a enfrentarme a quien sea y a luchar por mi vida hasta que el último aliento haya abandonado mi pecho—. ¿Dónde estás? ¿Qué quieres?

—Shhh… No pasa nada —dice una voz ronca y suave—. Soy Jasmine, tu enfermera. Pero puedes llamarme Jas.

El alivio que siento es tan intenso que me llena los ojos de lágrimas.

—Hola, Jas —consigo decir—. No tienes ni idea de lo feliz que estoy de conocerte. —Hago una pausa, repentinamente insegura—. ¿O ya nos conocíamos?

Oigo una ligera risita, que suena más como un gorjeo, proveniente del lado izquierdo de mi cama. Me imagino a Jasmine como una mujer alta, con mucho pecho y una amplia sonrisa en su cara redonda.

—Bueno, depende de cómo se mire. Puede que no me recuerdes, pero llevas unos días a mi cargo.

—Creo que no me acuerdo… —digo; mi voz es un susurro cansado—. Claro, puede ser. Lo siento. Intentaré acordarme de ti mañana. ¿O ya he dicho eso antes?

—No, en realidad, es la primera vez que hablamos. —La cama se inclina hacia el lado izquierdo y el uniforme cruje cuando la

enfermera se sienta. Una mano cálida me busca el pulso en la muñeca—. ¿Notas esto?

—Vagamente.

Hay un instante de silencio mientras la mano de Jasmine presiona con suavidad mi antebrazo.

—¿Qué quieres decir con vagamente?

—Como si la mano no fuera mía. Puedo sentirla, pero no del todo. Es como si estuviera soñando.

—¿Y ahora? —Jasmine me agarra los dedos y aprieta un poco más.

—Más o menos igual.

Después de un momento de silencio, Jasmine me suelta.

—Qué interesante… —Se levanta y la cama se nivela, pero no oigo que se mueva—. No pasa nada; seguro que es un efecto secundario de los sedantes y los analgésicos que tomas. Estás hasta arriba de medicación, ¿sabes?

—El médico me dijo que me había bajado la dosis.

—¿Y no ha mejorado nada esa sensación de que la mano no es tuya?

—No. —Espero que continúe hablando, pero Jasmine no dice nada más. Parece haber reanudado sus tareas, y camina apresurada por la habitación abriendo cajones, moviendo objetos pesados sobre ruedas; el sonido de las ruedas deslizándose por el suelo es inconfundible—. ¿Hay alguien más en la habitación?

Los pasos se detienen en seco, a poca distancia de mí.

—No, ¿por qué lo preguntas?

—Solo… por estar segura. —Trago con dificultad, deseando poder servirme un poco de agua para aliviar mi garganta seca—. Tengo miedo —admito simplemente—. No sé si…

—¿Qué te pasó, querida? —El soporte del historial repiquetea al golpear contra los pies de la cama; plástico contra plástico—. Aquí veo que la policía lo está investigando y viene un nombre. ¿Te atacaron?

—Alguien intentó matarme.

—Dios mío —dice Jasmine—. ¡Qué horror! ¿Quién?

Me muerdo el labio, frustrada. Es agradable sentir cómo mis dientes se hunden en la carne, una de las pocas cosas que puedo hacer yo sola.

—Ese es el problema. No me acuerdo, igual que no me acuerdo de haberte conocido antes, ni del nombre de mi médico, que ya he olvidado varias veces, ni de muchas otras cosas. ¡Soy incapaz de recordar! —Elevo la voz, aún temblorosa, pero el tono es cada vez más enérgico.

—No te preocupes —dice Jasmine, y me retira las sábanas del cuerpo. El frío del aire me pone la piel de gallina—. Es muy común en casos como el tuyo. Tienes una conmoción bastante seria y estás tomando suficientes medicinas como para tranquilizar a un caballo. Recuperarás la memoria.

—No lo entiendes —insisto, mientras Jasmine me cambia la sábana bajera, haciendo que me ponga de lado con delicadeza—. He olvidado muchas cosas; prácticamente la mitad de mi vida. He olvidado quién era antes de esto. No me he acordado de que estaba casada hasta hace una hora; me ha venido a la memoria como una oleada de emociones, detalles, imágenes y sonidos que solo a veces se convierten en un recuerdo cohesionado y sólido, como los de antes. Y ahora no sé dónde está mi marido, ni si fue él quien…

—Shhh… Date un poco de tiempo. Lo recordarás todo. La amnesia postraumática casi siempre se resuelve sin problemas.

—Eso es lo que me dijo el doctor… —respondo.

—Sokolowski.

—Sí, él. ¿Es bueno?

—El mejor. —La respuesta no se hace esperar—. Tienes mucha suerte de que sea tu médico. Además, es muy agradable, nada arrogante ni presuntuoso como otros médicos que he visto, que miran por encima del hombro tanto a los pacientes como a los enfermeros. —Me toca la cara con las palmas de las manos—. Gira la cabeza, por favor; así…, despacio. ¿Te duele?

Hago una mueca de dolor. Me palpita el cráneo y moverme lo empeora.

—Sí, pero no me des más calmantes. Necesito recordar. Tengo que hacerlo.

—De acuerdo; solo quiero ponerte de lado. No es bueno estar de espaldas tanto tiempo. ¿Te apetece ponerte así?

—No sé… Supongo que sí.

—¿Cómo te gustaba dormir antes de que pasara todo esto? ¿Sobre tu lado izquierdo?

—Sí. —Esbozo una leve sonrisa—. ¿Cómo lo has sabido?

—La mayoría de la gente prefiere dormir sobre su lado izquierdo. —Mueve las sábanas y me toca brevemente los tobillos—. Tus piernas están lo bastante calientes; la circulación está bien. Venga, vamos a girarte. Empezaremos con los hombros y las caderas y te daré la vuelta… Así.

Dejo que Jasmine mueva mi cuerpo y me coloque las extremidades mientras habla, hasta que me siento lo bastante cómoda. Intento desesperadamente no pensar en lo que está pasando; evito visualizarme mientras me manipulan y me instalan como si fuera una muñeca rota.

La enfermera se mueve con suavidad, pensativa, y su voz me mantiene anclada de algún modo, como algo a lo que puedo agarrarme para mantener el equilibrio. Le doy las gracias con una sonrisa triste.

—Si no consigo recordar, moriré —susurro cuando Jasmine me tapa el cuerpo con la ropa de cama—. Él vendrá a por mí otra vez. Lo sé. Puedo sentirlo. Yo solo… Necesito estar preparada para cuando eso ocurra.

—¿Él? —pregunta Jasmine, y entonces el silencio se hace pesado, sofocante, al no encontrar una respuesta en la que pueda confiar—. ¿Sabes?, estos dedos viejos se mueren por llamar a la policía y darles el nombre de quien te hizo esto.

Suspiro y la dolorosa espiración deja mi cuerpo temblando.

—No sé quién fue, Jas, y me aterra averiguarlo, pero tengo que hacerlo. Ayúdame, por favor.

—Shhh… Estoy aquí —dice Jasmine—. Ahora necesitas descansar.

—¿Cómo me defiendo si viene? ¿Qué puedo hacer? Ni siquiera puedo mover las manos. —La desesperación tiñe mi voz cuando intento cerrar los puños y no lo logro; me doy cuenta de que apenas consigo que mis dedos se muevan.

—¿Por qué no me quedo contigo esta noche? —se ofrece Jasmine—. Me sentaré aquí, a tu lado, y me aseguraré de que nadie se acerque a ti.

Abre un cajón, luego pasa junto a la cama y hace algo con la bolsa de suero conectada a mi vena. Percibo que el tubo intravenoso se mueve ligeramente y el cambio en el aire cuando Jasmine va y viene.

La somnolencia comienza a extenderse por todo mi cuerpo, cálida y casi imposible de vencer, aunque quiera mantenerme despierta tanto como sea posible. Sé que me ha drogado, en contra de mi petición explícita, pero ya no me importa tanto.

—Gracias —le digo, agradecida pero consciente de que tiene otros pacientes que atender. En cuanto me duerma, probablemente saldrá corriendo para ponerse al día con su trabajo.

Ese pensamiento me hace darme cuenta de lo irracionales que son mis miedos. Estoy segura aquí, rodeada de personal, en un hospital. O tal vez no estoy tan segura… El tamaño del edificio permite que mi atacante se cuele y vuelva a intentarlo.

Porque lo hará, aunque solo sea para evitar que testifique. ¿Cómo puede saber que no recuerdo nada? Y aunque lo supiera, no se arriesgaría a dejarme vivir hasta que recupere la memoria. No soy más que un cabo suelto, a punto de ser atado con un nudo apretado y mortal.

Y esta vez, no habrá escapatoria.

Algo golpea con fuerza al caer al suelo, sobresaltándome. Un jadeo involuntario escapa de mis labios.

—Lo siento mucho —murmura Jasmine—. Estas viejas manos ya no funcionan tan bien como antes.

Escucho otros sonidos y me imagino a la enfermera ocupada con sus tareas: abriendo envoltorios, cogiendo basura, aplastándola, abriendo un contenedor y echando allí lo que ha espachurrado. A continuación, cierra la tapa con un fuerte sonido de metal al chocar contra metal, como en esos cubos de basura que se controlan con el pie. O tal vez esté equipado con un sensor de movimiento, cuya tapa se abre al pasar una mano por delante. Me pregunto si el contenedor tiene los tres círculos entrelazados del símbolo de riesgo biológico. En mi mente, sí. Es de acero inoxidable plateado y los círculos son negros, no rojos, como he visto en algunas películas…, negros. No sé por qué, pero estoy segura de ello.

Mi mente está jugándomela otra vez.

—Listo —anuncia Jasmine. Acerca un taburete a mi cama y toma asiento con un suspiro de satisfacción—. Ahora descansa mientras leo este libro.

—¿Qué estás leyendo?

El taburete gime un poco bajo su peso.

—Lo último de James Patterson. Me encantan las novelas de misterio. —Se ríe en voz baja y hojea las páginas del libro. Percibo el fresco aroma del papel recién impreso y cortado. Es muy agradable, huele casi como la vainilla. Me recuerda a las noches acogedoras que paso en el sofá con un libro en el regazo.

El silencio se prolonga durante un rato, pero entonces, cuando estoy a punto de quedarme dormida, un pensamiento toma forma en mi mente, estremeciéndome. Me pregunto si ella sigue ahí, en la habitación.

—Jasmine, si quisieras matarme, ¿cómo lo harías?

10

El sonido de la sirena de una ambulancia que se acerca me despierta con un sobresalto. Escucho: la multitud de ruidos pinta un cuadro que puedo ver con tanta facilidad como si estuviera apoyada en el alféizar de la ventana, mirando. La sirena suena cada vez más fuerte y para con brusquedad cuando el vehículo se detiene. Las puertas traseras se abren con un leve chirrido y, a continuación, las ruedas de la camilla golpean el suelo. Las mismas puertas, presumiblemente, se cierran de golpe. La camilla, que traquetea con suavidad sobre las ruedas, y los gemidos de un hombre se entrelazan para contar una historia que no puedo ver con mis propios ojos, pero que sigue siendo muy conmovedora. Los sonidos se desvanecen en la distancia.

—¿Jasmine? —llamo con un hilo de voz, todavía somnolienta después de haber dormido durante un rato (un rato indeterminado); la ausencia de luz diurna en mi mundo me deja presa del enloquecedor juego de las suposiciones. Me siento mareada y perdida, con la boca seca y la consciencia luchando por emerger bajo las capas de medicación, como un barco a través de la espesa niebla del mar. Nadie responde. Después del sonido de la ambulancia, el silencio que hay en la habitación resulta espeluznante—. ¿Jas? —vuelvo a llamar, esta vez con la voz ahogada por las lágrimas.

Recuerdo lo disgustada que estaba mi enfermera después de mi pregunta y la frialdad con que me ha contestado: «Estoy dispuesta a pasar por alto esa pregunta y culpar de ello a los fármacos que estás tomando».

Cuando le he preguntado a Jasmine cómo me mataría, quería conocer sus ideas como aficionada a la novela negra, como trabajadora de un hospital y como alguien que podía ver acercarse el peligro. He hecho lo que he podido para explicarle todo eso. Al cabo de un rato, su voz ha vuelto a ser cálida y se ha disculpado, pero luego ha salido de la habitación después de sugerirme una consulta psiquiátrica, e incluso ha anotado esa recomendación en mi historial.

No estoy loca. Sé que no lo estoy. No me estoy imaginando el dolor

punzante que tengo en la nuca, como tampoco el recuerdo inquietante de mí corriendo y suplicando por mi vida. Ahora todo lo que tengo son sonidos y olores, y mucho tiempo para intentar reconstruir los recuerdos que conforman la persona que era antes.

Por primera vez en mi vida, escucho; pero de verdad, prestando atención a los sonidos de una forma diferente y mucho más rica de lo que lo había hecho antes. En mi mundo permanentemente oscuro, los sonidos se han vuelto tridimensionales y mi conciencia se ha aguzado por la falta de distracciones visuales. Es una fuente prolífica de información que dibuja con precisión imágenes para el ojo de mi mente, que puedo reconocer e interpretar. Mi oído se ha afinado, a pesar del cóctel de fármacos que aún me produce somnolencia y debilidad. Oigo el canto de los pájaros al otro lado de mi ventana y, a veces, el silbido del viento, el leve golpeteo de las gotas de lluvia, el crujido del suelo bajo los pasos más sigilosos…

Quizá no pueda ver venir a mi atacante, pero seguro que lo escucharé. Puede que tenga uno o dos segundos de ventaja. Pero después, ¿qué voy a hacer?

Mientras lo pienso, intento mover la mano. Al principio, tanteo la manta con la punta de los dedos y disfruto pasándola lentamente por la suave superficie afelpada. La sensación es tan extrañamente remota como antes, pero está ahí. Intento que mi mano trepe por la manta y llegue hasta mi cara. Después de lo que parece una eternidad, tal vez he cubierto un par de centímetros de esa distancia. No me duelen el brazo ni los dedos, tan solo se niegan a obedecer mi voluntad de moverse. Lo que antes era natural, ahora es una lucha imposible.

Pero hoy me he movido cinco centímetros más que ayer. Y el día no ha hecho más que empezar.

A lo lejos, las voces alegres de dos mujeres enfrascadas en una conversación se acercan deprisa y luego se desvanecen en la distancia al pasar por delante de mi habitación.

—… quieres seguir yendo allí a comer. Lo sabía —dice entre risas una mujer con voz cantarina.

—Cállate o no vienes —responde la otra, riendo en voz baja.

Me doy cuenta de que las dos mujeres son buenas amigas, de las

que se hacen confidencias y cotillean juntas. El sonido casi ausente de sus pasos me hace pensar en los zapatos que llevan Isabella y Jasmine: son cómodos y prácticos, y no suenan a cada paso ni molestan a los pacientes. Las dueñas de las dos voces jóvenes son probablemente enfermeras.

Charlas sin importancia… Otro de los pequeños lujos de la vida que ya no tengo. Ahora nada de mi vida carece de importancia. Mientras mi atención se vuelve hacia mis dedos obstinadamente perezosos, el recuerdo de mis gritos me invade la mente con fuerza y me obliga a revivir los momentos previos a perder el conocimiento. Esos ojos con tanta ira y tanta rabia feroz se clavaban en mí con esa mirada llena de odio, petrificándome. Y estaban llenos de algo más que no había recordado antes: de emoción. Tenían un destello de júbilo, como si mi caída fuera el gran final de una carrera agotadora.

¿Esos ojos brillantes eran de Steve?

Como si estuviera en un sueño, rememoro la mirada, cómo me sentí bajo las dagas de esa odiosa mueca, lo fría que era; pero no consigo ver los ojos que rezumaban tanta rabia. ¿Eran azules, como los de Steve?

No estoy segura.

Lo único que recuerdo es cómo me sentía y cómo corría, gritando hasta que mi garganta ardió en carne viva.

El recuerdo se disipa en la nada, desaparece en el preciso instante en que fui abatida y todo mi mundo se oscureció en una explosión de estrellas verdes que estallaron detrás de mis párpados.

No tengo nada. No hay ninguna respuesta a la pregunta que me impide llamar a mi marido para tenerlo cerca y no sentirme tan desesperadamente sola y vulnerable. Y tampoco tengo ni idea de por qué no me está buscando.

No me consta que Steve fuera un hombre violento, pero hay muchas cosas que no sé de él. Hasta hace más o menos un día, había olvidado que existía. ¿Qué se me está escapando?

Respiro hondo mientras sigo flexionando los dedos, decidida a hacerlos funcionar de nuevo. Dejo que mi mente divague y busco fragmentos de mi pasado para unirlos en algo coherente. Por un momento, no le encuentro mucho sentido a los retazos que pasan por

mi mente. Pero de repente, en un arrebato de lucidez, me doy cuenta de ello y me invade como una ola. Agradecida, me permito sumergirme en el descubrimiento de lo que solíamos ser, y la voz de Steve resuena en mi cabeza.

—Cariño, lo hemos conseguido —susurró, emocionado, cuando el locutor de los Globos de Oro pronunció su nombre. Me dio un beso rápido en los labios y se dirigió hacia el escenario con una sonrisa que podría haber iluminado toda La La Land. Me levanté y aplaudí, feliz por él y un poco triste por mí. Mi propia nominación al Globo de Oro, por el papel protagonista de *La caída de Jane Watkins*, no se había materializado.

—Esto va a cambiar el rumbo de nuestras carreras —dijo más tarde, aún emocionado tras una larga ceremonia seguida de una fiesta. Estábamos en uno de los restaurantes del Hotel Beverly Hills, desayunando tortitas y champán—. Ya verás, esto solo es el principio. —Los ojos le brillaban de alegría.

Pero eso había llegado después.

Primero, había venido la emoción de rodar *Jane Watkins*. Nunca había visto a Steve tan sumamente emocionado. No dormía más de cuatro horas al día, trabajaba todo el rato y había adelgazado por no comer, aunque yo lo persiguiera con sándwiches y aperitivos. Parecía que todo su ser se había condensado en ese fuego interior que lo consumía todo y que no había encontrado tregua hasta que se había rodado la última escena.

Mi relación con Denise se fortaleció durante ese tiempo, hasta convertirse en una estrecha amistad. Siempre que podía, se pasaba por el sitio en el que estábamos rodando y observaba con orgullo cómo daba vida a Jane Watkins. Gracias a sus consejos y a la dirección de Steve, me convertí en una actriz que había descubierto su propia voz. El guion era brillante y la historia prometía atrapar de una manera memorable a los espectadores. Y yo adoraba a Jane, la madre viuda de un niño de siete años con una personalidad polifacética, que había convertido su fragilidad en fuerza cuando había tenido que luchar por su él.

Sin embargo, para mi horror, después del estreno de *Jane Watkins*

en verano, empezaron a referirse a mí como una «nepoactriz» al atribuir mi éxito enteramente a mi marido. Todo el mundo menospreciaba mi actuación debido a mi matrimonio con el director estrella del que todo el mundo hablaba. Eso duró unos meses y culminó con los Globos de Oro en enero y mi victoria en los *People's Choice Awards* un mes después.

Luego se estrenó otra película, y otra, y el polvo del olvido empezó a caer sobre nuestras carreras.

Durante un tiempo, Steve fue exigente con los proyectos en los que quería trabajar, preocupado por la reputación que estaba empezando a labrarse. Me presentaba a las audiciones a las que me apuntaba Denise, pero los productores siempre me rechazaban por algo. Uno de ellos me dijo: «Lo has hecho genial, Emma, pero siempre serás Jane Watkins, y necesitamos a alguien muy diferente, a alguien más fresco…». Y otros probablemente asumieron que solo había conseguido el papel de Jane Watkins porque era la mujer de Steve y que no tenía ningún talento. No, pensaban que había sido por el excelente guion y dirección de Steve Wellington, que era un genio.

Uno de esos días, poco después de que Steve ganara el Globo de Oro y tras una audición que acabó con promesas y buenos deseos en lugar de con un contrato, llegué a casa y me encontré una llave, atada con un lazo rojo, esperándome en la mesa del comedor, colocada sobre dos billetes de avión.

—¿Qué es eso? —pregunté, mirando a los ojos aniñados de Steve.

Él sonrió y me cogió la mano.

—Ya lo verás.

Esa tarde fuimos a Tahoe en un vuelo corto en el que no obtuve ninguna respuesta a mi aluvión de preguntas. Estuvo sentado a mi lado, mirándome con ese brillo en los ojos que me encantaba y un atisbo de sonrisa que le formaba hoyuelos en las mejillas, y no dijo ni una palabra. Cogimos un coche de alquiler en el aeropuerto y condujo durante unos cuarenta minutos por hermosas carreteras sinuosas de montaña hasta detenerse delante de una gran casa de campo de una sola planta construida en medio de cuatro mil metros cuadrados de bosque. Yo no tenía ni idea de quién vivía allí. Las luces

estaban encendidas en el interior y en los jardines. Era tan hermosa que me dejó sin aliento.

Él apagó el motor y me miró.

—¿Estás lista?

—¿Para qué? —No estaba vestida para un evento formal en una casa así. En cuanto a Steve, él siempre llevaba traje.

—Para atravesar en brazos el umbral, señora Wellington.

—¡Aaah! —chillé. Lo miré a él y luego a la casa. Salí del coche y corrí a sus brazos—. ¡No me lo creo!

Todavía estaba chillando cuando me cogió en brazos y me llevó dentro. Me hizo una visita guiada y yo me sentía entusiasmada y asustada al mismo tiempo. Le pregunté cómo íbamos a pagar la casa y por qué había elegido Tahoe cuando nuestras vidas estaban en Los Ángeles, pero no quiso responder a ninguna de esas preguntas; se limitó a ignorar mis preocupaciones y a recordarme que nuestras vidas acababan de empezar.

La casa era increíble. La ventana triangular del salón, que llegaba del suelo al techo, daba al lejano lago y a los imponentes picos nevados que lo rodeaban. Una chimenea rústica de piedra con un hogar elevado, una repisa de madera y estanterías empotradas a ambos lados, actuaba como pieza central de la habitación. El primer objeto que se trasladó a la casa nueva fue el Globo de Oro de Steve, que aterrizó sobre esa repisa, mientras que yo caía en los brazos de mi marido para recibir un beso apasionado que me hizo olvidar mi preocupación por nuestro futuro.

Fue divertido disfrutar durante un tiempo de nuestro éxito fugaz. La felicidad de Steve coloreaba nuestras vidas con una pátina de cuento de hadas mientras a mí se me revolvían las tripas al notar lo rápido que se iba el dinero. Poco después de cerrar la compra de la casa en el lago Tahoe, Steve se compró un BMW M4 Coupé con un impresionante tono azul metalizado. Como un niño con un juguete nuevo, no me invitó a conducirlo, pero escondió una caja envuelta para regalo en la guantera del descapotable nuevo. Me llevó a nuestro mirador favorito del lago y me la dio.

—Esto es para mi preciosa mujercita.

Sonreí y me perdí en los cariñosos ojos azules de Steve mientras

abría el paquete. La pulsera de diamantes era una absoluta maravilla.

Durante un tiempo, fuimos inmensamente felices. Luego vino la desdicha de no repetir el éxito de *Jane Watkins*. No le llegaban buenos guiones y los productores parecían preferir a otros directores. Su teléfono sonaba con lo que él llamaba «ideas basura» y, durante un tiempo, las rechazó todas, reservándose para la siguiente gran superproducción que nunca llegaba…

A altas horas de la noche, mientras la decepción cubría nuestros días de amargura, hablábamos sin parar, diseccionábamos cada aspecto de cada llamada que habíamos o no habíamos recibido. Por qué fulano había elegido a otro director para su nuevo *thriller* psicológico… Pues claro, porque conocía a ese director desde hacía años, salían de fiesta juntos, jugaban al póquer los viernes por la noche y todo eso. Ninguno de los dos nos relacionábamos bien con los más grandes de Hollywood; al cabo de un tiempo, empezamos a pasar todos los fines de semana en Tahoe, donde no ser invitados a ningún sitio parecía hacernos cada vez menos daño.

Pero Steve estaba más y más desesperado. Pasaron dos años y su Globo de Oro estaba solo en la repisa de la chimenea del salón.

Yo era menos exigente con el trabajo. Me presentaba a las audiciones que me decía Denise y, en ocasiones, recibía ofertas razonablemente buenas. Nada al nivel de *Jane Watkins*, pero el dinero escaseaba y sabía que mis años buenos estaban contados. A diferencia de Steve, el tiempo no jugaba a mi favor. *Amor de verano*, una película cursi en la que enseñaba los pechos durante exactamente un segundo y medio, provocó nuestra primera discusión.

—… irresponsable, y eso es un quedarme corto. —La voz de Steve resonó en mi mente, enfadada, fría e hiriente—. ¿Has pensado en lo que eso va a provocar? ¿Lo que te va a hacer a ti? ¿Y a mí?

—Soy actriz, Steve. Ese papel, es… complejo, es real. Tomé una decisión profesional.

—¿Una decisión profesional? ¿Desnudarse ante la cámara es una decisión profesional?

—No tiene nada que ver con la desnudez; tiene que ver con el arte y

con la historia que contamos. Sé que puedes entenderlo; se te da muy bien con otros actores. Y además, dura menos de dos segundos.

Se rio con amargura y sacudió la cabeza.

—¿A eso lo llamas arte? Yo lo llamo suicidio profesional. ¿Y has pensado en mí? ¿En que voy a ser el marido de esa actriz que se desnudó para que todo el mundo la viera?

—Vaya, así que se trata de tu ego, ¿no? ¿De *tu* carrera? —En el calor del momento, olvidé cuánto deseaba que nos reconciliáramos y volviéramos a ser felices—. ¿Y qué pasa con la mía? ¿Con mis decisiones? Ya no estamos en la Edad Media.

Me señaló con un dedo acusador.

—No, se trata de respeto, hacia ti misma y hacia mí. Has traspasado una línea. Deberías haber hablado conmigo antes de firmar ese contrato.

Su voz elevada me hizo dar un paso atrás. No quería discutir más, pero él no tenía razón en nada.

—Acepté este papel porque me suponía un reto. No para desafiarte ni… ni para avergonzarte.

—Pero ¿a qué precio, Emma? Los susurros, las miradas… ¿Has pensado en eso?

—No viviré con miedo a la industria ni a ti. —Me crucé de brazos y lo miré fijamente, ahogando las lágrimas no deseadas. Él desvió la mirada y bajó los hombros y la cabeza—. Quiero que seamos felices, Steve. Es lo que más deseo en el mundo, pero me debo a mí misma intentar construir algo yo sola.

Por suerte, nos reconciliamos esa misma noche; ya no sabía cómo vivir sin él.

La segunda pelea llegó cuando acepté un trabajo de camarera en el lago Tahoe para los fines de semana cuando no estaba actuando. Los turistas hacían que mi trabajo mereciera la pena, y no me importaba que alguno que otro me reconociera o hiciera algún comentario lascivo. Así pagaba algunas facturas y aliviaba un poco el estrés de Steve. O eso creía yo.

Se enfadó mucho cuando se lo dije, pero su ira se esfumó, se disolvió en un santiamén por mis lágrimas. No era un hombre que

permaneciera enfadado conmigo mucho tiempo; me quería demasiado para eso.

Recordaba a Steve como alguien bueno y amable, casi paternal, no como alguien que me hubiera mirado con ojos llenos de rabia, dispuesto a golpearme.

Mientras la megafonía emite un código de emergencia, me pregunto dónde está, por qué no me está buscando y por qué no está sentado aquí, a mi lado, cogiéndome de la mano.

«Debe de estar rodando en algún lugar», decido, tras un momento de duda paralizante y escalofriante. Debería llamar a su ayudante para averiguarlo. ¿Cómo se llamaba? Era un joven de pelo oscuro y rizado y ojos negros, de menos de veintidós años, que estaba enamorado en secreto de mi marido. Besaba el suelo que pisaba Steve y a veces me ponía celosa, pero Steve no era gay. No tenía nada de qué preocuparme.

«Tal vez debería llamar a Steve. Seguro que está muy preocupado por mí».

11

—¿Qué es un código azul? —pregunto para romper el hielo antes de atreverme a expresar las preguntas más importantes que tengo en mente.

Llevo todo el día inquieta, consumida por demasiados miedos como para contarlos, pero al mismo tiempo un poco aturdida, luchando contra la niebla mental con poco éxito. Recuerdo fragmentos de acontecimientos recientes, de ayer, pero no me parece suficiente. Vino gente a verme. Probablemente mi médico..., pero ¿pasó una vez o dos? ¿Cuál de las enfermeras me dio de comer? ¿Por qué no recuerdo haber comido tres veces ayer? Apenas me acuerdo de una: una especie de crema de queso. ¿Fue Jasmine la que vino? No lo creo. Es como si mi niebla mental se lo hubiera tragado todo, dejando solo rastros en un retorcido juego de migas de pan al que ya no quiero jugar.

Los zapatos del médico chirrían amortiguados cuando se detiene un momento. Rompe y arruga algunos envoltorios al lado de la cama, aparentemente a unos pocos centímetros de distancia.

—¿Por qué lo preguntas?

—¿Eso es cuando alguien...?

Parece reacio a contestar. El crujido ha cesado. Permanece inmóvil e imagino que se ha metido las manos en los bolsillos, como veía hacer a los médicos cuando aún podía ver.

—Es el código hospitalario para una parada cardíaca o respiratoria —dice al cabo de un rato—. Nada de lo que debas preocuparte.

—¿Sufrí un código azul el otro día?

Otra breve vacilación.

—Técnicamente, sí. Pero no fue un verdadero código azul porque estábamos aquí, listos para ayudarte a respirar. —Suelta una ligera risita que me parece un poco despectiva, pero quizá estoy siendo un poco infantil—. No deberías preocuparte por esas cosas, Emma. No te va a pasar nada.

El aire cambia a medida que se acerca a la cama y trae consigo un

leve olor a albahaca y a ropa recién lavada; quizá sea el olor a suavizante de su ropa. La cama se inclina ligeramente bajo su peso cuando se sienta y algo cruje cerca de mi cara. Odio eso, no saber cuándo las cosas o las personas se acercan tanto a mí. Pero no puedo hacer nada al respecto. Por instinto, anticipo que va a suceder algo que me va a asustar, aunque racionalmente sé que no va a hacerme daño.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —pregunto.

Me quita las sábanas y me sube la manga para dejarme el brazo izquierdo al descubierto. Sus dedos enguantados apenas me rozan la piel.

—Unos días —responde, despegando con suavidad un parche transdérmico. Siento el calor de sus manos a través del fino nitrilo de los guantes. El parche me tira de la piel al desprenderse y me entran ganas de rascarme el brazo justo ahí, donde los bordes se han separado. Lo quita y luego no tarda en ponerme uno nuevo, pasando los dedos por los bordes para asegurarse de que se adhiere bien. Está frío y húmedo; me hace temblar.

—¿Qué es eso?

—¿El parche? —El doctor Sokolowski arruga algo entre las manos y se levanta—. Es tu analgésico: fentanilo de liberación lenta; así podemos mantener una dosis baja, como pediste. —Oigo cómo se quita los guantes con un doble chasquido y tira algo a la papelera. La tapa cae con el familiar ruido metálico—. ¿Cómo te encuentras? ¿Todavía te duele la cabeza? Del uno al diez, ¿cuál es tu nivel de dolor?

—Pues..., un cuatro más o menos, pero puedo aguantarlo.

—Muy bien, entonces ya está. Volveré mañana...

—Sigo recordando lo mismo, una y otra vez, pero no es un recuerdo en sí; son solo fragmentos de uno. Y ocurre todo el tiempo. Me estoy volviendo loca.

—Eso se llama recuerdo intrusivo —responde. Su voz es más grave, más empática—. Es bastante común en la amnesia postraumática. —Hace una pausa y añade—: Piensa en los recuerdos como objetos que guardamos en cajones para recuperarlos cuando los necesitamos. Los recuerdos intrusivos quieren destacar, salir de sus cajones antes

de tiempo. A veces eso es relevante, una forma de que tu subconsciente llame tu atención sobre algo que necesitas saber. Otras, los recuerdos intrusivos son solo artefactos de un cerebro traumatizado que intenta darle sentido a lo que hay en sus cajones y saber cómo acceder a ellos en el orden correcto.

—¿Por qué ocurre? —Mi voz tiene matices de desesperación—. Lo único que recuerdo es correr, gritar y esa mirada llena de una rabia indescriptible. Pero no recuerdo nada de su cara. No veo lo suficiente como para recordar quién era y decírselo a la policía.

—La amnesia postraumática es un defecto en la consolidación y recuperación de los recuerdos. Probablemente recuerdas cómo te *sentiste* respecto a lo que sucedió, no los auténticos detalles. —Se detiene un instante, pero yo no digo nada—. La memoria tiende a regresar en piezas revueltas, como las de un puzle. Puede que también sientas tu percepción del tiempo alterada; pero a medida que sepas qué pieza va dónde y las unas, mejorará. Cada vez te resultará más fácil. Algunos de esos fragmentos de memoria *son* intrusivos y seguirán apareciendo en tu mente hasta que descifres el mensaje.

—¿Y cuándo lo recordaré todo, doctor? ¿Qué puedo hacer para que suceda más rápido?

La cama se inclina un poco bajo su peso. Unos dedos cálidos y secos aprietan los míos.

—Para ser sincero, esperaba que a estas alturas ya hubieras recuperado la memoria; pero como el doctor Winslow dijo ayer por la mañana, puede que algunos recuerdos nunca vuelvan. Podría haber déficits permanentes.

—¿Qué quiere decir con ayer por la mañana? —El pánico se apodera de mi pecho y me deja sin aliento—. ¿Estuvo aquí? ¿Habló conmigo? No me acuerdo.

—¿No recuerdas que el doctor Winslow te hizo varias pruebas y comentó tu escáner contigo ayer por la mañana?

Desesperada, me devano los sesos buscando el menor indicio que respalde lo que dice el doctor Sokolowski. No encuentro nada. Solo oscuridad y algunos jirones de diálogo, sentimientos y pensamientos, mezclados en un montón irreconocible de imágenes parecidas a

sueños. Ese fragmento molesto y repetitivo de mi intento de huir de mi atacante sigue resurgiendo, junto con una vaga sensación de que alguien podría haber estado allí antes, pero no puedo estar segura.

—No... No recuerdo la visita del doctor Winslow de ayer por la mañana, pero recuerdo que lo mencionó usted antes. ¿Cómo es posible?

Vuelve a apretarme la mano y desearía poder apartarme, aunque el gesto del médico pretende ser tranquilizador y alentador. No quiero consuelo. Quiero recuperar mi vida. El pitido de la máquina se intensifica con el ritmo de mi corazón, haciendo aún más insoportable el silencio de la habitación.

—Podría ser un efecto residual del Versed, que te hace más difícil recordar cosas en las primeras horas después de despertarte. Es la medicación que te damos para que duermas por la noche. —Sus dedos encuentran el pulso de mi muñeca—. Esta mañana te han hecho un TAC y la inflamación está bajando a buen ritmo. Pero hay tejido cicatricial en la zona donde la lesión fue más grave, en concreto en la corteza visual del cerebro, que se extiende hasta el hipocampo, donde se almacenan los recuerdos. Por eso...

—¿Sigo sin poder ver? ¿Me hizo una prueba? —El pánico hace que mi voz se vuelva aguda.

—Desafortunadamente, tu visión no ha vuelto todavía. Seguimos teniendo esperanzas, porque el cerebro humano tiene una capacidad asombrosa de autocuración, de compensar las pérdidas de funcionalidad; aunque existe la posibilidad de que algunos recuerdos, y potencialmente tu visión, no regresen nunca.

—¡No! —grito y me echo a llorar, incapaz de contener ya mis lágrimas—. No puede estar pasándome esto.

—No me puedo imaginar lo abrumada que tienes que sentirte ahora mismo. —Debe de haber dicho esas palabras mil veces. Suenan ensayadas, automáticas, y apenas les hago caso. ¿Qué voy a hacer? Lo he perdido todo. Mi carrera se ha acabado, nunca volveré a actuar, nunca volveré a hacer lo único que de verdad amaba. Y en cuanto a Steve... ¿Cómo puedo ofrecerle una buena vida si estoy lisiada y ciega? Estaría mejor sin mí. Un sollozo sofocante me ahoga, pero lo mantengo encerrado en mi pecho. «Ay, Steve, t*e necesito*»—.

Emma, puedes contar con nosotros; haremos todo lo que esté en nuestra mano para ayudarte.

No digo nada; la cabeza aún me da vueltas mientras intento procesar todo lo que ha dicho.

—El doctor Winslow realizó otras pruebas, incluido un estudio de conducción nerviosa, y fue muy claro con los resultados. *Volverás* a moverte. Necesitarás rehabilitación, pero podrás moverte con un déficit motor mínimo. El tono muscular anormal nos tiene un poco preocupados, pero creemos que…

—Pero estaré ciega —susurro; las palabras me hielan la sangre al pronunciarlas.

—Aún no estamos seguros. Existe la posibilidad de que recuperes la vista por completo. No hay nada en ese escáner que nos diga con rotundidad que no lo harás; pero hay tejido cicatricial y parte de él está en varias zonas de tu córtex visual y en el área visual asociativa.

—¿Qué quiere decir eso? No lo entiendo.

—Es la zona del cerebro responsable de la interpretación y el análisis de la información visual. Se ocupa del reconocimiento de patrones, el análisis del color, la forma y el movimiento, el procesamiento espacial y la diferenciación entre experiencias pasadas y presentes.

—Entonces ¿podría recuperar la vista y que no me sirviera para nada? ¿Podría ver las letras, pero no leerlas? ¿Ver venir un coche y no acordarme de que tengo que apartarme?

—No lo sabemos, pero sí, es a eso a lo que me refiero. Hay muchas posibilidades de que te recuperes por completo, pero eso tardará un poco más. Y tendrás que tener mucha paciencia. Quizás pueda darte…

—No —lo interrumpo—. No quiero más calmantes. Estoy aturdida todo el tiempo. ¿Cómo voy a ser capaz de recordar si estoy alelada? Y necesito recordar, doctor, de verdad. Si no lo hago, moriré. —Un sollozo se escapa de mis labios en un suspiro entrecortado, a pesar de mis esfuerzos por no llorar—. Solo quiero recuperar mi vida, las cosas que solía hacer, la gente a la que quiero… ¿Qué voy a hacer?

—Te prometo que recuperarás la memoria —dice el médico con firmeza. Se levanta, probablemente cansado de todas mis preguntas

y ansioso por marcharse—. Y entonces le darás a la policía el nombre o la descripción de la persona que te atacó, y ahí se acabará todo. Mientras tanto, centrémonos en tu recuperación inmediata. Descansa. Y deberías pensar en alguien con quien puedas quedarte cuando salgas del hospital, por si acaso… —Hace una pausa; parece dudar—. De hecho, hay una pareja muy simpática fuera esperando a verte.

—No quiero ver a nadie. —Las palabras salen de mi boca antes de que pueda controlarme. No me importa quién sea esa gente. Ni siquiera tengo curiosidad. Lo único que quiero es que me dejen en paz.

—No estaría mal que lo hicieras —insiste el médico. Percibo que está más cerca de la cama, quizá se ha inclinado un poco sobre mí—. Te hará bien. Confía en mí. —Hay una sonrisa alentadora en su voz baja, amortiguada por la mascarilla.

Antes de que pueda negarme de nuevo, oigo abrirse la puerta y unas voces lejanas intercambian unas palabras que no entiendo. Un aire más fresco entra en la habitación y, con él, un perfume dulzón y nauseabundo que me llena de pavor. Recuerdos olvidados acuden a mi mente desde las profundidades del tiempo y abren un abismo de dolor en mi pecho. Por un instante infinitesimal, recuerdo haber olido ese mismo perfume en mis sábanas una terrible noche de verano, quizá no hace tanto tiempo.

Entonces una voz familiar me saluda.

—Hola, Emma.

12

Dicen que el olor es el desencadenante más poderoso de la emoción y la memoria.

Es verdad.

Los vívidos recuerdos se estrellan en mi mente como olas furiosas contra una orilla rocosa a la que devoran, pedazo a pedazo: aquella noche, cuando encontré un largo cabello sobre la encimera del baño y el pensamiento fugaz que cruzó mi mente con una punzada de miedo. *«Parece más largo y oscuro que el mío»*. Pero yo había optado por encogerme de hombros y volver a la cama, donde mi marido ya dormía.

Luego, no mucho después, había otro pelo enroscado en mi almohada cuando volví de un rodaje de unos días en exteriores. La cama parecía mal hecha, como si alguien hubiera estirado las sábanas a toda prisa. No era lo que Sofía, nuestra asistenta, habría llamado una cama bien hecha.

La llamé al dormitorio —para regañarla no—, y ella entró con su habitual sonrisa en su cara redonda.

—¿Sí, señorita Emma? —Sus palabras tenían un fuerte acento polaco.

—¿Te has olvidado de hacer la cama? —pregunté. Sus ojos se habían desviado hacia allí y su mandíbula se había aflojado. Sacudió la cabeza con fuerza y parecía preocupada, casi asustada—. No pasa nada, Sofía; solo es por curiosidad.

Eso fue lo que le dije; mentí sin esfuerzo cuando no podía admitir, ni siquiera ante mí misma, que necesitaba saber lo que había pasado. ¿Por qué mi casa de repente parecía extraña y poco acogedora? ¿Por qué un sudor frío me recorría la espalda mientras miraba la funda de la almohada blanca que tenía una pequeña mancha con el tono de pintalabios de una desconocida, mucho más oscuro que el mío?

Sofía miró de reojo largo y tendido a la cama, murmuró algo rápido en su lengua materna y bajó la vista. Le ardían mejillas mientras se apresuraba a retirar las sábanas. Era una mujer mayor, de unos

sesenta años en aquel momento, con un maternal escote abundante y unos ojos amables y comprensivos de un cálido tono avellana. Le rebotó la papada mientras se apresuraba a rehacer la cama, aún murmurando.

—No, para —dije, interrumpiendo las palabras en polaco que no entendía—. Solo quería preguntarte si sabes quién…

Se quedó inmóvil, con la cabeza gacha y las manos juntas delante del cuerpo, aparentemente avergonzada.

—No puedo. Por favor, señorita Emma. Necesito este trabajo.

Mi ira se derritió bajo su mirada suplicante. Ella no tenía la culpa de nada de eso. Le apreté con suavidad el hombro y me alejé, luchando por no gritar.

La incertidumbre es insoportable.

También es una estupidez, la forma más patética de autoengaño que existe. La incertidumbre en sí misma no, sino la forma en que los seres humanos se aferran a ella, cuando la llaman «esperanza» y se niegan a ver la verdad que tienen delante de los ojos.

¿Qué es exactamente lo que consideré incierto en aquel momento? Tumbada en la cama, inmersa en la oscuridad ineludible de mi nueva realidad, me doy cuenta de que todo estaba ahí, mirándome a la cara. Ver la mano de mi marido tocando el brazo de una joven actriz, Mikela Murtagh, mientras la acompañaba fuera del plató en su primer día de rodaje, sin mirar hacia mí ni una sola vez. Sus dedos se posaron en la parte baja de su espalda, como solían hacer en la mía. Se dedicó por completo a entrenar a la nueva estrella, a mejorar su interpretación, como había hecho conmigo en el plató de *Serenata eterna*.

Mi vida se convirtió en un extraño día repetitivo, como en *Atrapado en el tiempo*, una advertencia que no supe ver: mis tardes a solas, degustando cenas del servicio de habitaciones frente al televisor mientras él se pasaba cada vez más horas «todavía ocupado en el plató», mucho después de haber terminado la orden de rodaje del día. El extraño brillo en sus ojos que no era para mí, ni siquiera cuando estábamos los dos solos, y que desaparecía de pronto cuando me veía. Su apetito menguante, que desaparecía noche tras noche

cuando por fin regresaba a nuestra habitación de hotel y lo único que quería para cenar era una copa rápida y dormir un poco, porque al día siguiente tenía un día muy ajetreado.

Después de conocer a esa zorra casi menor de edad, todos sus días se volvieron muy ajetreados.

Así era como mi marido había lidiado con los volubles dioses de la fortuna. Cuando ambos nos habíamos enfrentado a retos profesionales —su Globo de Oro y mi *People's Choice* habían sido los dos únicos galardones de una amplia vitrina—, yo había aceptado todos los papeles que me habían ofrecido y él se había echado una amante.

Apenas tenía dieciocho años cuando la contrató por primera vez para una de sus producciones de bajo presupuesto, el único tipo de película que era capaz de conseguir. Era menuda y parecía vulnerable y delicada, con una apariencia suave y una bonita sonrisa, que hacía un marcado contraste con su vestimenta: el mínimo indispensable de tela para sus faldas ridículamente cortas. Su pelo, un tono más oscuro y más largo que el mío, estaba peinado con la raya al lado y recogido en una coleta baja que llevaba hacia delante por encima del hombro, con mechones sueltos que le enmarcaban la cara. Sus ojos tenían un perfilado discreto con delineador y rímel, y un toque de sombra sutil añadía dimensión y profundidad a su expresión. Sus labios brillaban con un pintalabios reluciente en tono ciruela.

Pero aquella expresión de serenidad elegante y llena de aplomo era una actuación, interpretada de manera magistral para los incautos que querían creer en su encantadora inocencia.

Cuando se posaron por primera vez en mí, los ojos de la chica se habían vuelto de acero, fríos y rencorosos. Habían pasado de mí a Steve y viceversa, como si se preguntara qué veía en su mujer; como si pensara que ella sería una opción mucho mejor para el director estrella en ascenso.

Se presentó con una tímida sonrisa como «Miki» y me dio la mano con un apretón frío y sin fuerza. Ese fue mi primer encuentro con Mikela. Al cabo de un rato, de vuelta en mi camerino, recordé el dulce aroma de su perfume floral, aún adherido al lugar donde me

había tocado. Me lavé las manos, furiosa; el aroma me inquietaba, como un mal presagio de la pena que estaba por llegar.

Entonces, una noche de fin de semana, cuando llegué a nuestra casa de Tahoe tras una larga semana grabando un episodio de una miniserie de televisión, me duché y me fui directa a la cama y encontré rastros de ese olor empalagoso incrustados en el plumón de mi almohada. Las sábanas estaban inmaculadas; probablemente Sofía las acabaría de cambiar, pero no había aireado la almohada.

Steve estaba rodando en el norte de Los Ángeles un nuevo proyecto que le entusiasmaba: una comedia romántica para la que ni siquiera me habían invitado a hacer una prueba. Miki había conseguido el papel principal. Como era de esperar, la película fracasó estrepitosamente. Recuerdo sentirme casi agradecida por no haberla protagonizado. Por un momento, llegué a pensar que Steve me había dejado fuera de la audición porque sabía que no iba a ser un éxito de taquilla.

«Sí, claro…».

Una amarga burla expresa la opinión que tengo de mí misma, en retrospectiva, al recordar esos días que siento como un choque de trenes que veo a cámara lenta, en el cuarto oscuro privado de mi mente, incapaz de detenerlo e incapaz de huir. Cuando me contaba a mí misma esas mentiras ilusorias, me había convertido en una experta en aferrarme a la incertidumbre como forma de sobrevivir.

Ahora lo veo como lo que de verdad era. El principio del fin.

Con ese recuerdo recién encontrado, llega la angustia, aguda y ardiente, como si todo hubiera ocurrido ayer; y en cierto sentido, es verdad. El efecto curativo del paso del tiempo se ha borrado. Las heridas están en carne viva y sangran, y no puedo hacer otra cosa que aguantar. Contengo la respiración y, mientras la sangría continúa, recuerdo lo que ocurrió el fin de semana siguiente.

Aún me estremezco cuando me acuerdo de cómo gritó mi nombre.

—¡Emma! ¿Estás loca?

Entró por la puerta y me encontró de pie junto a la mesa, pálida, congelada, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirando

fijamente la pila ordenada de papeles que me había tendido. La hoja superior llevaba el logotipo de un abogado especialista en divorcios en letra negrita e ineludible.

—No —respondí con calma, preparada para la tormenta que se avecinaba—. Ya me he cansado de que pongas los cuernos, eso es todo.

—¿Qué cuernos? —soltó, pero sus ojos se desviaron de los míos.

—Steve..., no seas cobarde. Reconócelo.

Se paseó con rabia por la habitación y luego se dirigió al salón, donde se detuvo a mirar distraídamente nuestros dos premios, que ocupaban un lugar de honor en la repisa de la chimenea. Lo seguí, pero me mantuve a distancia.

—De acuerdo, lo reconozco. ¿Por qué sigues aquí?

—¿Cómo? —pregunté; un escalofrío me recorrió las venas y me llenó de pavor—. ¿Dónde debería estar? No tengo ningún amante secreto que me acoja mientras se tramita el divorcio. Podrías ir a Los Ángeles..., también tenemos una casa allí, ¿no?

Me miró fijamente, implacable.

—No, *tenemos* un montón de papeles a la espera de firmar y una actitud de mierda. —Levantó un dedo amenazador, pero no me inmuté—. Esta es *mi* casa. Quiero que te vayas. ¿Está claro?

Mi abogado me había advertido de esa posibilidad y me había dicho lo que debía hacer si ocurría. Parecía bastante común que los maridos infieles quisieran echar a sus esposas para reanudar sin problemas su vida con su amante.

—¿Quieres llamar a la policía para resolver este asunto? —pregunté en voz baja; sus ojos se encendieron con una rabia instantánea.

—¡Te destruiré, Emma! ¡Pensar que alguna vez estuve enamorado de ti me pone enfermo! Nunca llegarás a nada en este negocio, ¿me oyes? ¿Por qué crees que te he engañado?

Le sostuve la mirada, aunque me doliera y me vaciara por dentro. Él respiraba agitado, jadeante, con los ojos brillantes de ira, mientras que yo contenía el aire en los pulmones, deseando que todo acabara. Al fin, apartó la vista y su rostro se volvió de un color rojo poco saludable.

Al salir, cogió el Globo de Oro de la repisa de la chimenea. En una

simetría inquietante, el primer objeto que colocó en esa casa fue el primero que se llevó.

Cuando se marchó, cerró la puerta tras de sí con tanta fuerza que la pared se agrietó junto al marco, formando una fina línea que zigzagueaba hasta el techo.

El silencio que dejó a su paso fue aún más doloroso que los insultos y los gritos acusatorios. Reviví en mi mente el tiempo que habíamos pasado juntos, todas las cosas que nos habíamos dicho, todos los buenos momentos que me había robado la rompehogares de perfume empalagoso… Me habían abandonado, me habían sustituido, me habían tirado a la acera como un mueble destartalado que ya nadie quería. O al menos, así era como me sentía en ese momento, y eso me mataba.

El divorcio se convirtió en un circo vulgar y descontrolado. Los abogados de ambas partes se frotaban las manos mientras nos enfrentaban el uno al otro, como si necesitáramos ayuda en ese aspecto… En el centro de nuestra discordia estaba la casa del lago Tahoe. Era mi único hogar, un lugar que amaba de forma entrañable, pero también el lugar que Steve quería conservar para sí mismo. No quería su casa de Los Ángeles ni su piso de Santa Mónica; simplemente no quería desprenderme del lugar donde había sido tan feliz, aunque apenas pudiera permitírmelo.

El juez me dio la razón, sobre todo después de que mi abogado aportara pruebas de su infidelidad. En cuanto a la pensión alimenticia, no la quería; creía que podía ganarme mi propio sustento. Me sorprendí cuando el juez me concedió algo de dinero, pero solo llegaba para cubrir los impuestos de la casa. Se lo agradecí, aunque la mirada de Steve cuando me entregó las llaves me atravesó el corazón como una daga. Era como mirar fijamente a los ojos rasgados de una serpiente mortífera.

Se marchó con todo lo demás y con su amante, presumiendo de ella, orgulloso, en el momento en que cayó el mazo del juez.

Lo sentí como algo personal, como una especie de venganza contra mí por haberlo humillado en los tribunales, por haberle ganado. Probablemente no lo era. Debió de ser un encaprichamiento, nada más. En cuanto salió de esa sala del juzgado, dejé de existir para él.

Luego vinieron las secuelas.

Denise trabajaba a destajo para resucitar mi carrera, pero los proyectos eran escasos y no se materializaba nada. Sofía hacía tiempo que se había ido, aunque había llorado y se había ofrecido a quedarse por la mitad del sueldo. Se la había recomendado a algunos de mis vecinos adinerados, ya que yo seguía sin encontrar trabajo.

Los únicos ingresos que conseguía eran de camarera.

Encontré un local, el Black Bear Bar and Grill, muy frecuentado los fines de semana. El propietario era un exejecutivo de Silicon Valley con un agudo sentido del humor y una pasión por el cine casi tan arrolladora como su amor por las pistas de esquí. Me había visto en *Jane Watkins* y me había ofrecido el trabajo con una amplia sonrisa en su rostro aniñado, e inmediatamente después, me había pedido un autógrafo en una servilleta que debía firmar justo debajo del logotipo: la silueta de un oso negro de pie.

Esa era la vida que debía de llevar justo antes del ataque. Es todo lo que recuerdo. A partir de ese momento, todo está en blanco. Yo era la actriz que ya nadie quería contratar; la camarera que vivía en una casa del lago Tahoe que no podía permitirse; la divorciada a la que nadie echaba de menos.

Y ahora, esto. Toda mi vida reducida a yacer en la cama, hundida en una oscuridad abismal.

Las lágrimas me queman los ojos cerrados, pero inspiro hondo y me armo de valor.

«No pienso llorar delante de esa perra».

Una bocanada más de aire y seré yo misma, y tendré fuerzas para hablar.

—Ay, Steve, puedo olerla en ti —gimo.

—*E*stoy justo aquí, mirándote. —La falsa voz infantil que aprendí a odiar llena la habitación, acentuada por el ruido metálico de unos tacones de aguja.

Por un momento, he olvidado que el doctor Sokolowski ha mencionado a una pareja. Sabía que ella estaba allí, pero al mismo tiempo no lo sabía. Así es como funciona ahora mi cerebro, como un viejo motor que chisporrotea y hace todo tipo de ruidos extraños.

Es irracional, porque su perfume nauseabundo inunda la habitación y mi mente de recuerdos desgarradores. Pero no me arrepiento de mis palabras… La rompehogares merece oírlo. No le debo absolutamente nada a la mujer que destruyó mi vida. Aunque desearía poder huir y esconderme, y no verme obligada a que me mire cuando soy tan vulnerable. Pensar en eso me hace rechinar los dientes.

—Steve, por favor, coge a tu aventura de la crisis de los cuarenta y vete. —Mis palabras hacen que Mikela jadee y luego se escucha el repiqueteo de unos tacones acercarse con rapidez. Me estremezco.

—Tenemos que hablar —dice Steve con calma. Su voz de barítono me atraviesa el corazón. Echo de menos escucharla, tanto que resulta casi increíble y, sin embargo, me doy cuenta de que el sonido de su voz me asusta, como si ahora lo oyese hablar por primera vez y notase inflexiones que no recuerdo haber oído antes. Una cierta calidez entrelazada con un frío distante y amenazador, como el rojo y el blanco de un bastón de caramelo. Una pizca de irritación, una nota de vergüenza, probablemente por culpa de su amante. Y, lo peor de todo, lástima por mí. Eso es lo más desgarrador.

El perfume de nardos se hace insoportable cuando Mikela se detiene junto a la cama. Horrorizada, siento sus dedos fríos tocarme la mano, la agarran y la mantienen cautiva mientras fuerzan a las puntas de mis dedos a tocar algo cónico. Deseando apartarme, me obligo a no gritar y presto atención a la sensación en la punta de mis dedos cuando Mikela frota algo contra ella.

Es la piedra grande de un anillo de compromiso, con los bordes afilados y la superficie lisa.

—¿Notas esto? Ya no soy una aventura, Emma. Soy la prometida y tú eres el pasado. Y no, no estás invitada —añade, riendo con frialdad; me suelta la mano y se aleja de la cama—. No tendremos plazas de aparcamiento para minusválidos en la boda. —Hace estallar un globo de chicle, añadiendo un poco de sabor a menta al perfume reinante en el ambiente—. ¿Adivinas dónde la vamos a celebrar? —Hace una pausa, como esperando que yo le fuera a dar una respuesta—. Aquí mismo, en Tahoe, el mes que viene. —Puedo oír la sonrisa de suficiencia en su voz. Tengo ganas de vomitar—.

Siempre me ha encantado este sitio. Es donde hicimos el amor por primera vez —añade con una risa ostentosa—. En tu cama.

—Por Dios, Miki —interviene Steve—. Cállate ya. No estás ayudando.

Steve se va a casar con el pedazo de basura engreído que abrió una brecha entre nosotros. Por alguna razón, saberlo lo empeora todo. Como si hasta ahora no fuera real. Como si pudiera retroceder el tiempo de alguna manera y borrar el engaño, el divorcio. La pérdida del amor de Steve.

—¿Por qué has venido, Steve? —pregunto en voz baja; siento que no soporto el sofocante dolor ni un minuto más. Esa salida de la luna en Cancún, con sus brazos alrededor de mis hombros… Nada de eso importa. Todo ha desaparecido, como si nunca hubiera ocurrido.

—Me ha llamado tu madre —responde—. Me gustaría que le dijeras que estamos divorciados; ya ha pasado bastante tiempo.

—¿Cuánto, exactamente? —pregunto, desesperada por sentirme anclada en el tiempo, pero mantengo la voz lo más neutra que puedo.

—¿Qué pasa?, ¿que no te acuerdas? —se burla mientras camina despacio; el sonido de sus pisadas yendo a izquierda y derecha a los pies de mi cama me inquieta—. Dos años y medio, casi tres.

El impacto de sus palabras me deja sin aire en los pulmones. Hace ya casi tres años y no recuerdo nada. Entonces un escalofrío me recorre todo el cuerpo en un instante.

—¿Tenemos hijos? —pregunto en un susurro suave.

Mikela se ríe; sus carcajadas suenan obscenas en el tenso silencio.

—¡Ja! ¿No te acuerdas? ¿Qué clase de madre…?

—Cállate, Miki. —La voz de Steve suena cansada. Se mueve despacio. Me lo imagino caminando sin pensar, con las manos hundidas en los bolsillos y la espalda un poco encorvada—. No, no tenemos hijos, Emma. —Suspiro, aliviada y devastada al mismo tiempo. Nuestra historia de amor no dejó tras de sí más que retazos de recuerdos dispersos, desvaídos y bañados en tristeza—. Por cierto, Denise me llamó cuando no te presentaste a tu audición. Me pidió que comprobara si estabas bien. —Deja de pasearse y la cama se mueve ligeramente, como si se estuviera apoyando en la barandilla—.

Escucha, es obvio que estás incapacitada y siento mucho lo que te ha pasado, pero necesitas ayuda.

Contengo la respiración. ¿Adónde quiere llegar? Un escalofrío me recorre el cuerpo cuando la voz que me encantaba suena amenazadora; el bastón de caramelo ahora está completamente blanco, congelado como el hielo.

—¿Qué estás diciendo, Steve?

—Quiero que sepas que vamos a cuidar de ti. No tienes nada de qué preocuparte, ¿de acuerdo? Le pediré a mi abogado que prepare unos documentos, solo para asegurarnos de que estamos en sintonía, y avanzaremos a partir de ahí.

«¿Unos documentos?». El corazón me late en los oídos, casi ahogando los pitidos de la máquina. El pánico se apodera de mí mientras en mi mente se arremolina la misma pregunta, ansiosa por salir.

«¿Me metiste aquí, Steve? ¿Fuiste tú?».

En cambio, decido decir algo diferente.

—Por favor, llama a mi médico. No me encuentro bien. No puedo respirar. —Contengo la respiración hasta que suena la alarma de la máquina, un pitido continuo y fuerte.

Hay un largo momento de vacilación antes de que Steve salga de la habitación y regrese con el doctor Sokolowski.

Respiro, llenando de aire mis pulmones hambrientos, y la alarma de la máquina se detiene.

—Por favor, salgan un momento —pide el médico con firmeza. El aire cambia cuando pasan junto a mi cama—. ¿Qué ocurre? Tu corazón va a mil por hora —dice en cuanto se cierra la puerta. Noto la campana del estetoscopio fría incluso a través de la tela de mi camisón.

—Por favor —susurro—, no quiero volver a verlos. No deje que se me acerquen. Puede que él sea el que…

—Entendido. —Sale de la habitación con paso decidido.

Se entabla un acalorado diálogo entre los dos hombres, justo delante de la puerta abierta. Al principio, no oigo mucho lo que dicen, pero cuando alzan las voces, capto algunas palabras.

—… alterando a mi paciente. ¿Está claro?

—Tengo asuntos importantes que discutir con mi exmujer. Necesita a alguien que la cuide, y no veo a nadie haciendo cola. ¿Quién va a pagar todo esto? ¿El seguro?

—Señor Wellington, no me obligue a llamar a la policía. Su exmujer no los quiere aquí. —La voz del doctor Sokolowski es gélida.

—Estamos de acuerdo, ¿verdad?

La voz incoherente de Steve se desvanece en la distancia, mezclada con las respuestas agudas de Mikela. Entonces la puerta se cierra, y con ella llega el sonido del médico al acercarse a la cama.

—Se han ido. Ya puedes descansar. No volverán a molestarte. He escrito una nota para las enfermeras.

—Gracias. —Inspiro, desesperada, luchando contra el pánico que prende fuego a mi sangre. Tardaré un tiempo en volver a sentirme segura.

Porque esto no ha terminado.

Durante el tiempo que pasamos juntos, no recuerdo ni una sola ocasión en que Steve haya sido violento —salvo quizá la vez que dio ese portazo que dejó una grieta en la pared—, aparte de las discusiones ocasionales llenas de los improperios habituales. Steve es demasiado cobarde para ejercer violencia explícita. Era taimado y engreído; así es como lo recuerdo. Pero eso fue antes de que yo me quedara con la casa de Tahoe. ¿Y si ahora es diferente? ¿Y si ha cambiado desde el divorcio?

¿Estoy recordando todo lo que está enterrado en mi pasado? ¿O mañana descubriré un nuevo capítulo de mi vida que he olvidado por completo? Y en este hipotético capítulo nuevo, ¿descubriré que Steve es el hombre que me atacó?

¿Qué quiere de verdad Steve? ¿Terminar el trabajo?

13

Me mata oírla llorar.

Paseo los ojos de una pantalla a otra mientras asimilo la escena. La imagen es un poco borrosa: las cámaras son pequeñas y de baja resolución, pero es mejor que la alternativa. Así puedo estar con ella todo el tiempo.

Seis pantallas cubren la mayoría de las zonas que necesito ver. Tres de las cámaras están instaladas en la habitación de Emma; una de ellas está oculta en el sensor de monóxido de carbono situado encima de su cama. Son lo bastante potentes como para permitirme observarla desde una distancia segura.

Ahora está sola en su habitación y su autocontrol ha dado paso a las lágrimas. Me hace falta toda la fuerza de voluntad que tengo para no ir a buscar a ese engreído hijo de puta de su exmarido y retorcerle el maldito cuello. Eso no sería muy inteligente. Por lo menos de momento. Tengo que ser paciente, pero ya recibirá su merecido.

Vuelvo a centrar mi atención en las pantallas y me dejo llevar mientras observo a mi querida Emma. Sus labios tiemblan, entreabiertos en un grito silencioso y dolorido. Toco la pantalla con la punta del dedo y acaricio la imagen granulada de su mejilla, suspirando por el momento en que volveré a tocarla.

Aún no está lista para aceptarme, lo sé. Pero lo hará. Hasta entonces me resigno a odiar cada minuto que esas enfermeras pasan con ella, cuidándola, dándole de comer, cepillándole el pelo. ¡Oh, cómo me gustaría ser ellas!

La idea de tocarla me agita y me remuevo en el asiento, con los ojos pegados a la pantalla. Su belleza me ha perseguido desde el primer día en que la vi. A veces sueño con ella y me despierto echándola de menos, la necesito como el aire que respiro.

Es mía.

Será mejor que todo el mundo lo recuerde.

La seguí una vez que salió a hacer unos recados, en Los Ángeles. Se detuvo en un Starbucks; le gusta tomarse un café por la mañana, con un poco de leche. Era temprano y había una larga cola de adictos a la cafeína dentro del local y en la ventanilla de autoservicio. Ella optó por entrar y rodeó el aparcamiento para buscar un buen sitio mientras yo esperaba dentro de mi coche, aparcado junto a la entrada.

Estacionó y salió de su Toyota. Llevaba unos vaqueros ceñidos y un jersey fino, y caminó hacia la entrada con paso ligero, más guapa que nunca.

Dos motoristas entraron en el aparcamiento con sus Harleys rugiendo a mi lado hasta que pararon el motor. Pero los dos monos barbudos no se fijaron en mí. Sus ojos estaban pegados al cuerpo de Emma.

—Podría darle duro toda la noche —dijo uno de ellos mientras se desmontaba. Después, estallaron en carcajadas—. Venga, date prisa, tío. Quiero ponerme detrás de ella en la cola.

—Sí, es una alegría para la vista —respondió el otro, riendo, mientras entraba en la cafetería justo después de Emma.

No sentí la necesidad de decirles cuánto me molestaba su actitud. No hacía falta que explicara por qué sus palabras me ponían enfermo de rabia. Yo no tengo esas necesidades; una vez que me decido, actúo.

Una de las Harley tenía un permiso de aparcamiento para una dirección de Riverside. Estábamos en Sunset Boulevard, lo que significaba que habían ido por Laurel Canyon o estaban a punto de hacerlo. Tenía un cincuenta por ciento de posibilidades, lo que estaba bastante bien. Si fallaba, siempre podía intentarlo al día siguiente.

Lo único que tuve que hacer fue abrir un poco la puerta del coche, inclinarme y cortar el latiguillo de freno del cabrón con la navaja en un lugar por el que no empezara a salir líquido de inmediato. Luego esperé.

Emma salió de la tienda con su café. Corrió hacia su coche y subió; parecía un poco asustada o tal vez disgustada. A lo mejor le habían dicho alguna cosa o, peor aún, la habían tocado. Era difícil decir lo

disgustada que estaba porque llevaba puestas las gafas de sol y a mí me daba el sol en la cara. Ella se alejó con rapidez, mientras que yo opté por quedarme atrás.

Tenía otra cosa que hacer esa mañana.

Ambos moteros vestían cazadoras de piel negras adornadas con montones de tachuelas con el logotipo de su banda en la espalda. Tendrían unos cuarenta y cinco o cincuenta años, la barba salpicada de canas y el pelo largo, amarillento por la mugre, ya que probablemente no se lo lavaban desde hacía siglos. Uno de ellos, mi favorito de los dos, escupió junto a mi rueda antes de montar en su Harley, y ni siquiera miró para ver si me había molestado.

Seguí a las Harley hasta el final de Laurel Canyon, apretando los dientes por el insufrible ruido. ¿Por qué la gente aguantaba eso?

Laurel Canyon estaba abarrotado, tal y como esperaba. Tuve que frenar por culpa del tráfico, pero los dos motoristas siguieron a toda velocidad, zigzagueando de forma temeraria, cada vez más confiados. El rugido de los tubos de escape se desvanecía en la distancia mientras yo avanzaba lentamente.

Entonces el tráfico se detuvo por completo. Los coches dejaron de bajar por el carril sur. Unos diez minutos más tarde, un par de coches de policía pasaron a mi lado con las sirenas a todo volumen, seguidos por un camión de bomberos y una ambulancia.

Sonreí y bajé la ventanilla para disfrutar del sol en la cara. Cuando al cabo de un rato el primer vehículo se dirigió hacia el sur, saludé con la mano y el conductor aminoró un poco la marcha al tiempo que bajaba la ventanilla.

—¿Alguna idea de lo que está pasando?

—Pues dos motoristas estúpidos se han estrellado.

—¿Dos? —pregunto, gratamente sorprendido. Me encanta cuando el karma me da la razón.

—Sí, la policía dice que uno ha chocado contra el otro. Está todo hecho un desastre. No se puede pasar. Yo vivo cerca de donde ha ocurrido, por eso he podido salir. Menudos idiotas. —El hombre sacudió la cabeza y se marchó.

Después de dar la vuelta completa, emprendí el camino hacia el sur, de vuelta a Hollywood.

No se me había perdido nada en Riverdale.

14

Me despierto de repente. El sonido de una ambulancia al detenerse parece débil y distante, más que antes, mientras lucho contra la niebla que se aferra a mi mente, pegajosa y persistente. La sirena se apaga cuando se abren de golpe las puertas del vehículo, bajan una camilla con un traqueteo y luego la empujan a toda prisa. Después se hace el silencio y no oigo nada más que mis pensamientos. Me pregunto si alguien más está a punto de embarcarse en un viaje de dolor y desesperación como el mío o si tiene alguna posibilidad de salir de aquí recuperado, sonriendo y agradeciendo a Dios su buena suerte.

Aparto esos pensamientos y despejo la cabeza, decidida a concentrarme en los últimos días y a desenterrar cualquier pizca de información que pueda sacar de las profundidades de mi memoria estropeada. Sobre las visitas del doctor Winslow y lo que opina sobre mi recuperación. Sobre Steve y los dos años y medio que se han borrado de mi cerebro, todo el tiempo que ha pasado desde mi divorcio. ¿Cómo han podido desvanecerse así casi tres años de mi vida?

Pero ayer o anteayer ni siquiera me acordaba de Steve, y ahora me duele el corazón por el amor que he perdido. La rabia aún me hincha el pecho al pensar que me ha engañado, que me ha sustituido tan a la ligera por otra. Las palabras pronunciadas con rabia aún resuenan en mi mente.

Aunque algunos de mis recuerdos han vuelto, como dijo el médico que harían, tiene que haber algo más enterrado en ese tejido cerebral cicatrizado, algo que pueda explicar mi ataque y por qué alguien tenía tanta rabia en los ojos cuando levantó la mano para golpearme.

Respiro despacio, deseando beber agua, pero no puedo hacer ni siquiera ese simple gesto cotidiano sin ayuda. No hay nadie aquí conmigo. Escucho atentamente, como hago cada vez que me despierto, y el silencio es absoluto. No hay más pulmones respirando que los míos ni las pisadas de nadie en el suelo. Solo oigo el débil

pitido de la máquina en perfecta sincronía con los latidos de mi corazón.

Sin ceder a la frustración ni a la desesperación, dejo que mi mente divague mientras, de nuevo, obligo a mis dedos a esforzarse, a mover la mano un poco más hacia arriba, a arrastrarla con una lentitud exasperante por la manta. Tardo unos cinco largos minutos, pero consigo llegar al borde antes de detenerme para hacer un breve descanso. Una leve sonrisa aletea en mis labios agrietados. Un poco más y podré llegar hasta el vaso de agua que Jasmine deja siempre junto a la cama.

Mientras mis dedos reanudan la lucha, recuerdo que le conté a alguien lo de aquel acosador y que me sentí reconfortada en los brazos de un hombre; su abrazo fuerte y protector me tranquilizó. La voz del hombre resuena ahora en mi mente destrozada. ¿Era Steve? No… La voz era diferente, no tan profunda ni tan autoritaria como la de Steve. Las emociones que recuerdo haber sentido mientras estaba en brazos de aquel hombre eran diferentes. Me mostraba un poco reticente y tímida, como si nuestra relación fuera nueva. No se trataba de Steve. Era otra persona, un hombre que no recuerdo.

Casi he vuelto a quedarme dormida cuando un sonido tras mi puerta me despierta de golpe. A alguien se le han caído unas llaves, las ha recogido rápidamente y se ha marchado. El sonido me resulta tan familiar que me recuerda a las llaves golpeando el asfalto, en la oscuridad…, fuera del Oso Negro.

Y empiezo a recordar.

Me veo corriendo hacia el coche cuando el acosador emerge de las sombras. Oigo sus pisadas, que me alcanzan, fuertes y amenazadoras en la quietud de la noche. Las llaves del coche se me caen de las manos temblorosas y golpean el suelo con un sonoro tintineo. Lo miro fijamente mientras las busco en la gravilla, temerosa de darle la espalda incluso durante un segundo. Veo cómo me observa, con la cara parcialmente cubierta por una bufanda negra y los ojos protegidos por la capucha de la sudadera, aterrorizándome con esa mirada invisible.

Todavía oigo el ruido que hicieron los neumáticos cuando conseguí ponerme al volante y arrancar; apreté el pedal a fondo, lanzando

guijarros y polvo por los aires, mientras pensaba: *«¿Por qué ha dejado que me vaya? Esta noche era una presa muy fácil»*.

Luego me veo parando en una gasolinera de camino a casa por temor a que me hubiera seguido hasta allí. Esperé durante unos minutos interminables antes de pensar que era seguro volver a casa y conducir sin parar hasta entrar en el garaje.

Pensándolo bien, no sé por qué aguardé un rato antes de entrar, pero recuerdo con claridad que lo hice, y respiré hondo en cuanto se cerró la puerta del garaje. ¿Quizá lo hice para tranquilizarme antes de enfrentarme a mi novio? Es una posibilidad.

Toda mi realidad está tejida con jirones de recuerdos en los que no puedo confiar, ya que son meras especulaciones, preguntas, suposiciones y agujeros negros en el tejido del tiempo, donde trozos de mi pasado se han borrado.

Debí de entrar en mi casa y encontrar consuelo en los brazos de mi novio. Debía de ser eso: mi amante, no un segundo marido… Me gustaría creer que me habría acordado si me hubiera casado por segunda vez, al menos ahora; o tal vez Steve lo habría mencionado. ¿Cómo se llama ese hombre? Un oscuro abismo se abre donde debería estar almacenada esa información. *Nada*. No tengo idea de su nombre, ni siquiera de la letra con la que empieza o un término cariñoso que pudiera haber usado, o tal vez un apodo. No encuentro nada.

Trozos de recuerdos rotos empiezan a arremolinarse en mi mente y su cara está ahí, sonriéndome. Es más alto que yo, con el pelo oscuro y despeinado y unos fascinantes ojos color avellana. Abrió los brazos cuando corrí hacia él, sollozando, aún conmocionada tras el encuentro con el acosador en el aparcamiento del Oso Negro. Le conté lo sucedido con palabras atropelladas llenas de pánico. Me abrazó durante un momento o dos y luego decidió ir tras el acosador.

Le dije que no, y mis lágrimas se secaron en ese preciso instante. ¿Cómo sabía que no era peligroso? Podría morir. Podría perderlo.

Luego se volvió contra mí, me presionó para que dejara mi trabajo y que él se ganase la vida para llegar a fin de mes. Nuestra pelea fue un calco de la que había tenido con Steve sobre el mismo tema cuando

acepté empleos ocasionales después de que se acabaran las ganancias de *Jane Watkins*.

Con la misma firmeza que antes, me negué a convertirme en la protegida de un hombre. Recuerdo los gritos, las acusaciones infundadas que me lanzaba y de las que no quería defenderme.

—¡Es una irresponsabilidad! —dijo, gritando lo bastante alto como para hacer vibrar los grandes ventanales del salón—. Vas a poner tu vida en peligro solo para pasar el rato con los borrachos del barrio. Tengo un contrato estable con esta serie y puedo hacerme cargo de todo. ¡Podríamos tener una vida bastante cómoda si dejaras de ser una imprudente, joder!

Esa noche me fui a la cama llorando. Él se marchó con un fuerte portazo y sin molestarse en cerrar con llave. Lo hice yo misma en cuanto oí que se había ido. El acosador aún podría estar ahí fuera.

Debe de ser actor, porque dijo que interpretaba un papel en una serie de televisión. De eso me acuerdo, y de algo más… Horas después, cuando me levanté de la cama para beber agua, no encendí las luces de la cocina. Esa noche había luna llena y su intensa luz plateada se reflejaba sobre la nieve recién caída. Miré hacia fuera, apoyada en el alféizar de la ventana, para contemplar la impresionante vista de los picos de las montañas dibujados en blanco sobre el cielo estrellado.

Él estaba allí.

El acosador, apoyado en el viejo álamo, observaba fijamente a mi ventana.

Sé que tuve cuidado al volver del bar, pero, aun así, me siguió todo el camino hasta casa.

Debió de ser él quien me golpeó. Pero ¿cómo entró en la casa? Recuerdo con claridad que corrí hacia la puerta y extendí la mano hacia el pomo para intentar salir mientras pedía ayuda a gritos.

La puerta se abre y me devuelve al presente. Se me corta la respiración hasta que reconozco el chirrido de los zapatos del doctor Sokolowski. Trae un olor a papel de estraza y a comida calentada en el microondas, como si acabara de tomar algo en la cafetería.

—Buenos días —dice. Acerca una silla con ruedas a mi cama y algo cruje fuerte, muy cerca de mí—. Le pedí a una de las enfermeras que

sacara tus cosas del almacén. Todo lo que trajiste está en esta bolsa de papel, aquí, sobre la cama.

—Vaya —me emociona la idea de recuperar mi teléfono—, muchas gracias. ¿Le importa mirar dentro, por favor? Todavía no puedo moverme mucho, como habrá notado.

Se me estremecen los dedos, pero mi mano descansa sobre mi abdomen. Mi intento de broma suena triste, como un grito de ayuda.

—Claro —acepta el médico tras una breve vacilación. La bolsa de papel cruje y varios objetos repiquetean—. A ver, parece el contenido típico: caramelos de menta, las llaves de casa y del coche… Por cierto, tienes un Toyota. ¿Lo recuerdas?

Un destello de un sedán blanco aparcado delante de mi casa se ilumina en mi mente por un momento, pero luego desaparece.

—Creo que sí. Un Corolla blanco.

—Muy bien. —Parece que está sonriendo—. Dos dólares y treinta y siete centavos en monedas, un par de vaqueros, calcetines, zapatillas de correr y un móvil, muerto del todo. Probablemente esté sin batería. —La bolsa cruje al caer al suelo—. Ah, y también hay una nota. La policía se llevó algunos objetos como pruebas: un jersey manchado de sangre y tu ropa interior. —Carraspea en voz baja—. Voy a enchufar el móvil para ver si funciona.

Esbozo una sonrisa débil. Le he dado las gracias tantas veces que parece que las palabras han perdido su significado.

—¿Cómo lo hace? —pregunto en vez de eso—. ¿Cómo soporta todo el sufrimiento que ve cada día?

La silla rueda un poco.

—Porque quiero ayudar a la gente; eso le da sentido a mi vida. No importa lo terrible que sea el sufrimiento, saber que puedo mejorarlo un poquito me hace levantarme de la cama cada mañana.

Giro un poco la cabeza, como si temiera que pudiera leerme los pensamientos, pero la venda me sigue cubriendo los ojos; las ventanas de mi alma están tapadas. Me pregunto qué aspecto tendrá.

—¿Qué hora es? —No quiero que se vaya todavía. A veces, el silencio de mi habitación me resulta insoportable.

—Vaya, son casi las diez —dice, poniéndose en pie, aparentemente dispuesto a marcharse—. Tengo que irme, pero te veré más tarde. —

Se acerca a un lado de la habitación. El sonido de las persianas verticales al descorrerse, el chasquido de la cadena y el vaivén de las lamas al chocar contra el cristal me resultan familiares. Debo de haberlo oído varias veces desde que estoy aquí—. He abierto las persianas. Fuera hace sol. A lo mejor sientes el calor del sol en tu piel… —Se acerca a la puerta y gira el pomo—. Descansa un poco —dice antes de irse. La puerta se cierra con suavidad.

A solas, siento la caricia del sol en mi mejilla izquierda y el calor en mis dedos. Animada, reanudo mi intento de mover las manos, de alcanzar mi rostro; cada centímetro supone un esfuerzo insoportable. Al otro lado de la puerta, dos enfermeras charlan alegremente sobre el sitio al que van a ir a comer mientras mi mente se obsesiona con el nombre del hombre con el que vivía. ¿Qué aspecto tenía? Recuerdo que era alto, porque sé cómo me sentía cuando estaba entre sus brazos y mis dedos recorrían su mandíbula, su barbilla, su pelo despeinado; yo tenía la cabeza echada hacia atrás.

El tiempo se alarga y se entrelaza entre el presente y el pasado, con pocas respuestas a mis preguntas. Indiferente a mis preocupaciones, llaman al doctor Parrish a la sala de Enfermería por megafonía, justo cuando empiezo a sentir el rugido del hambre en el estómago. Espero a que Jasmine aparezca, paciente al principio, luego cada vez más tensa.

¿Cómo voy a aceptar vivir así, necesitando a alguien incluso para llevar a cabo las necesidades humanas más básicas? El doctor Sokolowski ha sido muy alentador y amable, pero no me parece que esté mejorando mucho. Todavía me duele la cabeza. Sigo sin poder recordar mucho de mi pasado, a pesar de no tener más cosas que hacer que intentarlo. Y nadie parece tomarse en serio mis preocupaciones, ni siquiera el doctor Sokolowski.

Los médicos nunca les dicen a sus pacientes que están jodidos. Creen firmemente en el poder curativo de la esperanza, pero siempre hay límites a lo que esta puede hacer. Deseo con desesperación que alguien me diga la verdad, sin adornos, por muy fría y desalentadora que sea. Estoy preparada para ello.

Cuando llega Jasmine, me encuentra intentando mover los dedos

aunque solo sea un centímetro más, decidida a descubrir la verdad sobre mí misma. Sobre lo que pasó esa noche.

Y para eso necesito ayuda.

15

—¡Vaya, qué avance! —dice Jasmine con la voz algo ronca—. Hoy estás moviendo la mano bastante bien.

—¿Crees que esto es hacerlo bien? —me burlo; hay amargura en mi voz—. Entonces, quiero conseguirlo de forma impresionante y rápida —respondo con ironía, y mi enfermera no se lo merece. Respiro despacio para tranquilizarme y digo—: Lo siento. Estoy perdiendo la cabeza.

—¿Qué pasa? ¿Tienes más dolor hoy? —Su voz y sus pasos se acercan, y una mano fría se posa en mi frente con interés clínico—. No tienes fiebre.

—El dolor está… ahí. No se va, me hace compañía. —La autocompasión que oigo en mi propia voz es exasperante. Ya no soy yo; antes no era así. Nunca llegaré a ninguna parte con esa actitud.

«Espabila, mujer», me digo.

Esa frase me recuerda a la primera escena de cine en la que actué. Los recuerdos están nítidos en mi mente, como si ese capítulo concreto de mi historia hubiera sobrevivido intacto, sin mancha alguna.

Mi primera película fue una producción independiente en la que no me pagaron casi nada, y que hice cuando aún estaba tomando clases de interpretación en la UCLA. Uno de mis profesores animaba a los estudiantes a presentarse a las audiciones, a actuar, a salir al mundo real y a acostumbrarse a estar en el plató, a trabajar con equipos de producción, a seguir las indicaciones de un director… Fui a un *casting* que aparecía en el periódico local y conseguí un papel de cinco líneas, nada del otro mundo.

Conduje hasta allí a las cinco y media de la mañana, pensando que estaba preparada para actuar frente a las cámaras. Estaba emocionada, incluso eufórica. Pero lo primero que hice al salir del coche fue vomitar agarrada a la rueda delantera para mantener el equilibrio. Había oído hablar del miedo escénico, del repentino impulso de devolver el desayuno bajo un ataque de pánico

abrumador. Había escuchado las historias de otros actores que habían pasado por ello, y sabía lo que debía hacer: cómo respirar, cómo convertirme en el personaje y cómo actuar con naturalidad…

El profesor tenía un enfoque diferente: «Deja que el miedo te invada y ponle un temporizador. Dale al miedo cinco minutos para que haga contigo lo que quiera. ¿Tienes ganas de vomitar? Hazlo. ¿Quieres ir corriendo al baño a mear durante esos cinco minutos? Hazlo. Pero cuando pase ese tiempo, el miedo desaparecerá. Se te pasará. Acepta tu realidad y brilla a través de ella. Entra en el plató con la cabeza alta, como si lo hubieras hecho un millón de veces».

Sonrío débilmente, atesorando el recuerdo.

—Acepta ya tu realidad —susurro para mí.

—¿Eh? —pregunta Jasmine, alzando un poco la voz, por encima del ruido de envoltorios que se rompen y de una bandeja que traquetea.

—Nada, Jas —respondo—. Supongo que estaba hablando sola… Y me duele la cabeza.

—Si quieres, puedo pedirle al doctor que…

—No, por favor. No quiero más calmantes. Necesito moverme, pensar, recordar. Tengo que hacerlo. —Intento que mi mano se despegue de las sábanas, pero solo consigo que tiemble levemente—. ¿Lo ves? Esto es todo lo que soy capaz de hacer. No puedo levantar la mano. No puedo flexionar los dedos ni coger el vaso de agua que hay en la mesa. Tengo que esperar a que me des tú de beber.

Mi voz suena neutra, impersonal. No hay nada de autocompasión en ella.

La enfermera se acerca y se sienta en la silla con ruedas, junto a la cama, con un leve gemido. Debe de estar cansada.

—Tienes razón, cielo, lo siento mucho; debería haberte preguntado. Voy a darte un poco de agua. —Su ropa susurra al coger el vaso. Siento su aliento rozarme el brazo—. Te acerco la pajita a la boca.

La agarro con los labios y, sedienta, bebo unos tragos de agua.

—Gracias.

—Vamos a probar una cosa —dice Jasmine; coge mi mano entre las suyas y la masajea. Qué gusto…—. Inténtalo ahora —dice, después de un rato.

Intento flexionar los dedos. Esta vez, consigo tocarme el pulgar con

la punta del índice.

—Mira —digo, y Jasmine se ríe, compartiendo mi entusiasmo—. Y puedo levantarla un poco. Quizá mañana consiga beber agua. ¿Crees que podré?

Jas se golpea las manos contra los muslos con fingida frustración.

—Adiós a la estabilidad laboral —se ríe. Luego se levanta, rodea la cama y se sienta en el borde para darme un enérgico masaje en la mano y el brazo derechos, hasta el hombro—. Listo. Mañana te quiero ver aplaudiendo, ¿de acuerdo?

—Eso está hecho —respondo. Al flexionar el brazo derecho desde el codo, se me dibuja una amplia sonrisa: mi mano derecha descansa ahora sobre mi abdomen, y no he tenido que arrastrarla hasta allí.

Luego Jasmine se pone a hacer algo cerca de la cama, a mi izquierda —probablemente esté cambiando la bolsa de suero— y después cambia de lado y extiende mi brazo derecho.

—Vamos a sacarte un poco de sangre. Órdenes del médico. Como hacemos todas las mañanas.

Ese comentario me provoca escalofríos. ¿Todas las mañanas? ¿Me han sacado sangre todas las mañanas y no lo recuerdo?

—¿Estás segura? —pregunto con voz temblorosa.

—¿Segura de qué, cariño?

—De que me has sacado sangre todas las mañanas —susurro—. No lo recuerdo.

—Oye —dice al sentarse en la cama—, no le des demasiada importancia. A veces lo hago antes de que te despiertes y, además, estás sedada. Como ya hemos comentado, la pérdida de memoria a corto plazo podría ser un efecto secundario de esos medicamentos. No creo que tenga nada que ver con tu amnesia postraumática. Es algo totalmente diferente y bastante inofensivo. —Me ata una goma alrededor del brazo y la aprieta con fuerza hasta que se me clava en la piel.

¿Inofensivo? ¿Cuando toda mi vida es un rompecabezas al que le faltan piezas y mi seguridad depende de que mi memoria vuelva a mí?

A lo lejos, un coche toca el claxon dos veces mientras Jas me levanta el codo y desliza por debajo lo que parece una almohada.

—Seguro que recuerdas las cosas importantes —dice—. Nuestro cerebro suele hacerlo: descarta la basura, las tonterías que no necesitamos, como los análisis de sangre y que nos pinchen una y otra vez. —Hay un momento de silencio, seguido de un pinchazo en mi brazo derecho. Pequeños objetos, probablemente tubos de ensayo, se mueven en una bandeja cercana—. Por ejemplo, ¿recuerdas mi nombre?

—Sí, te llamas Jasmine.

—¿Lo ves? La información importante está ahí —dice la enfermera, con una risita que pretende tranquilizarme. Saca la aguja y noto que me pone un trozo de gasa y la pega con esparadrapo.

—Si tú lo dices… —susurro. La desesperación ha vuelto para carcomer mis fuerzas y agotar mi coraje.

—Ya está. Ahora voy a darte algo de comer. Te he traído requesón, un huevo cocido con muy poca sal y gelatina roja. ¿Te apetece?

—¿Crees que ya podré sostener la cuchara? —pregunto, sabiendo que la respuesta va a ser negativa.

—Vamos a intentarlo. —Jasmine coloca la cuchara en mi mano, la apoya y luego presiona mis dedos con los suyos para mantenerla firme. Siento que se sumerge en algo y después Jasmine la lleva con cuidado a mi boca.

El requesón sabe de maravilla. Como más; cada cucharada es una lucha y una victoria al mismo tiempo, y me obligo a no desanimarme por lo complicado que es. Mañana será más fácil. Eso es lo único que importa.

Cuando termino de comer y Jasmine se levanta y se lleva la bandeja, empiezo a flexionar los dedos, ansiosa por ejercitarlos hasta que vuelvan a la normalidad. Hago un esfuerzo con las piernas, pero no ocurre nada; parecen bloques de plomo, pesados e imposibles de mover. Frustrada, dejo escapar un largo suspiro.

—Ánimo —dice Jasmine mientras pone algunas cosas en la bandeja y tira otras a la basura—. Te recuperarás del todo, te lo prometo. —Otro objeto golpea la papelera con un ruido sordo y la tapa cae con el ruido metálico habitual—. ¿Estás lista para recibir a tu visita?

¿Una visita? ¿Ha vuelto Steve? ¿O es mi acosador que quiere terminar el trabajo? El corazón empieza a latirme con fuerza.

—No quiero que nadie me vea así.

—¿De verdad? Parece una señora muy agradable. Dice que se llama Denise.

La adrenalina se desvanece.

—Ah. ¡Sí! Por favor, dile que pase.

16

Jasmine abre la puerta, dejando entrar aire más fresco en la habitación. La oigo hablar primero a ella y luego a Denise.

—Sí, claro; no me quedaré mucho tiempo.

La puerta se cierra con suavidad y Denise se acerca con pasos decididos antes de detenerse bruscamente a cierta distancia de la cama.

Me parece oír un suave jadeo que se apresura a amortiguar, tal vez con la mano, que ha debido de volar para taparse la boca. La imagino de pie, mirando horrorizada hacia la cama. El labio inferior comienza a temblarme y un sollozo ahogado se escapa de mis labios. Me alivia saber que está ahí, pero también me recuerda lo que he perdido.

—¿Denise? ¿Eres tú?

Algo emite un crujido quedo y un objeto cae con un ruido sordo sobre una mesa cercana. Denise se acerca a la cama; ahora sus pisadas son más lentas, más suaves y menos decididas. Luego, me aprieta la mano con su entusiasmo habitual.

—Vaya, hola —dice; su voz es perfectamente normal, incluso alegre, con su sofisticado acento británico. Es una gran actriz.

—Hola —susurro, todavía luchando por mantener la compostura. Obligo a mis pulmones a inspirar hondo, aunque en realidad eso me ayuda muy poco a recuperar el control.

—Normalmente, dejo de trabajar con los clientes que no se presentan a sus audiciones, pero de todas las excusas que me han dado en veinte años que llevo como representante, la tuya se lleva la palma, así que haré una excepción. —Su tono suena neutral y su falsa indiferencia resulta casi convincente.

Sé lo que está haciendo; actúa como si todo fuera bien, como si las cosas pudieran volver a la normalidad mañana o muy pronto, al típico estilo británico.

—¿Crees que de repente saldré de aquí y entraré del tirón en un plató de cine, lista para cuando digan «Acción»? —me burlo en voz baja, y suspiro, avergonzada. Denise no tiene la culpa de nada de

esto, ni siquiera de mi pésimo humor. Solo intenta levantarme el ánimo—. Siento haberme perdido la audición —añado, con suavidad —. Si te soy sincera, no recuerdo para qué película se trataba ni cuál era el papel, y lo siento mucho por eso también. —Hay un silencio tenso durante un momento en el que Denise parece contener la respiración, al igual que yo—. Dicen que es amnesia postraumática y que desaparecerá pronto, pero yo no estoy tan segura. —Sacudo ligeramente la cabeza, aunque los músculos no me obedecen y mi gesto se reduce a un tic imperceptible. Las punzadas en el cráneo me castigan al instante por ello—. Tengo tanto miedo, Denise…

—La chica a la que represento no tiene miedo a nada salvo al fracaso. —La silla se acerca a la cama y Denise se sienta—. Bueno, a menos que hayan conseguido cambiarle el ADN de alguna forma… Tenemos un contrato, no lo olvides. Espero que cumplas tu parte. —Su interesante visión del acuerdo de representación me hace sonreír —. Eso está mejor. Esa es la chica que recuerdo: la engreída estudiante de Artes Escénicas de Texas que no me dejaba articular palabra durante una conversación telefónica —dice en tono sarcástico.

Las lágrimas vuelven a ahogarme.

—Gracias, Denise. No tienes ni idea de cómo…

—Era el papel principal en una película llamada *La farsa* —explica de forma despreocupada, con un deje de decepción fingida en la voz y el humor suficiente para hacerme saber que no está enfadada conmigo de verdad—. Trabajé muy duro para conseguirte esa audición. ¿Y sabes quién ha conseguido el papel?

Un leve surco tensa las vendas que cubren mi frente.

—¿Quién?

—Tu mejor amiga, Lisa Chen. Entró llena de aplomo, se sabía sus líneas a la perfección y lo hizo tan bien que a los productores no les importó que el personaje no fuera asiático. Ahora sí que lo es.

«Lisa».

Pensar en ella inunda mi mente con los ecos de su risa contagiosa que llenaban el pequeño apartamento de Lexington Avenue. Casi puedo saborear la sopa que preparaba en nuestra única olla, donde hervía un poco de caldo de pollo enlatado con fideos, y lo aderezaba

todo con un toque de salsa de soja. Esa receta nos llevó a las dos a clases de interpretación en la UCLA. Nos lo pasábamos en grande, despreocupadas y llenas de esperanza, pues sabíamos que íbamos a triunfar en la industria del cine sin otra razón que nuestra propia determinación y la fuerza de nuestros jóvenes corazones. Brillante y vivaz, Lisa llenó de alegría mi vida. Le enseñé todos los acentos estadounidenses y los dominó gracias a su asombroso talento natural. Me enseñó a aprenderme las frases más rápido con el método chino *loci* y a meditar y a respirar para superar el estrés y el miedo; aunque lo más útil fue la técnica de mi profesor: «Deja que el miedo lo domine todo durante cinco minutos». Nos habíamos hecho muy amigas, aprendíamos de los errores y los logros de la otra y nos abríamos puertas mutuamente, nos aliábamos para avanzar en la vida y en nuestras carreras. Y mientras lo hacíamos, también nos divertíamos mucho, ya que solo éramos unas chicas jóvenes que vivíamos en Los Ángeles, con ambiciones infinitas y sueños de gloria en Hollywood.

—¿Ya ha venido a verte? —pregunta Denise. No contesto. ¿Y si ha estado aquí y se ha borrado de mi memoria, como me ha pasado con las últimas visitas del médico, las extracciones de sangre y quién sabe qué más? ¿Cómo voy a volver a estar segura de algo?—. Puede que ya esté en el sitio en el que se va a rodar la película —dice Denise, apresurándose a encontrar una buena excusa para Lisa—. Es en el sur de Texas, en Galveston, creo. La representa otro agente. Ese tipo bajito y sudoroso que se parece a Joe Pesci. —Suelta una ligera risita —. Creo que Lyle, se llama así, en realidad canaliza a Joe Pesci para parecer más interesante.

Nos reímos juntas, aunque mi risa es vacilante. No sé muy bien de quién habla Denise, aunque creo que debería. Al fin y al cabo, ese hombre es el agente de mi mejor amiga, ¿verdad? Debería saber *que existe*, al menos.

Luego las risas se apagan y vuelve el silencio.

—¿Cómo voy a volver después de esto? —pregunto en voz baja—. Todo lo que he construido ya no existe. Se acabó. Lo siento, Denise, pero tu apuesta por mí no dará muchos frutos.

—Ay, cállate.

Me imagino a la sexagenaria disipando mi preocupación con un gesto rápido e imperativo. Denise es directa y franca. Todo en ella habla de fuerza de voluntad y determinación, y de una tolerancia limitada por la debilidad. Lleva el pelo corto, peinado con un estilo más bien masculino, y no se tiñe. En ella, el cabello prácticamente blanco resulta elegante y natural, y combina a la perfección con los trajes oscuros que suele llevar. Me pregunto qué llevará puesto hoy para la visita al hospital. ¿Pensará que el negro sigue siendo apropiado? ¿O es demasiado sombrío? ¿Ha caído en eso? ¿O solo se ha puesto lo que tenía más a mano porque sabe que su clienta ahora es ciega?

¿Qué diría si se lo preguntara? Probablemente pensaría que he perdido la cabeza. Lo más probable es que eso sea cierto.

La silla chirría un poco cuando Denise se mueve en el sitio; luego alarga la mano y coge la mía.

—Déjame decirte cómo vas a volver después de esto. Cuando estés lista, llámame. Aunque sabré perfectamente cuándo lo estarás, porque vendré a verte cada vez que pueda para mantenerte a raya. —No puedo evitar esbozar una sonrisa—. Otros actores ya se han tomado descansos de la actuación antes, ¿sabes? La mayoría eligen la rehabilitación para pasar un año sabático, a veces la cárcel, o quizá estrellar un Ferrari y pasar meses recuperándose, pero si tú has tenido que seguir este camino, lo entiendo.

Mi sonrisa crece. Su optimismo es irresistible.

—Denise, yo…

—Te conseguiré un buen publicista y venderá tu regreso como un chocolate caliente en un día de invierno. Seguro que estás deseando volver a ponerte en pie.

—Sí, no sabes cómo. Estoy en ello. —El sarcasmo tiñe un poco mi voz. También tiene un deje de autocompasión.

Denise se apresura a llenar el silencio, quizá porque siente la incomodidad.

—¿Recuerdas cuando Lyle…?

—¿Quién es Lyle?

Hay una breve pausa.

—El agente de Lisa Chen. Acabamos de hablar de él. ¿El que

canaliza a Joe Pesci? —La voz de Denise suena un poco menos segura hacia el final de su pregunta, como si empezara a darse cuenta de lo que me pasa.

Lo que debería haber sido un recuerdo fresco vuelve a mí, arrugado, despacio, como si emergiera de un pozo nebuloso y sin fondo.

—Ah, sí, ahora me acuerdo.

—Vale, ¿te acuerdas del primer día de rodaje de *Amor de verano*?

—Un poco —respondo. El destello de un recuerdo me pasa por la cabeza. Denise y yo caminábamos desde el coche, charlando, sonriendo, con vasos de café en la mano, y el sol asoma por el horizonte. El cielo californiano era de un azul perfecto y prístino, porque aún no lo había tocado la niebla tóxica del mediodía. Aquel día me había vestido de manera informal, con vaqueros y una camiseta negra de tirantes, y recordé que me daba un poco de vergüenza ir junto a Denise. Mi agente iba elegantemente vestida con un traje de pantalón negro y la chaqueta, una obra de arte bordada con cuello mao, era exquisita sin resultar exagerada. Ella tenía clase y parecía que llevaba a su hija adolescente a rastras de vuelta al colegio.

Oigo un ligero crujido cuando Denise cambia de posición en la silla del hospital.

—Estabas un poco estresada por ese papel y por lo que implicaba. —Hace una pausa, como si quisiera darme tiempo para recordar. Y así es. La perspectiva de desnudar mi cuerpo en pantalla me había aterrorizado lo suficiente como para pedirle a Denise que me cogiera de la mano, por así decirlo, aunque esa escena no estuviera programada para ese día. Esperaba que la gente del plató me criticara al instante solo por firmar en la línea de puntos de un contrato con cláusulas bastante laxas para los desnudos.

Estaba equivocada. Todos fueron muy profesionales y se ocuparon de sus propios asuntos.

Otro recuerdo de aquel día se cuela en el primer plano de mi mente. Conocí a alguien en el plató. A un hombre. Es alguien importante; puedo sentirlo, aunque no recuerdo mucho de él.

—Sí, lo sé —susurro al fin—. Estuviste apoyándome.

—Sí que lo hice, ¿verdad? —Denise sonríe. Puedo oírlo en su voz—.

Ese agente, Lyle, era muy peculiar; divertidísimo, pero de una forma bastante incómoda. Le gritaba a aquel actor, le clavaba el dedo en el pecho, resoplaba como si estuviera a punto de sufrir un infarto y caer muerto… Nos topamos con una acalorada conversación entre ellos. Seguro que te acuerdas de eso.

—N… no —respondo, aunque débiles fragmentos de un recuerdo empieza a bailar en mi mente. Un hombre alto y guapo, de mandíbula fuerte y ojos hipnotizadores que se iluminaban al verme. Se peinaba rápidamente el cabello oscuro, un poco alborotado, al entrar en contacto con sus dedos, que lo recorrían como un peine y lo echaban hacia atrás.

«¡Ni pensarlo, Lyle! ¡No lo haré!», recuerdo que gritaba. Luego, la forma en que sus labios se estiraron en una sonrisa cuando me vio entrar en el plató con Denise.

—Quizá. Un poco —me atrevo a decir.

—Se llamaba Adrian, ¿recuerdas?

—Claro —respondo alargando la palabra, insegura aún. Pero, a diferencia de lo que me pasa con el del agente, su nombre sí que me suena.

—Y Lyle se paseó sacando pecho y gritaba: «Hazme caso, chaval, firma aquí y el éxito de Adrian Sera no tendrá límites». —Denise deja de imitar al agente para soltar una risita y después, sigue hablando—: «Diablos, las mujeres harán cola alrededor de toda la manzana para pasar una noche con Adrian Sera». Y algunas obscenidades que prefiero no repetir ahora —añade, ahora riendo de forma contagiosa.

Yo también me río.

—Sí, eso sí lo recuerdo, ahora que lo mencionas. Adrian… Ese era su nombre, tienes razón.

—¿Qué se supone que iba a hacer el pobre, con el rabioso Lyle atosigándolo de esa manera? Al final firmó, sin apartar la vista de ti.

—Adrian… —empiezo a decir, pero me detengo, porque las palabras se quedan atrapadas en mi pecho por el repentino sentimiento de pérdida que inunda mi corazón. No puedo decir por qué; todavía está borroso. Recuerdo que le gustaba, pero en ese momento, si fue durante *Amor de verano,* debía de estar casada con Steve… Y se supone que éramos felices, porque fue antes de que Mikela se

entrometiera en nuestras vidas. Recuerdo que le sonreí con amabilidad y luego busqué al director porque estaba a punto de pronunciar su discurso de bienvenida.

—He oído que ha hecho carrera en las telenovelas. —Denise suspira con desaprobación—. Pueden convertirse en la gallina de los huevos de oro para jóvenes actores sin talento capaces de digerir el melodrama exagerado y las tramas interminables, aunque no son precisamente un trampolín para conseguir un Óscar. Pero si te parece bien salir en la tele y que no te tomen en serio como actor, adelante. ¿Por qué no?

—¿Actúa bien? —pregunto; no sé por qué no me acuerdo.

—Lo hizo bien en *Amor de verano* —responde, como si me hubiera leído el pensamiento—. En los culebrones, no sé. Su aspecto, sin embargo, era impresionante. Lyle Crespin tenía razón. Es un auténtico regalo para la vista. Leí en alguna parte que está saliendo con una supermodelo.

Las palabras del agente resuenan en mi mente: *«Las mujeres harán cola alrededor de toda la manzana para pasar una noche con Adrian Sera»*, dijo. La frase, desenterrada del olvido, empieza a perseguirme. ¿Qué más dijo, justo después de eso?

¿Sobre qué discutían Adrian y su agente? ¿Qué fue lo que no quiso hacer, pero hizo de todos modos? ¿Firmar el contrato de representación? ¿Y por qué no iba a hacerlo?

¿Y por qué me importa? ¿Por qué no puedo acallar el eco de ese recuerdo de una vez por todas?

Mucho después de que Denise se vaya, las insistentes palabras de Lyle se quedan conmigo, como si contuvieran un mensaje importante que no logro entender. Dejo que mi mente divague e intento pintar esa escena. Cómo era el sitio. La gente que había. Denise. Adrian. Lyle. Empiezo por él… Me limito a imaginarme a Joe Pesci cuando mi memoria se niega a cooperar para dibujar su cara.

Entonces, lo veo en mi mente: Adrian Sera. La expresión de su rostro cuando nuestros ojos se encontraron. El sabor de sus labios contra los míos cuando nos besamos. El sonido de los latidos de su corazón cuando apoyé la cabeza en su pecho.

Me doy cuenta de que fue Adrian Sera quien me consoló después de

que me siguieran cuando salí del Oso Negro aquella espantosa noche. Era el novio, el amante hacia el que corría. Su rostro aparece ahora con claridad ante mí, al igual que la sensación de sus fuertes brazos al rodear mi cuerpo y hacerme sentir segura. Fue su mano la que sostuvo la mía cuando presenté una denuncia policial al día siguiente.

Sí, Adrian Sera era mi novio. Recuerdo acariciarle la cara y mirarlo a esos ojos que podían iluminar una habitación con el brillo dorado de sus iris color avellana.

Mi mente ansía recuperar las piezas que faltan de nuestra historia juntos. Tropezando en la niebla de mi memoria, encuentro un hilo que me guía.

17

Resultaba extraño trabajar sin Steve sentado en la silla del director, pero yo estaba encantada de volver a un plató después de sobrevivir a un largo período de sequía esperando llamadas a audiciones que no llegaban.

Una vez me habían llamado «nepoactriz», y mi fugaz éxito se lo habían atribuido por completo a mi marido. Nunca dejó de sorprenderme cómo, si una mujer hacía algo bien, el hombre que estaba a su lado era el que merecía todo el reconocimiento. Eso es lo que la gente elige creer. Pero si ella se equivocaba o cometía un error, la culpa siempre era total y exclusivamente suya. Nunca del hombre.

Los rumores despiadados me habían perseguido durante un tiempo, desde que se conoció la noticia de nuestra separación. Decían que yo era una decepción, que nunca había sido tan buena actriz y que, si no hubiera sido por mi relación con Steve Wellington, nunca habría tenido una oportunidad. Había cometido el pecado más grande: divorciarme del hombre al que le atribuían mi éxito, un tipo que conocía a otros tipos, en un mundo de hombres donde los hombres se apoyaban entre sí frente a asuntos espinosos como las exmujeres, los divorcios y otras cosas desagradables. Nadie quería que Steve se enfadara porque tenía buenos contactos.

Los productores no querían arriesgarse a disgustar a Steve Wellington, quien quizá estuviera trabajando en una serie de proyectos relativamente poco glamurosa, pero que fingía tener más glamur que nadie.

Y al final, las convocatorias para las audiciones dejaron de llegar.

Denise hizo todo lo posible por contrarrestar lo que llamó: «Los efectos de la tormenta D». Steve me había hecho firmar un acuerdo de confidencialidad que me obligaba a guardar silencio sobre el divorcio, como si fuera a ir corriendo a la prensa sensacionalista a airear todos los trapos sucios. Probablemente le hacía firmar esos acuerdos a todo el mundo. Y así, durante un tiempo, el divorcio se mantuvo en secreto, aunque algunos peces gordos de la industria lo

sabían. Cuando se filtró la noticia, ya no era novedad y la prensa sensacionalista, por fortuna, se la saltó.

Eso significaba que mi madre no lo había leído en ningún periódico de los que se encuentran en la fila de la caja del supermercado. Con sus problemas respiratorios, era mejor que no se preocupara por su hija. No se lo dije, aunque mi corazón seguía dolido por Steve, por mi matrimonio destruido y por el amor que a veces aún sentía por él. Deseaba llamarla y hablar con ella, pero no podía, ya que sabía lo que eso podía hacerle a la maltrecha salud de mi madre. Me moría de ganas de ir a casa a verla, pero el trabajo me mantenía atada a California; bueno, más bien la búsqueda de trabajo. Tenía que estar preparada para presentarme a cualquier prueba que Denise encontrara, y no eran muchas.

Cuando empezaron a correr rumores sobre lo feo que había sido nuestro divorcio —y no me cabía duda de quién había iniciado esas habladurías—, no me querían ni en pintura. Casualmente, el nombre de Mikela ocupaba un lugar destacado en muchas de las películas para las que me había presentado a las pruebas, y eso que solo algunas de ellas estaban dirigidas por mi ex.

A veces pensaba en vender la casa del lago Tahoe. Debía buscar trabajo, y tenía sentido mudarme más cerca de Los Ángeles para presentarme a las audiciones. Pero esa casa era el primer hogar que había conocido desde que había dejado Lubbock hacía casi diez años, y todos los buenos recuerdos de mi matrimonio aún perduraban entre sus paredes.

Lo admitiera o no, seguía afligida, deambulando de habitación vacía en habitación vacía, buscando lo que se había perdido para siempre.

Así estaba yo cuando entré en el plató el primer día de *Ecos del mañana*: encantada de volver a trabajar, pero todavía herida, tambaleándome por mi divorcio y sintiéndome un poco perdida en un lugar lleno de caras desconocidas.

Sin perder la sonrisa ante el caos de los primeros días, seguí mi orden de rodaje y aproveché el tiempo libre para leer mis líneas una vez más.

Al volver de uno de esos ensayos privados, oí un alboroto en el plató y me acerqué con precaución. En la escena aparecían el protagonista

masculino y una perro, proporcionado por una cuidadora de animales con la que había trabajado antes, que se llamaba Miriam.

La directora, una mujer de unos cuarenta años, vestida con unos vaqueros raídos y una camiseta desgastada, gritaba.

—¡Adrian, el perro tiene que ir a sentarse a tu lado en el sofá! Miriam, por favor, encárgate de que lo haga.

Adrian levantó la vista y nuestros ojos se encontraron. Un destello de reconocimiento iluminó su rostro y sonrió.

Le devolví la sonrisa y me acerqué, pidiéndole permiso a Miriam con un gesto. Luego me agaché junto al perro.

—¿Cómo se llama el cachorrito? —pregunté.

—Obi-Wan —respondió ella, que parecía un poco impaciente.

Hubo risitas aquí y allá procedentes del equipo y de otros actores.

—Ven aquí, precioso —lo llamé, y el border collie se acercó con rapidez, moviendo la cola por lo bajo, con cautela al principio y luego con alegría—. Sé cuál es tu problema —susurré, y le rasqué la base de las orejas a Obi-Wan—. ¡Estás en el sitio equivocado! Deberías estar en el plató de *Star Wars*, no aquí. Yo te entiendo. —Estalló otra ronda de risitas.

Miriam, que estaba tensa al principio, empezó a relajarse.

—Emma, me has hecho dudar por un momento. Casi compruebo mi orden de rodaje.

Sonreí y miré a la directora. Ella asintió e hizo un gesto para indicarme que me apresurara con lo que fuera a hacer. La agenda era bastante apretada.

Me acerqué a Adrian, que estaba sentado en el sofá, como requería su escena. Tenía las piernas cruzadas y movía un pie con impaciencia. La tensión que anudaba los músculos de su firme mandíbula se disipó a medida que me aproximaba.

Empezó a levantarse, pero lo detuve.

—Para, quédate sentado; relájate y prepárate para rodar. Estás estresando al señor Kenobi; nota tu preocupación. Tú respira y deja que todo siga su curso. —El perro estaba a mi lado y me agaché para rascarle un poco más las orejas—. ¿Y qué más da si la escena no es perfecta? ¿O si el perro se sienta a tus pies en vez de en el sofá? Para eso están los dobles, no pasa nada.

Él me miró, con la cabeza ligeramente ladeada, mientras sus ojos color avellana se iluminaban con destellos dorados, tal y como los recordaba de nuestro primer encuentro en *Amor de verano*.

Oculté mi sonrisa mirando un momento al perro y luego asentí hacia la directora.

Adrian levantó el pulgar.

—¿Sonido?, ¡graba!; ¿cámara?, ¡graba! —gritó la directora—. ¡Claqueta! —ordenó, y un ayudante cerró la pizarra con un clac.

El rostro apuesto de Adrian se tornó triste: la mirada fija en un espacio vacío al otro lado de la habitación, los hombros caídos y la cabeza gacha.

—¿Listos? —El subdirector respondió con un pulgar hacia arriba.

—Y… acción —dijo la directora.

Le di unas palmaditas suaves en la grupa al collie y este entró en la habitación.

Adrian estaba sentado en el sofá, con las piernas ya descruzadas. Pareció salir de sus pensamientos y su mirada se centró en la puerta.

—Se ha ido, Buddy. —El perro saltó al sofá. La mano de Adrian encontró automáticamente el pelaje del perro y lo acarició, con un movimiento rítmico y tranquilizador, mientras desviaba la mirada anegada en lágrimas.

Miriam hizo varios gestos a Obi-Wan con las manos hasta que el collie apoyó la cabeza en el muslo de Adrian con un leve gemido.

—Ahora solo estamos tú y yo, muchacho. Nos ha abandonado a los dos. Y no va a volver. —Adrian, metido en su personaje, apoyó la mano en la cabeza del perro y cerró los ojos.

—¡Corten!

El perro, liberado de su posición por su adiestradora, saltó del sofá y se detuvo a mis pies, moviendo alegremente la cola. Y cuando Adrian me ofreció un café, no lo rechacé, aunque acababa de abandonar un vaso lleno en una mesa de *catering* que había junto a la silla de Miriam.

Esa noche me llevó a cenar a Angelini’s. El restaurante era muy romántico y estaba iluminado por velas que titilaban sobre las mesas. La *maître* nos condujo al patio, donde habían preparado un lugar un poco apartado del resto; nuestra propia isla privada en el caudaloso

río de turistas de Los Ángeles. Una única y delicada orquídea decoraba la mesa y unas pequeñas bombillas blancas colgaban en los bordes de la sombrilla que había abierta sobre nuestras cabezas. De fondo sonaba música suave; viejas canciones italianas que me hacían balancearme.

Era perfecto.

Él era perfecto. No pareció darse cuenta de la mirada soñadora que la *maître* le dirigió, ni de cómo los ojos de las mujeres se detenían en su rostro apuesto y su cuerpo fornido y atlético. Su atención se centraba por completo en mí, como si yo fuera todo su mundo.

A mitad de la comida desapareció, lo que me dejó insegura durante uno o dos minutos. Resistí el impulso de mirar por encima del hombro cada cinco segundos, preguntándome cuándo iba a regresar. Poco a poco, como la promesa temprana de una pesadilla al anochecer, volvieron mis temores. Quizá no estaba preparada para otra relación. O tal vez Adrian Sera era demasiado bueno para ser verdad. O, peor aún, ¿y si yo no era lo bastante buena?

Estaba a punto de terminarme la copa de vino, preguntándome cuánto tiempo más debería esperar antes de marcharme, cuando su voz me sobresaltó.

—Espero que te gusten las rosas, Emma —dijo. Me giré y jadeé. Adrian estaba allí sonriendo, encantador y seguro de sí mismo, sosteniendo una bonita rosa roja. Sin poder articular palabra, cogí la flor y nuestros dedos se rozaron. Había una chispa innegable entre nosotros, inesperada, casi abrumadora—. Tu sonrisa podría iluminar toda la ciudad —dijo al sentarse—. Confío en que la señora esté contenta.

Mis mejillas se sonrojaron. Bajé los ojos, moviendo un poco las pestañas, e inhalé el fresco aroma de los pétalos de rosa en la brisa veraniega.

—Es preciosa, gracias. —Lo miré y dejé que mi sonrisa floreciera. Sus ojos reflejaban la luz de las velas, la calidez del momento—. Nunca me habían regalado una rosa en la primera cita. Estás lleno de sorpresas.

Llenó las copas.

—Solo lo mejor para una noche como esta.

Levanté mi copa y la entrechoqué con la suya.

—Por los nuevos comienzos —susurré, ruborizándome de nuevo, temiendo ser demasiado directa.

—Por una noche de primeras veces, y muchas más —respondió, mirándome fijamente mientras probaba el vino, con sus labios sensuales y su sonrisa intoxicante y embriagadora.

Esa misma noche, cuando me acompañó al apartamento de Lisa, donde seguía quedándome cuando estaba en la ciudad, su beso despertó en mi cuerpo deseos que no creía posibles después de Steve. Pero eso fue todo lo que hubo esa primera noche: un primer beso que me dejó con ganas de más. De mucho más.

—Doctor Whitting, acuda a Urgencias —oigo por megafonía, volviendo al presente de una forma tan brusca que siento un mareo.

Me aferro a los jirones de recuerdos entrañables de una época en la que fui feliz mientras lidio con las sombras de sucesos olvidados, buscando más pepitas de felicidad enterradas en mi mente. Pero el hilo de mi romance con Adrian se detiene ahí, deshilachado; el resto está en la oscuridad, quizá perdido para siempre.

Con una horrible sensación de *déjà vu*, me pregunto qué nos pasó a Adrian y a mí. ¿Nos distanciamos? ¿Seguimos juntos? Recuerdo nuestra pelea, el día que el acosador me siguió desde el Oso Negro, pero ¿eso fue el final de lo nuestro? No lo creo. Recuerdo cómo lo cogí de la mano a la mañana siguiente, en la comisaría, donde hice todo lo posible por dar una descripción física al retratista.

Entonces ¿dónde está? ¿Ha encontrado a alguien en el plató de una nueva producción? ¿Alguien que le provocó buenas sensaciones mientras la besaba entre sus brazos porque el guion lo requería, pero que lo dejó con el anhelo de repetir la actuación fuera de cámara? Eso ocurre muy a menudo entre los actores.

El juego de fingir es bastante peligroso.

Un pitido tranquilo y familiar me llama la atención. Tras un momento de duda, me doy cuenta de que es mi móvil. Está cargado, listo para usarlo, pero no puedo hacerlo. Ojalá pudiera cogerlo y ojear los últimos mensajes que envié y las últimas fotos que hice hasta encontrar una pista, algo que me diga qué pasó la noche que

me atacaron. Si fue alguien a quien había invitado a mi casa, ahí podría haber constancia de ello. Si Adrian sigue formando parte de mi vida, mi teléfono tendrá todas las respuestas. Y su número probablemente esté guardado en la lista de contactos.

—Código azul, habitación mil doscientos cuatro —anuncia la megafonía, sobresaltándome de nuevo. Odio lo vulnerable y asustada que me hacen sentir estos anuncios repentinos. Cualquier ruido extraño, en la fracción de segundo antes de que pueda identificarlo, adquiere unas proporciones de pesadilla en mi mente herida. Porque, un día no muy lejano, ese ruido extraño podría ser el brazo del villano, levantado sobre mi cabeza y listo para atacar, para terminar lo que empezó en mi casa esa noche.

No lo veré llegar; solo lo oiré, durante un breve instante, antes de que mi vida toque a su fin.

Mi única posibilidad es ese móvil y no puedo acceder a él, no puedo leer sus mensajes ni ver las fotos que hay guardadas en su memoria.

Un golpe en la puerta me hace estremecerme de nuevo. La máquina empieza a pitar furiosa al lado de mi cama. Entonces la puerta se abre y una voz familiar rompe el silencio.

—Hola, amiga.

18

—Lisa —susurro, aliviada—. ¿Sabes?, considerando que soy la protagonista de una serie de terror en la vida real..., podría estar mucho peor. —Mi voz es débil, a pesar de mis esfuerzos por sonar optimista.

Lisa se ríe entre dientes.

—¡Así me gusta, Em! Vas a superar esto. Eres la persona más fuerte que conozco.

Algo cruje en el aire por encima de mi cabeza. Luego se aleja lenta y silenciosamente. Intento imaginar el origen de ese sonido, pero no lo consigo.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto, y me odio por tener que hacerlo; por sentir tanto miedo de cada pequeño sonido—. Ya lo he oído antes; ayer, o puede que anteayer.

—¿Esto? —El crujido se intensifica por un momento—. Te he traído un globo rojo de aluminio. Tiene un mensaje escrito y todo. Pone: «Buen intento. Venga, vuelve al trabajo». —Lisa se ríe tras leer el mensaje.

Tengo que admitir que es gracioso, aunque de una forma bastante triste.

El susurro se detiene en algún lugar de la esquina izquierda de la habitación, todavía por encima de mi cabeza.

—Eres increíble, ¿sabes? Tienes razón, habías oído ese sonido antes. Hay otro globo rebotando contra el techo, como el mío, pero no tan bonito —añade Lisa, haciendo una de sus bromas habituales. Sin embargo, le tiembla la voz—. También un jarrón con lirios, claveles, velo de novia y un par de rosas.

—¿Qué pone en el globo? —Recuerdo la primera vez que oí el crujido. Fue cuando Denise entró en la habitación. El jarrón debía de ser el otro sonido que había captado, el golpe de un objeto pesado al colocarlo sobre una mesa.

—Mmm, seguro que no lo adivinas —se ríe Lisa—. «Recupérate pronto». Muy original. Es azul y ya está empezando a desinflarse.

Pronto caerá y aterrizará sobre algo… Te dará un susto de muerte. Si quieres, puedo llevármelo cuando me vaya.

—Sí, por favor. —Me conmueve lo considerada que es Lisa—. He oído que has conseguido el papel principal en una película. Enhorabuena —añado con una sonrisa. Me alegro por ella, aunque al mismo tiempo envidio su libertad para moverse, trabajar y vivir.

—Me siento un poco culpable… —Cambia el peso de un pie a otro, aparentemente indecisa sobre dónde sentarse o si debería hacerlo—. Estoy aprovechando tus sobras, lo sé. Tú y yo sabemos que te habrían dado el papel si…

—Los «síes» y los «tal vez» no tienen cabida entre amigas, Lisa. Te has ganado ese papel. Aprovéchalo al máximo. Denise me ha dicho que te va muy bien.

Lisa se aclara la garganta y se sienta en el borde de la cama. Espero el apretón de manos que todos parecen querer darme, pero no se produce.

—Hablando de Denise, me preguntaba…, mmm…, si no es mucho pedir y si no es mal momento, porque me parece que lo es…

—Haz la pregunta de una vez —digo—. Debajo de todas estas vendas sigo siendo la misma. Puedes preguntarme lo que quieras.

—Yo… Quería que me dieras permiso para intentar entrar en la lista de Denise. Sé que tiene la agenda cerrada y que lleva varios años sin aceptar clientes nuevos, pero conoce a la gente adecuada, y necesito esos contactos como el comer. Lyle Crespin, mi agente, es un vago hijo de puta que se cree Joe Pesci.

—¿Ya está? ¿Eso es todo lo que necesitas?

—Ella es una de las mejores agentes del sector, Em. Y no, no es solo eso. En realidad, quería preguntarte si podía usar tu nombre para llegar hasta ella.

—Claro —respondo, mordiéndome el labio para no decir nada más. La petición de mi amiga no es nada inusual, pero el momento en que me la está haciendo y quizá el egoísmo que hay en ella me alteran hasta el borde de las lágrimas. Me siento abandonada; los restos de mi vida están destrozados como un animal desgarrado por un buitre a un lado de la carretera.

—¿De verdad? Muchas gracias —dice Lisa alegremente. Hay un

movimiento cerca de mi cabeza y luego me da un beso rápido y entusiasta en la mejilla—. Eres increíble; incluso ahora, cuando podrías haberme mandado a la mierda y haberme dicho que no me molestara en cerrar la puerta al salir.

Es verdad. Su comentario me tranquiliza un poco. Lisa podría haberse puesto en contacto con Denise directamente. No necesitaba mi permiso. Conmigo fuera de juego, incapacitada como estoy, podría haber usado mi nombre para llegar hasta mi agente y yo nunca me habría enterado. Sin embargo, que esté pasando justo ahora resulta extraño. Primero, casi me matan. Luego, Lisa consigue el papel para el que yo tenía que hacer una prueba, y es un papel principal en un proyecto multimillonario, una oportunidad única para triunfar.

«Merecería la pena matar solo por la visibilidad y los beneficios residuales».

Ese pensamiento tan inquietante me hace dudar por un momento, antes de tacharlo de mi paranoia persistente.

No puede ser verdad. Lisa ha sido mi mejor amiga desde nuestros primeros días en la UCLA. Siempre se ha comportado de una manera amable, confiable y honrada. Me siento avergonzada por dudar de ella, por desconfiar tanto de una chica que no quiere nada más que lo que yo quería y sigo queriendo para mí.

—Siento no haber venido a verte antes —dice Lisa, con la voz quebrada—. No me sentía capaz de controlar mis emociones. Ya me conoces, lloro hasta en el cine, como si fuera una vieja. —Intenta reírse, pero la voz le sale ronca—. Todavía no lo asimilo. —Se queda de pie junto a mi cama, dando pasos inquietos en su sitio, con los tacones repiqueteando con suavidad contra el suelo. Entonces empieza a llorar, haciendo todo lo posible por ocultar el sonido, pero no me engaña.

—No pasa nada, Lili —digo, usando un apodo que le puse hace mucho tiempo—. Sé que no te resulta nada fácil verme así.

—Se supone que debo animarte —responde Lisa, apenas capaz de reprimir sus sollozos—. Por Dios, amiga, no me hagas esto. Ahora estoy hecha un desastre y voy a tardar veinte minutos en arreglarme el maquillaje. —Logra reírse, y yo me río con ella, deseando tener sus

problemas—. Nunca pensé… Este tipo de cosas les pasan a otra clase de gente, no a dos chicas como nosotras…

—Hasta que ocurre. Y estoy muy jodida, Lisa. No recuerdo nada, solo que alguien intentó matarme.

—¿Quién? —Su voz se eleva por la sorpresa.

Suspiro con amargura, luchando contra nuevas lágrimas de frustración.

—Ni siquiera sé a ciencia cierta si era un hombre o una mujer, y no sabes lo mucho que intento recordarlo todo. Lo único que hago es estar tumbada en esta cama, haciendo todo lo posible por obligar al pasado a mostrarse de nuevo. Me estoy volviendo loca.

Lisa se sorbe los mocos y abre la cremallera de algo —quizá el bolso —, luego saca un pañuelo de papel y se suena la nariz con discreción.

—¿Has hablado con la policía?

—¿Para decirles qué? —Por un momento, el silencio inunda la habitación—. El hospital los llamó… Pero a lo mejor tú puedes ayudarme a recordar. ¿Tenía problemas con alguien? ¿Te mencioné algo? ¿Crees que pudo ser Steve?

—¿Steve? —Su voz suena auténticamente sorprendida—. Llevas más de un año sin mencionarlo; desde que se comprometió con ese pedazo de mierda de Mikela.

El recordatorio me golpea en el pecho como un puño, atrapando el aire en mis pulmones. De alguna manera me había olvidado del compromiso de Steve y del enorme pedrusco de Mikela a pesar de lo mucho que se esforzó por informarme de ello.

La sensación de pérdida del amor que una vez conocí me atraviesa el corazón.

—Ay, cielo, ¿no lo sabías? —Lisa vuelve a la cama y se sienta en el borde. Su voz suena frágil por la compasión—. Sí que lo sabías. Tú y yo hablamos de ello. Estuvimos charlando mucho rato, mientras bebíamos vino, hasta que te emborrachaste como una cuba y te fuiste a la cama insultándolo tan alto que se quejaron los vecinos.

—Pero eso fue antes de que…

Un suspiro.

—Sí. ¿Cuánto recuerdas ahora?

Una pregunta bastante sencilla.

—Ese es justo el problema. No lo sé, algo, supongo. Trozos sueltos, eso es todo lo que queda. Vuelve en ráfagas, luego nada, o solo en forma de sensaciones o destellos de lo que solía ser mi realidad. Y no estoy segura de que las cosas que recuerdo ocurrieran en realidad, pero tú podrías sacarme de dudas. Sabías todo lo que pasaba en mi vida, ¿verdad?

—Sí. —Otro resoplido—. Dispara.

—¿Alguna vez he mencionado tener miedo de alguien?

—Tenías un acosador. Yo estaba muy preocupada por eso. Fuiste varias veces a la policía, pero no hicieron nada.

—¿Cuándo fue la última vez que lo mencioné?

—Hace un mes —responde Lisa. Su voz suena insegura—. Creíste verlo de nuevo un día que fuiste de compras, aquí en Tahoe. —Recuerdos vagos de mí hablando con un policía en el centro comercial me inundan la mente. ¿O era un fragmento arrancado de una pesadilla que tuve?

—¿Lo vi alguna vez en Los Ángeles?

—Sí, tú y yo íbamos caminando de vuelta a casa una noche y me señalaste a alguien. No pude ver mucho, pero fue muy inquietante. Esa sudadera con capucha, el rostro envuelto en la oscuridad... Parecía el tráiler de una película de terror.

—¿Qué dijo la policía? ¿Había algún sospechoso?

—Dijeron que no se había infringido ninguna ley, que solo era alguien que estaba en la calle. Yo no estaba contigo cuando hablaste con ellos. Te estoy diciendo lo que me contaste en su momento.

—Entonces, ¿pasó aquí *y* en Los Ángeles?

La mano de Lisa toca la mía con dedos fríos y vacilantes que se apartan de inmediato, como si mi estado fuera contagioso.

—Sí. —Hay un rato de silencio mientras intento pensar. ¿Cómo puede alguien acosarme en ambos sitios? Tendrían que conocer mi agenda o seguirme cuando voy al aeropuerto, y luego coger el mismo vuelo o el siguiente. Mi niebla mental se niega a desaparecer, retenida por la medicación y el dolor de cabeza palpitante que no cede—. Supongo que la visión de tus tetas en *Amor de verano* causó una gran impresión —bromea Lisa.

—Ojalá pudiera pegarte ahora mismo... —respondo, sonriendo

como en los viejos tiempos, cuando esos intercambios terminaban en carcajadas.

—Tu novio se estaba obsesionando un poco con ese acosador tuyo. Quería seguirlo, atraer al tipo fuera de su escondite y apuntarle con una pistola. Tú se lo impediste.

—Adrian es muy especial, ¿verdad? —Hay amor en mi voz.

Un momento de un silencio incómodo hace que el pitido del monitor cardíaco suene más fuerte de lo habitual.

—Adrian no, Bryan —dice Lisa en voz baja—. Por lo que sé, Adrian y tú terminasteis hace meses.

Me tiembla el labio inferior.

—No… Otra vez, no. No puedo volver a pasar por esto. —Primero Steve y ahora Adrian. Sería mejor que no recordara nada de ellos.

—¿De qué estás hablando? —Los dedos de Lisa me acarician brevemente la cara de forma suave y tranquilizadora—. No llores, Em. Se me rompe el corazón.

—Es que acabo de empezar a recordar a Adrian y lo que siento por él; cuánto lo quiero. ¿Y ahora… me dices que ya no está? Tengo que revivirlo todo de nuevo y no recuerdo haberlo hecho antes. Solo… siento la pérdida.

Lisa se esfuerza por ahogar un suspiro.

—Ahora estás con Bryan. Hace dos semanas, cuando hablamos por última vez, todavía estabais juntos. Sé que te gusta mucho y no me extraña… Está buenísimo.

Las lágrimas inundan mis ojos cerrados, empapando las vendas. Es un *déjà vu* enfermizo, un *Atrapado en el tiempo* infernal.

—¿Quién es Bryan?

—Pues… Tu Bryan es un buenorro —dice Lisa, infundiendo demasiada alegría en su voz—. ¿Recuerdas que trabajabas en el Oso Negro los fines de semana?

De eso sí me acuerdo. Pero la pregunta de Lisa activa mi memoria y me obliga a liberar algunos recuerdos visuales más: el exterior del local, una robusta cabaña de troncos con un gran letrero de madera tallada con un oso negro de pie. El interior, espacioso y de alguna manera todavía no lo bastante grande para acomodar la avalancha de turistas que llegan el fin de semana, estaba impregnado del rico

aroma de hamburguesas con queso a la parrilla y el acogedor murmullo de conversaciones, interrumpido ocasionalmente por estallidos de carcajadas. Las paredes estaban revestidas de madera, adornadas con cuadros de temática de caza y algún que otro trofeo con motivos de osos, como cabezas disecadas o garras convertidas en colgantes y suspendidas de largas y finas tiras de cuero, al estilo nativo americano.

Me veo charlando con alguien al otro lado de la hortera barra del bar, que han cortado y tallado en el tronco de una enorme secuoya. Un hombre con barba de unos treinta y tantos años, con una expresión bondadosa en el rostro y que sonreía ampliamente mientras llenaba una fila de vasos con licor con un único y elegante movimiento. La botella, inclinada lo justo, dejaba que el líquido color ámbar cayera en una suave cascada en los vasos sin derramar ni una sola gota mientras llenaba uno tras otro; luego los colocaba en bandejas negras y brillantes que yo cogía para repartirlos entre los clientes. La mano de un borracho en mi trasero y yo balanceándome fuera de su alcance mientras equilibraba con pericia la pesada bandeja sobre su cabeza. Luego, más tarde, el silencio del bar desierto tras el cierre y el cansancio que sentí cuando por fin tomé asiento en la barra. Y una voz, que sonaba con claridad en mi memoria, me preguntó si quería beber algo.

—Bryan es…

—El camarero del Oso Negro —susurro.

—Sí, os conocisteis allí, ¿no?

Recuerdo al hombre, pero mis sentimientos hacia él siguen enterrados en algún lugar, en un cajón de mi memoria que temo abrir.

—¿Era él? —pregunto en voz baja—. ¿El acosador era Bryan?

—No lo sé, Em. —Lisa se levanta y empieza a pasear lentamente por la habitación—. Si sigues así te volverás loca. —Se detiene y gime con fuerza—. No lo creo. Bryan quería localizar al acosador, ¿recuerdas? Para hacer un… ¿qué era? Sí, un arresto ciudadano. Acabo de decírtelo.

Obstinada, me niego a aceptar la respuesta. La gente miente sobre

un montón de cosas más a menudo de lo que parece, y Bryan también podría haberlo hecho. Para mí es un completo extraño.

—Lil, dices que estabas allí conmigo y que tú misma viste a esa persona, pero afirmas que no se distinguía gran cosa. ¿Era Bryan?

—No lo sé, ¿vale? —Su pie golpea con rabia el suelo. Al cabo de un momento, Lisa se acerca, vacilante—. Lo siento, Em. No debería haber levantado la voz…

Su reacción la delata. Está ocultando algo y saberlo me llena el corazón de miedo. Solo hay una razón por la que haría eso.

—¿Es mentira que estuviste conmigo esa noche? ¿Eras tú el supuesto acosador?

19

Cuando Lisa sale llorando de la habitación, la llamo, primero con un hilo de voz y luego con toda la fuerza de que soy capaz.

—Lisa, por favor vuelve. —Escucho un rato, pero no oigo nada; ni pasos ni puertas abrirse o cerrarse. Nada, como si Lisa estuviera congelada en el sitio para observarme sin ser vista mientras escucha cómo me retuerzo, ahogada en la culpa—. ¿Lisa? —vuelvo a llamar, alzando la voz—. No quería decir eso, te lo juro.

Reprimo un grito de frustración. Yo estaría igual de enfadada si estuviera en el lugar de mi amiga. No hay base para mis acusaciones, solo que estoy perdiendo la cabeza, insegura de lo que pasó en realidad y cuándo.

A lo lejos, se oye una cisterna que se descarga y el tanque comienza a rellenarse con un silbido apagado y multitonal. Suena extrañamente familiar, como una melodía después de escucharla en la radio varias veces. Debo de haberlo oído… quién sabe cuántas veces desde que estoy aquí. Mis recuerdos ya no me pertenecen, y podría perder hasta aquellos que logro arrebatar en mi batalla diaria contra el olvido la próxima vez que despierte de mi agitado sueño.

Quizá por eso Lisa no ha respondido a mi llamada; ya debía de haberse encerrado en el baño, probablemente todavía llorando. Mis acusaciones han atravesado el corazón de una amiga querida y leal, y no puedo perdonármelo.

Todavía enfadada conmigo misma y decidida a corregir mi error, espero, durante varios minutos eternos, a que Lisa salga del baño. Ha mencionado que necesitaba retocarse el maquillaje, y sé que mi amiga es muy meticulosa con su aspecto. En mi mundo, no tengo forma de saber la hora, no percibo el paso del tiempo ni tengo una verdadera conexión con los matices de la luz del día o el crepúsculo que la gente ve fuera de sus ventanas y que los ayudan a aferrarse a la realidad. *«Privación sensorial»*, lo llamó uno de los médicos. En aquel momento, pensé que se refería a la pérdida de visión. Nunca pensé que echaría tanto de menos la sensación del paso del tiempo.

Seguro que hay alguna solución. Tal vez un reloj especial que pueda decirme la hora o algo así. No sé braille y no creo que pueda aprenderlo.

«No pienso hacerlo hasta que no pierda toda esperanza de recuperar la vista».

La puerta del baño se abre con un chirrido reconocible y luego se cierra en silencio.

—¿Lisa? —pregunto, y luego escucho. A lo lejos, la oigo hablando con alguien, pero al principio no capto lo que dice.

Es Jasmine, mi enfermera. Cuando habla, sus palabras se escuchan mejor.

—Te avisaré, te lo prometo —responde ella—. Tengo tu número. —Habla de forma bastante afable con mi mejor amiga.

—Perfecto, gracias. Tengo que irme. Ella lo entenderá. —Tras una pausa, la respuesta de Jasmine llega demasiado baja para descifrarla. Después, oigo la voz de Lisa de nuevo, que suena un poco áspera, más fría que antes, despectiva—. Por favor, discúlpate por mí, ¿vale?

Entonces se abre otra puerta y el ligero repiqueteo de sus tacones se desvanece en la distancia, dejando solo silencio tras de sí.

Y más preguntas.

¿De qué conoce Lisa a Jasmine? Se tratan de manera bastante familiar; Jasmine ha obedecido las órdenes de mi mejor amiga, aunque acaban de conocerse. ¿Qué se me está escapando? ¿Por qué Jasmine tiene el número de teléfono de Lisa? Mi paranoia vuelve con toda su fuerza para devorar la culpa por haber hecho esas acusaciones hirientes antes.

Cuando Jasmine aparece más tarde con mi comida y se disculpa por la abrupta marcha de Lisa, me muestro monosilábica. No me molesto en intentar sujetar la cuchara de plástico, me limito a soportar la humillación de que me den de comer un pollo con sabor a goma y unos guisantes blandos y demasiado cocidos, deseando que se acabe todo pronto. Tengo ganas de vomitar. Ni siquiera la gelatina me hace sonreír, como Jasmine dice que suele hacer.

Aunque no me puedo fiar de nada de lo que diga mi enfermera… Hasta que esté segura de que puedo confiar en ella, solo tengo una pregunta que hacerle.

—¿Cuándo va a venir el médico? —pregunto mientras ella vacía la bandeja en el cubo de basura, el que tiene una tapa metálica que se abre sola y rechina contra los bordes, el de acero inoxidable que estoy segura de que tiene un logotipo negro y no rojo, como he visto en las consultas médicas.

—Viene todas las tardes a eso de las seis —contesta la enfermera, en tono algo seco—. ¿Te encuentras mal?

—Estoy fenomenal —contesto—. Estoy disfrutando a tope de este *spa* de lujo.

Hay un momento de silencio tenso.

—Lo siento, cielo. Si no te sientes bien, si puedo hacer algo por ti, dímelo, ¿vale?

No tiene sentido; quizá esté completamente equivocada al sospechar de Jasmine. Podría haberme matado ya cincuenta veces. Mientras duermo, podría inyectarme lo que le pareciera conveniente.

—No… Perdona. Llevo nerviosa todo el día, estoy perdiendo la cabeza. Y a Lisa… La he acusado de algo, y debería haberme dado cuenta de que estaba equivocada.

Se acerca a la cama con pasos decididos. Oigo el portapapeles golpear contra el marco de la cama y luego hojas que se agitan mientras las pasa.

—Aquí pone que el doctor Sokolowski te ha reducido la dosis de sedantes y de la medicación para el dolor. Es más baja de lo que suelo ver en otros pacientes con lesiones cerebrales. Puede que se haya pasado un poco. Podría ajustarte la dosis para que estés un poco más cómoda.

Las lágrimas me arden en los ojos bajo los párpados cerrados. Esas son mis opciones: perder la cabeza en un torbellino de miedo y ansiedad mientras espero a que me asesinen o estar drogada hasta las trancas, como si fuera una hortaliza que reposa en un frasco de cristal, encerrada en un armario oscuro de algún lugar.

—No… Prefiero permanecer despierta el mayor tiempo posible. Además, el dolor ya no es tan fuerte —miento, y me pregunto si sonaré convincente.

—Como quieras —responde la enfermera, y el portapapeles

repiquetea al colocarlo en su lugar habitual—. Si cambias de opinión, dímelo.

—Gracias —susurro, deseando que se vaya ya para quedarme a solas con mis agotadores pensamientos, para rebuscar en ellos hasta que uno por fin tenga algún sentido y me indique el camino hacia mi acosador.

Cuando Jasmine sale de la habitación, un pensamiento inoportuno atraviesa mi mente: «¿Y si la persona que intentó matarme y mi acosador son dos personas distintas? ¿Y si he estado equivocada todo el tiempo?».

Cuando por fin llega el doctor Sokolowski, me encuentra en un frenesí inmóvil, con toda mi angustia volcada hacia dentro, volviéndome loca. En cuanto oigo los familiares pasos, lo llamo por su nombre, con tono desesperado.

—¿Doctor Sokolowski? Tiene que ayudarme, por favor. Esto tiene que parar —suplico, consciente de que no tiene mucho sentido lo que digo.

—¿Qué pasa, Emma? —La silla se acerca a la cama y chirría cuando el médico se sienta. Luego baja la barandilla de la cama, que emite un sonido de traqueteo especial.

—Es mi memoria. Sigo descubriendo cosas que olvidé de mi vida anterior, y otras que he descubierto desde que estoy aquí, pero que luego he vuelto a olvidar, como si ya no pudiera formar nuevos recuerdos. No puedo seguir así. Por favor, haga algo.

—Hablemos de tu memoria —responde el médico, tras una larga pausa—. Creo que ya te expliqué la amnesia postraumática. ¿Lo recuerdas?

—Sí, un poco. Algo así como que los recuerdos están ahí, pero no puedo acceder a ellos hasta que yo esté lista, ¿no?

—Exactamente. Se trata de un defecto en la consolidación y recuperación de recuerdos, y es tan sencillo como parece. En el sistema de clasificación de tu memoria, los cajones siguen llenos de cosas, pero tu cerebro, mientras se cura, sigue sin recordar dónde guardas los calcetines y las camisetas. Y a veces recuerda, pero no quiere abrir ciertos cajones por miedo a lo que pueda haber dentro, a lo doloroso que pueda ser. Tu subconsciente te está protegiendo.

—Eso lo entiendo. Pero, entonces, si por fin consigo recordar algo, ¿por qué lo vuelvo a olvidar? El otro día me enteré de que mi ex se comprometió hace un año. Hoy, no recordaba nada de eso, he tenido que descubrirlo todo de nuevo.

—Todavía tienes el cerebro hinchado, hay inflamación residual. Si te cayeras y te torcieras el tobillo, ¿durante cuánto tiempo no podrías cargar el peso sobre él?

—Mmmm, ¿durante unas tres o cuatro semanas?

—Así es. Hasta entonces, hasta que se haya curado al menos en un grado razonable, tu tobillo no podrá funcionar de forma correcta. El pie se mantiene en su sitio y la articulación sigue ahí, por lo que técnicamente podría funcionar, pero no es así. Está demasiado hinchado. Los tendones están sobrecargados y tal vez incluso desgarrados. Necesitan tiempo para curarse.

—Ya veo —respondo, empiezo a entender adónde quiere llegar con su metáfora ortopédica.

—Entonces ¿por qué le das a tu tobillo, un sistema relativamente simple, casi mecánico, de palos y cuerdas y poleas, tanto tiempo para curarse y eres tan impaciente cuando se trata del órgano más complejo del cuerpo humano?

Suspiro.

—¿Me está intentando decir que espere un poco más? Pero ¿y si me pasa algo? Y también dijo que debería ser capaz de formar recuerdos nuevos y todavía no puedo hacerlo todo el tiempo. Al menos no de una forma normal; parece algo antinatural.

El médico se ríe en voz baja.

—Hay algo que no entiendes, Emma, porque no ves lo que los médicos vemos todos los días: incluso esta conversación que estamos teniendo, los argumentos que esgrimes, la forma en que me desafías, es una historia de recuperación asombrosa. Todo esto, viniendo de una persona a la que encontraron inconsciente, tendida en un charco de su propia sangre y con una laceración de cinco pulgadas en la cabeza, es algo milagroso. Tus capacidades cognitivas están intactas casi en su totalidad. Y lo que aún no lo está, llegará a su debido tiempo.

Respiro despacio, intentando encontrar la fuerza para creer y

esperar, para extraer algo de paz interior de sus alentadoras palabras.

—Entonces, necesito que me ayude a llamar a la policía.

—¿Recuerdas quién te atacó? —Su voz, firme y tranquilizadora, sigue apagada por la mascarilla que lleva. Nadie más lleva mascarilla; ni Jasmine ni Isabella. ¿Dónde está Isabella? ¿Por qué no recuerdo haber hablado con ella recientemente? ¿Por qué recuerdo a Jasmine, pero no a Isabella? Solo la recuerdo a ella… más o menos. Bueno…, recuerdo que existe.

—No —admito a regañadientes—. Todavía no recuerdo quién me quiere muerta, pero seguro que tienen información sobre lo que pasó. Recuerdo algo, no mucho, pero podría servirles. O quizá haya algo en mi teléfono que merezca la pena mirar. —El silencio llena la habitación, lo que siembra el pavor en mi cuerpo.

—Entonces, estás igual que ayer. Pensé que quizá…

—¿Ayer? ¿Qué pasó ayer? —Mi voz alcanza el tono agudo del pánico absoluto.

Un suspiro ahogado sale del pecho del doctor; el aire cambia un poco y trae un olor a bata almidonada y a jabón, caramelos para el aliento y un toque de albahaca exótica sobre cuero. Me estremezco a la espera de que hable.

—La policía estuvo aquí ayer por la tarde. Me pediste que los llamara, y lo hice. Burton habló contigo. ¿No recuerdas nada de eso? —Su voz está teñida de preocupación.

Ya no estoy segura de nada.

—N… no. ¿Qué le dije a ese policía?

—A «esa» policía. Burton es una inspectora —aclara el médico—. Le contaste lo que recordabas del ataque, lo que me has contado a mí varias veces. Estabas corriendo y al darte la vuelta viste que alguien te derribó, pero solo sabes que era blanco y relativamente delgado, atlético. Luego les di los detalles de la lesión, el diagnóstico y mi valoración del arma que podría haberse utilizado: un objeto contundente, tal vez la empuñadura de una pistola, un bate de béisbol o algo similar. ¿Te suena algo de eso?

—Así que la policía estuvo aquí… —susurro. Me siento derrotada e inmensamente cansada, como una nadadora a punto de ahogarse por

el esfuerzo de mantenerse viva, de intentar llevarse a sí misma a la orilla a salvo—. ¿Miró mi teléfono?

—Sí, pero no tenía el pin. Puede que vuelva a por él. Dijo que no había mucho para avanzar, pero que están investigando. Están buscando huellas alrededor de la casa y mirando las grabaciones de las cámaras de tráfico que hay en la zona. Ah, y se llevaron las cintas de seguridad del sistema de vigilancia de tu casa. Estaba segura de que el ataque ocurrió allí porque te encontraron en la entrada, junto a la puerta.

De algún modo, conseguí salir de casa esa noche. No recuerdo cómo; debí de lograr abrir la puerta después de todo.

Escucho todos los detalles de la conversación en la que participé, atónita por no recordar nada. Al menos con ese neurólogo, el doctor Winslow —ahora sé su nombre, aunque recuerdo que lo he ido olvidando—, tengo alguna idea de lo que me dijo. Pero ¿con la detective Burton? Estoy completamente en blanco. Aunque cuando hablo del oscuro vacío que es mi mente, no debería referirme a él como «en blanco». Para mí, el blanco es la nada, no este abismo negro.

—¿Qué más he olvidado, doctor? ¿Va a llamarme? ¿Qué es lo siguiente?

—Tomó algunas notas y dijo que se mantendría en contacto, sí. —Hay un breve silencio mientras el médico se levanta y se acerca a la mesa auxiliar que hay junto a mi cama—. Dejó su tarjeta. Toma. —Me la pone bajo la punta de los dedos. Noto la tinta en relieve y un logotipo circular bastante grande—. Voy a dejarla otra vez en la mesa. Si recuerdas algo y quieres hablar con ella, dímelo y te ayudaré a hacer la llamada. Su número de móvil está en el reverso.

Me quedo allí tumbada y agotada, incapaz de pensar, inmersa en mi realidad despiadada.

—Gracias —acabo por decir—. Y lo siento mucho, pero es tan aterrador no recordar casi nada de lo que te pasa…

—Voy a llamar al doctor Winslow para que venga a verte —dice el médico; suena un poco preocupado, pero parece que intenta disimularlo—. ¿Te acuerdas de él?

—¿El neurólogo?

—Sí, el experto que ha estado tratando tu lesión cerebral —responde el doctor Sokolowski, sonriendo—. Algunas cosas perduran en tu mente, y eso es buena señal; pero no pasa nada por que escuchemos lo que tiene que decir. Intentaré que te vea mañana por la mañana, a menos que esté en quirófano.

—Gracias —susurro—. ¿Tiene unos minutos más? ¿Podría ayudarme a averiguar qué hay en mi teléfono? Yo… No confío en nadie más. —No responde de inmediato. Ya ha dado unos pasos hacia la puerta, probablemente ansioso por reanudar sus rondas—. Si alguien vino a mi casa, estoy segura de que debe de haber algún rastro de eso en el móvil. Por favor…

Unos pasos vacilantes vuelven a mi cabecera.

—De acuerdo, pero solo tengo un par de minutos. —Se oye un pequeño ruido cuando coge el teléfono de la mesa y el cable de alimentación cae al suelo con un ligero golpecito—. ¿Qué estamos buscando?

La puerta se abre y alguien entra empujando algo con ruedas que traquetea. El olor a alimentos me dice que probablemente sea un carro de comida.

—Volveré más tarde —se apresura a decir Jasmine; suena un poco tensa, compungida.

—No pasa nada; de todos modos, tengo que irme. —El doctor Sokolowski vuelve a dejar el teléfono sobre la mesa—. Mañana lo hacemos, ¿vale?

20

Dejo que mi mente divague libremente, sin hacer ningún esfuerzo por centrar la atención en nada en particular. Hasta ahora, ha demostrado ser la mejor manera en que puedo engañarla para liberar más recuerdos de los que mantiene cautivos. Desde que el doctor Sokolowski se ha ido, y Jasmine ha terminado de darme de comer y de cambiarme los vendajes, y de llevar a cabo todas las humillantes tareas que ella llama «su rutina nocturna», he estado dormitando, perdida de nuevo la noción del tiempo y de mí misma.

¿Cuánto tiempo ha pasado desde la visita del doctor Sokolowski? ¿Ya ha venido a verme el doctor Winslow? No soportaría otro discurso de: «Ten paciencia» sin gritar. Tiene que haber algo mal en mi memoria. No hay una explicación racional para la forma en que algunas cosas regresan a mí solo para desaparecer de nuevo, como si todo girara en un tornado de fragmentos, destellos y locura. Quiero respuestas claras, aunque sé que no siempre son posibles con las lesiones cerebrales.

Y eso es solo la parte mental de mi calvario. El hecho de que solo haya mejorado marginalmente mi capacidad de movimiento es otra cosa aterradora que a nadie parece importarle demasiado. Sí, entiendo que las palpitaciones que siento en la cabeza marcan dónde me golpearon y están centradas en la zona del córtex visual de mi lóbulo occipital y el cerebelo, responsable de la memoria y la coordinación motoras. El médico me explicó con detenimiento que debía tener paciencia y que, al remitir la inflamación, la presión sobre esas zonas del cerebro se iría reduciendo lentamente.

«Pues que le den. No puedo más».

Obstinada y desesperada, reanudo mis ejercicios con las manos, una rutina que he pensado yo sola. La posición elevada de mi cabeza ayudará a aumentar la dificultad del entrenamiento. Esta vez, quiero obligar a mis manos a subir por mi cuerpo hasta que pueda tocarme la barbilla con la punta de los dedos.

Con la intención de pedirle a Jasmine otro masaje en las manos y

los brazos, empiezo a deslizar despacio los dedos de la mano izquierda por el muslo hasta llegar a la parte plana del vientre y luego, en ángulo, las subo por el pecho, con una lentitud exasperante. A veces, me tiembla el brazo entero por el esfuerzo de aguantar, de seguir arrastrándolo hacia arriba. Cuando llego al borde de la manta, estoy cubierta de sudor, pero sonrío, satisfecha por ese mínimo éxito. Si sigo así, pronto podré rascarme la barbilla.

Después de un rato más, dejo que mi brazo izquierdo se tome un merecido descanso mientras centro mis esfuerzos en el derecho. Funciona mejor, más rápido, y completo con él todo el ejercicio en lo que parecen unos veinte minutos, aunque no puedo estar segura.

La megafonía llama al doctor Parrish para que se presente en la sala de Enfermería, lo que me desconcentra por un instante. Mi mente divaga mientras resuelvo el reto de subir las manos por mi cuerpo y volver a bajarlas sin resbalar.

La pregunta de si Lisa me haría daño me obsesiona. Si el dulce rostro que conozco tan bien se habría encogido de rabia, si habría mostrado odio en sus ojos ardientes. No... Mi Lisa, no, con esos ojos brillantes que han reído conmigo durante los días más felices de mi vida y han llorado a mi lado cuando mi corazón estaba roto. La hermana que siempre deseé pero nunca tuve no.

Pero ¿la conozco de verdad? ¿Qué sé de Lisa de lo que pueda estar segura? Sí, estaba demasiado ansiosa por entrar en la lista de clientes de Denise, pero eso no es nada raro en nuestro trabajo. Como amigas, hemos compartido con gusto todas las oportunidades que se han cruzado en nuestro camino.

¿Por qué esta vez es diferente?

¿Podría ser solo porque estoy atrapada aquí, en mi propio infierno infinitamente oscuro, mientras la vida sigue sin mí? *¿Ha* hecho Lisa algo malo o es la percepción de mi propia pérdida lo que hace que todo me parezca extraño? Con una agente como Denise, a Lisa se le abrirían las puertas a lo grande, porque es una actriz con talento, brillante y guapa. *«El Óscar es para...»*.

El pensamiento resuena en mi mente. Un Óscar solía ser mi sueño y muy probablemente sigue siendo el de Lisa. No es culpa suya que quiera esforzarse al máximo para conseguirlo. Tiene un talento

inmenso, es una actriz capaz de vender cualquier línea, cualquier emoción, y de interpretar cualquier papel que se proponga. Puede ser quien quiera.

Incluso un acosador…

La idea me hiela la sangre.

Intento recordar al merodeador, la silueta amenazadora apoyada en el álamo iluminado por la luz de la luna; la imagen me viene a la mente sin esfuerzo. Superpongo los rasgos de Lisa, los pruebo como si fueran una prenda, imagino a mi amiga vistiendo una sudadera con capucha, con las manos hundidas en los bolsillos y el rostro oculto por las sombras.

¿Podría haber sido ella? ¿Cuánto medía el acosador? Debería haber mirado el tronco del álamo, haber encontrado un nudo o alguna otra marca donde la parte superior de la cabeza encapuchada tocara la corteza para averiguar su altura. Podría haber descubierto algo sobre ese pirado.

Sí, podría haber sido ella, aunque siempre he pensado que el acosador era un hombre. ¿Lo era? Lo parecía, pero ¿qué vi en realidad? El relato de Lisa da color a mis recuerdos de aquella noche. Ni siquiera estoy segura de que ocurriera; podría habérselo inventado todo.

El acosador podría haber sido cualquiera.

«¡Joder!».

Me tiemblan mucho las manos por el miedo y por el esfuerzo que hago para moverlas. Olvido lo que no puedo hacer, entrelazo por acto reflejo los dedos sobre mi estómago y respiro profundamente. La postura es agradable, más normal, aunque tocarme los dedos sigue siendo extraño, como si tuviera las manos entumecidas. Solo yo sé que no lo están.

Un ligero golpe en la puerta hace que me sobresalte.

La puerta se abre despacio y unos pasos ligeros indican que alguien se acerca furtivamente. Quiero gritar, pero sé que no importará. ¿Dónde está la enfermera? Hace tiempo que no oigo a nadie charlar en el pasillo.

El desconocido se acerca lentamente, de puntillas, hasta detenerse junto a la cama.

Me encojo por dentro, espero un golpe, pero no llega. Un grito silencioso sale de mis labios; el miedo saca lo mejor de mí.

—Hola —dice con suavidad una voz de hombre—. Soy yo, Bryan.

Respiro y lleno de aire mis pulmones hambrientos. Sigo viva. Por el momento. Y no hay ningún matiz asesino en su voz.

—¿Bryan? —pregunto con timidez y la voz un poco temblorosa. No lo recuerdo mucho, a pesar de mi conversación con Lisa. Se supone que este tipo es mi novio, pero hasta su voz me suena desconocida.

El hombre me coge la mano.

—Sí. —Hay un momento de silencio mientras me esfuerzo por apartar mi mano de la suya, reacia a que me toque—. Estaba muy preocupado, ¿sabes? Desapareciste. No contestabas a mis llamadas ni a mis mensajes. Pensé que no querías saber nada de mí. —Hay un rastro de sonrisa en su voz—. Me las he arreglado para que conserves tu trabajo. Si no apareces por allí ni das señales de vida en tres días, estás fuera. Conoces la política del jefe, ¿verdad? Pero te va a dejar volver, ahora que sabe lo que pasó.

Bryan sigue charlando, aparentemente imperturbable por mi silencio. Pero en lo único en lo que puedo pensar yo es: *«¿Y si él no es real? ¿Y si Lisa dijo que había un Bryan para que un pudiera entrar un hombre para matarme?»*.

En mi mente retorcida, Lisa se ha convertido en el cerebro criminal definitivo, peor incluso que el mismísimo Al Capone. Un completo disparate. Tiene más sentido aceptar que quizá salí un tiempo con un camarero del Oso Negro. Quién sabe cómo me hizo sentir la ruptura con Adrian, si no recuerdo nada de eso. La angustia me invade y me ahoga. Echo de menos los fuertes brazos de Adrian, su cálido abrazo y cómo hacía desaparecer todos mis miedos.

—… y dejé de servirle. Debería haberlo hecho después de la tercera copa, pero era un tipo grande con muchas penas que ahogar.

—¿Por qué? ¿Qué le ha pasado?

—Acabo de decírtelo —dice, suena un poco confuso—. No importa —añade, y su mano vuelve a encontrar la mía. Esta vez, no me aparto —. Su mujer lo ha dejado.

—Claro, eso iba a arreglarlo todo… —Sonrío con tristeza al recordar cómo me sentí después de mi divorcio.

—Bueno, pues no quiso coger un taxi y se estrelló contra la farola de nuestro aparcamiento. ¡Pum!, y la maldita cosa cayó al suelo como un tronco. Ahora está todo oscuro hasta que el jefe lo arregle. A los borrachos no parece importarles.

Su parloteo trivial me trae más recuerdos. Cervezas compartidas en la barra del bar después de que los últimos borrachos se hubieran marchado y yo hubiera limpiado el suelo de toda la mierda que habían dejado atrás. Inclinados el uno hacia el otro, susurrando todo tipo de cosas, con el volumen de la música al mínimo para que pudiéramos oírnos hablar y el gran televisor que había sobre la barra en silencio, con el parpadeo de su pantalla como única luz.

En mi mente siguen apareciendo recuerdos del pasado, provocados por la voz de Bryan. Me veo riéndome de sus chistes, la mayoría sobre borrachos y bares, maridos y mujeres o paletos, sus tres temas favoritos; escucho el tintineo de las botellas de cerveza sobre la barra brillante y a mí deseándole feliz cumpleaños.

—Oh, casi lo olvido —dice—. Tom me ha pedido que te diga que te mejores pronto. Dijo algo sobre una promesa de enseñarle a hacer crepes… ¿Es eso cierto? ¿El viejo Tom quiere hacer crepes?

—Sí, quiere sorprender a su mujer por su aniversario —la respuesta llega sin esfuerzo. Sé quién es Tom y de lo que hemos hablado. Hago una pausa y me relajo poco a poco sabiendo que, al menos por ahora, estoy a salvo. Bryan habla de cosas que recuerdo con claridad, y eso casi lo convierte en familia—. ¿Te conté lo del acosador?

—¿Qué acosador? —pregunta Bryan.

Sus palabras hacen que un escalofrío me recorra las venas. Me acuerdo con nitidez que Lisa dijo que Bryan quería sacar al tipo de su escondite y apuntarle con una pistola. Alguien miente.

—Ah, pensaba… No importa.

—¿Te refieres a ese hijo de puta al que quise dejar sin sentido el mes pasado?

Se me corta la respiración.

—¿Qué hijo de puta?

—Me dijiste que te había seguido después del trabajo. Revisé las grabaciones del bar y se las enseñé al jefe. Me dijo que debería darle

una paliza a ese imbécil, hacer un arresto ciudadano y llamar a la policía.

—¿Y qué pasó?

—Nada; no volvió a aparecer.

Suspiro. ¿Es eso verdad? ¿Se fue sin más o es que Bryan me acaba de servir una mentira gordísima en bandeja? ¿Cómo puedo creerme algo? ¿Cómo puedo distinguir la verdad de la mentira?

—¿Fuiste tú? —pregunto con calma, armándome de valor.

—¿Que si fui yo quien hizo qué?

—Quién me metió aquí.

Se golpea los muslos con la mano, o eso creo al oír el sonido que hace. El débil olor a mugre de bar llena mis fosas nasales.

—Por Dios, Emma, ¿estás loca? No voy a echártelo en cara porque estás herida y todo eso, pero me has hecho daño, hombre. Yo nunca te pondría un dedo encima y lo sabes.

El pitido del monitor cardiaco se acelera gradualmente.

Si no es él y tampoco Lisa, entonces, ¿quién? ¿Quién me quería muerta? ¿Y por qué?

No parece que haya pasado un mes desde el momento en que el acosador merodeaba por el aparcamiento del Oso Negro, observándome. Siento que ha pasado una eternidad. Y Lisa dijo que yo salía con Bryan desde hacía unos meses, y que había roto con Adrian hacía bastante. El tiempo ha dejado de tener sentido, gira en espiral en vez de ser el hilo lineal y tenso que ancla la vida a la realidad.

Me ahogo, sin aliento, mientras mi corazón late desesperado en mi pecho. El pitido se convierte en un tono de alarma constante.

—¡¿Em?! ¡¿Estás bien?! —exclama Bryan. Sus manos están sobre mis hombros, sacudiéndome. Puedo oler el tabaco rancio que lo envuelve como una nube.

—Señor, tiene que apartarse. —La voz de Jasmine es inflexible, pero a mis oídos solo llega el sonido de sus pasos, no de los de él.

Bryan no se mueve de mi cabecera.

—Emma, estoy aquí, cariño.

—Señor, por favor, váyase.

Mi mente se oscurece lentamente, apagándose como una vela

quemada. Antes de perder el sentido, oigo la voz de Jasmine gritando.

—¡Necesito ayuda!

21

No me importa matar a gente.

No siento culpa por ello, los remordimientos no me atormentan ni tengo dudas. Para mí, es como sacar la basura. No hay que obsesionarse con lo que pueda pensar o sentir. Si es basura, hay que sacarla, porque de lo contrario ensuciaría mi vida y mancharía todo lo que me importa.

Y tampoco lo disfruto especialmente. Es una tarea, nada más; algo que hay que hacer para mantener el tipo de vida perfecta que imagino para mí y para mi querida Emma.

Se me ocurren algunas otras basuras que merecen una visita permanente al vertedero. Hoy no me voy a ocupar de ello, aunque no es porque no me apetezca; es sobre todo porque no son la raíz de algún mal, como lo eran esos dos motoristas. Esas cuestiones concretas son síntoma de un problema mayor y más preocupante que no sé cómo solucionar.

Emma Duncan tiene un gusto terrible para los hombres.

¿Qué les pasa a estas mujeres guapas y triunfadoras para que estén dispuestas a aceptar la compañía de hombres tan decepcionantes? Es como si quisiera estar rodeada de perdedores y vagos de todo tipo.

Lleva años dispuesta a trabajar en bares, atendiendo a borrachos*, aguantando sus miradas y comentarios lascivos y que le toquen el culo, ¿y para qué? Podría haberse dedicado a otra cosa para ganar dinero entre película y película; a algo más elegante, incluso propio de una dama, si se me permite decirlo a la antigua usanza. Pero ha tenido que buscar un puesto en esos lugares tan sórdidos y sonreírle a esa gente por las propinas.*

Y encima sale con uno de ellos… ¿No hay hombres mejores por ahí? ¿Hombres como yo, por ejemplo?

Ese tal Bryan… Menudo perdedor, es lamentable. Sus vaqueros raídos parecen sacados de un cubo de basura. Lleva la barba despeinada y parece que hubiera estado con Tom Hanks en la isla

de El náufrago. *¿Y una camisa de cuadros? Venga ya… Seguro que huele a alcohol rancio y a meados, igual que el dudoso establecimiento al que llama «lugar de trabajo».*

Por no hablar del mismísimo señor Steven Wellington. Tiene algunos rasgos atractivos, lo reconozco. Su rostro es inolvidable, con esa frente alta, los pómulos marcados y la mandíbula definida. Los ojos azules nunca le han hecho daño a nadie en la industria del cine. Puedo ver por qué se enamoró de él. Pero su ego está sobredimensionado hasta el punto de que no entiendo cómo se estrena alguna de sus películas. Nada parece lo bastante bueno para ese hombre. Estar casada con él debe de haber sido un infierno.

Los vi interactuar, después de su divorcio. Me irritaba ver lo mal que trataba a Emma por culpa de esa tonta, Mikela Murtagh. Esa sí que es una extraña pareja. El señoritingo con sus sueños de Óscar que hace películas clásicas, y esa fulana de diecinueve años, con sus tacones Louboutin de suela roja y sus faldas de marca que apenas le cubren el culo. Me atrevo a adivinar quién paga todo eso.

Los vi allí, en la habitación de Emma, mostrando su verdadera calaña, aunque mi sistema de cámaras esté en blanco y negro y el sonido no sea demasiado bueno. Me perdí parte de lo que se decía, pero aun así vi más que suficiente. Me pregunto qué quieren en realidad de ella. Esa Mikela tiene algo en mente. No habla mucho, pero estoy dispuesto a apostar mi vida a que es ella *la que está detrás de todo esto. Wellington es solo una marioneta que ella está manejando. Me pregunto por qué destruyó el matrimonio de Emma… Es algo que le agradezco, por cierto.*

Lleva ese monstruoso anillo, le ha tocado la lotería. ¿Qué más quiere?

No tengo ni idea, pero reconozco la basura cuando la veo.

A pesar de lo decepcionantes que son estas personas, Emma eligió *a esos hombres. Me encantaría echarles la culpa a ellos y solo a ellos; así mi decisión sería fácil. Solo serían una tarea que tendría que hacer. Pero así no conseguiría nada. Ella se alejaría, pasaría de largo y escogería a otro perdedor. Es exasperante.*

Si fuera mía, no haría más estupideces. Me aseguraría de ello.

Y no tendría que soportar ver a tipos como ese barriobajero de Bryan ponerle las manos encima.

Necesito toda mi fuerza de voluntad para no ir a retorcerle el maldito cuello.

22

En mi sueño, el aliento de alguien me acaricia la mejilla y me pone la piel de gallina. Entonces una voz me susurra al oído, me llama por mi nombre: «Emma». Me despierto sobresaltada, jadeando, hasta que se me normaliza la respiración, calmada por el ruido que hace alguien al colocar varios objetos sobre una bandeja. El sonido habitual de mis mañanas.

—Ah, estás despierta —dice Jasmine a unos pasos de mí. El ruido no cesa. Una tapa de papel de aluminio cruje al despegarla y, a continuación, se abre el cubo de basura con el consabido chirrido. Un pensamiento intrusivo y tan inútil que me exaspera me atormenta sin descanso. *«¿Ese cubo de basura tiene un logotipo negro de riesgo biológico?»*. Por un momento, me planteo preguntárselo a Jasmine, pero luego decido no interrumpir el reconfortante sonido de la canción que tararea una y otra vez mientras trabaja.

—Buenos días —digo, y hago una breve pausa—. Supongo que sí.

—Has acertado —responde con alegría la enfermera, que se acerca a la cama con el susurro del uniforme y el olor a lavanda de las sábanas —. Es por la mañana y brilla el sol. ¿Cómo te encuentras hoy? ¿Te duele algo?

—Me duele un poco la cabeza, nada más. Y los músculos siguen sin funcionarme.

—Lo harán —dice ella, y luego reanuda su tarareo cuando yo permanezco en silencio, ensimismada en mis pensamientos.

A lo lejos, en algún lugar, una mosca choca obstinada contra el cristal y su zumbido vacila cada vez. Parece ansiosa por ser libre, por largarse de aquí. Por un momento, reflexiono sobre mis objetivos, no mucho más elevados que los de un insecto. Parece que la mosca tiene más posibilidades de ver cumplidos sus sueños de libertad que yo. Solo necesita una ventana abierta o una puerta que no se cierre lo bastante rápido para elevarse hacia el cielo.

«Si pudiera volver a ver la luz del día… —pienso, imaginando un sol radiante que salpica los cristales de las ventanas, atrayendo a la

mosca con su promesa de calor, vida y alegría—. *Si pudiera volver a ser libre…»*.

No abriré las compuertas de mi desesperación. Hasta ahora he intentado ser fuerte, me he negado a rendirme, me he aferrado a cada pizca de esperanza que me ofrecen los médicos y las enfermeras. Pero a veces la constatación de mi estado me deja sin aliento, peligrosamente cerca de admitir la derrota.

«¿Cuánto tardaré en salir de aquí? —Me quedo sin aliento—. ¿Y si eso nunca ocurre? ¿Cómo podré vivir así?».

—¿Qué pasa, cielo? —pregunta Jasmine, que corre hacia la cama.

Contengo las lágrimas, me niego a ceder. Mientras aún corra vida por mis venas, lucharé.

—Solo me estaba preguntando cómo hacen los hospitales para que no entren moscas. Las puertas están abiertas todo el tiempo.

Hay un momento de silencio mientras Jasmine probablemente se me haya quedado mirando con fijeza al saber que no la veo. Luego se ríe a carcajadas y empieza a arreglarme la cama y a colocarme las almohadas.

—No conozco todos los secretos. Eso debe de estar por encima de mi rango salarial. Es una pregunta para los administradores del hospital, ¿no crees? Definitivamente, para alguien que gana más dinero que yo. —Mientras coloca la ropa de cama, añade—: Creo que tienen ventiladores muy potentes en la entrada que expulsan el aire. Se llama entorno de presión positiva; no deja que entre nada: ni bacterias ni polvo ni insectos ni bichos raros.

Tiene sentido.

—Ya entiendo.

Jasmine golpea una almohada un par de veces, luego me levanta los hombros con cuidado y la desliza por detrás de mi nuca.

—¿Te está molestando esa cosita asquerosa? Podría eliminarla en un santiamén. Una rociada de insecticida y caerá como una mosca.

Vuelven las risas, Jasmine claramente está encantada con su juego de palabras.

—N… No, por favor. Solo quiere salir de aquí. No merece morir por esa razón. —Me falla la voz.

La cama se mueve y gime bajo el peso de la enfermera. Entonces me

acaricia la mejilla con sus cálidos dedos.

—Cariño, saldrás de aquí, te lo prometo. Vamos a darte de comer. Hoy tenemos yogur con cereales integrales, tostada con queso y una galleta. ¿Quieres intentar sujetar la cuchara?

—Sí —digo, dispuesta a averiguar si mi trabajo está dando resultado.

Pero no es así.

Me cuesta tanto como antes sostener la cuchara y llevármela a la boca, y si no fuera por la mano de Jasmine que guía la mía, se me caería.

Soy incapaz de alimentarme, de realizar incluso las tareas más sencillas, las que todo el mundo da por sentadas… hasta que ya no pueden hacerlas.

Ladeo la cabeza un tanto para dejar claro mi mensaje mientras me esfuerzo por tragar el yogur que me queda en la boca.

—Ay, cielo. —Jasmine deja la comida a un lado: la bandeja aterriza ruidosamente junto a la cama, puede que apoyada en la silla—. ¿Qué tienes en mente?

Lucho por un momento con palabras que no quiero oírme decir en voz alta.

—No creo que pueda vivir así, Jas. Ojalá estuviera muerta —sollozo con la boca abierta; mis lamentos suenan roncos y disonantes.

—Shhh… Todo irá bien —dice Jasmine al cabo de un rato—. ¿Sabes por qué?

Mi curiosidad vence a las lágrimas.

—No. ¿Por qué?

No responde de inmediato.

—¿Todavía tienes miedo de que te ataquen de nuevo? ¿Que venga la misma persona a terminar lo que empezó?

—Sí

Oigo una ligera risita.

—Eso significa que quieres vivir; en el fondo, eso es lo que quieres. Si no, me pedirías que dejase la puerta abierta de par en par y le darías la bienvenida a ese hijo de puta, lista para irte al otro barrio.

Reflexiono un momento sobre sus palabras.

—Sí, supongo que tienes razón.

—Entonces, acepta que quieres vivir, haz las paces con ello y

trabajemos juntas para que mejores. —Se oye un traqueteo y su peso se desplaza cuando se inclina para coger la bandeja y dejarla sobre la cama—. De lo único que quieres escapar es de tu situación actual. Y te prometo que eso no vale tu vida. Esto pasará.

—Más vale —digo, avergonzada por mi momento de debilidad—. Estoy lista para salir de aquí. Como esa mosca.

Termino de comer; luego Jasmine lo recoge todo y me limpia suavemente la cara con una toallita húmeda. Es muy refrescante. Mi mente se aleja hacia Adrian, hacia nuestra historia de amor; una historia con un final aún oculto en la turbia bruma del tiempo y la memoria.

La enfermera me revisa la vía con premura, en silencio. Siento el suave desplazamiento del tubo. Luego me sube la manga izquierda y comprueba el parche que llevo en el brazo.

—Ya no te duele, ¿verdad?

—Lo cierto es que no.

—Un poco de dolor no te viene mal —dice Jasmine, y tira con ligereza de la esquina del parche. Noto que empieza a desprenderse de mi piel, pero se detiene y me baja la manga—. Te recuerda que estás viva y que tienes algo por lo que luchar.

Me estremezco al recordar lo simpática que estuvo con Lisa y que sabía el número de teléfono de mi amiga. ¿Eso importa? ¿Puedo confiar en ella?

La puerta se abre y Jasmine se queda paralizada. Sus manos se detienen un instante, sujetando el borde de mi manta, y luego la baja para terminar de colocarla de forma ordenada.

—Buenos días, doctor —dice, justo cuando reconozco el leve chirrido de los zapatos del médico.

—Buenos días —responde él, escueto—. Puede marcharse.

En silencio, Jasmine recoge sus cosas, la bandeja y algunos otros objetos que hay sobre la mesa y luego se va y cierra la puerta tras de sí.

Giro la cabeza en dirección al doctor, deseando poder ver la expresión de su cara. Parece inusualmente tenso. Espero que no sea por mi culpa, pero me temo que sí lo es.

La silla rueda, se detiene junto a la cama y el doctor Sokolowski

toma asiento.

—Solo dispongo de unos diez minutos antes de volver a Urgencias. ¿Quieres que miremos tu teléfono?

23

En el breve instante entre la pregunta del doctor Sokolowski y mi respuesta, el tejido deshilachado de un recuerdo ha empezado a unirse en mi mente. Como si fueran tomas descartadas tiradas en el suelo de la sala de montaje, fragmentos de mi vida pasada empiezan a dar vueltas en mi consciencia, atrayéndome a explorar sus secretos.

Estaba en mi casa de Tahoe, en el porche trasero, mirando los picos invernales de las montañas, blancos sobre el cielo púrpura del atardecer. Adrian estaba a mi lado, riendo y tocándome el brazo mientras hablaba. Los dos estábamos envueltos en cálidas mantas, descansando en tumbonas junto al brasero. Las altas llamas ardían alegremente y ahuyentaban el frío cortante de la tarde de finales de otoño.

Envié un mensaje a alguien por el móvil y luego le di un sorbo a la copa de vino que había dejado sobre la mesa donde estaba el brasero, lo bastante lejos de las llamas para que se mantuviera frío. Al ver algunos copos de nieve dispersos tocar el suelo, me pregunté de dónde procedían. No había ni una sola nube flotando en el cielo, perfectamente despejado. A lo lejos, el lago tenía un color azul metálico siniestro.

Me sentía bien ahí fuera, disfrutando del momento junto al hombre que amaba, mientras me tomaba con calma un merecido descanso de fin de semana después de que las prisas de las audiciones y el rodaje nos hubieran dejado exhaustos a los dos.

La noche anterior había cedido a la insistencia de Adrian y había llamado para decir que estaba enferma; había avisado de que iba a faltar a mi turno del viernes en el Oso Negro con muy poca antelación. Me sentía mal por ello; el dueño merecía algo mejor de mi parte, sobre todo al comienzo de la temporada, cuando las hordas de turistas estaban a punto de invadirnos con la primera nevada; iban a ser más de los que una plantilla completa de personal podría manejar. Las noches de los viernes eran bastante lucrativas para mí y

marcaban la diferencia, en especial cuando me quedaba sin trabajo como actriz. Pero Adrian había insistido y yo tenía mis propias razones para ceder a su deseo.

La semana que acababa de terminar había sido un reto para mí, con varias audiciones consecutivas y ningún contrato firmado, y noches pasadas sola en el apartamento de Lisa mientras ella rodaba en algún lugar de México. Adrian estaba trabajando en el piloto de una serie de televisión, rodaba las escenas en exteriores en algún lugar de Arizona, y el plan era que estuviese encerrado en un plató insonorizado durante las seis semanas siguientes, en un estudio de Universal alquilado a Netflix. Al menos podría pasar los fines de semana en casa, en Tahoe, si no se retrasaban con el programa fijado.

Las preocupaciones sobre mi lucha por conseguir papeles empezaron a filtrarse en mi mente, pero aparté los pensamientos sombríos y me centré en la encantadora sonrisa de Adrian. Se tumbó y se apoyó en el codo para mirarme mientras me contaba una anécdota divertida sobre un conflicto entre su productor ejecutivo y uno de los maquilladores de la serie. Tenía un don con las palabras que convertía cualquier historia, por banal que fuera, en una aventura que yo podía imaginar como si estuviera allí, presenciándola en persona.

Sus ojos brillaban y su sonrisa era embriagadora. Por un momento, pensé en cogerlo de la mano y llevarlo dentro a rastras, al calor de nuestro dormitorio, pero no lo hice; la velada era demasiado hermosa para que acabara tan pronto. Mi copa de vino estaba casi vacía, pero no le dije nada a Adrian porque sabía que dejaría de hablar y haría algo al respecto, como ir a por otra botella, por ejemplo. Y yo no quería eso. Quería que todo siguiera exactamente igual el mayor tiempo posible, que su voz suave y melodiosa me transportara lejos y que la mirada de sus ojos encendiera un fuego que ardía despacio en mi cuerpo.

Estaba en el paraíso.

La primera vez que mi teléfono sonó con un nuevo mensaje, lo ignoré; esperaba que, al tenerlo en el bolsillo, el ruido quedase lo bastante amortiguado como para que Adrian no lo hubiera oído. Él

no dejó de hablar de su nuevo proyecto y de sus planes de futuro, todo ello aderezado con jugosos cotilleos de Hollywood.

—*Todo el mundo* sabe lo que hicieron. Y ella tiene la mitad de años que él o menos; es solo una fulana con la que nadie quiere que lo vean. ¿No es increíble? Después de que su foto saliera en la prensa sensacionalista, tuvo el descaro de decir que él no…

La historia de Adrian me estaba tocando la fibra sensible: traía consigo notas dolorosamente familiares de Steve y Mikela. Mi sonrisa empezó a menguar mientras mi mente se retraía hacia mi interior, donde aún me dolía la herida.

Cuando volvió a sonarme el teléfono, agradecí la distracción y lo saqué del bolsillo para leer el mensaje.

—Los Bernard nos han invitado a pasar el próximo fin de semana en su casa de Los Ángeles —dije alegremente, interrumpiendo su relato —. El viernes que viene es el cumpleaños de Mike. —Cuando levanté los ojos de la pantalla para mirar a Adrian, él había desviado la vista hacia otro lado. Tenía la mandíbula apretada por la tensión—. ¿Qué dices?, ¿eh? —Me hacía ilusión ir, ver a gente y que me vieran como alguien que todavía importaba.

—Estoy harto de que la gente invada nuestro mundo, Em. Me hace mucho daño que siempre priorices a todos antes que a mí. Pensé que te gustaba estar aquí conmigo, hasta que esos estúpidos hijos de puta lo han echado a perder todo con su invitación.

Mi felicidad se marchitó y se esfumó con el viento racheado y frío. Los Bernard eran buena gente y muy buenos amigos míos. Me impactó el insulto injustificado.

—Lo siento, no sabía que te sentías así. Claro que me gusta estar aquí contigo.

—No, Em, eso no es verdad. Al menos podías ser sincera contigo misma si no lo quieres ser conmigo. —Empezó a tirar del borde de la manta y se enfadó cuando esta se enganchó en la pata de la tumbona y él quedó atrapado durante una fracción de segundo. No tardó en liberarse y se puso en pie, ansioso por salir de allí para no verme más.

El ruido que hizo la puerta de estilo francés al cerrarse tras él

resonó en el silencio del atardecer durante un rato y su eco abrió un abismo en mi pecho.

Eso es todo lo que recuerdo.

¿Fue ese el final entre Adrian y yo? No me parece posible; lo que sentí y aún siento parece demasiado fuerte como para marchitarse y morir por un simple desacuerdo. Sin embargo, el recuerdo se detiene ahí y me deja con ganas de más, de respuestas. La angustia que sentí aquella noche es fuerte, inalterable, como si hubiera ocurrido ayer y aún estuviera esperando que volviera, que me perdonara, aunque no hubiera hecho nada malo.

—¿Cuál es el pin? —pregunta el doctor Sokolowski.

Por un breve momento, me quedo desorientada. *«¿Qué pin? Ah, sí, íbamos a mirar mi teléfono»*.

Para mi sorpresa, los cuatro dígitos que le digo desbloquean el móvil.

—Ha funcionado. —La sonrisa en la voz del doctor es evidente—. Tu memoria está mejorando, ¿verdad?

La euforia me hincha el pecho.

—Sí, empiezo a recordar cada vez más de lo que pasó antes de… —No me atrevo a decir las palabras. Temo que el recuerdo intrusivo vuelva a aparecer, como lo ha estado haciendo todos los días. Y no soporto oír mi propia voz pedir ayuda dentro del abismo de mi mente.

—¿Por dónde quieres empezar?

Oigo el débil pitido del teléfono mientras toca la pantalla; probablemente está navegando por él. Es una invasión incalificable de mi intimidad, pero no tengo más remedio que permitirlo. Me encojo al pensar en mis fotos y me pregunto si hay alguna que no debería ver. Ya es demasiado tarde, si tengo alguna posibilidad de averiguar quién quiere matarme, está en ese teléfono.

—Veamos primero los mensajes de texto. —Se me ruborizan las mejillas de la vergüenza—. ¿Cuáles son los más recientes?

—Ayer llegó un mensaje de un abogado, Perry Sheldon. —Silba asombrado—. Se ha enterado de que estás incapacitada y por eso se

ha puesto en contacto contigo. La estupidez de la gente no tiene límites —murmura, más para sí mismo que para mí.

Su voz suena implacable, y yo siento un escalofrío al pensar en abogados. Steve mencionó la redacción de unos documentos. Probablemente sea eso. El nombre no me resulta familiar.

—Después hay algunos mensajes de Bryan. ¿Te acuerdas de él? Su número está en tu lista de contactos; solo viene el nombre, no está el apellido.

—Sí. —Contengo la respiración; me preguntó de qué hablamos en los mensajes, porque no recuerdo mucho sobre nosotros, ni siquiera después de que viniera a verme.

—Perfecto. Hay algunos mensajes antiguos que apuntan a que tenéis una relación romántica. Luego hay otros en los que Bryan pregunta si le has dejado y no quieres saber nada de él. Está triste y preocupado por no tener noticias tuyas. Después, una advertencia de que podrías perder tu trabajo por no presentarte y no llamar.

—Sí, me lo contó.

—¿Vino a verte? Eso es genial.

—La verdad es que no. —Hay un momento de silencio, mientras encuentro las palabras adecuadas—. No me acuerdo mucho de él.

—Su mensaje más reciente dice: «Quizá cuando puedas leer esto, también recuerdes quiénes éramos el uno para el otro». Parece un hombre decente.

Aprieto los labios todo lo que puedo.

—Probablemente lo sea. Ojalá lo supiera. ¿Me ha escrito alguien más hace poco?

—¿Bryan podría cuidar de ti?

El pánico me desgarra el pecho.

—No. No tengo a nadie que pueda cuidarme. —El pitido de la máquina se acelera.

«¿Qué voy a hacer?».

He dejado de lado ese pensamiento todo lo que he podido. No quería pensar en lo que pasaría cuando me dieran el alta en el hospital; cómo me cuidaría a mí misma y cómo iba a pagar las facturas. Pero el momento de afrontarlo es ahora, y no hay

escapatoria. En cuanto acabemos con el móvil, tendré que pensar en mis opciones y encontrar alguna donde no hay ninguna.

—¿Qué más hay? —pregunto impaciente—. ¿Invité a alguien a mi casa el día del ataque?

Sus dedos, acompañados de débiles sonidos, deben de estar bailando sobre la pantalla.

—No… No, no veo nada así. Hay algunos mensajes de Denise Hastings, que también está en tu lista de contactos. Le preocupaba que te perdieras una audición y te pedía que le enviaras un mensaje después. Y luego… Un par de confirmaciones, una invitación de un productor para una audición para un papel, y eso es todo. Ah, y Lisa Chen, que también está en tu lista de contactos. ¿Te suena su nombre?

—Sí, es mi mejor amiga.

—Eso parece, sí. Estaba preocupada porque te perdiste una audición y luego dice aquí que se siente mal por haber conseguido el papel en tu lugar, y después una serie de mensajes preguntando si estás bien. —Se produce un momento de silencio insoportable—. Me temo que no hay nada más en tus mensajes.

—¿Y en los correos electrónicos?

Tarda un poco en contestar.

—A primera vista no encuentro nada reseñable. Estoy mirando los que se enviaron o recibieron justo antes de que te atacaran, y no veo gran cosa. Algunas confirmaciones de compras, un par de correos electrónicos de Denise, un enlace a una foto de Instagram enviada por Lisa, reenviada por otra persona…; ese tipo de cosas.

—¿Y las llamadas?

—Vamos a ver… —Contengo la respiración, sabiendo que es mi última oportunidad—. Hay llamadas de Bryan, Denise… Ah, y del Departamento de Policía del lago Tahoe. Te llamaron un par de días antes del ataque y hablaste con ellos casi cinco minutos. ¿Lo recuerdas?

Debió de ser por el acosador. ¿Por qué si no me iba a llamar la policía?

—No. —me tiembla la voz. *«No me acuerdo de eso»*—. ¿Qué me va a pasar? —pregunto—. No mejoro lo bastante rápido, no tengo a nadie

que cuide de mí, no tengo adónde ir ni dinero para pagar mis facturas si no trabajo…

El teléfono hace ruido cuando lo deja sobre la mesa. Un momento después, un pitido familiar me dice que lo ha enchufado.

—Emma, sé que te cuesta creerlo, pero estas cosas tienden a resolverse solas.

«Pero ¿cómo? ¿Quedándome sin blanca y sin hogar, bajo la tutela del Estado y encerrada en algún lugar infernal?».

Se me acelera el corazón y el pitido del monitor cardíaco me delata. Momentos después, siento que algo frío me toca el pecho a través de la tela del camisón. El contacto inesperado hace que me estremezca.

—Shhh, es solo mi estetoscopio, Emma; voy a auscultarte. Tu respiración está bien, pero tu corazón está teniendo algunas dificultades. No hay de qué preocuparse, intenta relajarte.

—¿Cómo voy a relajarme? —pregunto; siento que me ahogo y entonces otro pensamiento ilumina mi mente como un rayo—. Por favor, no me suba la medicación para tranquilizarme. Necesito mejorar, moverme. Necesito ver.

—De acuerdo —dice el doctor Sokolowski, con un suspiro mal contenido—, no te subiré la medicación; solo voy a añadir algo para tu corazón. Intentaré que el doctor Winslow venga mañana, a primera hora, para que te examine otra vez, y después ya veremos.

Me aprieta la mano y le estoy agradecida, pero me da miedo contar con él. No soy nadie para él, solo un código de barras en una pulsera de paciente. Podrían mandarlo a otro departamento y se olvidaría de que existo.

—Necesito saber cuándo voy a salir de aquí.

Empuja la silla hacia un lado.

—Tienes razón, necesitamos mejores respuestas y un buen plan de acción. Después te pondremos en rehabilitación con uno de los mejores fisioterapeutas del estado.

Le suena el teléfono y me suelta la mano.

—Me temo que tengo que irme, pero volveré más tarde para ver cómo estás.

Me gustaría que se quedara un momento más, pero la puerta se

cierra con suavidad tras él y me quedo allí sola con el silencio de las preguntas sin respuesta.

«¿Por qué me llamó la policía del lago Tahoe?».

24

Tengo los ojos pegajosos cuando intento parpadear bajo la venda y los párpados me pesan. Entiendo que es para evitar que se resequen o algo así, ya que no soy capaz de parpadear con la venda tan apretada sobre los ojos. Por más que me esfuerzo en ver, solo percibo una negrura total y absoluta, la imagen perfecta de la nada. Incluso con la venda puesta, al menos debería advertir algún atisbo de luz diurna borrosa; pero no está ahí. Sigo ciega.

La decepción me ahoga por un momento, hasta que la hago desaparecer. No se me ocurre ni un solo caso en el que la autocompasión haya ayudado a nadie, y sé con certeza que no voy a pasar a la historia de esta manera. Denise tenía razón; en mi vida no hay lugar para el fracaso. Si existe la más mínima posibilidad de que algún día pueda levantarme de esta maldita cama y salir de aquí, lo conseguiré. Es una promesa solemne a mí misma, inquebrantable y renovada con cada respiración.

Estoy tumbada bocarriba y turno las manos para subir y bajar por mi cuerpo, ida y vuelta hasta la barbilla. Cada pocos minutos, intento levantarlas de la cama. Cuando empiezo a sentir hambre, ya soy capaz de alzarlas lo suficiente como para romper el contacto con la superficie afelpada.

Es una victoria.

Me doy un respiro, y me permito hurgar en recuerdos extraviados en busca de rastros de lo que le ocurrió a Adrian después de aquella noche para obtener respuestas a las muchas preguntas que se arremolinan en mi interior. Poco a poco, una revelación llega a mí en forma de destellos, imágenes fragmentadas que puedo juntar en algo que tiene sentido; un episodio de mi vida pasada que logro revivir.

Adrian y yo no rompimos esa noche. Nuestro romance no terminó al cerrarse de golpe la puerta de estilo francés y las palabras airadas que me dedicó. La noche fue desoladora, con él haciéndome el vacío mientras yo andaba con pies de plomo a su alrededor, intentando

recuperar la felicidad que la invitación de los Bernard había disuelto de una forma tan brutal.

Esa noche la pasó en el dormitorio de invitados; durmió completamente vestido encima de las sábanas mientras yo daba vueltas en nuestra cama esperando a que viniera conmigo. A la mañana siguiente, cogió un vuelo temprano a Los Ángeles y achacó su marcha a un apretado calendario de rodaje.

El domingo por la noche, el timbre de la puerta me sacó de mi borrachera televisiva. Debí de tragarme una temporada entera de *Yellowstone,* pero no me había enterado de gran cosa. Fui a abrir de mala gana después del segundo timbrazo.

Una docena de rosas rojas esperaban en los brazos de un joven mensajero pecoso. Me apresuré a firmar y cerré la puerta, justo después de que una ráfaga de viento llevara unos copos de nieve dispersos al interior. Con el corazón desbocado, dejé el jarrón sobre la mesa y cogí la tarjeta.

«Espero que aún te gusten las rosas, mi amor».

Hundí la cara en las flores aterciopeladas y me llené los pulmones con el aroma de los pétalos. Luego lo llamé y estuvimos charlando hasta las dos de la madrugada. Estaba tan enamorada de él que me daba miedo la pérdida de control y la temeridad de estar dispuesta a abandonar todo lo que era por un momento de felicidad en los brazos de mi amante.

Adrian era increíblemente guapo, de una manera carismática e intensa que me recordaba al día en que nos conocimos, cuando su agente predijo que habría mujeres haciendo fila para tener una cita con él. Aunque no había utilizado la palabra «cita»; había sido mucho más explícito. Y con razón.

Adrian habría tenido un éxito increíble como modelo, con sus rasgos de escultura griega y su pelo oscuro siempre despeinado. Las chispas doradas de sus ojos color avellana cada vez que me miraba me hacían sentir la mujer más afortunada del mundo. Los hombres como él solían salir con modelos, actrices de primera y miembros de la alta sociedad, no con mujeres como yo. Nunca me consideré especial por nada, hasta que él me hizo sentir así. Su amor era lo bastante fuerte como para hacerle indiferente a las incesantes

insinuaciones de casi todas las mujeres que conocía, mientras que yo me regodeaba en las miradas envidiosas que me lanzaban cada vez que salíamos juntos. Lo disfruté igual que algunas personas disfrutan caminando sobre un cable a cientos de metros por encima del suelo; era una sensación estimulante y adictiva, a la vez que increíblemente aterradora. El miedo a perderlo crecía al mismo ritmo que mi amor por él.

Al echar la vista a atrás, puedo afirmar que él fue la única cosa buena que salió de mi divorcio. Después de ese trauma, era comprensible que me sintiera reacia a iniciar una relación nueva. Me había resistido durante un tiempo, pero él me conquistó por completo y me llevó a un lugar que jamás había imaginado. Éramos felices. No de una manera doméstica, casi aburrida, sino de una forma emocionante todo el tiempo, como si la vida fuera una montaña rusa sin freno.

La noche del sábado de nuestra primera pelea marcó el comienzo de una nueva era para Adrian y para mí. Pasamos el siguiente fin de semana en casa, juntos, tras rechazar la invitación de los Bernard. Era lo que él quería y no cedió, aunque estaba claro que yo me sentía disgustada por no ir.

El sábado por la tarde, me encontró triste, sentada en el porche, precisamente donde, una semana antes, había comenzado nuestra crisis. Se mostró consternado y, al parecer, sorprendido al descubrir lo mucho que me apetecía ir. Yo misma me sorprendí, y bastante, de lo poco que me entendía.

Decidí explicarme. Sentada en el sofá frente a un fuego vivo, me quedé mirando un momento mi premio People's Choice, ahí plantado, solitario; era el único trofeo que había en la repisa de la chimenea. Entonces le desnudé mis miedos más profundos.

—Para ti es diferente —le dije, mirándolo directamente a los ojos—. Estás trabajando y te llueven las ofertas; pero las actrices tienen una vida muy corta. Actuar es sobre todo un negocio de relaciones. Necesito estar ahí fuera, ver a la gente y que la gente nos vea, aunque al principio nadie nos invite a las fiestas más glamurosas. —Escuchó cada palabra que le dije con gran atención, con el ceño fruncido. Le di un momento para animarlo a interrumpirme, pero él se limitó a

asentir—. No podemos permitirnos vivir aislados, Adrian, por mucho que a los dos nos guste y creamos que lo necesitamos. Y tampoco es bueno para el alma. Estamos rodeados de gente toda la semana, lo entiendo, pero eso es por trabajo. Por favor..., abre tu corazón y deja entrar a algunas de esas personas. Te prometo que no te arrepentirás.

Sin mediar palabra, apartó su mano de la mía y consultó la hora en el teléfono. Luego se puso en pie de un salto, con una mirada de emoción y determinación en los ojos.

—Tienes razón. ¿Crees que los Bernard nos recibirán de buen grado? Aún estamos a tiempo de coger el vuelo de las cuatro.

En el corto y casi vacío vuelo a Los Ángeles, nos inventamos una excusa. Luego pasamos el sábado por la noche con nuestros amigos, divirtiéndonos mucho, y mis lágrimas quedaron olvidadas. Lisa también estaba allí, y descubrí que mentirle fue lo más difícil que hice esa noche, pero no podía contarle la verdadera razón por la que habíamos llegado con un día de retraso.

Nuestra primera pelea cambió nuestra relación. Ya no éramos solo amantes; a partir de ese día, nos convertimos en compañeros. Cada uno de nosotros llevaba al otro como acompañante a fiestas y eventos de la industria. Los dos llevábamos fotos del otro en nuestras carpetas para dejarlas encima de los montones de papeles de los directores de *casting* cuando nadie miraba. Los dos hablábamos bien el uno del otro a los directores y productores cada vez que podíamos.

Luego, teníamos nuestras salidas nocturnas, solo para nosotros dos, y cada una de ellas era una noche digna de recordar. Adrian se superaba a sí mismo al prepararlas y pensaba en nuevos lugares a los que ir, incluso con un presupuesto reducido. A veces eran bocadillos junto al cartel de Hollywood después de una buena caminata por el monte Lee. Otras veces, cacahuetes servidos en un tarro del supermercado para acompañar una cerveza enfriada en una bolsa isotérmica, tumbados sobre una manta en Ascot Hills Park o en la playa estatal El Matador, mientras veíamos la puesta de sol sobre el Pacífico. Nunca se le acababan las ideas.

Luego nos íbamos a casa, al pequeño apartamento de Lexington Avenue cuando Lisa estaba fuera, o a su estudio de alquiler en

Universal City. Recuerdo hacer el amor apasionadamente con él y luego pasar horas hablando, tumbados uno en brazos del otro hasta que nos quedábamos dormidos, agotados y satisfechos. Mi amor por él se hizo más profundo a medida que nuestras vidas se entrelazaban y nos aferrábamos el uno al otro en nuestro ascenso profesional, encontrando nuestro lugar en el mundo cogidos de la mano. Nuestra relación evolucionó hacia un vínculo de colaboración fascinante y muy gratificante; y un poco aterrador.

Por aquel entonces tenía miedo de perderlo. Recordarlo me conmueve, ya que sé que lo he perdido. ¿Cómo ocurrió? Sigo sin acordarme, o tal vez me da miedo abrir el cajón que esconde tanto dolor. Sin embargo, me siento atraída por él y ansiosa por descubrirlo, aunque me contengo antes de instar a mi cerebro a cooperar y revelar sus secretos.

Mientras tamizo fragmentos de memoria dispersa, intento encontrar lo que busco, pero solo oigo la voz áspera de un agente.

—Hazme caso, chico, firma en esta línea de puntos y el cielo será el límite para Adrian Sera. Diablos, las mujeres harán cola alrededor de toda la manzana para pasar una noche con Adrian Sera.

—¡Ni pensarlo, Lyle! ¡No lo haré! —gritó él, furioso.

«¿Por qué no quería firmar? Ya tenía el papel». La pregunta resuena en mi mente sin respuesta, hasta que el recuerdo de la voz de Adrian se transforma en la mía, gritando: *«¡Socorro! ¡Que alguien me ayude…! ¡Deja que me vaya!»*.

Me veo corriendo, giro la cabeza y vacilo antes de estamparme con fuerza contra la pared, y luego me alejo. Llego a la puerta e intento abrirla, pero no puedo. Tanteo con la cerradura y vuelvo a mirar detrás de mí, justo a tiempo para ver el brazo levantado sobre mi cabeza, listo para bajar, mientras unos ojos aterradores, paralizantes, cargados de puro odio me miran fijamente.

Estoy harta de estos recuerdos invasivos, o como demonios se llamen. Son solo pedazos de basura mental.

Estoy a punto de dormirme cuando me acuerdo de la palabra: son *intrusivos*, no invasivos. Soy capaz de recordar esa información

totalmente inútil. Ojalá me acordara de las cosas importantes, como quién me metió aquí, en esta maldita cama.

¿Fue Adrian? La paranoia me devora, pero eso no parece posible. En lo más profundo de mi corazón siento que Adrian es incapaz de semejante violencia.

¿Lo sabré alguna vez? Quizá algún día la policía me llame y me diga quién fue y que estoy a salvo.

El sonido de unas voces elevadas discutiendo delante de mi puerta me hace estremecer. Intento captar lo que dicen. Tal vez esté a punto de descubrirlo, y no estoy preparada para ello.

Jasmine suena derrotada mientras el bramido de un hombre se acerca a mi puerta.

—No puedo dejarle entrar, señor —dice la enfermera—. Tiene que entenderlo. Mi paciente está descansando. La han sedado.

—Emprenderé acciones legales contra su paciente y contra usted personalmente por obstaculizar este proceso. ¿Cómo se llama? ¿De qué trabaja aquí?

Inspiro. No es el asesino, que ha venido a atar los cabos sueltos. Pero es probable que sea alguien igual de malo por lo que parece: el abogado de Steve. Perry Sheldon fue el nombre que el doctor Sokolowski encontró en mis mensajes. Todavía lo recuerdo.

—Jasmine —llamo con debilidad—. Por mí no hay problema. Puede pasar.

25

El aire frío se adhiere al hombre como una mortaja y trae la frescura del invierno montañoso al interior de mi habitación, empañada por el olor a una loción cara para después del afeitado y a cuero curtido. Lo visualizo en mi mente: traje caro, abrigo de lana de diseño y un maletín de piel a juego con el color de sus zapatos italianos. Unos pocos copos de nieve, aún pegados a los hombros de su abrigo, se derriten deprisa. No me imagino ningún color; la mayoría de la gente como él lleva trajes de color gris oscuro, así que estoy dispuesta a aceptarlo, ya que de todos modos todo está en mi imaginación.

En cuanto a la cara de Perry Sheldon, no me imagino ninguna.

—Puede marcharse —dice, y espera, de pie, a unos metros de mi cama.

—Como quiera —oigo que responde Jasmine con sarcasmo—, pero estoy al otro lado de esta puerta, así que no haga nada que pueda molestar a mi paciente.

Cuando se cierra la puerta, el abogado empieza a pasearse por la habitación, probablemente buscando algo, aunque no puedo estar segura. Esta incertidumbre me asusta. Todas las señales que me faltan me hacen sentir impotente.

Después de unos momentos interminables, oigo rodar la silla por el suelo.

—Esto tendrá que valer —murmura. Los pestillos del maletín se abren de golpe. Algo me toca la pierna a través de las sábanas y doy un respingo, deseando poder apartarme; el golpeteo que siento en el pecho me ahoga. Entonces me doy cuenta de que debe de haber dejado su maletín en la cama, a mi lado.

—Señora Wellington, me ha enviado…

—Duncan —lo corrijo con frialdad—. Mi nombre es Emma Duncan. ¿Está seguro de que ha venido a acosar a la lisiada adecuada?

—Oh, mil disculpas —pronuncia las palabras de forma demasiado dramática, como si eso fuera a hacerme sentir mejor—. Su marido…

—Ex —vuelvo a corregirlo, y me pegunto por un momento cómo

puede ejercer de abogado si se equivoca sistemáticamente. Entonces me doy cuenta de que es una táctica para desestabilizarme—. Pero eso ya lo sabe, ¿no?

—Le vuelvo a ofrecer mis disculpas. —El dramatismo queda ahora ausente por completo de sus frías inflexiones—. Su exmarido está bastante preocupado por su bienestar, sobre todo después del accidente, y me ha pedido que hable con usted.

Me muerdo el labio, intentando permanecer callada, pero la rabia se apodera de mí.

—No fue un accidente, y él lo sabe. Seguramente lo sabe muy bien —insinúo, pero no muerde el anzuelo. *«Estaba claro que no iba a picar»*.

—Señora Duncan, una vez más, siento la confusión. Me doy cuenta de que es un asunto muy delicado para usted y entiendo por qué. —Hace una pausa, pero yo permanezco callada, furiosa—. Su exmarido cree, y yo estoy de acuerdo, que una tutela podría ser beneficiosa para usted durante su recuperación. Se trata únicamente de asegurarnos de que se satisfagan sus necesidades y de ayudarla a poner sus asuntos en orden.

«¿Tutela? —Estoy sorprendida. Eso es lo que quería hacer desde el principio, para quitármelo todo—. *Ah, no… No puedo permitirlo»*.

—¿Poner mis asuntos en orden? ¿Eso no es algo que se anima a hacer a los moribundos? —le respondo, en lugar de decirle lo que pienso en realidad de su idea o de la de Steve, o de quien demonios haya planeado esto.

—Es solo una forma de hablar, en nuestra profesión…

—Sigo viva, señor Sheldon, y planeo seguir así. Está perdiendo el tiempo. —Mi voz suena equilibrada y tranquila, pero siento que me estoy ahogando. El pitido del monitor cardíaco se acelera, lo que le da a mi invitado no deseado una idea de mi estado de ánimo.

—Y el señor Wellington lo único que quiere es que usted se recupere sin asumir una carga excesiva de asuntos triviales como el pago de las facturas. Una tutela le permitiría…

—Recuperar la casa que perdió en el divorcio. Sí, sé exactamente de qué va todo esto.

«¿Ha sido Mikela la instigadora?».

Todavía no me puedo creer que Steve quiera hacerme daño, aunque ya lo hizo una vez por ella.

Sheldon inspira hondo por la nariz, probablemente enfurecido por mi negativa.

—Entiendo por qué supone eso. La tutela es un instrumento jurídico concebido para ayudar a las personas incapaces de gestionar sus asuntos. No se trata de quitarle nada. Un juez supervisará todo este proceso para garantizar la protección de sus intereses.

Decido ocultar mi amargura por un momento, desesperada por saber más, por intuir las verdaderas intenciones de Steve, mientras un molesto pensamiento me zumba en la cabeza.

«¿Me metiste tú aquí, Steve? ¿Fuiste tú?».

Finjo un suspiro y permanezco en silencio durante un rato bastante largo, como si estuviera considerando la alternativa.

—¿En qué consistiría exactamente?

Algunos papeles susurran cerca de mi pantorrilla izquierda.

—El señor Wellington asumiría la responsabilidad de su cuidado, con todo lo que ello conlleva, desde las decisiones y gastos médicos hasta la gestión de su patrimonio.

—¿Y dónde viviría yo? ¿Me metería en una de esas residencias asistidas?

Se aclara la garganta, como si mi pregunta lo incomodara; como si deseara que no se lo hubiera preguntado.

—No, por supuesto que no. El señor Wellington ha expresado su intención de ocuparse él mismo de usted, con ayuda especializada, por supuesto. Cree que es la mejor manera de contribuir a una pronta recuperación.

—Vale, pero ¿en qué sitio? ¿Dónde haría todo eso?

Se produce un silencio tenso.

—En su propia casa, señora —responde—. El señor Wellington y su prometida se mudarían…

—Entonces, lo que quieren *es* la casa, ¿verdad? —No responde—. Sí, tiene sentido. Lo único que quiere es mi casa para dársela a su amante; perdón…, a su prometida. Siempre me he preguntado cómo lo haría. Ahora lo sé.

«Estaba dispuesto a matar por ella. Aún lo está».

Perry Sheldon vuelve a aclararse la voz. Oigo cómo se mueve en la silla. Lo he incomodado.

«Bien».

—Entiendo que pueda pensar así, pero en realidad todo esto se trata de darle la oportunidad de recuperar su salud sin ninguna preocupación. Este proceso estará supervisado por un juez y…

—¿Y qué? ¿Se supone que debo confiar en este proceso? ¿Confiar en *él* después de todo lo que ha pasado?

—No le estoy pidiendo confianza ciega, señora Duncan.

—Creo que eso es exactamente lo que está haciendo, pedirle una gran cantidad de confianza inmerecida a una persona ciega.

—Yo… Eh, le pido disculpas por la elección de palabras. Ha sido sin querer, se lo aseguro. —Lo dejo sudar en silencio. Sheldon está preparado para luchar por esto, y yo estoy a la altura, ahora que sé quién intentó matarme—. Lo que estoy sugiriendo es una estructura que podría permitirle centrarse en la recuperación sin la carga de gestionar…

—Es la tercera vez que dice exactamente lo mismo. No quiero oírlo más. Steve quiere mudarse a mi casa con su nuevo amor. Está claro. No lo vi venir, pero tampoco a esa zorra. Vaya, debo de estar ciega o algo así…

Perry Sheldon, abogado de famosillos de Hollywood, casi se atraganta con un suspiro frustrado. Su aliento desprende un ligero olor a puro de calidad, atenuado por los caramelos de menta.

—La persona designada como su tutor podría ser un tercero independiente si le preocupa…

—¿Cómo quién?

Por un momento, lo único que oigo es a esa pequeña mosca golpeándose la cabeza contra la ventana.

—Pues…, la señorita Mikela Murtagh ha expresado…

La rabia me asfixia.

—¿Me estás tomando el pelo? ¡Claro que «ha expresado»! Puede ir a expresarse de cabeza al infierno.

—Señora Duncan, no hay necesidad de que utilice ese tipo de lenguaje. Estas personas no quieren nada más que lo mejor para usted, ya que claramente no tiene más opciones. Yo consideraría su

oferta, sobre todo cuando la alternativa es perder dicha propiedad de todos modos al no poder hacer frente a los pagos de la hipoteca a tiempo.

El pitido de la máquina aumenta mientras lucho por calmarme lo suficiente para seguir adelante.

—Se lo voy a decir muy claro, señor Sheldon. A menos que haya una orden judicial, mi ex y su prometida no son bienvenidos en mi casa. Estarían invadiendo una propiedad privada y se los trataría como criminales. ¿Nos entendemos?

—Veo que está disgustada, señora Duncan, y siento mucho hacerle esto, pero créame cuando le digo que es lo mejor.

—Déjeme decirle algo, señor Sheldon. —Hago una pausa para conseguir un efecto dramático—. Estoy dispuesta a morir por mi casa si hace falta, porque no me queda nada más por lo que luchar. Esa es la única respuesta que obtendrá. Por favor, transmítale a mi querido Steve, con énfasis, mi determinación de hacer todo lo que esté en mi mano para ganar esta batalla contra usted, contra él, contra ella o contra el mundo entero si tengo que hacerlo.

Se levanta y se inclina sobre la cama; puedo oír su abrigo tocar las sábanas y huelo su loción para después del afeitado. Su aliento me roza el antebrazo cuando cierra el maletín y lo levanta.

—Espero que lo reconsidere una vez que se le haya pasado el impacto inicial.

El pitido está a punto de convertirse en una de esas alarmas incesantes de las que estoy tan harta.

—Y yo espero que se largue de aquí ya, señor Sheldon. Por favor.

Se aleja con pasos lentos y decididos que retumban en el suelo, pero antes de llegar a la puerta, alguien entra en la habitación.

Espero… Tengo todos los músculos tensos. ¿Será Steve?

—Quiero que se vaya —dice el doctor Sokolowski. Vuelvo a respirar —. De inmediato.

—¿Quién es usted? —pregunta Sheldon, con voz aguda y ofendida.

—Soy el doctor Sokolowski, el médico a cargo del cuidado de la señora Duncan.

—Vaya, qué interesante… ¿Quién está pagando todo esto?

Justo la misma pregunta que hizo Steve.

«¿Por qué les importa?».

Me aterroriza pensar en las facturas médicas que voy a tener que pagar; son mías. Pero ¿por qué les preocupa tanto a ellos?

—El seguro —pronuncia la respuesta, concisa, con una voz fría como el hielo que se desvanece en la distancia mientras el médico acompaña al abogado a la puerta.

—¿El seguro? ¿Qué seguro?

—No es de su incumbencia.

Se produce una discusión, pero está fuera del alcance de mis oídos y no entiendo mucho de lo que se dice. Las voces se oyen durante un rato y luego hay un fuerte portazo; tan fuerte que una ventana hace ruido en algún lugar de mi habitación.

Pero apenas lo noto. Ese portazo me resulta familiar, me da escalofríos y un recuerdo parpadea en mi mente.

«No tiene ningún sentido».

Durante unos minutos, sigo esperando a que vuelva el doctor Sokolowski, pero no lo hace.

Vuelvo a estar sola. El pitido de esa máquina molesta disminuye un poco y puedo respirar mejor; pero los acontecimientos del día me han dejado agotada, mareada y con náuseas. Demasiado débil para luchar contra ello, vuelvo mi atención hacia mi interior para reproducir el sonido de esa puerta en mi mente, una y otra vez, con la esperanza de averiguar por qué me resulta tan familiar.

No logro identificarlo. Sobre todo porque la voz de Steve se entromete en mis pensamientos.

—¡Te destruiré, Emma! Pensar que una vez estuve enamorado de ti… me pone enfermo.

Luego, más tarde, una vez finalizado el divorcio, me lanzó una mirada asesina junto con las llaves de la casa, allí mismo, delante del juez.

No me queda ni una pizca de duda.

«Mi exmarido intentó matarme. Después de lo que ha pasado hoy, estoy segura de que volverá a intentarlo».

Debo contárselo a alguien. Necesito llamar a esa inspectora.

26

Debí de quedarme dormida con ese pensamiento, esperando a que viniera alguien para pedirle que hiciera la llamada. En mi sueño agitado, corría por los largos pasillos del hospital, oscuros y vacíos, con el eco de mis pasos en el inquietante silencio. Entonces, se activó la megafonía. «Código azul, habitación mil doscientos cuatro», anunció, y me quedé paralizada, mirando a mi alrededor, intentando leer los números de las numerosas puertas cerradas.

Todas las habitaciones tenían una etiqueta con el número mil doscientos cuatro.

Incluida la mía.

Miré en una de ellas y me vi tumbada en la cama, con una venda blanca alrededor de la cabeza. El monitor cardíaco no dejaba de pitar y en su pantalla parpadeaban números rojos —la mayoría ceros— y una línea verde fija donde debería haber estado el ritmo de mi corazón. Dos personas, un hombre y una mujer, ambos con uniforme sanitario, se movían apresurados alrededor de la cama casi sin hablar. Me inyectaron algo en la vena, apartaron las sábanas y bajaron el cabecero de la cama hasta dejarlo plano. Después acercaron el carro desfibrilador y prepararon las palas; se oía un zumbido silencioso de electricidad mientras se cargaban. Luego, una sacudida y vi estrellas; un torrente de estrellas que me recorría la sangre, el cerebro, todo mi ser…

Despierto sobresaltada y suelto el aire despacio, tratando de hacerme una idea de lo que me rodea. No oigo a nadie más en la habitación; la única respiración es la mía. Pero en lo más profundo de mi mente, el sonido de aquel portazo sigue sonando una y otra vez como un disco rayado.

¿Por qué alguien daría un portazo dentro de un hospital? ¿Perry Sheldon no se dio cuenta de que perturbaría el descanso de la gente?

Comenzo a ejercitar los dedos mientras mi mente sigue divagando, atascada en la estúpida puerta. Mientras subo y bajo las manos por la superficie afelpada, hoy un poco más rápido, me hago otra pregunta.

Una que ya debería haberme hecho. Una que me hiela la sangre en las venas.

«¿Qué puerta?».

No he visto muchas puertas batientes en los hospitales, y ninguna que alguien pueda cerrar de golpe. La mayoría son correderas, algunas automáticas, con sensores de movimiento que hacen que se abran cuando alguien se acerca y se cierren cuando alguien se va. Pero antes de que me pasara esto hacía tiempo que no iba a un hospital. Varios años, en realidad. ¿Quién sabe cómo están las cosas últimamente en el hospital Baldwin Memorial del lago Tahoe? Ahí debe de ser adonde me llevaron. Es el centro de Traumatología más cercano a mi casa.

A lo lejos, suena un teléfono y nadie atiende la llamada. Mi mente divaga al recordar el inquietante sueño. Todavía siento los efectos de todos los medicamentos que me han estado inyectando, están al acecho en mi cerebro después de despertarme, me matienen cautiva en un estado de confusión permanente. Cada vez que me despierto me siento así: exasperantemente lenta, con el cerebro sumido en la niebla y los recuerdos mezclados en una narración confusa que no puedo llamar realidad.

Es un infierno.

Y aún persiste el recuerdo de aquel sueño. Mi mente nublada capta ese anuncio de megafonía y lo reproduce como una canción de la que recuerdo parte de la letra. ¿Cuántas veces he oído el aviso del código azul? ¿Cuántas personas han muerto en estas salas al fracasar los esfuerzos de reanimación? No tengo respuesta para eso. Parece que lo he oído varias veces, pero ¿qué recuerdo en realidad?

«¿Siempre ha sido en la habitación mil doscientos cuatro? No, eso es solo un estúpido sueño».

Pero el anuncio que reproduzco en mi cabeza no funciona con otros números. No me resulta familiar. Lo intento porque sí, susurrando para mis adentro «Código azul, habitación mil doscientos tres» estoy segura de que nunca había oído eso antes. «Código azul, habitación mil doscientos once». Sigue sin encajar. La melodía en mi cabeza es mil doscientos cuatro, y solo mil doscientos cuatro.

Me reto a mí misma a recordar, a comprender, y me sumerjo en un

frenesí sin sentido. Da igual lo que crea recordar, ya que no es nada fiable, porque no encuentro sentido a mis propios pensamientos. Justo cuando uno las manos sobre el pecho, con los dedos entrelazados para un breve momento de respiro, suena la megafonía.

—Doctor Parrish, acuda a la sala de Enfermería —dice la voz automatizada.

La respiración se entrecorta en mis pulmones. El único sonido que oigo durante un rato es el latido de mi corazón.

¿Alguna vez han llamado al doctor Parrish a otro lugar que no fuera la sala de Enfermería? No puedo recordarlo, y desearía que mi testarudo cerebro dejara esto ya.

Pero no lo hace, porque está programado para terminar las cosas. Por eso las personas tienen «gusanos musicales», esas melodías pegadizas que se quedan atrapadas en la cabeza. Hay una solución sencilla: escuchar la canción entera. Se queda grabada porque el cerebro no puede terminar la canción, no sabe cómo acaba en realidad.

Mi gusano musical es una canción hecha con anuncios de megafonía. El código azul es en la habitación mil doscientos cuatro, parece, y al doctor Parrish lo llaman a la sala de Enfermería. Pero ¿qué viene justo después del código azul? ¿El doctor Parrish? ¿U otra persona?

Reproduzco la secuencia con cautela en mi mente y no encaja. Pero el doctor Jones sí. Tiene que ir a la UCI, por lo que recuerdo.

Entonces llega una ambulancia.

Al cabo de un rato, un par de enfermeras charlan sobre un tipo llamado George y debaten sobre dónde deberían ir a comer. Sus voces suenan jóvenes y despreocupadas; se ríen mientras hablan y bajan la voz cuando mencionan al tal George. ¿Cuántas veces las he oído charlar? No lo sé; no tengo ni idea. Pero hasta que no se aborda la cuestión de la comida, no llaman al doctor Parrish a la sala de Enfermería.

Mientras sigo adentrándome en ese laberinto, me siento más mareada, enferma, a punto de vomitar y desmayarme al mismo tiempo. ¿En qué mundo tiene sentido todo esto? ¿Y si nunca he oído

estas cosas como creo? ¿Y si no las recuerdo bien? Quizá al doctor Parrish solo lo han llamado una vez en todo el tiempo que llevo aquí. Igual que soñé con el código azul, podría haber soñado con todo lo demás.

Me tiemblan las manos, congeladas por el frío que no abandona mi cuerpo. ¿Qué puedo hacer para averiguarlo? ¿Para estar segura? Si empiezo a preguntarle a la gente, pensarán que estoy loca; o peor aún, volverán a subirme la medicación y nunca saldré del abismo.

Pero ¿cómo puedo asegurarme?

Estoy perdiendo la cabeza a un nivel completamente nuevo.

A menos que recuerde lo que viene después del doctor Parrish en este retorcido y profundamente perturbador gusano musical mío.

De la tormenta de pensamientos destrozados surge un recuerdo, querido y entrañable. Mi profesor favorito de la UCLA, un actor de método que era famoso antes de que un accidente de coche acabara con su carrera, enseñaba a sus alumnos a pensar en las frases del guion como si fueran una melodía, una canción que teníamos que cantar con tristeza o alegría, *allegro* o *andante*, para que el papel fuera más fácil de recordar y de interpretar.

Las llamadas por megafonía también eran una canción, una que se me ha quedado grabada en el cerebro en el filo deshilachado entre la realidad y el sueño, entre los recuerdos rotos y borrosos y las pesadillas reales. Y en esa canción, después de reproducirla de nuevo en mi mente, estoy segura de que el siguiente aviso de megafonía debería ser para el doctor Whitting, al que necesitan en Urgencias.

A menos que esté loca de remate y me lo haya imaginado todo.

Empiezo a esperar que llegue ese aviso. O no. No sé qué me da más miedo.

Pero si no estoy loca y el próximo aviso confirma mi teoría, ¿qué significa eso? ¿En qué realidad tendría sentido?

—No lo sé —susurro—. Sea lo que sea, por favor que no sea para que el doctor Whitting vaya a Urgencias.

Estoy casi dormida, somnolienta como suelo estarlo, presa fácil de mis demonios. Una nueva pesadilla empieza a tomar forma cuando suena la megafonía y la voz robótica empieza a hablar.

—Doctor Whitting, acuda a Urgencias.

El pánico me invade en una abrumadora oleada de irracionalidad. *«¿Estoy perdiendo la cabeza? ¿Me lo estoy imaginando? ¿Cómo puede ser real?»*.

El pitido de la máquina suena lejano y parece desvanecerse. El único sonido que oigo es el de mi propia sangre, que ahoga todo lo demás.

Un débil grito sale de mis labios, luego gana fuerza y se convierte en una pregunta desesperada.

—¿Dónde estoy?

27

Odio ver a mi Emma tan nerviosa. Me hace sentir impotente, y no lo soy. Al contemplar su hermoso rostro, no puedo evitar apretar los dientes. Estoy deseando causarle a ese Perry Sheldon el «accidente» que tanto se merece. El camino que va a tomar es una carretera sinuosa que atraviesa el monte Rose, de una belleza impresionante en esta época del año, pero también traicionero y resbaladizo en algunos tramos. Ha alquilado un Mercedes Benz en el aeropuerto, negro y bien equipado, porque ningún otro coche habría encajado con su personalidad egocéntrica.

No creo que el Mercedes vaya muy bien en carreteras heladas. Ningún vehículo de tracción trasera lo hace. Sería un placer empujar a ese imbécil por el quitamiedos, que rodase por un barranco empinado y todo culminase en una gran hoguera. Habría que ingeniárselas para destrozar el coche sin dejar huellas, pero la cuestión es irrelevante, como diría un abogado. Ya se ha ido.

Aunque es probable que regrese. Y aun así, no le tocaré ni un pelo de su calva.

Soy un hombre racional, o eso me gusta creer. Conlleva demasiado riesgo empezar a limpiar toda la basura que rodea la vida de Emma. La gente podría darse cuenta. Especialmente la policía.

Sé que me están buscando. Llevan buscándome bastante tiempo, y yo sabía que eso iba a suceder. Emma los llamó. Cada vez que la dejaba verme, me tenía más miedo. A veces, después de un encuentro así, volvía a llamarlos. Les rogaba que la mantuvieran a salvo.

De mí.

Qué gracioso.

Una vez, hace unos meses, vino directa hacia mí, enfadadísima, buscando un enfrentamiento directo; qué valiente es mi chica... No estaba preparado para ello, para nuestro momento de la verdad. No tenía pensadas las palabras adecuadas. Así que corrí, casi sin

tiempo de desaparecer detrás de la autocaravana de alguien y esperar a que dejara de buscarme.

Esa noche no volvió a llamar a la policía. Se dio por vencida; tenía la voz quebradiza y su ira se convirtió en amargas lágrimas.

Sin embargo, no quiero policías cerca de mi Emma. Si la gente relacionada con ella empezara a experimentar una esperanza de vida más corta, pulularían cerca y probablemente me encontrarían.

Estoy aquí mismo. Siempre. Cerca de ella, dondequiera que esté.

Por eso decidí, a mi pesar, dejar que ese cabrón se marchara en su Mercedes de alquiler sin que nadie lo molestara. Seguro que ha llegado al aeropuerto de una pieza. Más tarde, sin embargo, cuando haya pasado el tiempo suficiente para borrar su conexión con Emma, puede que le haga una visita. Se lo merece.

Lo sé todo sobre él.

El señor Sheldon no es un abogado del montón. Tiene oficinas en Sunset Boulevard y representa a algunos famosos, pero la mayoría son de segunda categoría, no de primera línea. Estoy seguro de que quiere pertenecer al club de los famosos de primer nivel, pero aún no lo ha logrado. Eso lo hace bastante peligroso, porque está tan cerca del premio que puede saborearlo. Está dispuesto a hacer cualquier cosa para lograrlo. Cuando lo entrevistan en los medios locales sobre un caso u otro, le puede la excitación. Siempre habla de los acuerdos que ha conseguido para sus clientes en divorcios dignos de los medios sensacionalistas, y su boca siempre se curva de cierta manera cuando pronuncia la palabra «millones», con el placer que siente alguien que degusta un buen postre. Seguro que el porcentaje de dinero que se lleva tampoco está nada mal. Vive en Thousand Oaks, en algún lugar de las colinas, en una casa enorme situada en un terreno de grandes dimensiones, oculta a la mirada del público tras unos espesos arbustos de boj.

Me gusta ver qué eligen las personas para conducir. Me dice mucho sobre quiénes son, sobre qué les importa. Este abogado en particular conduce un Land Rover. No es un Lexus, como habría esperado, basándome en las estadísticas de su profesión; tampoco se trata de un Porsche, reservado para gente que quiere causar una

impresión inmediata y duradera. Un Land Rover. Perry Sheldon es testarudo y de lo más egocéntrico. Probablemente fue a treinta kilómetros más por hora de la velocidad indicada durante todo el viaje al aeropuerto solo porque podía. Se preocupa más por las apariencias que por cualquier otra cosa. Se atiene a las convenciones y solo es leal al mejor postor.

Dicho esto, desconfío un poco de él. Podría ser peligroso. Los tipos como él suelen serlo. Él sabe que ahora Emma es muy vulnerable y que no tiene opciones de futuro razonables, por lo que está intentando imponerle los planes de Wellington de una forma despiadada. Emma probablemente no sabe que ha conocido la cara amable de Perry Sheldon. Podría pedir la tutela contra la voluntad de Emma, y no sería raro que la consiguiera.

Las cosas van a tener que cambiar pronto por aquí.

Pero Perry Sheldon tampoco es la raíz de ningún mal, porque solo lo han contratado para cumplir las órdenes de otro hombre.

Steve Wellington es el causante de todo. Me ocuparé de él primero.

28

No contesta nadie.

Al cabo de un rato, me doy cuenta de que nadie puede oír mis gritos. Nadie vendrá corriendo a ayudarme a luchar contra mis demonios a menos que vuelva a entrar en código azul. A menos que esa máquina que hay junto a mi cama emita todo tipo de tonos disonantes.

Así que espero. Y mientras el pánico sigue siendo tan intenso que me entumece las extremidades, lo único que puedo hacer es pensar. Lucho por mantenerme alerta, despierta y lista para batallar por mi vida. A pesar del aterrorizado golpeteo en mi pecho, la somnolencia me invade, pegajosa como la miel; una trampa mortal.

Apenas puedo seguir peleando mientras el recuerdo de mi angustia empieza a desvanecerse.

¿Qué *acaba* de pasar? ¿Sabía qué anuncio de megafonía venía a continuación? Bueno, llevo aquí un tiempo, ¿no? O quizá lo sabía igual que a veces sé qué canción sonará a continuación en la radio. Cuando escucho algo durante el tiempo suficiente, es lógico asumir que sé lo que viene a continuación. Pero puede que esté equivocada.

«Tengo que estarlo». Este pensamiento trae paz a mi mente cansada. Debo de estar equivocada, porque lo demás no tiene sentido. Y Steve... Debería contarle a la policía que quiere mi casa. Con esos pensamientos, caigo en un sueño profundo que se asemeja a la inconsciencia.

Cuando me despierto, oigo a alguien junto a la cama. En esa fracción de segundo, el pánico sube como la bilis a mi garganta. Me quedo inmóvil mientras escucho con atención. Pero no es un sonido lo que me trae la respuesta; es un olor. Un toque de albahaca, cuero y especias, tan tenue que apenas está ahí.

«El doctor Sokolowski».

—Buenas noches —me dice en cuanto hago el más mínimo movimiento. Su ropa cruje y desprende un tufillo a colada limpia y a desinfectante—. ¿Cómo estás?

Por un momento, no encuentro las palabras.

—¿Dónde estoy?

—Estás en casa, por supuesto.

Esas palabras despreocupadas resuenan extrañas en mi mente, como si pertenecieran a una realidad alternativa. No puedo estar en casa. Estoy en el hospital.

—¿Qué quiere decir? —De pronto, me invade el miedo y esa molesta máquina me delata.

Siento la mano enguantada del doctor Sokolowski apretando la mía.

—Te han dado el alta en el hospital y ahora tu marido está a cargo de tu cuidado.

—¿Qué? ¡No! —Esas pocas palabras encienden un fuego en mi cerebro—. ¡Ya no estamos casados! No es mi marido. Le dije que no quería volver a verlo. —Hago una pausa; temo lo que pueda decir—. Se lo dije, ¿verdad? No lo he soñado…

—Sí, me lo dijiste, eso es correcto. Veamos qué ha pasado. —Se levanta y, con una sensación de pesadilla, oigo el ruido de una silla que se aleja. Cuando se acerca a los pies de la cama y coge el historial, el portapapeles de plástico traquetea contra el marco.

Conozco ese ruido. Nada en mi casa suena así. No puedo estar en casa.

Los papeles susurran mientras el médico revisa el historial buscando algo. Tengo un montón de preguntas, cada una más aterradora que la anterior.

—Figura como tu pariente más cercano. Se llama Steven Wellington.

—Es el hombre que le dije que mantuviera alejado de mí.

—Lo siento mucho, Emma —parece auténticamente avergonzado—. Sé que me lo dijiste, pero el hospital no tuvo en cuenta mis anotaciones. Está aquí, en el historial.

—¿Cómo ocurrió? —pregunto, más como un lamento desesperado que como una pregunta de verdad para la que espero respuesta.

—El procedimiento que sigue el hospital es localizar a los familiares más próximos y pedirles que acepten su responsabilidad. El señor Wellington la aceptó y te entregaron a su cuidado.

—Entonces, ¿estoy en casa? ¿En mi casa?

—Sí, en la calle Pine, en lago Tahoe; en el dormitorio principal.

Me quedo con la boca abierta.

—¿Cómo es posible? Todo es igual que en el hospital: la cama, esta… máquina que pita, la silla con ruedas… —Un sollozo me desgarra el pecho. Esto no puede ser verdad. Es una pesadilla y voy a despertarme enseguida.

—El señor Wellington acordó con el hospital alquilar algunos equipos para continuar con el nivel de atención que te estábamos proporcionando en el Baldwin Memorial. La silla forma parte del equipo alquilado; viene con el carro de reanimación. —Me toca la mano con suavidad—. Veo que esto te preocupa. ¿No recuerdas el traslado?

—No. ¡No recuerdo nada! Yo solo… ¿Cuándo me trasladaron?

Se echa hacia delante y me sube la manga izquierda; luego comprueba mi parche.

—Yo no estaba allí, o habría dicho algo, sabiendo que expresaste preocupación por tu exmarido. Te trasladaron ayer por la mañana. —Cambia el parche con gestos rápidos y expertos. El nuevo me produce escalofríos—. Puede que estuvieras dormida durante todo el proceso.

«¡El ruido de ayer!». El portazo era mi puerta principal… Por eso el sonido me resultaba tan familiar. Steve había dado un portazo lo bastante fuerte como para abrir una grieta en la pared.

Y por eso vino Perry Sheldon. Ya me habían dado de alta al cuidado de Steve, y el imbécil no se había molestado en mencionarlo.

«¿Qué voy a hacer?».

—Entonces, ¿es la misma cama que antes? —Empiezo a entender lo que ha pasado. Al comprenderlo, el pánico retrocede un poco, aunque deja tras de sí una marea de pensamientos temerosos. Pero las cosas ya no parecen irreales, salvo la parte en la que Steve vuelve a estar en esta casa, buscando despojarme de mis derechos. Y está con *ella*. Después de que intentara matarme.

—No es la misma cama. Supongo que cogieron una del almacén. Es un poco diferente. No se nota, pero las barras laterales son más redondeadas y tienen mandos integrados. El monitor cardíaco, el carro de reanimación y la silla son exactamente iguales.

El silencio llena la habitación durante un rato; solo se oye el pitido.

El doctor Sokolowski anota algo en mi historial; aprieta el bolígrafo con fuerza; oigo cómo raya el papel. Luego, el portapapeles traquetea contra el marco de la cama, de nuevo en su lugar habitual.

—¿Y las enfermeras? —Trago con dificultad. Tengo la garganta seca —. ¿Y usted?

—Bueno, el Baldwin Memorial está solo a diez minutos de aquí. —Siento una corriente de aire cuando me quita la manta de los pies y comprueba mis reflejos—. El administrador del hospital ha accedido a proporcionarte asistencia temporal mientras el señor Wellington resuelve los detalles de tu cuidado. Te veré dos veces al día, por la mañana y por la tarde, justo después de mis rondas en el hospital. Las enfermeras rotarán por turnos para encargarse de tus comidas y administrarte la medicación. —Me coge un codo y le da dos golpecitos rápidos. Todavía lo noto entumecido—. Y si hay una emergencia, me llamarán de inmediato. —Hago todo lo posible por mantener la calma. No me imagino pasando por esto sin el doctor Sokolowski. Si se va, no sé lo que voy a hacer—. Emma… Tranquila.

—¿Vendrán Jasmine e Isabella? —Me tiembla un poco la voz—. ¿O también las he perdido?

Vuelve el apretón de manos. Esta vez disfruto del contacto, de su calor. Me aferro a él mentalmente como si su mano fuera un salvavidas que me han lanzado.

—A veces, la mente juega malas pasadas a las personas con una lesión cerebral traumática y rellena los huecos con algo plausible. —Hace una pausa—. Isabella lleva mucho tiempo sin atenderte. Tu medicación, más específicamente el Versed, puede hacer que estés un poco confusa por las mañanas.

—Sí, ya me he dado cuenta de eso —digo con debilidad; aún me cuesta asimilarlo todo.

—Las cosas mejorarán más rápido ahora que te estamos quitando el Decadron. La inflamación cerebral ha disminuido casi por completo. Lo estás haciendo muy bien.

—Pensaba que siempre venían Jasmine e Isabella. No puedo creer que lleve tanto tiempo sin atenderme.

No puedo fiarme de nada de lo que sale de esta mente fracturada. No puedo confiar en mí misma.

—Es de esperar que surjan problemas de ese tipo —dice, como si me estuviera leyendo la mente—. No pienses demasiado en ello. Ya se te pasará.

Le aprieto ligeramente los dedos con los míos.

—Estoy aterrorizada. No puedo contar con nada de lo que percibo, y las personas que creía reconocer eran, en realidad, completos desconocidos. —Me callo un momento y me muerdo los labios agrietados, dudando—. No estoy segura aquí. Fue Steve el que intentó matarme.

—Emma, no estás sola —me tranquiliza; se pone de pie y me suelta la mano. Mi tiempo con él está llegando a su fin—. ¿Estás segura de que lo estás recordando correctamente? Si estás lista para hacer una declaración formal, podemos llamar a esa inspectora.

Es lo único que he querido hacer desde que me di cuenta de que había sido Steve y, sin embargo, ahora que existe la posibilidad, no me atrevo. ¿Cómo puedo estar segura de algo si todavía no logro ver su cara con claridad en mis recuerdos?

—No me deje aquí con él —susurro—. No puedo confiar en mi memoria, pero ¿y si fue Steve? Lo intentará de nuevo, sé que lo hará.

Una tensa bocanada de aire abandona los pulmones del médico.

—Esto es algo muy serio. También está el problema de que la información sobre el familiar más cercano está desactualizada y de tus instrucciones específicas respecto a tu ex. Ahora mismo voy a discutir esto con la dirección del hospital. Puede que tengamos algunas opciones.

—¿Y hasta entonces?

—No creo que corras un peligro inminente. Steve sería un tonto si intentara algo justo después de que te trajeran aquí; pero me ocuparé de esto tan rápido como pueda, lo prometo.

Da unos pasos hacia la puerta.

—¿Y los avisos de la megafonía? ¿Cómo puedo oírlos si estoy en casa? —pregunto.

Vuelve a mi lado.

—¿Qué avisos por megafonía?

Me da un vuelco el corazón.

—He oído cosas como: «Doctor Jones, acuda a la UCI» o «Doctor

Whitting, acuda a Urgencias». Estoy bastante segura de haberlas oído hoy, antes, antes de dormirme, como si aún estuviera en el hospital. ¿Cómo puede ser?

Se produce un largo momento de silencio, de esos que he aprendido a temer.

—Emma, desde tu habitación del hospital no se escucha el sistema de megafonía de emergencia. Rara vez se usa fuera de Urgencias. Ahora tenemos teléfonos móviles y no hay necesidad de molestar a los pacientes cuando alguien necesita presentarse en algún sitio. —Hace una pausa, y mis pensamientos corren desesperados—. Pediré una consulta psiquiátrica. A veces, los pacientes con traumatismos craneoencefálicos desarrollan alucinaciones que pueden ser indicadores precoces de psicosis postraumática.

—No… —Me siento como si me hundiera en un abismo sin fin que está a punto de tragarme entera.

—No te preocupes por eso, ¿de acuerdo? —Me da unas palmaditas en el antebrazo y se retira con rapidez—. Sea lo que sea, te ayudaremos.

Sus palabras se desvanecen en la distancia, pero mis pensamientos siguen acelerados.

«¿Psicosis? ¿Alucinaciones?».

Eso explica por qué nunca oía esas llamadas por megafonía cuando había otras personas en la habitación; porque no eran reales.

Estoy perdiendo la cabeza.

29

He soñado con Adrian.

Mientras me despierto lentamente, la somnolencia se niega a darse por satisfecha con las horas que he dormido; no puedo evitar quedarme con el recuerdo de aquel sueño.

No quiero dejarlo ir, parecía tan real…

Al principio, era un buen sueño, de nuestros días trabajando juntos, estando juntos… Una navegación suave y dichosa a través de un romance de cuento de hadas. Entonces el sueño cambió a una escena espeluznante en la que Adrian me llamaba por mi nombre y yo no podía responderle. Su voz estaba plagada de miedo, como si intentara advertirme de algo, mientras yo abría la boca, con su nombre en la punta de la lengua, pero no salía ningún sonido. Yo estaba tumbada bocarriba, mirando fijamente una lámpara de techo grande y brillante con un círculo de siete bombillas, creo. Veía esa luz, y era aterrador, no como había imaginado que sería volver a verla. Pero era un sueño, y no podía hacer otra cosa bajo aquellos potentes focos que estremecerme, con la piel erizada de frío como si el viento la estuviera tocando.

Odio esa parte sensorial y aterradora del sueño. Pero la parte anterior, en la que podía sentir el amor de Adrian calentarme el corazón, quiero revivirla. Llevaba la promesa de desvelar un nuevo capítulo del pasado que no recuerdo si seguía el hilo dondequiera que me llevara.

Cuando empiezo a recordar, la sensación de pérdida se hace más profunda y me atraviesa el corazón con un dolor indescriptible. Éramos tan felices… ¿Qué nos pasó? Aún no recuerdo cómo llegamos a separarnos, pero sí empiezo a recordar cada vez más lo que éramos. Tal vez, al final de este viaje a través de reminiscencias borrosas, encuentre la respuesta que busco.

En aquella fiesta de cumpleaños de fin de semana en la casa de los Bernard, la carrera de Adrian recibió un empujón de un productor de

televisión que parecía disfrutar charlando con él, mientras que yo deambulaba, hablando con todo el mundo, con una sonrisa en la cara y una copa de champán en la mano. La gente era educada, pero se mostraba indiferente; la mayoría de ellos tenían sus propios intereses. A pesar de mis esfuerzos, seguía cargando con el estigma de haberme divorciado de Steve Wellington.

Adrian firmó un nuevo contrato con ese productor la semana siguiente a la fiesta y empezó a trabajar dos semanas más tarde. Me recomendó para esa serie, pero no funcionó. Los papeles femeninos estaban asignados y los contratos, redactados. Volví a hacer audiciones y a quedarme en casa cuando no rodaba, y a trabajar los fines de semana en el Oso Negro de Tahoe solo porque quería volver ahí de vez en cuando; aunque no tenía mucho sentido seguir yendo cuando toda mi vida estaba en Los Ángeles.

Aun así, me resistía a la idea de comprar una casa en Los Ángeles. Cuando Lisa estaba en un rodaje, nos quedábamos en el apartamento de Lexington, pero Adrian la evitaba por alguna razón. Los fines de semana que pasaba conmigo en Tahoe se volvieron raros, porque Adrian necesitaba descansar y quería que estuviéramos solos para hacer lo que quisiéramos en esa casa, para hacer el amor en cada rincón de ella, para tumbarnos desnudos frente al fuego… Nada de eso ocurría si estaba Lisa. Aunque lamentaba no pasar más tiempo con mi amiga, cedí a su insistencia. Me sentaba bien reescribir la historia de esa casa.

Lisa me lo puso fácil y dejó de venir. Debió de notar mis dudas cada vez que mencionaba que tenía el fin de semana libre y que volvía a ser temporada de esquí en Tahoe, o que hacía un tiempo perfecto para hacer senderismo por la orilla del lago.

Un par de meses después de la fiesta de los Bernard, nos invitaron a otra en casa de un productor de cine relativamente desconocido. Esa vez, Steve y Miki estaban allí. Vacilé cuando clavé los ojos en Steve al entrar en el lujoso patio trasero. El lugar era encantador; estaba iluminado con cálidas bombillas blancas colgadas de cuerdas que zigzagueaban entre las palmeras, pero yo solo podía ver a mi ex. Adrian me cogió del brazo y noté cómo se ponía tenso a mi lado.

En cuanto a Mikela, estaba pegada a Steve como una hiedra que se

aferraba a él y lo parasitaba. Llevaba un vestido transparente de lentejuelas con escote *halter* de color plateado que dejaba muy poco a la imaginación. El muslo le asomaba por una abertura alta, y ella se aseguraba de que lo hiciera, manteniendo la pierna izquierda un poco flexionada y ladeada. Funcionaba. La mayoría de los hombres, excepto mi Adrian, no tenían ojos para nadie más que para ella.

Quería marcharme cuanto antes, aunque Adrian y yo habíamos debatido largo y tendido sobre cómo nos íbamos a comportar si nos encontrábamos con mi ex. Sabíamos que ocurriría; todos trabajamos en el mismo sector. El cine es un mundo pequeño o, mejor dicho, una comunidad incestuosa, llena de cotilleos, pecados y maniobras políticas.

Inquieta, tiré del brazo de Adrian y lo miré suplicante a los ojos.

—Ni de coña —susurró; su voz era firme a pesar de su encantadora sonrisa—. No tenemos motivos para marcharnos porque Steve Wellington haya hecho acto de presencia. Si lo hacemos, no podrás volver a trabajar en esta ciudad.

Tenía razón. Nos quedamos, pero la velada parecía eternizarse mientras la gente gravitaba en torno a Steve y Miki como solían hacer en torno a él y a mí cuando estábamos casados.

De vez en cuando, Miki le lanzaba a Adrian una mirada provocativa, pero él solo la fulminaba con la vista y la apartaba. Y ambos hombres hicieron todo lo posible por mantener al menos seis metros de distancia entre ellos en todo momento.

Durante un rato, las cosas me parecieron tranquilas y llevaderas, y empecé a relajarme un poco. Comimos unos aperitivos deliciosos y bebimos suficiente champán para sentir un ligero mareo. Con Adrian a mi lado, interactuar con la gente era una tarea más fácil. Su aspecto atractivo y su carismática personalidad llamaban la atención y despertaban interés. Después de un par de horas mezclándonos entre la multitud, decidimos divertirnos un poco.

No duró mucho.

Adrian y yo estábamos bailando la increíble colección de baladas roqueras del anfitrión, perdidos el uno en el otro, cuando la voz de Miki llegó a nuestros oídos.

—... no creo que llegue muy lejos como actriz —decía—. Todo su

valor expiró cuando dejó la cama de Steve. —Se oyó una carcajada implacable, pero no pude ver quién era porque yo estaba de espaldas a ella.

Recuerdo que deseaba que la tierra se abriera y me tragara en ese preciso momento.

Adrian dejó de bailar y se convirtió en piedra, con los músculos tensos y los ojos brillantes de rabia. Se acercó a Steve mientras yo tiraba de su brazo sin éxito, intentando retenerlo.

—¿Estás de acuerdo con esa afirmación, Steve? —preguntó amablemente.

Contuve la respiración, sabiendo que la aparente calma de Adrian era más fina y frágil que un copo de nieve en un día de verano.

Steve me miró; parecía un poco avergonzado. Estaba ebrio, algo poco habitual en el hombre sereno y disciplinado que yo conocía. Tenía la cara roja y los ojos algo vidriosos. Un poco mareado, se volvió hacia Adrian. Le dio una palmada en el brazo y sonrió.

—No había mala intención. ¿Vale, campeón?

Adrian no se movió; se limitó a mirar la mano que le tocaba el brazo hasta que Steve se apartó; retrocedió un paso, vacilante.

—¿Estás de acuerdo con ella, Steve? Con un sí o un no me basta.

La multitud que nos rodeaba había dejado de hablar y estaba congregada en un denso círculo. El volumen de la música que sonaba de fondo era más bajo. Volví a tirar del brazo de Adrian, agarrándolo con ambas manos, pero ni siquiera me miró. Tenía los ojos clavados en los de Steve y ambos estaban enzarzados en una batalla de voluntades sin palabras ni movimiento. Miki miraba fijamente a Steve, con los labios brillantes apretados y el tacón de diez centímetros golpeando con nerviosismo los adoquines de granito, como si esperara que él hiciera o dijera algo para complacerla; para ponerse de su lado.

—No —dijo finalmente Steve, con su voz de barítono firme y amenazadora—. No estoy de acuerdo.

Adrian asintió y, por un momento, pensé que la crisis había terminado. Estaba equivocada.

—Bueno, entonces, te sugiero que le pongas un bozal a tu perra.

Hubo un instante de silencio y todo el mundo jadeó al mismo

tiempo; la voz de Miki se oyó más que la de los demás.

Steve disparó un puñetazo a la mandíbula de Adrian, pero este se apartó con agilidad y Steve falló. Un segundo puñetazo, dirigido de nuevo a su mandíbula, acabó de la misma manera.

—Hijo de puta —murmuró Steve. Tenía la cara enrojecida, el ceño fruncido y los ojos fijos en Adrian.

—Adrian, por favor —susurré, sabiendo que no tardaría mucho en contraatacar y fulminar a Steve de un solo golpe—. No vale la pena.

Él esbozó una sonrisa cínica y ladeada cuando esquivó un tercer puñetazo. Un par de invitados se acercaron a sujetar a Steve, que había empezado a gritar. Tenía el rostro desfigurado por la rabia y el pelo alborotado. Nunca lo había visto así.

Adrian levantó las manos en un gesto pacificador.

—No hay necesidad de derramar sangre, pero una disculpa estaría bien.

—Sí, claro. Eso no va a pasar, ¡gilipollas! —gritó Miki, que se abalanzó sobre Adrian e intentó arañarle la cara. Alguien la sujetó a ella también y nos alejamos despacio; dejé atrás aquel molesto alboroto con toda la dignidad que pude reunir.

Adrian se disculpó con nuestro anfitrión; parecía bastante incómodo al principio y no sabía qué decir, pero al final acabó dándole la mano. Incluso se dieron un medio abrazo, como suelen hacer los hombres, y palmadas en la espalda, mientras que yo esperaba, sintiendo decenas de miradas implacables sobre mí.

Sabía que ese chisme sórdido estaría en boca de todos al día siguiente. Pero no pensé mal de Adrian por ello. Me había defendido y, aunque yo no sentía la necesidad de que ningún hombre me defendiera, me sentía valorada y cuidada. Protegida.

Quizá Adrian supo cómo era Steve desde ese día. Tal vez había visto en quién podía convertirse mucho antes de que yo tuviera la oportunidad de hacerlo. La violencia que surgía en él cuando la rabia alimentaba su fuego interior y le llevaba la sangre al punto de ebullición, era nueva para mí.

¿Pienso que fue Steve quien me atacó? Sí, de todo corazón. *Sé* que me metió en esta cama y destruyó mi vida con un golpe rápido y

lleno de rabia. Creo que ha sido así, aunque la cara que hay en mi recuerdo del ataque siga oculta.

La sensación de seguridad ha desaparecido al saber que ahora estoy en casa y que Steve puede ir y venir a su antojo. No puedo hacer nada para defenderme. No hay personal médico, ni seguridad ni control de visitantes a la entrada. Mi situación es tan vulnerable como lo era la noche en la que me atacaron; incluso más, porque ahora no puedo huir. Si Steve quiere matarme, puede hacerlo, y no lo veré venir.

Ojalá Adrian estuviera aquí, a mi lado, listo para derribarlo de un puñetazo, como aquella noche. Él solía ser mi caballero de brillante armadura, y yo, su damisela, pero no en apuros… Aquel cuento de hadas se vino abajo de alguna manera; la razón aún se pierde en la persistente niebla de mi memoria rota.

Bueno, ahora estoy en apuros, pero mi caballero no está aquí.

Recuerdo la forma en que Adrian me llamaba en ese sueño; la sensación de urgencia en su voz, la desesperación… Como si estuviera a punto de caer por un precipicio y él estuviera demasiado lejos para ponerme a salvo.

Ahora está demasiado lejos. Se ha ido de mi vida. Lisa me dijo que rompimos hace meses.

Y nadie creerá lo que pienso de Steve después de que el doctor Sokolowski haya escrito en mi historial que sufro psicosis.

30

A pesar de que todos los medicamentos me producen somnolencia, no puedo dormir. Tengo demasiado miedo como para permitirme dormir profundamente. Me quedo traspuesta durante un momento, pero me sobresalto y me despierto de inmediato. Luego escucho con atención y, si el silencio es perfecto salvo por esos molestos pitidos del monitor cardíaco, vuelvo a dormitar durante un minuto o dos.

Ahora el silencio no es perfecto. Las voces, al principio irreconocibles, se acercan hasta que capto lo que dicen. Y quién lo dice.

La voz agradable y algo ronca pertenece a Jasmine. El barítono es Steve. Y la chillona y falsamente amistosa es la de Mikela.

—No se preocupe, señor —dice Jasmine—. Lo avisaré en cuanto eso ocurra.

—Es usted increíble, señorita Jasmine —ronronea Steve. Apuesto a que la está mirando a los ojos ahora mismo, haciendo que se sonroje; menudo bastardo manipulador—. Le estoy inmensamente agradecido por su duro trabajo al cuidado de nuestra pobre Emma. ¿Qué haría yo sin usted?

Jasmine se ríe en voz baja, halagada.

—Esperemos no tener que averiguarlo, ¿verdad?

Oigo abrirse la puerta de mi habitación y la voz de Jasmine.

—Ahí la tienen —dice.

Los deja entrar.

«Está compinchada con ellos».

Ahora lo veo. Es la única enfermera que estuvo conmigo todos los días. Estoy segura de que Steve se aseguró de que le compensara hacer las horas extras que fuera necesario para vigilarme y facilitarle las cosas. Ella sabe que no tengo a nadie que cuide de mí porque se lo he dicho. Seguro que fue corriendo a contárselo para ganarse su recompensa. Me pregunto por cuánto me habrá vendido.

—Los dejo solos, señor Wellington, pero estaré fuera si me necesitan —dice la traidora, antes de cerrar la puerta.

Me estremezco al escucharlos acercarse a sabiendas de lo que quieren.

«Malditos sean los dos. Si hay una mínima esperanza de que todavía pueda ganar esta batalla, lo haré», me digo a mí misma, y luego espero. No digo una palabra; solo aguardo a que mi querido Steve muestre sus cartas.

Cuando lo hace, su voz rezuma rabia.

—Emma. Sé que no estás durmiendo, así que ¿por qué no dejas de actuar?

«Hijo de puta…».

—Abriría los ojos para ti, para que vieras que estoy despierta, pero me temo que no es posible. Lo siento mucho. —Mi sarcasmo es despiadado, implacable.

Miki se ríe al fondo, más lejos de la cama, cerca de la ventana.

—Increíble —murmura.

Steve se acerca con paso firme y se detiene cerca de mi cama, lo que me incomoda. Siento su aliento en mi cara, distante, pero lo bastante cerca como para notarlo. La cabecera de la cama está elevada y yo estoy apoyada en unas almohadas, pero sigo sintiéndome pequeña, impotente, ante el hombre que se cierne así sobre mí.

Respira con fuerza. Se nota que está enfadado.

—La visita de Perry Sheldon era tu oportunidad de que hiciéramos esto con algo de civismo, Emma. La única oportunidad que tendrás. Eres una desagradecida y una egoísta, y te niegas a aceptar la única mano amiga que te están tendiendo. —Se pone a pasear a mi lado, pisando con fuerza, como si golpeara el suelo con los pies—. Resulta que sé que no te quedan otras opciones, a menos que quieras irte a vivir a Lubbock con tu madre enferma.

«Maldito sea por mencionarla. Si le cuenta algo, si la llama o la acosa, lo mataré».

Me reafirmo, pensando en la estúpida máquina que tengo al lado y que entrega en bandeja mi estado emocional al enemigo.

—Steve, esta ya no es tu casa. Acéptalo y deja de invadir una propiedad privada.

—¡Emma, esto es ridículo! No estoy invadiendo nada. Te ofrezco una salida del lío en el que estás metida. Tú no puedes cuidarte sola.

No eres capaz de alimentarte ni de hacer nada sin ayuda. Tu recuperación podría durar…

—Steve, mientras yo viva, esta no será tu casa. ¿Entiendes? Prefiero prenderle fuego conmigo dentro.

—Pues entonces, es estupendo que ni siquiera puedas encender una cerilla, ¿verdad? —interviene Mikela mientras camina a paso rápido por la habitación con sus tacones de aguja.

—Miki —dice Steve en voz baja—. Basta.

—Como quieras —dice ella, y se aleja despacio. Probablemente se esté inspeccionando las uñas y mascando chicle.

—Emma, por favor, sé razonable. —Steve me coge la mano. Lucho por soltarme y él acaba rompiendo el contacto—. Todavía tengo fuertes sentimientos por ti. Nadie te va a quitar tu casa, te lo prometo. Pero ¿qué otra cosa podíamos hacer? ¿Trasladarte con todo esto a Los Ángeles? Tienes a tu gente aquí: a las enfermeras, a los médicos y a todos los que te han cuidado desde que estás así.

Por una fracción de segundo, creo lo que me dice. Olvido lo que hizo y solo recuerdo cuánto significaba para mí y lo mucho que confiaba en él. Pero, de repente, la ira crece dentro de mí como si fuera una ola.

—*Estoy* así por ti, Steve. *Tú* me metiste aquí, en esta cama olvidada de Dios. Tú…

Da un paso atrás con tanta brusquedad que cambia el aire a su alrededor.

—Emma, ¿estás loca?

—Ya intentaste matarme una vez, hijo de puta. Me pregunto cuándo volverás a hacerlo. Pero aunque lo consigas, la casa no será tuya. Lo he consultado. —Mientras digo las palabras, me doy cuenta de que debo hacerlo y también tengo que hacer testamento.

Mikela maldice en voz baja.

—Está loca de remate, Steve. Vámonos. Tengo un tratamiento facial a las dos en el Zalanta.

Steve la ignora.

—¿Con quién has hablado, Emma? Sabes que eso no está bien. Yo nunca te haría daño. Estuvimos casados durante años y nunca te levanté un dedo. ¿Cómo puedes pensar eso?

—*Sé* que fuiste tú, Steve. —Mi voz está perdiendo fuelle; estoy agotada y somnolienta y no puedo seguirle el ritmo. No estoy lo bastante fuerte—. Lo recuerdo con claridad. —Mentir me resulta fácil, es la única arma que me queda.

Golpea algo y yo me estremezco. Ha debido de ser a su propia frente, en su característico gesto de frustración, uno que recuerdo muy bien.

—Pensaba que podríamos razonar contigo, pero tienes un traumatismo cerebral, así que es lógico que estés confundida. —No se me ocurre nada que decir. Como siempre, le da la vuelta a las cosas con la misma brillantez que tiene como director de cine, cuando sabe cómo desplazar la cámara para mostrar una imagen del todo distinta —. Sinceramente, cuanto más desquiciada parezcas ante el juez, más fácil será obtener la tutela. —Jadeo en silencio. Es implacable, lo reconozco. Pensé que estaba llegando a algo, pero es demasiado decidido e ingenioso. Algunas de las cosas que más me gustaban de él son las que más daño me están haciendo ahora—. Acéptalo —dice y camina de un lado a otro hasta llegar de nuevo junto a la cama; despacio, metódico, probablemente pensando y planeando sus próximos pasos—. No puedes hacer nada para evitar esto. Me lo agradecerás más adelante, cuando te recuperes y sigas teniendo un lugar donde vivir y una carrera que podrás retomar donde la dejaste. —Se calla un momento, mientras mis pensamientos se aceleran, desesperados por encontrar una salida a la trampa que me ha tendido.

—Estaré bien, Steve. Por favor, no te preocupes por mí. Tus obligaciones conmigo terminaron el día que firmaste los papeles del divorcio. Deberías haberte mantenido alejado.

—Emma, no hay nadie más que pueda cuidar de ti. ¿Lo entiendes? Te quedarás sin dinero, ¿y luego qué? ¿Vivirás de los derechos de autor? —pregunta de forma burlona; y apuesto a que hace un gesto despectivo con la mano, como hacía siempre para subrayar su desprecio—. ¿Cuánto ganaste el año pasado? ¿Diez de los grandes, como mucho? —Se detiene junto a la cama; está lo bastante cerca como para que pueda percibir el olor de su loción para después del afeitado, mezclada con los restos del perfume floral y dulzón de Miki.

—Estaré bien. Y me gustaría que os fuerais ahora mismo. Intentaste matarme, Steve; perdóname por no querer tu compañía.

—¡Joder, Emma! ¡Terminarás en la calle y yo compraré la casa por una miseria después de la ejecución hipotecaria! Y tú no verás ni un céntimo.

Lo único que oigo durante un rato es mi propia sangre subirme a la cabeza, hasta que los tacones de Miki se acercan a los pies de mi cama. El plástico repiquetea sobre el plástico y luego crujen unos papeles.

La muy zorra está leyendo mi historial.

Suelta una carcajada.

—Deja de perder el tiempo, cariño. Aquí dice que sufre alucinaciones y psicosis postraumática. Te dije que debería estar en un manicomio. Nadie se va a creer una mierda de lo que diga.

—Sé lo que recuerdo —digo con toda la firmeza que puedo—. Largaos de mi casa.

La puerta se abre y la voz del doctor Sokolowski se oye por encima de las carcajadas de Miki.

—Señor Wellington, ¿puedo hablar con usted un momento?

Steve sale y cierra la puerta tras de sí. Por más que lo intento, no oigo nada de lo que se dice fuera; solo susurros tensos y enfadados.

—No tienes idea de lo fácil que fue reemplazarte. —El aliento mentolado de Miki se posa en mi cara, y luego siento una leve caricia en la mejilla con sus uñas acrílicas mientras grito por dentro. No quiero que me toque, pero puedo hacer nada para evitarlo—. El pobre Steve estaba deseando practicar sexo decente para variar, ¿sabes? Tú no se lo dabas, ¿verdad? —La punta de una larga uña me tira de la comisura de los labios y me quedo allí tumbada, aguantando, incapaz de moverme. Lo único que puedo hacer es apartar un poco la cabeza, pero no es suficiente para escapar de ella. Su aliento me roza la oreja, me eriza la piel del cuello y me pone los pelos de punta—. Pero yo *quiero* esta casa, ¿sabes? No te engañes… Haré lo que sea para conseguirla. —Sus palabras, que no son más que un susurro, me hielan la sangre. —Ya has perdido… Lo que pasa es que aún no lo sabes. Morirás en esta cama.

Su uña traza una línea sobre mi cuello, como si me abriera la

garganta de un tajo. Se me escapa un gemido y me odio por ello.

Me repongo, luchando contra la oleada de pánico que me vacía la mente.

—El partido aún no ha terminado —respondo con frialdad—. ¿Fue Steve quien intentó matarme aquella noche? ¿O fuiste tú? Veo que tienes motivos de sobra. —Ella se aparta como si mi piel le quemara los dedos—. Psicótica o no, a los polis les encanta oír hablar de medios, móvil y oportunidad. —Contengo la respiración un momento, intentando averiguar dónde se encuentra. Respira con rabia a medio metro de distancia—. Si fuera tú, me buscaría una buena coartada.

Ella jadea justo cuando la puerta se abre, y se oye la voz de Steve.

—Esto aún no ha terminado, ¿me oye? —brama—. Llegaré al fondo de esto. ¿Qué clase de médico es usted? ¿Cuál es su especialidad?

—Soy de los que no dudan en llamar a la policía si sospecho que hay algún abuso. Si vuelve a ponerle un dedo encima a Emma Duncan, lo pagará muy caro.

Steve entra enfadado en la habitación y yo tiemblo por un momento, pensando que viene a por mí. Pero parece caminar hacia Mikela y marcharse con ella precipitadamente; puede que la agarre del brazo con fuerza para sacarla a rastras fuera de aquí, porque no parece muy contenta.

Sus pasos se desvanecen en la distancia y la enorme puerta principal se cierra con fuerza. Me pregunto si la grieta que Steve hizo en la esquina superior de la pared se ha ensanchado.

Escucho un momento, esperando que el doctor Sokolowski siga allí conmigo, pero también se ha ido. No sé adónde ni cuándo volverá.

Las lágrimas empiezan a empapar el vendaje que me envuelve la cabeza. Echo de menos a Adrian. Él sabía cuidarme, hacerme sentir segura. Ojalá estuviera aquí.

«Adrian, mi amor, ¿dónde estás?».

31

El olor a pollo frito que se filtra en el aire me revuelve el estómago. Durante un par de segundos, pienso que este olor podría ser un recuerdo, provocado al revivir las veces que Adrian y yo nos refugiábamos en casa durante los largos fines de semana de invierno. Solía cocinar pollo frito en esa época, usando la receta de mi madre para preparar un rebozado crujiente impregnado de especias, y lo servía con un puré de patatas dorado y mantecoso.

Los platos repiquetean a lo lejos y el olor se hace más fuerte. Oigo el pitido del microondas y luego el ruido de unos platos sobre la encimera de granito. Unos instantes después, entra Jasmine con un leve gemido.

«Claro… hacer tantas horas extras debe de ser agotador».

—¿Tienes hambre, Emma? —pregunta, alegre—. Tengo una sorpresa para ti, para celebrar que vuelves a estar en tu casa.

No comparto su estado de ánimo; desconfío de ella, ahora que sé a quién me ha vendido. Considero preguntarle directamente si está trabajando para Steve, si la ha sobornado y qué es lo que su dinero ha pagado con exactitud. Pero ¿de qué serviría? Lo negaría, juraría que no es cierto y luego se enfadaría conmigo por haberlo descubierto. Y ahora estoy a su merced.

La cantidad de dinero que Steve podría permitirse invertir en ella la hace muy peligrosa. Tengo miedo de probar el pollo que tanto me apetecía comer; el delicioso aroma se vuelve más intenso a medida que Jasmine acerca la bandeja hasta la cama.

—¿Siempre has sido mi enfermera? ¿Desde el día en que me atacaron? —pregunto, luchando por resistir las ganas de comer comida normal. He tomado suficientes menús de hospital para toda la vida.

—Sí, cielo. —Vuelve a gemir cuando se sienta a un lado de la cama. Retiro mi mano de la suya despacio, con cautela, pero lo logro—. Vaya, mira eso —dice—. Estás mejorando mucho. Creo que podrías comerte el pollo tú sola.

—Todavía no.

—Bueno, en una semana o así podrás hacerlo. Voy a comprobar el parche un segundo, ¿vale? —Me sube la manga y deja al descubierto la parte superior del brazo—. A veces se despega.

Sigo sus movimientos con mis sentidos concentrados en ellos. Sus dedos recorren los bordes del parche, pero no siento que haga nada más que comprobar las esquinas para ver si está adherido a la piel al tirar con suavidad. Luego me baja la manga con un suspiro de satisfacción.

—Estaba un poco flojo, pero ya está bien.

—Gracias. ¿E Isabella? ¿Era también mi enfermera?

—No la conozco. Pero no trabajo las veinticuatro horas del día, ¿sabes? Solo hago turnos de unas pocas horas; seguro que había otras enfermeras. O a lo mejor era una suplente enviada por una de las agencias; esas vienen y van a medida que hay turnos disponibles.

—¿Había alguien más cuidando de mí cuando tú no estabas?

—Estoy segura de que había otras, cielo. Yo suelo trabajar por la tarde, pero tú hacías tres comidas al día, ¿no? Hay que comprobar la medicación, controlar las constantes vitales y documentarlas en el historial, además de cambiarte de posición y lavarte; todo eso lo hacen las enfermeras. —Un utensilio metálico chirría contra el plato. Ya no es de plástico, como antes. Es cubertería de verdad y porcelana —. Vamos a sujetar el tenedor juntas, ¿de acuerdo? He cortado la carne en trozos pequeños; será fácil pincharlos.

Giro ligeramente la cabeza y me pregunto si puedo confiar en ella lo suficiente como para comer de su mano. Llevo tiempo haciéndolo y nunca me ha pasado nada.

—¿Por qué no se me ha permitido ingerir comida normal hasta hoy?

—Eran órdenes del médico. Estoy segura de que le parecía demasiado arriesgado. Teníamos que asegurarnos de que no hubiera problemas con la deglución, con tu capacidad de tragar. La medicación podría hacer que te ahogaras, y también el traumatismo. Estábamos siendo precavidos, eso es todo. ¿Preparada?

De mala gana, dejo que Jasmine me sujete los dedos para coger el tenedor. El contacto con su mano, aunque sea a través del guante de nitrilo, me quema la piel. No quiero que me toque ni que esté en la

misma habitación que yo. ¿Se lo ha contado todo a Steve? ¿Lo que como, mis medicamentos, lo que hablaba con el doctor Sokolowski? ¿O solo que nadie luchará a mi lado en esta sombría batalla por la supervivencia?

El pollo está absolutamente delicioso. Sabe muy bien y no me mata al primer bocado. En realidad no esperaba que lo hiciera, pero la idea se me ha pasado por la cabeza. La receta es diferente de la de mi madre, con menos especias y sabor a pollo de restaurante, pero la carne es jugosa y me encanta hincarle el diente. Me doy cuenta de lo hambrienta que estoy y recibo con gusto unos cuantos trozos más.

Ya casi estoy llena cuando suena el timbre. Jasmine se levanta y se lleva la bandeja, no sin antes limpiarme la boca con una toallita húmeda y ofrecerme agua con una pajita.

Por un momento, vuelvo a estar sola y me preguntó quién estará en la puerta; temo que sea otra vez Steve o ese abogado. Sin embargo, me siento un poco más fuerte después de mi primera comida de verdad desde que otras personas empezaron a alimentarme. Cuando un arrendajo grazna junto a mi ventana, una sonrisa aletea en mis labios. Hay arrendajos azules de Steller en mi patio trasero. Lo recuerdo. Cómo me gustaría verlos volar en ráfagas cortas de un álamo a otro, llenando mi corazón de felicidad…

—Eh, perezosa, ¿qué haces ahí? —la voz de Lisa inunda alegremente la habitación de alegría y yo sonrío, respirando tranquila.

—Hola, Lil. —Recuerdo cómo nos separamos la última vez, cuando mis acusaciones infundadas la alejaron llorando, y eso me llena de vergüenza—. Siento mucho lo que dije…

—Pasa página. Si malgastara espacio mental en recordar cada pequeña estupidez que dices, no quedaría mucho sitio para los diálogos, ¿verdad? —Me da un rápido beso en la mejilla. Huele a aire fresco de montaña, a invierno y al mundo de los vivos y los libres.

—Eres una buena amiga, como siempre.

—No tan buena como tú, Em.

Por la voz de Lisa, me doy cuenta de que se muere por compartir algo conmigo. Hago como que no me doy cuenta, un viejo juego al que solíamos jugar.

—No sé de qué estás hablando.

—Denise me ha aceptado como clienta. —La oigo bailar feliz junto a mi cama, riendo y girando como un derviche con las manos en alto. Me resulta fácil imaginarme ese despliegue porque lo he visto muchas veces, al menos una por cada audición exitosa.

—¡Felicidades! —Una punzada de tristeza empaña la felicidad que siento por el logro de mi amiga. Recuerdo haber sido muy irracional con respecto a ella, tenerle miedo, pensar que de alguna manera estaba involucrada en mi ataque… Ahora sé que no es verdad; los verdaderos villanos se han marchado hace un rato. Pero aún me queda un rastro de tristeza al pensar en las oportunidades que me han arrebatado, y la presencia de Lisa me lo recuerda con una punzada. Ella ha cosechado los beneficios, aunque eso no la convierta en la mala de la película. Todavía estoy de luto por la pérdida de mi vida anterior.

Deja de girar y aterriza en la cama con un rebote.

—Joder, no te he hecho daño, ¿verdad?

—No, tranquila.

—Uf —jadea un poco, recuperando el aliento—. No te he contado lo mejor. —Hace una pausa, pero no digo nada—. Denise ya me ha conseguido un papel nuevo como protagonista en un drama romántico de presupuesto medio.

—Vaya, qué bien —susurro—. Vas a estar increíble.

Se produce un silencio breve y cargado.

—Ya veremos. Hay una pega.

—¿Y cuál es? —Espero que no se trate de que no le gusta el vestuario, que su coprotagonista es feo o de que su barba le arañará su delicada piel cuando se besen. Ojalá volviera a tener esos problemas.

—La va a dirigir Steve. Empezaremos a rodar a principios del año que viene.

Sus palabras me caen encima como una losa, sembrando más dudas en mi corazón. ¿La compró con su papel? ¿Qué compró exactamente?

—Será raro trabajar con él —dice, cogiéndome la mano. Es el gesto que hace todo el mundo, con independencia de su relación conmigo. Esta vez, respondo. Soy capaz de apretarle un poco los dedos. Ya no

parece que le esté ocurriendo a otra persona; casi parece normal—. ¡Vaya, estás mejorando!

—Sí, pero muy despacio… —Un profundo suspiro sale de mi pecho —. ¿Alguna novedad más? —No se me ocurre nada más que preguntarle sin arriesgarme a otra acusación que no puedo demostrar.

—Pues todo va sobre ruedas. No tengo palabras para expresar la bendición que es haberme librado del viejo Lyle. Ya no lo soportaba. Es un viejo libidinoso de mente sucia que debe de estar tomando pastillas de Viagra como si fueran caramelos de menta. Siempre se está tirando a alguna chica joven y guapa que cree que él es su billete al paseo de la fama de Hollywood. Pero solo es un farsante. Estoy contentísima de que mi contrato con él haya terminado. Deberías haber visto su cara cuando le dije que no iba a seguir con él. ¡Se quedó de piedra! Y no está ganando ni un centavo de mi trabajo actual, el que debería haber sido tuyo, porque él no me consiguió esa audición. Así que… —Hace una pedorreta—. Adiós, Lyle.

Normalmente me encanta escuchar sus bromas, pero mi mente se ha desviado en el momento en el que ha mencionado a Lyle Crespin. Era el agente de Adrian. Lyle estaba allí el día que nos conocimos, gritándole, insistiendo en que firmara algo. El recuerdo sigue borroso; solo encuentro algunos trozos en uno de los cajones más oscuros de mi mente.

Recuerdo que Adrian acabó por firmar el papel que le dio Lyle, pero había algo más; algo que roe los bordes en carne viva de mi mente, un recuerdo intrusivo parcialmente oscurecido, igual que el del día en que me hirieron.

Debo recordarlo. Aunque solo sea para librarme de esto y centrarme en cosas más importantes, como sobrevivir.

¿A quién le importa por qué Adrian no quisiera firmar los papeles que le había dado su agente? Es solo un estúpido gusano cerebral… Las canciones atascadas son gusanos musicales, así que supongo que los recuerdos atascados pueden ser gusanos cerebrales.

—¿Em? ¿Sigues despierta? —pregunta Lisa—. Si estás cansada, puedo irme.

—No, no te vayas todavía; necesito que me hagas un favor. —Incluso

si las dudas inundan mi mente sobre su trabajo con Steve, necesito su ayuda.

—Tú dirás.

—¿Ves mi teléfono en alguna parte?

—Sí, está aquí, en la mesita de noche.

—Mi médico me ayudó a averiguar algunas cosas a partir de llamadas y mensajes de texto. Bueno, al menos, lo intentó… Pero olvidé pedirle que mirara las fotos.

—Claro, ¿qué necesitas que haga?

Trago con dificultad, siento la garganta reseca. Estoy a punto de confiarle mi vida, y será mejor que no me equivoque.

—¿Hay alguien más aquí? —pregunto en un susurro.

—No, solo estamos nosotras.

—¿Y la puerta está cerrada?

—Sí. Me estás asustando, Em. ¿Qué ocurre?

Hablo en voz baja.

—Me golpearon aquí, dentro de casa. Tuve que dejar entrar a mi atacante, porque la puerta estaba cerrada con llave cuando intenté huir. Ahora sé por qué. Fue Steve.

—¿Qué? —Salta de la cama—. ¿De qué estás hablando?

—Esa noche Steve vino a matarme. Me dejó aquí, pensando que estaba muerta, con la cabeza abierta y sobre un charco de sangre.

—No… No puedo creerlo, Em.

—No se lo digas a nadie todavía. Prométemelo.

—Lo prometo —responde débilmente, con la voz cargada de dudas sobre mi cordura—. ¿Y qué piensas hacer?

—La policía está investigando, pero puede que no sean lo bastante rápidos. Podría venir a por mí antes de que lo atrapen. —Trago con fuerza, con la garganta repentinamente seca—. Si ocurre algo malo, Lil, ahora ya lo sabes y podrás contárselo.

Un silbido de asombro me dice lo que piensa de todo lo que acabo de decir. Puede que no me crea. Espero que le quite hierro al asunto una broma, como suele hacer.

—Chica, esto hará que mi nueva película sea mucho más interesante. Voy a estar muy incómoda si todavía la dirige él, sabiendo lo que sé ahora. Aunque a lo mejor está en la cárcel. ¿Qué le

pasa a una película cuando detienen al director? Espero que consigamos uno nuevo.

«Sí, tal vez esté entre rejas para entonces». La idea me hace sonreír un poquito.

—En cuanto al teléfono… Me gustaría saber si llamé a alguien antes de esa noche para invitarlo a casa. Si se lo dije por mensaje, mi médico no encontró nada. Y me olvidé de pedirle que mirara las fotos. Tenía un acosador, ¿recuerdas? Ya hablamos de eso…

—Ajá, sé lo de tu acosador. Yo también lo vi. Supongo que no eres una verdadera celebridad de Hollywood hasta que tienes uno, ¿verdad?

No puedo evitar esbozar una sonrisa.

—Sí, claro. Bueno, creo que puede que le haya hecho una foto con el teléfono. Recuerdo que estaba junto a la ventana del salón, escondida tras las cortinas, mirándolo. Estaba anocheciendo y él estaba apoyado en el tronco de un árbol y yo tenía el teléfono en la mano.

—No digas más. —Sus dedos golpean la pantalla con rapidez—. Sí, hay una foto suya de hace unas tres semanas, pero está muy borrosa. La he ampliado y no se distingue su cara. Pero quizá la policía pueda hacer algo más.

—¿Ya está? ¿Solo hay esa foto?

—Sí, lo siento. —Oigo el sonido de la función de bloqueo de pantalla del móvil, que aterriza enseguida sobre la mesilla con un ligero ruido.

—Vamos a intentar otra cosa. Creo que podría identificar el momento en que comienza mi amnesia mediante las fotos. Quiero saber cuánto tiempo me falta todavía. Dime qué fotos ves y te pararé cuando me acuerde de haberlas hecho. Empieza por las más recientes y ve hacia atrás.

—Igual que viajar en el tiempo. Vaya… ¡Qué idea tan interesante! —Sus dedos vuelven a golpear la pantalla—. Hay unos siete selfis de Bryan y tú. ¿Recuerdas haberte hecho algún selfi con él?

—Casi no recuerdo nada de Bryan —respondo, con un profundo suspiro—. ¿Qué aparece en la siguiente?

—Tú y yo en las pistas de esquí en octubre. Me quedé aquí, contigo, ese fin de semana. Asamos nubes de azúcar en la hoguera y bebimos tequila. ¿Lo recuerdas?

—No.

—La foto del acosador de antes… y luego, antes de esa, una de nosotras dos y Bryan en tu cena de cumpleaños. Cumpliste los treinta, por si no lo recuerdas. Tuviste que soplar un montón de velas.

«El diecinueve de septiembre. —Aprieto los labios—. *¿Estaba contenta?»*. No tengo valor para hacer la pregunta en voz alta.

—Sigue, por favor.

¿Cómo es posible que recuerde haber hecho la foto del acosador hace tres semanas, pero no me acuerdo de mi cumpleaños, que fue hace más de dos meses?

—Adrian y su coche en el camino de entrada a tu casa. Tiene un ramo de rosas en la mano.

«Espero que aún te gusten las rosas, mi amor». El recuerdo resuena con claridad en mi mente, pero eso no ocurrió en mi camino de entrada.

—Continúa.

—Hay muchas fotos tuyas y de Adrian en Las Vegas, unas cuarenta o cincuenta.

Se me saltan las lágrimas.

—No. —Toda la vida que he olvidado… Tengo el corazón desgarrado.

—Cosas aleatorias en los rodajes de películas, una lista de la compra escrita con tu letra, una valla publicitaria al borde de la autopista con un anuncio de una clínica dental que oferta blanqueamientos… No necesitas hacerte ninguno, por cierto. Luego, una de ti y Adrian en Cancún. ¿Te suena?

Recuerdo haber ido con Steve a Cancún. La luna creciente sobre el océano, el cielo rosa en la foto de mamá de Steve y yo…

—No. ¿No hay ninguna de ti y de mí aparte de la de la pista de esquí? ¿No fuimos juntas a ningún sitio?

—Mientras salías con Adrian, te volviste inaccesible para nosotros, los simples mortales. Solo ibas a audiciones y rodajes o a citas con él, nada más. Pensé que te había perdido. Esa relación te tragó entera, amiga. Tenía mis dudas, pero estabas tan sumamente feliz que me

alegré por ti, y esperé pacientemente a que acabara la luna de miel para que pudiéramos volver a quedar.

—Lo siento mucho —susurro al recordar lo mucho que la echaba de menos—. Nuestros horarios de rodaje tampoco coincidían demasiado a menudo, pero había fines de semana en los que podíamos haber salido juntas y yo siempre decía que no. Solo para poder estar a solas con Adrian. Era adicta a él.

—En esta sales con Adrian en Texas. ¿Lo llevaste a conocer a tu madre?

Lucho por darle sentido a mis recuerdos dispersos.

—No, creo que no. Mi madre aún cree que estoy casada con Steve.

—Sabes que eso se acabó hace ya bastante tiempo, ¿verdad?

No contesto. Todavía no puedo contárselo a mi madre.

—Debió de ser en un rodaje. Hicimos una serie de televisión juntos, creo.

—¡Sí, correcto! *Ecos del mañana*. Ganaste un premio por tu actuación. Déjame ver… Sí, se rodó en Texas. Creo que fue ahí cuando empezasteis a salir Adrian y tú. ¿Lo recuerdas?

—Me suena… ¿Cuándo fue eso?

No contesta enseguida. Me gustaría pensar que solo está comprobando la fecha de las fotos, pero sospecho que en realidad tiene miedo de decírmelo.

Sus dedos encuentran mi mano.

—Hace casi un año.

No puedo creer que siga sin recordar un período de tiempo tan largo.

—Ya veo. No pasa nada, no te preocupes —me apresuro a decir—. Ya he empezado a recordar; supongo que no tardaré mucho en acordarme de todo. Lamento mucho que Adrian y yo te sacáramos de nuestras vidas. No debimos dejar de salir solo porque yo…

—No teníais más remedio que hacerlo. Lo entendí más tarde. —Lisa me suelta la mano y abre una botella de algo. El tapón salta y silba como si la bebida tuviera gas—. Ese acosador estaba en todas partes, ¿recuerdas? La policía no hizo mucho, ni siquiera cuando entró en tu propiedad. Los dos teníais miedo de salir de casa y no os culpo. —Se bebe parte de la bebida. Me llega un ligero olor a Coca-Cola, pero no

le presto atención. *«¿Por eso nos aislábamos cada vez que podíamos? ¿Por el maldito acosador?»*—. ¿Quieres un poco? —pregunta.

—Sí, por favor, pero necesito una pajita; debería haber una por aquí.

—Ya la tengo. —Me acerca la pajita a los labios y yo bebo un trago tras otro del refrescante líquido, sin parar hasta que la pajita aspira aire—. Se ha acabado, pero puedo ir a por más.

—No… Tranquila. A mi enfermera le daría un ataque si supiera que he tomado cafeína y azúcar. —El silencio llena la habitación durante un rato mientras mi mente divaga y vuelve con las manos vacías. No hay nuevos recuerdos con los que deleitarme, mis preguntas siguen sin respuesta—. ¿Por qué me dejó Adrian? —pregunto, y el temblor de mi voz me delata. Tengo miedo de averiguarlo.

—Em, nunca me dijiste el motivo. Solo sé que rompisteis, nada más. Estoy segura de que lo recordarás. —Se pone de pie, aparentemente lista para irse—. Durante un tiempo, pensé que tan solo habías dejado de vivir después de lo de Adrian, pero cuando volví del rodaje, me dijiste que era por el acosador. Vino a tu casa una noche y eso te aterrorizó. —*«Que le den al acosador»*. ¿Adrian me engañó? ¿Tuvimos una pelea?; eso es lo que necesito recordar—. Tengo que irme, pero volveré mañana, te lo prometo. —Me da un beso rápido en la mejilla y baja la cabeza—. Ahora en serio, ¿estás segura de que Steve trató de matarte? Tal vez fue ese acosador, ¿sabes? Estaba allí en tu patio, observando tu casa, cuando hiciste la foto. Eso es aterrador.

Sé que Steve intentó matarme, y sé por qué lo hizo.

32

Anoche, después de que todos se fueran a casa y la enfermera de noche se durmiera, me colé en la habitación de Emma y le hice compañía un rato. Le cepillé el pelo, le di un ligero beso en sus fríos labios, con cuidado de no despertarla, y le dije lo mucho que significaba para mí. No se movió ni se dio cuenta de que yo estaba allí.

Cuando me disponía a salir por la puerta de atrás, casi me encuentro con Jasmine. Se marchaba, unos cuarenta y cinco minutos antes del final de su turno, pensando que nadie se iba a enterar.

Oficialmente, nadie lo sabe.

Tengo unos treinta minutos hasta que llegue la enfermera de día. Aprovecho para darme una ducha rápida y comer algo de la nevera, y luego vuelvo a visitar a Emma. Camino en absoluto silencio sobre la madera; los gruesos calcetines de lana que he cogido prestados de uno de sus cajones amortiguan mis pasos.

Contengo la respiración, pero ella se revuelve cuando entro. Permanezco quieto por completo, a un par de metros de su cama, y observo sus labios pálidos, que se mueven en sueños. Lo más probable es que sea una pesadilla. No me sorprende, después de lo que he visto y oído hasta ahora... ¡El descaro de la perra confabuladora de Mikela no tiene fin! ¿Cómo se ha atrevido a acosar a Emma de esa manera? Por un momento, cierro los ojos e imagino cómo me sentiría si la tuviera atada y con los ojos vendados, mientras voy tallando lentamente su piel. ¿Qué diría entonces?

Pero ese no es mi estilo. Hago mis tareas con rapidez. No juego con ellos.

Cuando un coche entra en la entrada, me apresuro a salir, cierro la puerta con cuidado y desaparezco justo cuando la enfermera abre la puerta principal.

Cuando me quedo solo otra vez, no puedo evitar obsesionarme con

lo que vi ayer. La visita de Lisa fue de lo más inquietante. La forma en que hablaba de mí; la forma en que ambas lo hicieron, como si yo le hubiera arruinado la vida a Emma.

«El acosador». *No dejan de llamarme así, quizá porque es cierto, al menos desde su punto de vista. Yo no me veo como un acosador, sino como un hombre enamorado. Un protector. Alguien en quien se debe confiar, no a quien se debe temer.*

Sé que ella me teme, y eso me perturba en lo más hondo. Entrará en razón cuando se dé cuenta de lo que hice por ella; cuando toda esa gente la deje en paz.

Hasta entonces, debo esperar. Pero no será por mucho más tiempo, porque no queda demasiado. En algún momento tendré que afrontar las consecuencias de lo que he hecho.

No estoy hablando de ir a la cárcel. Los policías de Los Ángeles tienen cosas más importantes que hacer que desperdiciar recursos en un acosador que, hasta donde ellos saben, nunca le ha hecho daño a nadie. Los policías de Tahoe, con la temporada de esquí encima, están enterrados en muertes al volante, asaltos, agresiones y alguna que otra violación de borrachos. Incluso hubo un asesinato, allí arriba, en las pistas. Ocurrió el año pasado. Prometo que no fui yo. Prefiero los barrancos profundos cubiertos de nieve espesa, donde los cuerpos permanecen ocultos mucho tiempo… o para siempre.

No… Estoy hablando de Emma. ¿Me perdonará alguna vez?

33

Es la primera vez que no siento somnolencia en mucho tiempo. Desde que Lisa se fue, me siento con energía y mi mente parece funcionar un poco mejor. Pero no mucho, porque tardo un rato en darme cuenta de por qué.

Debe de haber sido la Coca-Cola que bebí.

Me pregunto qué efecto tendrán el azúcar y la cafeína en mi recuperación. Lo consultaré con el médico la próxima vez que lo vea. Nunca he oído que los médicos receten estimulantes además de sedantes y —quizá pronto, si el neuropsiquiatra piensa que deliro— antipsicóticos, pero vale la pena hacer la pregunta.

Mi mente divaga de nuevo y esta vez decide fijarse en ese maldito acosador. El comentario de Lisa sobre la fama me hizo reír, pero la verdad es que habría agradecido mucho tener la casa pagada en su totalidad en vez de conseguir un acosador. Para ser una persona famosa, digna de que la sigan, estoy en la ruina.

Si mi madre lo supiera, se horrorizaría, e inmediatamente me echaría la culpa a mí y a esa estúpida escena de *Amor de verano*, en la que muestro los pechos durante medio segundo. Quizá por eso las películas americanas muestran cada vez menos desnudos, porque la gente no es lo bastante madura para afrontarlo como adultos responsables. A diferencia de otras culturas, los estadounidenses tienen una obsesión enorme con el sexo; probablemente porque hablar de ello es tabú y nadie educa a los jóvenes sobre el tema de la manera correcta: sin culpa ni vergüenza ni estigmas. Por eso algunas de esas personas nunca olvidan lo que ven en la pantalla. Piensan que es real, no ficticio, y se sienten motivadas para pasar a la acción. Eligen ignorar que no es más que un trabajo para nosotros. Y, de vez en cuando, el individuo equivocado, con la combinación equivocada de características psicológicas, ve la película equivocada y zas: tengo un acosador.

Trato de visualizarlo, de recordar un poco más sobre él. Ahora sé con certeza que ese hombre ha estado en el centro de mi vida durante

el último año, quizá más. ¿Quién haría algo así? En lugar de obsesionarme con su cara, como he hecho varias veces sin éxito, intento pensar en la mente que hay detrás de esa fijación.

Está obsesionado. El lago Tahoe en noviembre es un lugar muy frío. Permanecer de pie en el patio trasero de alguien durante varias horas con la esperanza de vislumbrarlo al pasar por la ventana de su salón requiere mucha resistencia. Puede que el tronco de aquel álamo lo protegiera del viento helado que soplaba desde las montañas, pero seguía haciendo muchísimo frío ahí fuera y él solo llevaba una sudadera con capucha. ¿Alguna vez lo he visto llevar una parka? No lo recuerdo.

Quizá sufra delirios, como recuerdo vagamente que alguien me explicó; quizá la policía… Alguien que podría haberse enamorado de mí sin conocerme, alguien que no puede imaginar que yo no lo quiera tanto como él a mí. Tal vez no soporte el rechazo, ¿y cómo podría? Si sus expectativas se basan en las ilusiones que lo atormentan, en ensoñaciones de relaciones románticas con el objeto de su deseo, jamás me dejará en paz. Se llama erotomanía, si no me equivoco. O quizá sea un narcisista que conocí una vez y con el que no me apetecía salir; alguien así nunca perdona que lo rechacen. En los últimos años he rechazado varias invitaciones a cenar.

Dicen que, si caminas por la hierba el tiempo suficiente, acabarás pisando una serpiente.

Al parecer, yo lo hice.

El recuerdo de aquella vez, en el centro comercial, vuelve a atormentarme. Aquel día se acercó mucho y, aun así, solo vi a un hombre con capucha gris y gafas de sol. Recuerdo que lo miraba fijamente, desde el otro lado del vestíbulo. Ese día había mucha gente haciendo compras navideñas. Se acercó lo suficiente como para que yo tuviera que contárselo a un policía. ¿O fue un sueño que tuve? Porque en el centro comercial no hay ningún tiovivo, y creo recordar que había uno.

«Hablando de delirios, ¿qué demonios voy a hacer si no puedo distinguir lo que es real? ¿Y si estoy *psicótica?*».

Ese pensamiento me hace estremecer por dentro, pero sé que no es cierto. Sí, por alguna razón, mis recuerdos son confusos y poco

fiables, pero mejorarán. No estoy alucinando, lo sé. Todo tiene una explicación y pienso encontrarla.

Me pregunto qué pensó el acosador cuando me vio con otro hombre. ¿Estaba celoso? Trato de recordar un momento en que eso sucediera, pero no puedo. En cambio, recuerdo una vez que me siguió durante todo el tiempo que estuve de compras en una pequeña plaza que hay junto al lago. Conduje derecha a casa y caí en los brazos de Adrian, sin aliento y asustada. Él me abrazó con fuerza y me acunó de un lado a otro hasta que se me secaron las lágrimas. Después, llamó a la policía.

No era la primera vez que hablábamos con ellos sobre el acosador, pero esa vez Adrian insistió en que presentara una denuncia formal. «Para obligar a esos gilipollas perezosos a levantar el culo y salir ahí fuera, a investigar», había dicho. No eran vagos ni gilipollas; simplemente, no tenían ninguna pista. Di una descripción de alguien que podría haber sido cualquiera, la verdad. De complexión media, ni idea del pelo debido a la sudadera con capucha, ojos cubiertos con amplias gafas de sol, barba de tres días apenas visible por encima de un pañuelo negro y quizá blanco, pero podría ser hispano. Era humano, eso era lo único de lo que estaba segura. No sabía nada más. No puedo culpar a los policías por mirarse unos a otros con incredulidad mientras nos tomaban declaración. Nos aconsejaron que tuviéramos cuidado y me dijeron que mantuviera las distancias, pero que me fijara bien en su cara si volvía a verlo en un lugar público. ¿Cómo iba a hacerlo? «Si puede, haga una foto —me dijeron —. Eso sería de gran ayuda».

Cuando se marcharon, quise salir al patio trasero y sentarme junto al fuego a contemplar la luz de la luna que brillaba en el lago distante, pero no llegué demasiado lejos antes de que un pensamiento me llenara el corazón de espanto. ¿Y si estaba ahí fuera, observándonos? Me di la vuelta y entré, pero las ventanas del salón, que iban del suelo al techo y que tanto me gustaban antes, en ese momento me asustaban. La luz se reflejaba en los cristales oscuros y no veía nada del exterior; pero el acosador sí podía vernos perfectamente si estaba ahí fuera.

Los brazos de Adrian me rodearon los hombros mientras me escuchaba hablar de mis miedos. Luego me dio un beso rápido en los labios y puso los brazos en jarras.

—¿Eso es todo?

—¿Qué? ¿No te parece suficiente? Hemos perdido nuestra intimidad, Adrian. Ya no tenemos.

—Solucionar eso es pan comido, cariño —me dijo alegremente, y me estrechó de nuevo entre sus brazos. Me encantaban sus refranes, las cosas que decía y hacía para animarme cuando más lo necesitaba.

Por mucho que insistí, no dijo nada más esa noche.

Al día siguiente, cuando volví de la compra que había aceptado hacer sola a regañadientes, la casa estaba abarrotada de gente. Estaban instalando barras de cortina en todas las ventanas y habían cubierto el sofá con varios muestrarios de telas para que yo eligiera. Para cuando salió la luna, unas pesadas cortinas de color marrón rojizo con vetas de color tostado claro, los tonos de la madera pulida y el pino, cubrían cada centímetro de cristal de nuestras ventanas.

Nuestra casa volvía a ser nuestra.

Nuestro patio era otra historia.

—¿Qué? —Así había reaccionado Adrian al revisar un presupuesto para una valla, un sistema de seguridad con sensores de movimiento, videovigilancia y focos—. ¡Tienes que estar de broma! No voy a pagar una cantidad de seis cifras por una valla.

El contratista se marchó poco después de intentar negociar el precio y fracasar. Explicó que la parcela era muy grande y en su mayor parte de roca que había que picar, y que los postes debían ponerse en hormigón. Y Adrian no quería vallar solo una parte del patio trasero, quería protegerlo entero. Y eso era muy caro.

—Compremos un perro —sugirió, después de que el contratista se marchara—; uno de esos malvados pastores alemanes que morirían defendiéndote. ¿Qué me dices? Destrozaría a ese acosador en cuanto volviera a poner un pie en el patio.

Yo estaba de nuevo en sus brazos, me sentía segura.

—No sé… Estamos fuera varios días seguidos, e incluso a veces semanas enteras cuando rodamos en exteriores. También

tendríamos que conseguirle un cuidador permanente. Tendría que venir a vivir aquí un desconocido…

—Es verdad. Bueno, pues por lo menos pongamos un sistema de seguridad de última generación para la casa. Eso y unos sensores de movimiento con focos deberían bastar para mantenerlo alejado. Saltarán cuando pasen los mapaches, pero ¿qué importa?

Tenía soluciones para todo. Sonrío con tristeza al recordar lo que se sentía al ser amada por él, al tenerlo cerca.

Entonces mi mente vuelve al acosador. ¿Y si Steve contrató a alguien para volverme loca y que me fuera de la casa? Pero eso no encaja. Por mucho que esté dispuesta a culpar de todas las cosas malas a mi ex, ese tipo también me acosaba en Los Ángeles. Y estaba vigilándome una vez que sé con certeza que Steve estaba rodando en Aruba. Pero aun así podría haber contratado a alguien para que me siguiera…

La puerta se abre y las suelas de goma chirrían en el suelo. Como siempre, contengo la respiración hasta que reconozco las pisadas y los gemidos cansados y apagados de Jasmine.

—¿Te he despertado? —pregunta dejando algo en el suelo.

—No.

—Deberías estar descansando.

«Y no prestar atención a lo que haces —pienso con frialdad al recordar lo amiga que parecía del hombre que intentó matarme—. *Ya te gustaría…»*.

—Acabo de despertarme —digo.

—¿Te mueves mejor? Durante la cena moviste muy bien las manos.

Intento levantar la mano derecha y lo logro con mucho menos esfuerzo del que estoy acostumbrada. Se me llena el pecho de esperanza. Esa Coca-Cola hizo maravillas.

—Eso está muy bien —dice—. Prueba con la otra. —Mi mano izquierda coopera menos. Forcejeo con fuerza, jadeo por el esfuerzo, pero apenas se levanta un par de centímetros de la cama—. Qué curioso —murmura, volviendo a sus objetos ruidosos y a sus envoltorios crujientes.

—¿Sabes lo que ayudaría? Unos sorbos de una Coca-Cola —digo,

con la esperanza de recibir un poco de buena voluntad. Tal vez Steve no le ha pagado para que me niegue los refrescos.

—No; lo siento, cariño. Estás tomando Versed —responde con fingido pesar en la voz—. El doctor me pondrá de patitas en la calle si hago eso.

—¿Y si le pido permiso yo?

—Claro, si dice que sí, te traeré lo que quieras. —Se acerca a la cama —. Sigue ejercitando esos dedos. En realidad, ya que te va tan bien, podrías usar los mandos de la cama. Son estos botones de aquí. —Con suavidad, me coge la mano derecha y la guía hasta la barandilla. Siento unos botones bajo la yema de mis dedos—. ¿Puedes pulsar alguno?

Hago lo que puedo y la cabecera de mi cama se levanta un poco. Chillo de alegría.

—¿Cómo la bajo?

—Aquí —dice, guiando mis dedos un poco más abajo.

Presiono y la cabecera de la cama se mueve hacia abajo.

—Muchas gracias, Jas. —En cuanto se vaya, me pondré a trastear con esos botones hasta que aprenda a hacerlo rápido.

—Hay más. Este hace sonar una alarma y este otro debería controlar la televisión, pero aún no está conectado. No sé cómo hacerlo.

—¿Tengo una tele?

—Sí.

«Ay, será genial escuchar algo más que pitidos y mi propia respiración».

—Háblame del doctor Sokolowski —digo, cambiando de tema hacia lo que más me interesa: hacerme con un poco de cafeína. Me siento como uno de esos adictos desesperados y temblorosos en busca de una dosis—. ¿Qué clase de hombre es?

—Es un médico muy bueno —dice Jasmine; me ayuda a ponerme de lado y acomoda las almohadas—. Parece que tiene un interés especial en tu caso, y eso es genial. Lo último que quieres es que los médicos se olviden de que existes, hasta que llegue el momento de pasarte la factura. —Suelta una risa leve mientras trabaja a mi lado. Hay un ligero olor a sudor bajo el aroma a desinfectantes y productos farmacéuticos. Tal vez lleva trabajando todo el día.

—Suele pasar, ¿verdad?

—No te preocupes, cariño. Estás en buenas manos. Viene a verte dos veces al día, y eso está muy bien.

Siento el tubo intravenoso moverse. Probablemente lo esté reemplazando. Estoy a punto de preguntarle qué contiene cuando se me ocurre una idea.

—¿Eso es todo? ¿Solo dos veces al día?

—Sí, es lo normal. Estos médicos están superocupados. El seguro determina a cuántos pacientes tienen que atender en una hora. Me sorprende que encuentre tiempo para venir a verte, pero el Baldwin Memorial no está lejos; supongo que eso ayuda. —Me ajusta las sábanas y estira la ropa de cama—. Duermes mucho. Quizá por eso no te das cuenta de que solo viene dos veces al día.

Ojalá no durmiera tanto. Y que la niebla mental desapareciera, aunque fuera solo durante un rato; sería maravilloso.

—¿Qué aspecto tiene?

Jasmine se ríe en voz baja.

—Es un caramelito, si quieres saberlo. Si no me gustaran los hombres color chocolate, intentaría algo con él. Es alto, de pelo oscuro y un poco de barba, y no es demasiado viejo. Treinta y cinco o cuarenta, tal vez.

Eso no me dice lo que quiero saber, pero me recuerda que quería preguntar otra cosa.

—¿Y el doctor Winslow?

—No lo conozco. ¿Cuál es su especialidad?

—Es neurólogo.

Jasmine camina hacia los pies de mi cama, entonces oigo el susurro de los papeles mientras mira mi historial.

—Aparece en tu historial, pero no recuerdo haberlo conocido. Es un hospital muy grande, cariño, y yo nunca he trabajado en Neurología; solo en la UCI y en Urgencias, nada más. Y he aceptado estas horas extras para cuidarte porque necesito el dinero. Por qué si no, ¿verdad? —Se ríe, con la voz tensa, cansada.

«Quizá esté lista para confesar lo del otro dinero que se ha llevado».

—¿Cuántos años tienes, Jas?

—Tengo cuarenta y nueve, a punto de cumplir los setenta. —Se ríe de nuevo, mientras me sube la manga izquierda—. En cuanto revise el parche, terminamos. —Un ligero olor a vinagre me hace cosquillas en la nariz, pero no le presto atención.

—¿De qué conoces a mi ex, Steve Wellington?

Sus dedos no vacilan mientras comprueba los bordes del parche. Mi pregunta no le importa. No me va a decir nada. No sé por qué creía lo contrario.

—Lo conocí cuando fue a verte al hospital; pero me emociono mucho cuando conozco a gente famosa, ¿sabes? —Siento un ligero tirón en la piel—. Solo estoy comprobando si se pega bien. —Me baja la manga—. Ya está.

No me lo creo. En primer lugar, Steve no es tan famoso. No es Spielberg ni Scott, aunque se desplomaría y moriría si me oyera decir eso.

Jasmine recoge sus cosas y va hacia la puerta; luego se detiene.

—¿Te dejo la tele encendida?

Casi digo que sí cuando me doy cuenta de que es una idea pésima.

No puedo permitirme no oírlo acercarse.

34

A Jasmine no ha parecido molestarle mi pregunta sobre Steve, pero ¿qué significa eso en realidad? ¿Decía la verdad? ¿O estaba completamente tranquila, sabiendo que estoy lisiada y ciega y que no puedo hacer nada al respecto de todos modos?

No saberlo con certeza me está volviendo loca.

Se ha ido, o eso parece. La casa está en completo silencio. Se ha marchado antes de que pudiera preguntarle todo lo que quería saber; qué hace el Versed y por qué tengo que tomarlo, qué fármaco me deja tan atontada por la mañana y qué contiene esa vía intravenosa que no para de cambiarme. Podría preguntarle al médico, pero no quiero que piense que lo estoy desafiando. Es el único aliado que tengo y no puedo permitirme cabrearlo.

Quizá Steve haya hecho que Jasmine siga un plan diferente al que imaginé, para mantenerme en el limbo hasta que él pueda apoderarse de la casa. Hasta que finalice la tutela. ¿Y quién mejor para ayudar a Steve a conseguir todo eso que la mujer que se encarga de mis medicamentos? Últimamente, está demasiado preocupada por el parche de mi brazo. El doctor Sokolowski me dijo que era la medicación para el dolor. ¿Está Jasmine jugando con él? La última vez que lo comprobó, hace unos minutos, percibí un olor extraño, acre, como a vinagre o lejía. No recuerdo ese olor característico de antes, aunque he tenido esos parches en el brazo desde que me desperté.

¿Está añadiéndoles algo? Me la imagino sacando un par de gotas de quién sabe qué vial o frasco, en un cuentagotas, sin ser vista. Mientras lo está «revisando», podría tirar de la esquina y darle la vuelta, añadir las gotas a la almohadilla y luego darle unos golpecitos para asegurarse de que «se pega bien». Son sus palabras, no las mías.

Pero ¿por qué? ¿Y por qué iba Steve a arriesgar su carrera y su libertad para conseguir la casa? ¿Por qué eso justificaría tanto esfuerzo de su parte? Sí, tiene un motivo para intentar matarme,

pero no veo cómo es posible que sea más fácil matar a alguien que comprar otra casa en lago Tahoe, si eso es lo que le importa.

Odio decirlo, pero el móvil de Lisa parece más fuerte que el de Steve. Suplantar mi lugar en el papel principal de *La charada* es una oportunidad que puede hacer crecer una carrera. Entrar en la lista de clientes de Denise le asegurará ascender a la fama y la fortuna mucho más rápido de lo que yo podría, porque ella tiene talento y empeño y no se ha divorciado de Steve Wellington. Y era muy amiga de la querida Jasmine; después de todo, mi enfermera tenía su número de teléfono. ¿Por qué? Casi me creí la historia de Jasmine sobre su emoción en presencia de personas famosas, pero tener el número de Lisa era otra historia. Me pregunto qué mentira contaría para explicarlo.

Pero no está aquí, así que no puedo preguntarle.

Mi mente vuelve al acosador y a cómo cambió nuestras vidas. Las historias de Lisa han desencadenado nuevos retazos de memoria.

Nos recuerdo a Adrian y a mí sentados en la arena de la playa de Santa Mónica, sin poder disfrutar de ella, con miedo a tumbarnos, mirando todo el rato por encima del hombro. En algún momento hice una broma tratando de quitarle hierro al asunto, y le dije que sería un espectáculo si se presentaba allí con su sudadera con capucha. Era un caluroso día de verano, con un cielo azul cristalino y olas resplandecientes que rompían con suavidad en la orilla. Adrian apenas me miró, sin responder a mi intento de humor ni con la más mínima sonrisa. Siguió con el ceño fruncido.

Después de aquel día, aunque el acosador no apareció allí, en Santa Mónica, el cambio se filtró en nuestras vidas, lento, imparable. Dejamos de salir. Socializábamos el mínimo indispensable, con menos presión, ya que tanto Adrian como yo teníamos trabajo. Rápidamente, la vida se volvió aburrida, sofocante y aterradora. La libertad estaba ahí mismo, frente a nuestra puerta, pero éramos cautivos de los barrotes de acero de nuestros propios miedos.

—Los acosadores pueden volverse violentos —dijo Adrian una noche, después de que debatiéramos si salir y acabáramos

desistiendo—. Algunos se convierten en violadores y otros entran por la fuerza y matan a todos los que están en la casa. Nunca se sabe.

Yo no tenía respuesta; no me estaba diciendo nada nuevo. La policía nos había dicho que tuviéramos cuidado justo por las mismas razones.

Se acabaron las caminatas por la orilla del lago al atardecer. Se acabó esquiar bajo las potentes luces de Kirkwood o Sierra. Se acabó comer al aire libre en Los Ángeles, algo que me encantaba. Estábamos oficialmente atrincherados, escondidos y derrotados sin la oportunidad de una lucha real y honorable.

Cada llamada telefónica me inquietaba y cada vez le tenía más miedo a la oscuridad. Pero sobre todo, me sentía culpable, como si su fijación por mí fuera de algún modo culpa mía. Adrian se comportaba de forma tan dulce como siempre, nunca dijo nada al respecto, y yo no esperaba que lo hiciera. Si algún friki decide convertirse en acosador basándose en algo que ha visto en una película, no es culpa del actor. Eso lo entiende todo el mundo.

La policía seguía sin identificarlo, pero empezaban a darnos alguna información. Analizaron las huellas que había dejado en el patio y nos dijeron que llevaba botas militares del cuarenta y cinco. Basándose en un vídeo granulado obtenido de un cajero automático de un centro comercial el día que lo vi allí, llegaron a la conclusión de que medía más de un metro ochenta y pesaba unos noventa kilos. No pudieron hacer un retrato robot basándose en el vídeo, porque llevaba gafas de sol y un pañuelo que le tapaba la boca.

Todavía no tenían nada.

Y de repente había pasado casi un año, en un torbellino de vuelos entre el aeropuerto de Reno-Tahoe y el de Los Ángeles, y períodos de intenso trabajo en los rodajes alternados con descansos que transcurrían increíblemente despacio. Tenía miedo de los fines de semana, que pasábamos viendo series de televisión que no nos interesaba ver y convirtiendo en un pasatiempo el preparar la cena y comer demasiado.

Entonces algo cambió.

Cuando la niebla del olvido empieza a disiparse, un escalofrío me

recorre la espalda.

Si lo que recuerdo es cierto, puede que nunca deje esta cama.

35

No sé el momento exacto en que ocurrió, pero recuerdo que Adrian y yo trabajamos juntos en el rodaje de otra película. A los dos nos dieron papeles secundarios. Mi nombre era el sexto en la cartelera; ese dato se me ha quedado grabado en la mente, aunque el título de la película esté borroso y siga siendo inaccesible para mí. Mi tiempo en pantalla era de solo doce minutos en total; algunos días mi plan de rodaje eran solo notas generales sobre la producción y los próximos momentos destacados.

Adrian tenía bastante más tiempo de pantalla; era el amigo del protagonista, el tercero en los créditos. Eso me dejaba mucho tiempo libre para hacer lo que quisiera.

Me puse en contacto con Denise y almorcé con ella un par de veces; me sentía bien pasando tiempo en su compañía, y además así descubría algunas cosas más sobre ella. Mientras Adrian estaba atrapado en el set, rodando, yo fui a un par de audiciones más, incluida una para una película de acción de diez millones de dólares de presupuesto, como protagonista.

Y conseguí el papel.

Estaba emocionada, exultante, y pensaba que los dioses de la fortuna profesional volvían a sonreírme. No le dije nada a Adrian al respecto mientras hacía todo lo posible para que su nombre se añadiera al elenco. Me habría encantado tenerlo como coprotagonista.

Pero no fue así. El productor no cedió; estaba decidido por un exculturista bastante rudo que no me caía demasiado bien.

Sin embargo, cuando se firmó el contrato, aparecí en nuestra habitación de hotel con una botella de champán de gran tamaño atada con un lazo rojo. Adrian terminaba su rodaje ese día; yo esperaba una celebración memorable y, a la mañana siguiente, volver a casa, a Tahoe.

Adrian estaba sombrío cuando llegué, casi enfurecido, sentado a un lado de la cama con la cabeza entre las manos. Le echó un vistazo

desinteresado al champán y me miró con ojos vacíos mientras me felicitaba por el papel. No tardé en dejar la botella sobre el escritorio y me senté en una silla delante de él. Extendí las manos hacia él y me quedé allí, esperando, durante un largo momento, hasta que él me las cogió entre las suyas.

—¿Qué ocurre? —pregunté, conteniendo la respiración. Habíamos sido muy felices… Nadie está dispuesto a perder eso una vez que por fin lo tiene.

—Me he enterado… Enhorabuena, supongo, pero tengo miedo por ti —acabó diciendo—; por lo que pueda hacerte ese acosador. Cuando rodamos juntos, puedo vigilarte y asegurarme de que no se acerque a ti; pero si estamos en lugares diferentes, ya no podré protegerte.

Aparté las manos y me las metí en los bolsillos, calmando la respiración. Me enfurecía su preocupación por mi seguridad. Sí, el acosador estaba ahí fuera, pero Adrian había empeorado quizá un poco las cosas debido a esa necesidad exagerada de protegerme. Planear una cena fuera se había convertido en una especie de ejercicio táctico en el que él decía cosas como: «Ahí estamos demasiado expuestos» o «No me gusta la vegetación que hay junto a ese patio, podría acercarse sigilosamente a ti».

Me asfixiaba. Me enfadaba.

En general, los hombres se sienten amenazados por el éxito de una mujer, y Adrian parecía seguir ese patrón. Actuaba como el protector fuerte cuando yo había empezado a preguntarme si alguien —si yo— de verdad necesitaba tanta protección. Habíamos asfixiado nuestras vidas y desperdiciado innumerables oportunidades solo para sentirnos a salvo de un demente que no tenía nada mejor que hacer que perder su tiempo conmigo.

—Adrian, no va a pasar nada. Siempre hay seguridad en los rodajes, y los días son tan increíblemente largos que, de todos modos, no tendré tiempo de hacer muchas cosas. Estaré trabajando todo el tiempo.

—¿Y qué me dices del hotel en el que te vas a alojar? ¿Tendrás seguridad allí? ¿Y en los restaurantes? ¿Y en cualquier otro lugar al que decidas ir? Por cierto, ¿dónde va a ser el rodaje?

—Creo que aquí, en Los Ángeles, con algunas localizaciones en

Grand Teton. Es una película de…

Él resopló, se levantó y empezó a pasear por la habitación.

—En el maldito *bosque*. Si eso no es perfecto para él, no sé qué lo es.

—No sabrá adónde voy a ir, Adrian. No soy una estrella del pop a la que todo el mundo le sigue la pista y que da conciertos ya programados.

—Pero los fans pueden averiguarlo, y tú lo sabes; tienen sus propios métodos. —Se detuvo justo delante de mí—. No, tienes que rechazar ese papel. Dile a Denise que alegue causa mayor o algo así.

—Ni hablar.

—Si te pasara algo, no podría soportarlo. Por favor, Em, hazlo por mí. Piensa en tu seguridad. Al final, lo acabarán cogiendo.

—No, Adrian. No pienso hacerlo. —Nuestras miradas penetrantes se cruzaron por un momento: la mía, llena de rabia, y la suya, fría e implacable. Al cabo de un rato, me ablandé, y él también—. Esta podría ser mi gran oportunidad, cariño; y además, recibiré mucho dinero por los derechos de autor. Este tipo de películas tienen un atractivo duradero; pueden tener tirón durante varias décadas.

—No necesitamos el dinero, yo tengo…

—Ese es el problema *principal*: ¡que lo tienes *tú*, no yo! —Le clavé el dedo en el pecho, alzando la voz—. Pues entérate bien, yo también quiero tener algo. Una carrera, un nombre y otro trofeo dorado en la repisa de la chimenea. —No dijo ni una palabra más. Se me quedó mirando un momento y salió de la habitación—. ¿Adrian? —lo llamé, mientras la puerta se cerraba. No volvió.

Después del ataque de rebeldía, empecé a sentirme culpable. Era una desagradecida y estaba avergonzada por haber sido tan egoísta. Ese hombre me quería muchísimo y se preocupaba constantemente por mí, ¿y qué había hecho yo? Chillar y arañar como un gato escaldado.

Volvió esa misma noche. Sin mediar palabra, se fue derecho a la botella de champán y la descorchó. Gran parte se derramó con el estallido; se había calentado. Llenó dos copas y las llevó a la terraza, donde yo miraba el letrero de Hollywood, borroso pero visible en la distancia.

—Felicidades, cariño. —Brindamos y bebí un sorbo. Estaba caliente,

pero sabía muy rico. Me alegró tenerlo de nuevo a mi lado, sonriendo y besándome con un deseo desenfrenado.

A la mañana siguiente, después de dormir solo unas horas, no me sentía muy bien. Superé el día con la ayuda de un poco de café extra y no le di más vueltas. Pero al día siguiente, estaba peor. Me sentía como si estuviera inmensamente cansada y tenía los músculos demasiado débiles como para mantenerme en pie.

Volvimos a Tahoe, como estaba previsto, y descansé un par de días con la esperanza de que mejorara sin necesidad de ir al médico.

Mi sueño se volvió agitado, salpicado de episodios de migraña tan intensos que me despertaban de las siestas superficiales que conseguía dormir. Cuando me levantaba por las mañanas, me sentía deprimida y triste sin ninguna explicación; al fin y al cabo, todo iba bien. Adrian estaba allí, a mi lado, atendiendo todas mis necesidades e insistiendo de vez en cuando en que llamáramos a un médico. El acosador llevaba un tiempo sin dejarse ver, e incluso me armé de valor y pasé algunas tardes en el patio trasero, junto al fuego.

Me asusta recordar todo eso ahora, porque me doy cuenta de que la falta de tono muscular de la que habla el médico, la falta de fuerza física con la que he estado luchando, podría tener algo que ver con lo que encontraron cuando al final me dejé convencer para ver a un médico.

Me dijeron que tenía fibromialgia después de someterme a interminables rondas de pruebas, y que es una enfermedad incurable.

En el momento en que oí a aquel médico pronunciar la sentencia de cadena perpetua que me impuso, todo empezó a cobrar sentido: lo mucho que me costaba memorizar mis líneas, el sueño intranquilo y el estrés que me invadía todo el tiempo.

No había cura, solo un puñado de pastillas que tenían efectos secundarios y empeoraban las cosas. Era mi nueva realidad, imposible de eludir.

Al recordar aquellos días, el pánico me recorre la sangre. El ataque podría haber empeorado la fibromialgia. Y el doctor Sokolowski no sabe que la tengo. Nunca fui al Baldwin Memorial Hospital por

ningún síntoma; no hay constancia de mi enfermedad en sus ordenadores.

Tengo que decírselo..., aunque sirva de poco.

Mi mano alcanza la barandilla de la cama. Presiono el botón para elevar el respaldo, pero no me ayuda a sentirme menos alterada.

Jasmine entra en la habitación y se acerca apresurada a la cabecera de la cama.

—¿Qué pasa, cielo? ¿Te duele algo?

—No... Es que no puedo dormir. —Me coge la mano, pero eso no me sirve de ninguna ayuda. Ya no me queda esperanza. Nada tiene sentido. Toda la lucha para hacer que mis manos se movieran, todo lo que intenté hacer para revivir mi memoria rota. La fibromialgia no me permitirá volver a caminar.

—¿Quieres que te dé algo para ayudarte a dormir?

—Sí —susurro, entregándome al olvido contra el que tanto he intentado luchar. Escucho los sonidos que hace Jasmine, anticipando el dulce alivio del olvido. Abre un vial. Desenvuelve una jeringa y desecha el capuchón de plástico de la aguja en una bandeja. La aguja succiona el líquido.

Estoy preparada. No me importa si no oigo a Steve venir a terminar lo que empezó. Que sea lo que Dios quiera.

Pulso el otro botón para bajar el respaldo hasta una posición cómoda para dormir.

Luego, sin pensarlo mucho, hago otra cosa.

Me rasco la nariz.

Al principio no me doy cuenta, el gesto está tan arraigado en la memoria de mi cuerpo que parece natural. Pero no lo ha sido, al menos para mí, desde que aterricé en una cama de hospital con la cabeza abierta.

—¡No! —exclamo—. Lo siento, he cambiado de opinión. Por favor, no me inyectes los tranquilizantes. —Deprisa, vuelvo a dejar la mano en su lugar habitual, no quiero que Jasmine vea mis progresos si no lo ha hecho ya.

—Está bien —dice ella con un suspiro, seguido por el sonido del contenido de la bandeja caer en el cubo de basura. La tapa se cierra

—. Llámame si me necesitas —dice, caminando lentamente hacia la puerta—. El botón está al lado de los controles de la cama.

—Gracias, Jas. Buenas noches.

En cuanto cierra la puerta, aunque me cuesta todas la fuerzas que tengo, vuelvo a rascarme la nariz.

Y sonrío.

36

Vuelvo a soñar con esa luz cegadora; un círculo de bombillas sobre mi cabeza parecido a la lámpara de un quirófano. Su brillo es tan insoportable que cierro los ojos y mi mundo vuelve a oscurecerse. Veo la cara de Adrian en mi sueño, cerca de la mía; grita mi nombre con pánico mientras la desesperación tiñe su voz. No lo escucho, no lo sigo, pero siento su dolor. El pánico que transmite se convierte en ira, casi rabia, pero me doy la vuelta. Cierro los ojos, porque las luces son demasiado brillantes. Me aparto de su contacto y al instante siento el dolor de echarlo de menos.

Me despierto, envuelta aún en la oscuridad.

Mientras se dispersan los restos de los medicamentos de anoche, recuerdo cómo rompimos Adrian y yo. El recuerdo hace que el aire se me quede atrapado en los pulmones. Lo exploro con miedo, como si leyese una novela desgarradora, temerosa de pasar una página más.

Tras el devastador diagnóstico de fibromialgia, solo me quedaban unas semanas antes de empezar a trabajar en la película de acción. Adrian y yo nos mudamos a una casa de alquiler en Los Ángeles para estar más cerca de una «mejor atención médica», como él dijo, pero también para estar juntos mientras él trabajaba en una nueva serie de televisión. Si estaba en Los Ángeles, él podría ir a casa todas las noches. Durante los mejores días, podía acompañarlo al plató y así dejaría de preocuparse por ese acosador durante un tiempo.

Había visto a ese hijo de puta solo dos veces en los últimos meses: una vez cuando miré por la ventana de un restaurante en Tahoe al que fui sola a cenar mientras Adrian estaba en Los Ángeles y otra vez, también en Tahoe, cuando iba hacia mi coche después de salir de la peluquería.

Aún le tenía miedo; me aterrorizaba su persistencia y la forma en que se mantenía en la distancia, siempre con los brazos cruzados, mirándome fijamente tras aquellas lentes de espejo. Tenía pesadillas sobre las cosas que haría si conseguía secuestrarme o quedarse a

solas conmigo. Intenté hacerle una foto, pero siempre se daba la vuelta y echaba a correr en cuanto yo cogía el teléfono. El bastardo sabía lo que intentaba hacer. Después del último encuentro, ya ni siquiera llamé a la policía. Era inútil. Ese acosador se había convertido en una constante en mi existencia.

«Maldito sea por eso».

Casi todas las noches, Adrian me insinuaba o directamente insistía en que alegara razones médicas y cancelara mi próximo contrato cinematográfico. No entendía nada. Esa oportunidad era lo único que me impedía perder la cabeza. ¿Qué tenía sin ella? Un novio cariñoso, sobreprotector y obsesionado con la salud, y la perspectiva de pasar el resto de mi vida enferma, tomando pastillas, luchando contra el dolor y los efectos secundarios.

Mientras tanto, Adrian había asumido la responsabilidad de gestionar mis cuidados. Yo no le había pedido que lo hiciera, pero él insistió bastante. Cada minuto que tenía libre, venía corriendo a casa. Tenía un programa con las horas a las que me tenía que tomar las pastillas pegado en la puerta de la nevera. Me llevaba a aeróbic dos veces por semana e iba a clase de taichí conmigo. Insistió en que empezara a meditar y lo hice durante un tiempo, pero no me hacía mucho efecto, aunque no estoy muy segura de que lo hiciera bien…

Mientras contaba los días que faltaban para embarcar en el vuelo a Jackson, Wyoming, me sentía asfixiada por cómo era mi relación con Adrian. El centro de nuestras vidas era la estúpida enfermedad. No había nada de romanticismo ni planes de futuro ni diversión. Cuando él estaba fuera trabajando, yo aprovechaba el tiempo para memorizar mis líneas y para ensayar, aunque me sintiera enferma y agotada, y a veces tan débil y temblorosa que apenas podía mantenerme en pie. Esa parte puede que fuera un poco culpa mía, porque tiraba los medicamentos por el inodoro cuando él no miraba.

La enfermedad es dura para un matrimonio; en una relación nueva como la nuestra, en su primer año, sin más, no tiene cabida. Nos hizo mucho daño; cambió lo que no había dañado el acosador hasta que nuestra pareja se hizo vieja antes de tiempo. No pasaba una divertida noche de sábado con mi atractivo novio ni iba a la ciudad con tacones y un vestido negro corto ceñido al cuerpo. No, yo elegía la

alimentación adecuada dentro de un plan dietético muy restrictivo y antiinflamatorio que él elaboraba mientras yo veía la tele sola en el salón, fatigada y desesperanzada.

Le estaba muy agradecida por todo lo que hacía y lo quería mucho, pero deseaba desesperadamente que recordara que yo tenía deseos y necesidades, y algún ideal de vida que aún creía poder hacer realidad, a pesar del acosador y de la enfermedad.

Solo quería sentirme viva una vez más antes de tener que dejar la actuación y resignarme a sufrir y a vivir una vida a medias.

Unos días antes de mi vuelo a Los Ángeles, dejé de tomar los medicamentos. Adrian estaba en el rodaje de lunes a viernes, lo que me facilitó las cosas. Todas las noches llegaba a casa cansadísimo y cada mañana tenía que poner el despertador a las cinco.

Pasó así toda una semana, y no encontré el momento adecuado ni el valor para darle la noticia: el sábado volaba a Wyoming.

El viernes por la noche llegó a casa con flores y una botella pequeña de champán. Pensándolo bien, creo que estaba celebrando la suposición de que yo había cancelado mi contrato. Sabía que el rodaje estaba previsto para el lunes siguiente, en el Parque Nacional de Grand Teton.

No tenía ni idea de que mis maletas estaban hechas y guardadas en el maletero de mi coche. No se imaginaba que ya había hecho la facturación para el vuelo. Recuerdo la culpa que me corroía aquella noche, difícil de soportar al contemplar su hermosa sonrisa y sus hipnotizadores ojos color avellana. Estaba contento. No podía echarlo todo a perder ni un momento antes de tiempo.

Cuando llegara el sábado por la mañana, estaría perdido de todos modos.

Pero tenía que hacerlo por mí misma. Necesitaba terminar un proyecto más. Mi canto del cisne.

Adrian dormía profundamente cuando me escabullí de la cama y me vestí sin hacer ruido. Le di la noticia por un mensaje de texto que le envié cuando ya estaba en el avión, justo antes de despegar.

Espero que puedas perdonarme. No tuve valor para decírtelo anoche. Estaré en Wyoming hasta que terminemos con la localización de

exteriores; volveré a Los Ángeles en un par de semanas más o menos. Por favor, alégrate por mí. Probablemente será mi última película.

Mi teléfono sonó antes de que pudiera apagarlo; la sonrisa cariñosa de Adrian aparecía en la pantalla. Contesté.

—Lo siento mucho…

—¡¿Cómo has podido hacerme esto?! —empezó a gritar, tartamudeaba, ahogado por la rabia—. ¿Cómo puedo centrarme en mi trabajo si no sé cómo estás? ¿Alguna vez piensas en alguien más que en ti misma? Joder, Emma, me estás volviendo loco.

—Adrian, no es que yo…

—¡No quiero oírlo! ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Detener el rodaje para ir corriendo a Wyoming para cuidar de ti?

No necesitaba que me cuidara. Nunca lo había entendido, y eso avivaba mi propia frustración.

—No espero que hagas eso. Estaré bien. Solo son un par de semanas. —Se produjo un momento de silencio tenso en la llamada mientras oía su respiración, rápida, casi jadeante—. Solo quería una oportunidad más de hacer algo. Sabes muy bien que no puedo memorizar las líneas con esta enfermedad. Así no voy a poder seguir trabajando durante mucho más tiempo. Estoy acabada.

—No, no lo estás —dijo él, espirando con fuerza. Luego colgó sin decir nada más, justo cuando la azafata empezaba a mirarme mal por seguir al teléfono.

Creo que nunca me perdonó lo que hice al mandarle ese mensaje de texto, por la cobardía de no mirarlo a los ojos al darle la noticia. Sigo creyendo que merecía toda su ira. Fue una mierda increíble hacerle eso a un hombre que me amaba de forma tan desinteresada.

Lloré casi todo el vuelo a Jackson mientras hacía innumerables planes sobre cómo conseguir que Adrian me perdonara.

Cuando llegué al rodaje, con toda la adrenalina y la emoción manteniéndome alerta, empecé a sentirme mejor de lo que me había sentido en mucho tiempo. A pesar de las largas jornadas de grabación, cuando leía mis líneas por la noche, desde una tumbona con unas vistas increíbles a la montaña, las memorizaba con facilidad. Me sentía en mi elemento, sin rastro de fatiga ni dolor que

me ralentizara. Exultante, di todo lo que llevaba dentro delante de las cámaras. Y brillé.

Cuando volví a Los Ángeles, se me hizo un nudo en el estómago al pensar en ver a Adrian después de casi tres semanas de mensajes de texto y tensas y gélidas llamadas telefónicas a altas horas de la noche.

Me estaba esperando en el aeropuerto, con rosas rojas en la mano y una leve sonrisa en los labios. Sus ojos no se iluminaron al verme; seguía enfadado. Al volver a casa, todo lo que había dejado atrás se me vino encima: la sensación de asfixia, el miedo a ese maldito acosador y la agobiante ayuda de Adrian.

A la mañana siguiente, me dolían tanto las articulaciones que me estremecí al levantarme de la cama. Él vino corriendo a ayudarme. Llevarme una taza de té a los labios me parecía muy difícil, ya que mis fuerzas se habían agotado tras el vuelo de regreso a casa.

Le di las gracias por el té y dejé la taza en el suelo.

—Tengo que volver a Tahoe hasta que empecemos a rodar en exteriores —dije con calma, sabiendo que estaba a punto de encender un polvorín—. No puedo…

—¿Cómo te las arreglarás? —preguntó, con la voz aguda por la preocupación. Se pasó los dedos por el pelo alborotado y, desesperado, miró a su alrededor, como si buscara una salida—. Nos quedan un par de semanas más para terminar la temporada, luego descansaremos hasta septiembre. ¿No puedes esperarme?

Era una petición razonable, pero yo no estaba dispuesta a vivir así ni un día más. Necesitaba tiempo para pensar en nosotros y en nuestro futuro.

—Lo siento, Adrian, tengo que hacerlo.

—Eres increíblemente egoísta, Emma. Siempre gira todo en torno a lo que necesitas, a lo que quieres, adónde quieres ir… Cuando todo se fue a la mierda por culpa de ese tipo de ahí fuera —señaló la ventana —, no fue culpa mía.

—¿Por qué lo metes en esto? No tiene nada que…

—¿Que por qué? Porque nunca tuvimos una maldita oportunidad de tener una relación normal por tu culpa; por tus necesidades, por tu carrera, por tu bagaje, por tu ex y por tus innumerables problemas. Eso es lo que ha sido mi vida desde que me enamoré de ti. —Dejó de

hablar y puso los brazos en jarras, mirándome fijamente—. Lo único que he hecho ha sido intentar hacerles frente a tus interminables aprietos. —Me quedé sin habla, contemplándolo con incredulidad. Se acercó un paso y clavó sus ojos en los míos—. ¿Sabes qué? Ya estoy harto. Me largo de aquí. Avisa al propietario cuando te vayas. Por mí puede tirar todas mis cosas a la basura. —Cogió su chaqueta y las llaves de camino a la puerta—. Que tengas una buena vida.

El portazo resonó en mi mente durante un rato. Me quedé allí, temblando, con el corazón roto, devastada ante la idea de haberlo perdido y aterrorizada de que sus palabras hubieran pintado un cuadro que yo, de alguna manera, no había sabido ver. ¿Había sido una egoísta?

Aquella noche no hubo lágrimas, solo una brecha abierta dentro de mi cuerpo, como un agujero negro que se hubiera tragado mi corazón. Más tarde, cuando me asomé a la ventana con la esperanza de ver el coche de Adrian entrar en casa, solo vi al maldito acosador oculto en la sombra de la casa de enfrente.

—Esto se va a terminar ahora mismo —murmuré, furiosa. Cogí la cazadora y salí corriendo, luego crucé la calle, donde lo había visto hacía un momento. Se había marchado—. ¡¿Dónde estás?! —grité; mi voz se extendió por el tranquilo vecindario y provocó que varios perros comenzaran a ladrar—. ¿Dónde demonios estás?

Solo había silencio. Caminé calle arriba y calle abajo, buscándolo por todas partes. Luego di media vuelta y subí deprisa por mi camino de entrada. Desde el umbral de mi puerta, miré a la calle una vez más. En un par de casas habían encendido las luces. Eran casi las dos de la madrugada—. Estoy aquí, hijo de puta —dije en voz alta.

—¡Cállate de una puta vez! —gritó una voz desde dos casas más abajo, donde un tipo en pijama gesticulaba con furia, haciéndome una peineta—. ¡Que mañana trabajamos!

Pasé aquella noche en vela, sin poder dormir; esperando que Adrian volviera o que el acosador aceptara mi invitación y diera la cara. Quería resolverlo, fuera lo que fuera.

No sucedió nada.

Parece como si esa escena hubiera tenido lugar hace mucho tiempo,

aunque estoy segura de que no ha pasado tanto. Echo mucho de menos a Adrian y ojalá pudiera volver atrás para enmendarlo de alguna manera. Me culpo por el daño que le hice a un corazón bondadoso y cariñoso. Sí, he sido una egoísta.

Ya es demasiado tarde para arreglar nada. Se ha ido.

Probablemente ya ha pasado página. Denise mencionó algo sobre una novia supermodelo. Tenía todo el derecho del mundo a buscar la felicidad en otra parte.

Todo lo que tengo ahora es arrepentimiento y miedo a no sobrevivir al próximo ataque.

37

Cuando me despierto, me siento un poco más fuerte que ayer, aunque mi sueño ha estado atormentado por pesadillas que todavía me ponen la carne de gallina. Parecían muy reales; las revivo con un escalofrío. Entonces mi mente se desplaza del mundo onírico al de los recuerdos, con el fragmento sobre el día en que conocí a Adrian. Me enfurece la recurrencia de ese recuerdo parcial, cómo se obstina en aparecer en mi mente. Sigue molestándome, al igual que la pesadilla sobre el ataque, en la que grito y corro y no veo el rostro detrás de esa mirada llena de odio y furia ardiente.

Necesito recordar cómo terminan estos recuerdos en particular para que el gusano cerebral se disipe y me deje en paz. No tengo nada mejor que hacer mientras espero a que la enfermera empiece mi día con el desayuno, los análisis de sangre, los medicamentos y la última forma de humillación conocida en la jerga hospitalaria como «higiene personal», así que me dejo sumergir en el momento que aún no recuerdo del todo.

Me veo entrando en el rodaje de *Amor de verano,* con Denise a mi lado. Estaba estresada por esa película, por desnudarme delante del equipo, de otros actores, de todo el mundo… Entré allí con la cabeza bien alta, proyectando una confianza en mí misma que esperaba empezar a sentir pronto.

Mientras entrábamos, lo primero que llamó mi atención fue la voz áspera de un agente.

—Hazme caso, chico, firma en esta línea de puntos y el cielo será el límite para Adrian Sera. Diablos, las mujeres harán cola alrededor de toda la manzana para pasar una noche con Adrian Sera.

Entonces me fijé en él, alto, guapo, de mandíbula fuerte y ojos hipnotizadores que se iluminaron al verme. Su pelo oscuro estaba un poco despeinado y gritaba.

—¡Ni pensarlo, Lyle! ¡No lo haré!

—Hijo, ¿quieres volver a echar un polvo? Entonces firma el maldito papel. Es tu única oportunidad.

Lyle le seguía aporreando el pecho a Adrian con su dedo rechoncho, pero él se apartó de su agente y lo despidió con un gesto de la mano.

—He dicho que no. Yo no soy así.

Lyle agarró a Adrian de la manga y lo retuvo.

—Escucha, nadie puede…

Las palabras de Lyle se desvanecieron en el ruido de fondo, porque alguien me distrajo. El director nos pedía que fuéramos a la otra habitación. Denise abría la marcha y me hacía señas para que la siguiera.

Dejo de intentar revivir ese recuerdo. Está claro que nunca sabré qué era ese documento, a menos que Adrian me lo diga algún día. Pero ¿por qué iba a hacerlo si ya se ha ido de mi vida? ¿Y por qué me importa? Mi gusano cerebral no es más que una molestia sin sentido. No tiene ningún significado oculto, nada importante que mi subconsciente pueda estar tratando de decirme, como sugirió el doctor Sokolowski.

Sin embargo, esta vez me he acordado más de aquel día. Eso, en sí mismo, por inútil que sea, es alentador, digno de una pequeña sonrisa, mientras encuentro con los dedos los mandos de la cama casi sin esfuerzo y levanto la cabecera.

Unas voces lejanas me hacen contener la respiración de nuevo. Mi sonrisa se marchita cuando reconozco la voz de Steve. *«Ay, no. No puedo enfrentarme a él»*. No me importa lo que diga el médico, no estoy segura con él en la misma habitación.

—Esto es un documento legal —dice Steve; a cada paso que da, su voz de barítono suena más cercana, más alta, más amenazadora—. Señorita, no querrá ser usted quien impida que mi mujer vea estos papeles. Créame, no quiere.

No espero que lo haga. Debe de estar aterrorizada por él. La voz de la enfermera suena familiar e intimidada. No es Jasmine; no sé quién es, pero la he oído antes.

Steve siempre se las apaña para que se haga lo que él quiere. «Coopera o apártate de mi camino». Le he oído decir eso tantas veces que he perdido la cuenta. Esta vez no lo dice, al menos en voz alta, pero estoy segura de que lo transmite perfectamente.

La puerta se abre y él entra con sus fuertes pasos acompañados por

el repiqueteo de los tacones de aguja.

«Mikela».

—Hola, Emma, ¿cómo te encuentras? —pregunta Steve. Trae un tufillo a frescor invernal y un leve aroma a humo de leña. En algún lugar cercano, alguien está sentado junto a una hoguera, o tal vez asa algo al fuego, aunque no percibo olor a barbacoa. No hay nieve suficiente que pueda mantener a los lugareños alejados de la parrilla. Echo de menos eso.

En lugar de olor a barbacoa, percibo el dulce aroma floral del perfume de Mikela, ese que nunca deja de revolverme el estómago y alterarme, todo en una sola inspiración.

—Estoy bien, Steve, todo lo bien que puedo estar. ¿Qué necesitas?

Suspira sin intentar ocultar su enfado con mi actitud.

—He traído los documentos de los que hablamos. Solo falta tu firma. —Abre un maletín y unos papeles susurran cerca de la cama. A lo lejos, estalla un globo de chicle. Huelo a menta.

—Muy bien, déjalos sobre la mesa. Los leeré en cuanto pueda. —El sarcasmo de mi voz es evidente.

—Bueno, no tienes que hacerlo. —Jadeo en voz baja. No me puedo creer su descaro—. Podemos hacer venir a un notario para que te lea los papeles y los firme en tu lugar, con dos testigos; o si lo prefieres, puede dirigir tu mano al lugar correcto, si eres capaz de firmar tú misma.

Ha pensado en todo.

—¿Y quiénes serían esos testigos?

—En realidad, vale cualquiera. Ya se nos ocurrirá algo. —Acerca la silla a la cama y toma asiento—. ¿Lo has reconsiderado? Tienes que admitir que así salimos todos ganando. Te prometo que cuidaremos bien de ti.

Por un segundo, imagino a Mikela desempeñando las funciones de enfermera matutina. Ese pensamiento me estremece. No podría sobrevivir a eso.

Me lleno los pulmones de aire y me tranquilizo. No puedo perder el control, no puedo empezar a gritar como siento el impulso de hacer; no puedo parecer aún más desquiciada de lo que esta gente me pinta.

—He tenido mucho tiempo para pensar, sí —le digo, y luego hago

una pausa para que surta efecto, para dejar que albergue algo de esperanza—. Y ahora me doy cuenta de que, cuando perdiste esta casa, perdiste mucho más que el inmueble en sí, ¿verdad?

—¿De qué estás hablando? —Su voz es un susurro bajo y amenazador.

—Has perdido tu dirección de Nevada y, con ella, cerca del diez por ciento de tus ingresos, que ahora el recibe estado de California en impuestos porque vives allí. No me di cuenta al principio, pero estoy segura de que tú sí. —Espero a que responda, pero respira agitado, enfurecido, mientras yo empiezo a sentir miedo de nuevo—. Me ha llevado un tiempo, pero creo que por fin he descubierto de dónde viene tu obsesión con esta casa.

—Estás loca, Emma. —Golpea los montones de papel contra la cama. Lo siento a través de la manta, encima de mis piernas, y me estremezco. Los papeles no pesan, solo susurran continuamente mientras las hojas resbalan de la cama hasta caer al suelo.

Me preparo.

—¿Es eso lo que viniste a pedirme ese día? ¿Seguir utilizando esta dirección como domicilio fiscal?

—¿Cómo? —Se levanta de la silla, la empuja a un lado y empieza a pasearse furioso por la habitación—. ¡Estás mal de la cabeza!

—¿Por eso estoy aquí, ciega y postrada en cama y a tu maldita merced? ¿Porque dije que no?

Mikela rompe a reír. Está a unos pocos metros de distancia, probablemente junto a la ventana.

—Te lo dije, cariño, es una psicópata —pronuncia la palabra con voz cantarina—. Haz lo que tengas que hacer y larguémonos de aquí.

Necesito toda mi fuerza de voluntad para ignorarla.

—Me preguntaba por qué no te comprabas otra casa en Nevada, si los impuestos son tu problema. Por qué conseguir esta te atrae tanto, aunque eso signifique convertirte en un criminal.

—Sí, tienes razón —dice Steve, más lejos, probablemente hablando con su prometida—. Estamos perdiendo el tiempo.

—Entonces me di cuenta de que ya no puedes permitirte comprar nada, ¿verdad? —digo las palabras sin piedad, como si fueran un puñal—. Te ha exprimido hasta dejarte seco, ¿no es así? —Es mi

turno de reír, y lo convierto en la mejor actuación de mi carrera—. He visto a chicas como ella; son unas *sanguijuelas*. Siempre quieren algo. Un vestido más, otra pulsera de diamantes, un viaje a algún lugar exótico, un coche nuevo… hasta que te quedas arruinado. Y no importa lo duro que trabajes, no puedes salir del agujero en el que ella te ha metido con un vaivén de sus caderas.

Los tacones de aguja se acercan apresurados y las pisadas resuenan con rabia en el suelo. Está a punto de pegarme, de abofetearme, probablemente, y me preparo para ello. Podría pulsar el botón y pedir ayuda, pero decido no hacerlo.

—Miki, no —dice Steve. Hay un forcejeo a unos metros a mi izquierda. Probablemente intenta retenerla—. Esta casa tiene un sistema de seguridad; hay cámaras en todas las habitaciones.

Esas palabras ponen fin a la lucha como un cubo de agua helada vertido sobre el fuego. Mikela se aleja, mientras que Steve se acerca a la cama.

—Necesitas ayuda —concluye—. Hasta ahora, no comprendía del todo el alcance de tu lesión cerebral. Mi deber es llevar tu caso ante los tribunales. Lo siento, Emma, pero no me has dejado otra opción.

—Fuera de mi casa, hijo de puta. —Durante un tenso momento de silencio, pienso a toda prisa en una solución, en algo que pueda mantenerlo alejado—. La venderé —acabo diciendo—. La pondré a la venta a un diez por ciento menos del precio de mercado y se la venderé a cualquiera menos a ti. Entonces veremos qué haces con la tutela. —Inspira con brusquedad, con un ruido antinatural y entrecortado. Quizá no se encuentra bien, porque se deja caer a un lado de mi cama—. Puede que antes te deje gastar dinero en abogados —susurro, sabiendo que está lo bastante cerca como para oírme—, pero el día que me llamen a declarar será el día que venda esta casa. Lo juro. Lárgate, Steve.

La puerta se abre y unos pasos se precipitan al interior; oigo el ruido de las suelas sobre el parqué y una emite un ligero chirrido.

—Señor Wellington —dice el doctor Sokolowski con firmeza—. Acompáñeme, por favor.

Steve se levanta con cierta dificultad, inspirando lentamente, pero luego su respiración se acelera.

—Lo he investigado, doctor como quiera que se llame. Ni siquiera está colegiado.

—En Nevada, no —responde con tranquilidad—. Soy de California, como usted. Venga, vamos; está molestando a mi paciente otra vez… Creo que ella se lo ha dejado bastante claro.

Escucho todo lo que puedo; cada pequeño crujido de la ropa o cambio en el aire pinta un cuadro. Creo que el doctor Sokolowski agarra a Steve del brazo y lo saca de la habitación. Entonces la puerta se cierra y sus voces se apagan.

Respiro con alivio, y luego me quedo helada cuando unos tacones de aguja se acercan a mí despacio, en silencio. La cama se inclina bajo el peso de Mikela y ese perfume repulsivo me invade las fosas nasales.

Durante un largo momento, no ocurre nada. Luego coge un mechón de mi pelo y juega con él; me la imagino haciéndolo girar entre sus dedos. A lo lejos, suena el timbre de la puerta. Espero que quien esté llamando se dé prisa.

—No me toques —susurro, temblando por dentro; pero no de miedo, sino de una ira que lo consume todo.

—¿O qué? —pregunta, también un susurro, burlándose de mí—. ¿Qué vas a hacer al respecto? —Noto cómo alisa el mechón, lo recorre con las uñas y vuelve a retorcerlo. Luego se ríe, como alguien a quien no le importa nada—. Ay, amiga, tú y yo nos vamos a divertir mucho juntas. Si te portas bien, te dejaré mirar. —Me da un tirón suave de pelo—. Uy, lo siento, si no puedes ver… Bueno, entonces te dejaré escuchar. Puedo enseñarte un par de cosas. Verás, nosotras las sanguijuelas sabemos lo que hacemos. Apuesto a que nunca lo hiciste gritar y pedir clemencia, ¿verdad?

No se me ocurre qué responder, pero me fuerzo a sonreír. Mi gesto no pasa desapercibido. Su presa se vuelve más fuerte, me tira del cuero cabelludo hasta echarme la cabeza hacia atrás. Resisto lo mejor que puedo sin dejar de sonreír, preguntándome por qué el doctor Sokolowski lleva tanto tiempo fuera.

—Dime, ¿tu nombre es el resultado de lo que pasa cuando personas analfabetas tienen hijos? —Me río en voz baja mientras ella jadea.

La puerta se abre y Mikela da un respingo en la cama. Por fin respiro. Es el doctor Sokolowski.

—Señorita Murtagh, el señor Wellington ha tenido que irse. —Oigo el tintineo de las llaves en su mano—. Su ayudante acaba de recogerlo. Algo urgente con el set de producción y el *casting* para... Mmm, lo siento, he olvidado lo que ha dicho. Me ha pedido que le diga que vuelva a casa en su BMW. —Las llaves suenan cuando probablemente cambian de manos.

—¿Cómo ha podido dejarme aquí? —La voz de Mikela se eleva hasta un tono agudo de frustración—. Nunca había hecho algo así. ¿Quién ha venido a buscarlo?

—Eso debería preguntárselo a él —responde el médico, imperturbable—. Y espero que no vuelvan por aquí hasta que no tengan una orden judicial válida. ¿Me ha entendido, señorita Murtagh?

—Quítame la mano de encima, gilipollas —le suelta, pero los tacones de aguja repiquetean hacia la salida. Unos instantes después, la puerta principal vuelve a cerrarse de golpe. Parece que mi puerta se lleva la peor parte de todo el drama de mi vida.

Escucho, intentando oír si el doctor Sokolowski ha vuelto.

—Estoy aquí, Emma —dice con suavidad, cuando regresa. Algo cruje junto a la cama y el tubo intravenoso se mueve ligeramente—. Estás a salvo. Ya puedes dormirte.

No... No estoy a salvo cuando él no está aquí conmigo, cuando estoy sola en la oscuridad, encerrada dentro de un cuerpo traicionero.

Pero en unos instantes, mi conciencia se desintegra y, con ella, también mi miedo.

Me quedo dormida.

38

—Me encantaría tomar un café o una Coca-Cola. Lo que sea más fácil —añado; espero que sea el momento adecuado para abordar el tema con el doctor Sokolowski.

Es la mañana siguiente, creo. Todavía estoy un poco confusa sobre el paso del tiempo, sigo sintiéndome desorientada, pero recuerdo que cené un rato después de que Steve se fuera y dormí un poco. Jasmine me ayudó a guiar el tenedor para clavar trozos de deliciosas patatas asadas con especias y me las llevé a la boca con muy poca ayuda. Jasmine cubre el turno de noche, según ella, así que debe de haber ocurrido anoche. Me pregunto si sigue trabajando con Steve y qué hace exactamente para él.

—Emma, me encantaría, pero me temo que la cafeína entraría en conflicto con tu medicación. —Abre un envoltorio. Hay un ligero olor a desinfectante—. ¿Has estado comiendo bien?

—Sí. —Me pregunto si debería mencionar lo rico que le sale a Jasmine el pollo frito. Quizá también interfiera con alguna medicación—. Por cierto, ¿qué medicamentos tengo pautados?

—Bastantes. Sigues con Decadron para la inflamación cerebral.

—Pensaba que…

—Ha bajado bastante, sí, pero no al cien por cien. A los médicos nos gusta ser precavidos. Versed para ayudarte a dormir mejor y relajarte, y también ayuda a prevenir las convulsiones que pueden producirse en pacientes con traumatismo craneoencefálico; fentanilo en un parche para el dolor y suero intravenoso.

—¿Cuál es el que me impide tomar cafeína?

Él se ríe; el sonido está un poco apagado por la mascarilla.

—El Versed.

—Táchelo de la lista. Ya estoy mucho mejor. —Acerco la mano hasta el panel de control de mi cama y levanto el respaldo—. ¿Lo ve? Ahora puedo hacer esto.

—Enhorabuena; sí, eso está muy bien. Tu tono muscular está mejorando. ¿Puedes mover las piernas?

—Un poco. He estado moviendo los dedos de los pies con cierto éxito, pero levantar la rodilla de la cama es otra historia. —Dudo y me pregunto si debería mencionar la fibromialgia, pero no lo hago. Algo indefinido me retiene, más como una corazonada que como un pensamiento racional. Probablemente piense que no me retirarán los medicamentos si digo algo al respecto. Estoy segura de que el doctor Sokolowski empezaría el tratamiento de inmediato.

—¿Cómo está tu memoria?

—Pues… un poco mejor. Sigo intentando rellenar los huecos, y no siempre funciona, pero estoy recordando más cosas.

—¿Recuerdas el ataque?

—Yo… Del todo no —rectifico a mitad de la frase—. Sé lo que pasó, pero no recuerdo todos los elementos de *cómo* sucedió. Sé que mi ex intentó matarme.

—Me hablaste de un recuerdo intrusivo, de que te perseguían y que al mirar por encima del hombro, veías cómo se acercaba. ¿Era Steve al que veías?

Tardo un rato en contestar, tratando, una vez más, de disipar la niebla de ese tramo particular de memoria dañada.

—Todavía no puedo verle la cara; pero sé que era él, no tengo ninguna duda.

Mientras hablamos, empieza a comprobar mis reflejos; me mueve la punta del dedo corazón, golpea cada codo dos veces, pasa un objeto puntiagudo por las plantas de mis pies y me hace apretarle los dedos, cosa que hago mucho mejor de lo que recuerdo haber hecho en el pasado.

—¿Sabes dónde estás?

—En casa —respondo rápidamente, y me asombro de lo fácil que me resulta encontrar la información correcta en el laberinto de mi conciencia—. Me han dado de alta en el hospital y estoy al cuidado de mi ex —añado con amargura y un deje de reproche en la voz. Si pudiera, pondría los ojos en blanco, aunque él ni siquiera estaba allí —. ¿Hay algún avance con eso?

—Tomémonos un momento para celebrar el regreso de tu memoria anterógrada. Estás formando bien nuevos recuerdos, los recuperas con rapidez y sin vacilar. Bravo, Emma. —Me recorre la mandíbula

con los dedos y luego el cuello, palpando los ganglios linfáticos. El tenue y elegante aroma a albahaca y cuero llena mis fosas nasales; ese olor ha llegado a gustarme tanto como su compañía.

Me gira la cabeza con suavidad, a izquierda y derecha.

—¿Te duele?

—N… no. Tengo una molestia en la nuca, un dolor sordo, como una migraña persistente, pero no demasiado fuerte.

—¿Mareos, náuseas o desorientación? —Mi historial repiquetea en su mano al chocar contra la cama y después su bolígrafo rasga el papel.

—Nada de eso. Pero tengo mucha confusión mental; sobre todo por las mañanas. Por eso creo que debería recetarme café. —Sonrío, pero él no dice nada—. Y no puedo formar nuevos recuerdos muy bien, aunque quiera celebrarlo. A veces me pregunto si lo que recuerdo ocurrió de verdad, si estoy soñando o si me lo he inventado para llenar los huecos, como me dijo.

—Has progresado mucho, Emma, pero tenemos un largo camino por delante, con rehabilitación de todo tipo. —Parece preocupado por otra cosa, apenas presta atención.

—¿Y mis ojos? Intenté mirar por debajo del vendaje y no vi nada. Los noto pesados y blandos.

Tira del borde de mi vendaje para levantarlo un poco. No veo nada y sigo sin poder abrir los ojos.

—El doctor Winslow dijo que no deberías forzarlos.

—Pero los noto raros, y temo que no sea normal.

—Te aplican un lubricante para proteger la córnea, porque no puedes parpadear bajo la venda; por eso los notas blandos. Es completamente normal, no te preocupes. Tú limítate a intentar recordar y después dime cómo te sientes con lo que descubras.

—¿Qué quiere decir?

—Como te he comentado antes, algunas personas con amnesia postraumática no recuerdan más porque tienen miedo de *lo que* podrían recordar o de revivir el trauma del ataque. Podríamos concertarte una cita con un psicólogo para que te ayude. —Levanta la barandilla de la cama y la bloquea.

—Gracias, lo pensaré. —No puedo decirle que no sé cómo voy a

pagar las facturas médicas que he acumulado hasta ahora. Lo único que puedo hacer es evitar añadir más—. No creo que tenga miedo. Es otra cosa, como si algunas piezas clave de información estuvieran ocultas. Supongo que acabaré recordándolas, porque estoy empezando a hacerlo, pero el proceso está siendo muy lento.

—Tus valores sanguíneos están mejorando en todos los ámbitos, con una disminución de los marcadores de inflamación. Eso está muy bien. —Vuelven a crujir algunos papeles—. Ah, y sobre lo de estar al cuidado de tu ex, está todo solucionado, pero hay una pega.

—¿Cómo se ha solucionado? ¿Lo sabe Steve? No mencionó nada de eso, y me sorprendió, pero…

—Sí, te lo dije ayer, justo antes de que se fuera. Ahora estás técnicamente en el limbo, desde el punto de vista del papeleo, pero podrías arreglarlo con facilidad si contrataras a tu propio cuidador. Aunque necesitas que un neuropsiquiatra certifique que eres capaz de tomar decisiones sensatas.

—Ah, entiendo. —El miedo me atenaza las tripas y me las retuerce sin piedad. Recuerdo lo que me dijo cuando le pregunté por esos avisos por megafonía, que podían ser alucinaciones propiciadas por psicosis. *«Estoy jodida»*—. ¿Cómo podemos hacerlo?

—Pediré una consulta; pero por ahora estás bien, porque tienes enfermeras contigo las veinticuatro horas del día.

—Gracias. —Me esfuerzo por no preocuparme por lo que pasará si no apruebo la evaluación psicológica, si me consideran mentalmente inestable, o cualquier otra frase bonita y complicada que usen para decir que estoy loca—. ¿Puedo pedirle un favor?

—Claro.

—Esta mañana he recibido un mensaje de texto; he oído el pitido. ¿Podría leérmelo, por favor?

Él coge el teléfono e introduce la contraseña que le doy.

—¿Lo ves? Estás formando nuevos recuerdos perfectamente. Vale, es de Denise. Quiere saber si puede venir a verte mañana. ¿Qué respondo?

—Sí, sí, dígale que puede venir a verme cuando quiera. —¿Por qué Denise me ha mandado un mensaje si sabe que no puedo ver? Es un

poco raro. Aun así, sonrío al pensar que vendrá a visitarme. Ella es mi sostén, mi piedra angular.

Oigo un silbido familiar cuando se envía el mensaje.

—¿Qué te parece si compro helado cuando termine mi turno en el hospital para celebrar tus progresos? ¿Te apetece?

Mi sonrisa se ensancha.

—Me encantaría.

Cuando se va, me siento esperanzada, pero la esperanza es peligrosa. La esperanza puede hacer que los frágiles seres humanos tengan falsas expectativas y se queden destrozados cuando no se cumplen.

Luego, después de reprenderme por ello y por los peligros que conlleva, vuelvo a pensar en esa Coca-Cola que me hizo sentir tan bien, más fuerte y coordinada. Aunque seguí mejorando durante casi dos días, mucho después de que la cafeína abandonara mi organismo. Estoy desconcertada. No sé qué causó la mejoría y eso me molesta, porque sea lo que sea lo que hice que funcionó quiero hacerlo más veces.

Al cabo de un rato, el cansancio se apodera de mí y estoy a punto de dormirme, cuando me vienen a la mente las palabras de Jasmine, la forma en que hablaba del dolor, de su utilidad, de cómo nos recuerda que estamos vivos. Últimamente parece obsesionada con mi parche de fentanilo; tira de él, lo comprueba, aunque siempre es el doctor Sokolowski quien me lo coloca en el brazo cada pocos días y ahí se queda quieto, sin resbalar.

¿Qué pasaría exactamente si levantara un poco la esquina? Tengo la sospecha de que Jasmine lo manipula, que le añade algo con olor a vinagre, pero no estoy segura. ¿Y si el fentanilo huele a vinagre y lejía? No tengo ni idea de a qué se supone que debe oler.

Es fácil sospechar de la gente cuando estás completamente a oscuras, o cuando estás paranoica. Sé con certeza que Jasmine le hizo algo a ese parche, algo que no me mencionó, y eso es muy raro, sobre todo teniendo en cuenta lo amiga que es de mi ex y también de Lisa; no hay que olvidar que tenía su número de teléfono. Además, ella tenía un móvil mejor que Steve para matarme.

El fentanilo es un potente sedante, un analgésico opiáceo y un

anestésico, si no recuerdo mal lo que oí en las noticias sobre innumerables muertes por sobredosis. Quizá la cafeína de esa Coca-Cola redujo su eficacia durante un tiempo.

Voy a reducirla más, y quizá mi memoria me lo agradezca.

Eso si logro encontrar la fuerza y coordinación necesarias en mis dedos para levantar mi maldita manga lo suficiente como para alcanzarlo.

39

El calor se extiende por un lado de mi cara. El sol, al salir por detrás de las montañas, debe de brillar a través de la ventana. A lo lejos, el lago debe de estar salpicado con motas doradas sobre tonos topacio, zafiro y aguamarina. Me rozo la mejilla izquierda con los dedos, recorriendo los lugares calentados por el sol, sintiendo su calidez reflejada en el dorso de la mano. Me relajo bajo la luz del sol, y giro lentamente la cabeza dolorida hacia la izquierda para darle la bienvenida a su suave caricia sobre mi piel.

Entonces reanudo mis esfuerzos por levantar el borde de la manga por encima del parche. Me obsesiona, me motiva hacer lo que me propongo y me frustra la intensa lucha necesaria para completar una tarea tan básica como subir una manga, o al menos deslizarla un poco hacia arriba.

No tengo suficiente destreza ni fuerza para agarrar el dobladillo y levantarlo. Si quiero tocarme la punta del dedo índice con el pulgar, puedo, pero mis músculos no tienen fuerza suficiente para hacer nada más. «Tono muscular gravemente bajo», lo llamó el doctor Sokolowski, e hizo un buen trabajo al explicarme lo que eso significa. Entiendo por qué ocurre, pero necesito que deje de ocurrir ya.

Bajo el brazo y respiro con pesadez, derrotada. Luego busco el panel de control y bajo el respaldo hasta dejarlo casi horizontal. Quizá pueda ahorrar la fuerza que gasto levantando los dedos y usarla para empujar la tela una pulgada o dos ahora que estoy en posición horizontal.

Mi mente divaga mientras lucho con la tela. Sigo pensando en esos avisos por megafonía que hicieron que el doctor Sokolowski expresara su preocupación por la psicosis y las alucinaciones. ¿Y si tenía razón? ¿Y si estaba imaginando cosas, intentando llenar los agujeros, pintar el cuadro de mi hospitalización con sonidos y acontecimientos imaginarios para que todo resultara menos aterrador y silencioso? Quizá eso no sea tan malo como la psicosis, ¿verdad? El doctor Sokolowski dijo que era algo normal.

¿Había alguien conmigo cuando oí alguno de esos avisos por megafonía? Reflexiono un momento y no recuerdo ni un solo caso. Lo habría comentado con quienquiera que estuviera allí. Habría preguntado quién era ese médico, porque soy una persona curiosa por naturaleza, ávida de cualquier dato que pueda averiguar.

Pero ¿cómo podría haber alguien conmigo cuando se produjeron si no eran reales? Y sé que no lo eran. El código azul solo ocurría en la habitación mil doscientos cuatro. Nadie necesitaba al doctor Whitting en otro sitio que no fuera Urgencias. Reflexiono sobre ello durante un momento. No eran reales; estoy absolutamente segura de ello.

No, me guste o no, parece que me los estaba inventando. Estaba alucinando o simplemente rellenaba los huecos con sonidos que coincidían con los de un hospital. Parece que no puedo confiar en mí misma. Más vale que el neuropsiquiatra no se aproveche de eso para ponerme la etiqueta de «mentalmente inestable» y ate mi vida con un bonito lazo antes de ponérsela a los pies de Steve.

«No dejaré que eso suceda —me prometo a mí misma—. *Cueste lo que cueste»*.

Agarro la tela de la manga y la levanto un poco, pero se desliza hacia atrás. Repetir la misma acción con la esperanza de un resultado diferente, algo también conocido como la definición de manual de «locura», me lleva unos largos minutos; hasta que decido deslizar la manga levantada bajo el brazo para mantenerla en su sitio.

No se mueve. Por fin hay algún progreso. Paso los dedos temblorosos y débiles por los bordes del parche y luego intento levantar un poco la esquina. Se me resbalan las yemas por la superficie brillante y no logro agarrarlo. Estoy a punto de maldecir en voz alta cuando se abre la puerta. Unos pasos ligeros, con suelas de goma, se acercan rápidamente.

No es Jasmine.

No sé quién es.

—¿Hola? —llamo con un hilo de voz y levanto el respaldo de mi cama, como si eso ayudara en algo. Tumbada bocarriba, me siento más expuesta, pero de todos modos soy completamente vulnerable.

—Hola, Emma —responde una voz familiar al acercarse. Algo cruje

cerca de mi cabeza y me sobresalto—. Soy yo, Isabella, he venido a comprobar tus signos vitales. ¿Quieres un sorbo de agua?

Respiro.

—Has vuelto.

—Sí, he estado fuera una semana. —Deja algo en la mesa junto a mi cama—. Me recuerdas, eso es genial. —De verdad parece feliz por mí —. Pajita en camino —dice, y el plástico toca mis labios. Bebo unos sorbos con avidez. Me sienta muy bien.

—Gracias.

—¿Cómo estás?

«Atascada», es mi primer pensamiento, pero no lo expreso.

—Tú fuiste mi enfermera los primeros días, ¿verdad?

—Sí, una de ellas.

—Yo… ¿Decía alguna cosa con sentido? —Quiero saber si estaba alucinando, pero ¿cómo se supone que va a saber ella con qué monstruos estaba luchando mi mente dañada?

—Si te digo la verdad, no recuerdo mucho. —Se ríe en voz baja—. Una semana de descanso tiene ese efecto en mí, sobre todo después de llevar a tres niños gritones a esquiar cinco de esos días. Ahora estoy agotada.

Probablemente no decía nada coherente y le da vergüenza decírmelo o quiere evitar que me sienta mal. El personal médico les da demasiada importancia a la esperanza y a la mentalidad positiva. No tener ni idea es más peligroso que cualquier otra cosa.

Se mueve deprisa y cambia las sábanas. Retira las almohadas de la cama una a una. Las sábanas frescas inundan el aire con el aroma del detergente para la ropa, una marca que podría haber usado yo misma. Es posible que sean mis propias sábanas, lavadas en mi lavadora.

—¿Conoces al doctor Whitting? —pregunto, disparando a ciegas. ¿Cómo puede conocer ella a un producto de mi mente drogada?

Sigue colocando los almohadones.

—Sí, es un cirujano.

Su respuesta me hiela la sangre en las venas.

—¿Y al doctor Parrish?

Se ríe en voz baja, parece un poco confusa.

—Es el médico residente de Ginecología y Obstetricia.

Tiemblo, el frío penetra hasta mis huesos.

—¿Y el doctor Jones?

—Es el residente de la UCI —responde despreocupada mientras vuelve a poner las almohadas en la cama. En mi mente, el sonido de la megafonía resuena débilmente. «Doctor Jones, acuda a la UCI», fue lo que oí. ¿Cómo es posible? ¿Cómo podía saber Isabella de qué iban mis alucinaciones? ¿O está mintiendo sobre esos médicos y decir que Jones es médico en la UCI ha sido solo un golpe de suerte? No parece probable. ¿Y por qué iba a mentir?—. ¿Por qué lo preguntas? —Ahueca una almohada y la desliza bajo mi cabeza, apoyando suavemente mi espalda—. ¿Conoces a todos esos médicos?

—Recuerdo oír avisos de megafonía, como: «Código azul» y «Doctor Jones, acuda a la UCI».

Se ríe entre dientes y golpea otra almohada.

—Ah, eso tiene sentido. Se está mucho mejor en casa, ¿verdad? Es un lugar mucho más tranquilo.

—Sí, pero…

Me detengo, congelada en mitad de la frase sin saber qué decir, qué creer de todo esto. Tengo una lesión cerebral traumática. No he recuperado del todo la memoria. No sé cuándo puedo confiar en mí misma y si me estoy imaginando cosas.

Puede que me esté imaginando la conversación que tengo con Isabella ahora mismo. ¿Y si ella tampoco es real? ¿Cómo voy a saberlo?

—Vale, ya he terminado —anuncia Isabella con un breve suspiro de satisfacción. Empieza a moverse por la habitación, recogiendo cosas; abre el cubo de basura y tira algo dentro. La tapa se cierra con ese familiar chirrido de metal contra metal. No es un cubo de basura de alquiler, es el mismo desde que puedo recordar—. ¿Necesitas algo más? —pregunta Isabella antes de que pueda añadir nada.

—N… no. —Su pregunta me ha desconcertado… Había algo que quería decir. Frustrada, pregunto lo primero que se me ocurre—: ¿Trabajas en el hospital? —No sé cómo descubrir la verdad sobre lo que está pasando, qué preguntas hacer. Estoy hurgando al azar en la oscuridad, esperando dar con algo.

—Sí, en el Baldwin Memorial.

—¿En qué departamento?

—Soy enfermera de Urgencias. —Recoge algunos objetos que repiquetean cuando los deposita en una bandeja. Oigo un ruido metálico, como de cubiertos cayendo sobre acero inoxidable o algo así—. ¿Por qué? ¿Necesitas algo?

—¿Y también trabajas en casa de la gente?

—Por lo general, no, pero respondí a un anuncio para un trabajo extra y aquí estoy. Hice un par de turnos, luego me fui de vacaciones y ahora he vuelto. —Se calla un momento y luego añade—: Emma, si no te sientes cómoda conmigo, por favor, dímelo. Hago lo que puedo, pero…

—No, no es eso, te lo prometo. Eres genial. Es que no me puedo quitar de la cabeza esos avisos de megafonía. Creía que en los hospitales ya no se usaba la megafonía. ¿La has oído hace poco?

—¡Ah! —Parece aliviada—. Dejaron de usar la megafonía en las plantas de los pacientes, pero la siguen usando en Urgencias y en los quirófanos, donde la gente no puede consultar el móvil con tanta facilidad. Pero el sistema sigue ahí por si tenemos una emergencia múltiple.

—¿Qué es eso?

—Una emergencia con varios heridos, como un choque múltiple en la autopista o un incendio en un edificio.

—Entiendo.

—En esos casos, el hospital vuelve a activarlo, porque la gente no puede dejar de prestar atención a sus pacientes para comprobar los mensajes. Así que depende. —Se acerca a la cama y se detiene—. ¿Puedo hacer algo más por ti?

—¿Podrías pedirle al doctor Sokolowski que se pase por aquí? Tengo que hacerle un montón de preguntas.

—No está aquí. Creo que hoy está en el turno de día en Urgencias. No creo que vuelva hasta mañana, o puede que se pase más tarde, después de su turno.

Me entristece pensarlo, me angustia, pero alejo esa idea. Siento la cara caliente en el lado izquierdo. Recuerdo que la luz del sol

atraviesa mi habitación a través de la ventana y me estremezco. Las cortinas deben de estar completamente abiertas.

—¿Podría cerrar las cortinas cuando empiece a anochecer? Hay alguien ahí fuera, un hombre que me ha estado acosando.

Hay un breve momento de vacilación antes de que responda.

—Claro. Jasmine estará aquí para entonces, pero le dejaré una nota. —El portapapeles hace ruido—. Veo que tienes unas pruebas programadas para mañana; un análisis de sangre por la mañana y una evaluación psicológica a las diez.

Algún tiempo después, Isabella se va, y apenas le respondo a sus deseos de que tenga una buena tarde. Mi mente resuena con el sonido de mi propia voz chillona, reverberando sobre fragmentos de memoria como trozos de un espejo hecho añicos. Me veo a mí misma, rota en un millón de imágenes diferentes del mismo terror.

«¡Socorro! ¡Que alguien me ayude...! ¡Deja que me vaya!».

Me veo corriendo, giro la cabeza y vacilo, aterrizo con fuerza contra la pared y luego me alejo. Llego a la puerta e intento abrirla, pero no puedo. Tanteo con la cerradura y vuelvo a mirar detrás de mí, justo a tiempo para ver el brazo levantado sobre mi cabeza, listo para bajar, mientras alguien me mira fijamente a los ojos con una expresión de puro odio. Entonces veo que me precipito hacia el asfalto de mi propia entrada hasta golpearme la cara, antes de que todo mi mundo se oscurezca.

Aparto el recuerdo intrusivo tras buscarlo de nuevo, desesperada por ver la cara de Steve en él, necesitada de oír las palabras que precedieron al golpe.

Me resulta imposible.

Otra pregunta, igual de aterradora, me mantiene atrapada en un torbellino inquieto. ¿Cómo me las arreglé para imaginarme avisos de megafonía con médicos de verdad? ¿O no lo hice? Si las llamadas eran reales, ¿por qué eran tan repetitivas? ¿O lo oí todo una sola vez, pero esos sonidos resonaban en mi mente cada vez que necesitaba algo para tranquilizarme y saber que seguía viva, no sola, en un hospital donde estaba a salvo?

Y si es así, ¿cómo sabía de antemano que necesitarían al doctor Whitting en Urgencias?

Pero ¿por qué iba a fiarme de algo que sale de una mente tan desquiciada?

Mientras intento agarrar el borde del parche de fentanilo con dedos temblorosos, me pregunto por qué no recuerdo nada más distintivo del hospital, aparte de esos avisos por megafonía. No hay olores específicos. No hay personal de limpieza. No hay transeúntes charlando, aparte de esas dos chicas discutiendo sus opciones para comer. No hay pasos fuera de mi puerta ni ambulancias que llegan. Las sábanas parecen las mismas. El agua sabe igual.

Ese maldito cubo de basura y su tapa chirriante también parece igual.

Cuando por fin consigo levantar la esquina del parche y empiezo a despegarlo, recuerdo el aire fresco que desprendían mis visitantes cuando entraban en la habitación, como si acabaran de salir del frío. A menos que mi habitación del hospital estuviera justo al lado de la entrada, eso no tiene sentido.

Obstinada y decidida, despego el parche por completo y lo escondo bajo las sábanas, luego bajo la manga para ocultar lo que he hecho. Nadie puede averiguarlo, especialmente Jasmine, o me pondrá uno nuevo.

Una mosca zumba en la ventana, golpeando el cristal con la cabeza, tratando de liberarse. Eso ya pasó antes, cuando estaba en el hospital. ¿Cómo lo llamó Jasmine? Presión positiva o algo así, para mantener a los bichos fuera de los hospitales. Oírlo me da escalofríos, mientras un nuevo pensamiento aterrador emerge del abismo que hay dentro de mi mente.

¿Y si soy una rehén? ¿Y si nunca he estado en el hospital?

40

El monitor cardíaco que hay junto a mi cama pita, furioso. Siento que no puedo respirar: mi propia impotencia me asfixia. Ojalá pudiera saltar de esta cama y mirar a mi alrededor y averiguar dónde demonios estoy y qué me está pasando. ¿Me estoy volviendo loca? ¿Me he vuelto paranoica o psicótica, o hay alguna otra explicación médica para lo que está pasando con mi mente fracturada?

Lo que más me gustaría es obtener algunas respuestas que sepa que son ciertas. Pero la única persona en la que puedo confiar plenamente es en mí misma. Aunque, tengo que admitirlo, la amenaza de las alucinaciones lo ensombrece todo.

Sé lo que recuerdo, y no es una alucinación. Me atacaron. Recuerdo gritar pidiendo ayuda, correr y el brazo del asesino levantado sobre mi cabeza para golpearme. Recuerdo que me caí al suelo. Mis recuerdos son reales. Todavía siento la oleada de adrenalina, de miedo, que llegó en ese momento tan desesperado. El ardor de mi respiración jadeante me quemaba el pecho.

Mi dolor también es real. Mi cuerpo no me miente. Las punzadas que siento en la cabeza empiezan a aumentar, probablemente debido a que me he quitado el parche analgésico, pensando que me ayudaría a despejar la mente más rápido. Curiosa y asustada al mismo tiempo, me llevo la mano a la nuca, de donde parece emanar el latido. Palpo la venda que cubre esa zona y la golpeo ligeramente hasta que encuentro una zona que me duele mucho. Es un tramo oblicuo de unos diez o quince centímetros, elevado y lleno de baches. Probablemente se trata de una laceración que me han suturado, como dijo el doctor Sokolowski.

Esa herida es real, todo lo real que puede ser. Apenas soporta el peso de mi propia cabeza apoyada en la almohada. Las punzadas son muy fuertes a veces, pero puedo aguantarlas.

Así que esa parte es real; lo he establecido más allá de toda duda. Entonces, después de caer al suelo con la cabeza abierta, ¿qué pasó? La lógica indica que acabé en el hospital. Todo apunta en esa

dirección. Los médicos, las enfermeras, los medicamentos, los análisis de sangre, el equipo médico e incluso los avisos por megafonía; el hecho de haber sobrevivido a esa lesión y estar mejorando. Todo indica que un hospital me acogió y me devolvió a la vida, aunque aún no esté completamente sana.

Lo único que no encaja son esos avisos por megafonía, el hecho de que sean tan repetitivos. Nada más. Esa conclusión me produce escalofríos. ¿No es más probable que haya alucinado con la anomalía de los avisos por megafonía a que alguien haya orquestado un engaño muy elaborado sin ninguna razón evidente?

Podría haber soñado todo el asunto de la megafonía, tengo que admitirlo. Pero mi instinto no se conforma con esa conclusión. ¿A quién puedo pedir ayuda? ¿Y cómo? ¿A quién puedo confiarle mi vida? ¿Y de verdad necesito llamar a alguien o empeoraré las cosas al causar una preocupación adicional por mi cordura?

Los monstruos que se apoderaron de mi mente fueron creados por un cerebro traumatizado e inundado de drogas. Ahora, poco a poco, empiezo a recuperar el sentido. También puedo moverme un poco mejor; parece que mi suposición era correcta. Ese parche analgésico me estaba debilitando. A medida que desaparecen los efectos, las punzadas en la cabeza se vuelven casi insoportables, pero mi fuerza mejora. Es un trueque con el que estoy encantada de vivir.

A lo lejos, alguien tira de la cadena, probablemente Isabella. El depósito se rellena con un silbido multitonal que recuerdo haber oído antes. Por supuesto que ya lo *he* oído antes. Si hay personas alojadas en mi casa para cuidarme, estarán usando las instalaciones y ese es mi inodoro. Debo de haber tirado de la cadena cientos de veces. Mi cerebro luchaba por reconocer los sonidos familiares de mi propia casa a través de la bruma de las drogas. Eso es todo lo que hay; debe de serlo, aunque la línea temporal parezca estar desfasada de algún modo, como si lo hubiera oído cuando aún estaba en el hospital. Pero desde que la niebla empezó a disiparse con esa Coca-Cola, las cosas empiezan a volver a mí, y ahora está todo claro.

El doctor Sokolowski tenía razón. Mi mente debe de haber inventado explicaciones para las piezas de información que faltan. Tapó los agujeros lo mejor que pudo.

Pero mi paranoia es exasperante. Nunca he sufrido de ansiedad, pero supongo que esto es lo que se debe de sentir: una insoportable sensación de pavor que me succiona la vida y me convierte en una ruina disfuncional. Es un infierno.

Un sonido de mi teléfono me recuerda lo impotente que soy en realidad. No puedo disfrutar de un placer tan sencillo como leer los mensajes de texto sin tener que pedir ayuda; sin tener a otra persona al tanto de cada comunicación privada.

Me pregunto si es Denise otra vez. Todavía no se me ocurre por qué me ha enviado un mensaje cuando sabe que no puedo ver. Se lo preguntaré cuando venga. La decisión alivia mi ansiedad solo por un momento, pero en ese tiempo se me ocurre algo.

Vuelvo a bajar el respaldo de la cama hasta quedar casi tumbada y luego me llevo las manos a la cara y busco el borde de la venda que me cubre los ojos. Me cuesta agarrarlo, igual que me pasó antes con la manga y el parche, pero siento que se me da un poco mejor. Puedo levantarla un poco e intento asomarme por debajo. Pero mis ojos se niegan a abrirse; siento los párpados pesados, tapados por la venda.

Pero no me duele nada excepto la cabeza, así que sigo adelante.

Al principio no veo mucho, solo un poco de luz brumosa, una estrecha franja a través de los párpados casi totalmente cerrados. Intento parpadear desdesperada, pero mis párpados no se mueven mucho. El vendaje de la cabeza está muy apretado, y me presiona los ojos con fuerza, pero si miro hacia abajo, veo una fina rendija de lo que hay ahí fuera.

El brillo es insoportable, pero es muy emocionante volver a ver.

Desafiando a la fuerte migraña, fuerzo la cabeza hacia atrás hasta ver si puedo vislumbrar de dónde viene esa luz. Hay un círculo con siete bombillas potentes justo encima de mi cabeza. Las lágrimas me queman los ojos y los cierro por completo; el esfuerzo de mirar fijamente esa luz es insufrible. Al cabo de un rato, cuando dejo de ver manchas verdes contra mis párpados cerrados, vuelvo a asomarme por debajo del vendaje, miro a mi alrededor y muevo lentamente la cabeza de izquierda a derecha.

Estoy en mi habitación, en casa. Reconozco las cortinas, los muebles… Todo excepto el equipo hospitalario que mencionó el

doctor Sokolowski. Hay un carrito con cajones junto a la cómoda, al lado de la ventana. Un monitor cardiaco móvil, colocado sobre un soporte con cinco ruedas, muestra mis constantes vitales en rojo y verde, tal como imaginaba. Cerca de la cama hay un taburete con ruedas y, junto a la pared, una mesita con una bandeja metálica. Mi cama de matrimonio ha sido reemplazada por un armatoste hospitalario blanco con barandillas a ambos lados y un panel de control bastante complicado a la derecha.

Todo lo demás lo reconozco: son los muebles de mi habitación.

Excepto la lámpara del techo: las siete bombillas brillando como el sol sobre mi cabeza. Eso no es mío. Allí arriba había un ventilador de tres aspas, con una suave luz central con regulador de intensidad por control remoto.

He visto esta lámpara en mis sueños. Y por inquietante que sea ese pensamiento, me tomo un momento para reconocer lo que significa.

Puedo ver.

La sensación de alivio que me invade es sofocante y estimulante al mismo tiempo. Es increíblemente liberadora.

Tal vez siempre he podido ver. Puede que abriera los ojos cuando me cambiaron el vendaje y no me acuerdo de nada por culpa de las drogas.

Vuelvo a asomarme por debajo de la venda, como si no pudiera creer que sea verdad. Disfruto al ver el mundo que me rodea, cada pequeño detalle. Incluso ese cubo de basura metálico que no paraba de oír… Ahora también lo veo. El logotipo *es* negro, no rojo. Sonrío, preguntándome cómo lo supe. Parpadeo repetidamente, aunque sigo sin poder abrir del todo los ojos, mientras intento concentrarme en ese logotipo. Las lágrimas eliminan un poco del lubricante y mi visión se aclara un poco más.

No son círculos de riesgo biológico. Son las tres hojas del logotipo de LuxeBin. Es el cubo de basura automático de mi cocina.

Siempre lo ha sido.

Mi subconsciente intentaba decírmelo, con esa obsesión por el logotipo negro, pero no le hice caso.

Y con ese pensamiento, el miedo vuelve como una ola que se abate sobre mí hasta dejarme sin aliento. Tengo que contárselo a alguien.

Debería llamar a alguien, ahora mismo. Frenética, recuerdo a la inspectora que me dijeron que había venido a verme y la tarjeta de visita que me dejó, la del logotipo redondo. «Tiene su número de móvil en la parte de atrás»; eso es lo que dijo el doctor Sokolowski.

Es un esfuerzo enorme, agotador y doloroso, fuerzo la mano a llegar tan lejos. Tengo que girar todo el cuerpo, y las piernas aún no me funcionan. Tanteo la superficie de mi mesilla de noche en busca del pequeño trozo de papel y, al final, lo encuentro. Rozo con la punta de los dedos el gran logotipo redondo de tinta en relieve, lo cojo y lo pongo al alcance de la franja de visión de que dispongo.

En el logo no pone: *«Departamento de Policía de lago Tahoe»*. Lo leo de nuevo, incrédula.

«Alquiler de Suministros Médicos Heal Home».

Cierro los ojos y palpo el logotipo con la punta de los dedos, intentando asegurarme de que es el mismo que he tocado antes; que no estoy delirando o simplemente equivocada.

Es el mismo.

El doctor Sokolowski me mintió.

41

Paso un buen rato preguntándome si debería quitarme el vendaje de la cabeza y terminar con esto de una vez. Saber que puedo ver ha sido liberador y aterrador al mismo tiempo. Pero ¿por qué quería el doctor que pensara que estoy ciega? Debería enfrentarme a él, pero sé que estoy demasiado débil para hacerlo. Él ya podría haberme visto mirar desde la rendija de la venda si sabe revisar los vídeos de seguridad.

Necesito ayuda.

Hasta que pueda averiguar qué está pasando, es mejor que mantenga la venda en su lugar y finja que nada ha cambiado. La decisión no es nada fácil; hace mucho que estoy preparada para deshacerme de esta cama y de toda esta gente. Pero la traición del médico es desgarradora. ¿Por qué me mintió el doctor Sokolowski? ¿Le está pagando Steve para hacerme aceptar la tutela? ¿Es eso? ¿Todo lo que pasa es por esta casa?

Cuando lo provoqué, la voz de Steve tenía un matiz de desesperación. Me di cuenta de lo aterrorizado que estaba ante la perspectiva de que vendiera la propiedad a alguien que no fuera él. Era un hombre totalmente diferente a cuando estábamos juntos, antes de que Mikela entrara en escena; era racional, frío e incluso equilibrado respecto a sus decisiones. Sí, tuvimos nuestros momentos difíciles, cuando los proyectos adecuados no llegaban a su escritorio y soportábamos su decisión de esperar al correcto mientras yo trabajaba para pagar las facturas. A mí me parecía bien, aunque a él no. Algo en este asunto de la casa no cuadra. A menos que crea lo que dijo Mikela, que quiere esta casa y que me echen, porque aquí es donde practicaron sexo por primera vez. En mi cama.

Bueno, tendré que acordarme de prenderle fuego a esa cama, si es que aún está por aquí. La sacaré al patio trasero, la rociaré con gasolina, encenderé una cerilla y la veré arder.

«Porque puedo encender una cerilla, zorra». Un par de días más y también podré encender un mechero.

Satisfecha, empiezo a cerrar los puños en el aire y luego extiendo los dedos todo lo que puedo. Después de un rato, paso a las piernas: intento doblar las rodillas y fuerzo los músculos de los muslos para que trabajen más. Lo consigo, pero tardo una eternidad. Puedo flexionar la rodilla y empujar un poco la pierna hacia arriba.

—Buenas noches, Emma. —Cuando Jasmine entra, enderezo las piernas y dejo las manos a lo largo del cuerpo, esperando que no se haya dado cuenta de lo que estoy haciendo.

—Hola, Jas —digo, jadeando un poco por el esfuerzo que he hecho durante el entrenamiento—. ¿Cómo estás?

—Bien, aunque un poco cansada —suspira mientras se acerca y deja algo sobre la cama. Contengo la respiración; sé que me está mirando. Podría notar que falta el parche—. Tu ritmo cardíaco está un poco alto —dice al cabo de un rato—. ¿Cómo te encuentras? ¿Te duele algo hoy?

—N… no; la verdad es que no. Estoy bien. —Me duele la cabeza y tengo que aprender a mentir mejor. *«Ah, y por cierto, puedo ver»;* ese pensamiento me hace sonreír.

Jasmine no contesta. Está haciendo cosas por la habitación, camina de un lado a otro con una ligera cojera y algún gemido ocasional. Me pellizca la vía y yo me encojo, sabiendo que está ahí, junto a mi brazo izquierdo sin parche. Espero que la manga cubra el delito que he cometido para que no se dé cuenta.

—Estás un poco deshidratada —dice—. He aumentado el suero y te voy a traer un poco de agua. ¿No tienes sed?

—Sí —respondo con entusiasmo, sabiendo que los líquidos ayudarán a eliminar el fentanilo de mi organismo. Cuando me acerca la pajita a los labios, me olvido de disimular y la agarro con dedos temblorosos; luego vacío todo el vaso.

—Muy bien —me elogia con emoción en la voz—. Pronto ya no me necesitarás. —Hace una pausa—. Ese es mi deseo para todos mis pacientes, que dejen de necesitarme.

Me río en voz baja. Entonces recuerdo para quién trabaja y la risa se me apaga en los labios. No puedo confiar en ella. Ojalá se fuera ya de aquí y me dejara en paz.

La cena —puré de patatas y tortilla de queso— está deliciosa y me la

termino enseguida. Pronto necesitaré todas mis fuerzas. Ella sigue guiando mi mano hacia la boca, pero ya puedo agarrar el cubierto con más fuerza y ella se da cuenta. Probablemente podría alimentarme yo sola, si no fuera por esa maldita venda.

—¿Hay alguna posibilidad de que podamos saltarnos el Versed esta noche? —Hay un momento de silencio. Su aliento se posa en mi codo —. Así es como se llama mi sedante, ¿verdad?

—No sé… —responde ella en voz baja—. No se trata solo de un sedante. Previene las convulsiones en pacientes con traumatismo craneoencefálico. Tendría que preguntárselo al…

—No —la interrumpo—. No importa, se lo preguntaré yo misma. Pero no me lo des antes de que tenga la oportunidad de hablar con él, por favor.

Otro momento de silencio.

—Claro. —Recoge algunas cosas, tira la basura y coge lo que había puesto a mi lado en la cama—. Si te duele más de lo que puedes soportar, pulsa el timbre y me ocuparé de ello. ¿Recuerdas cómo se hace?

Mis dedos encuentran el panel de control sin mucho esfuerzo.

—Sí, aquí, ¿verdad? ¿Es este botón?

—Correcto, es ese. Duermo en la habitación de invitados, al otro lado del pasillo, para oírte si me llamas o si la máquina emite una alarma, ¿de acuerdo?

—Sí, muchas gracias. Buenas noches, Jas. Estaré bien, de verdad.

La puerta se cierra tras ella. Escucho atentamente un momento y soy la única que respira en mi habitación. Luego reflexiono un momento mientras revivo nuestra extraña interacción. Nunca había dicho eso antes, ni lo de que el dolor es insoportable ni que dormirá cerca para oírme.

¿Se supone que debo asustarme más de lo que ya lo estoy? ¿Se ha dado cuenta de que me he quitado el parche? Puede que nunca lo sepa. Lo único que espero es que esté tan cansada que se duerma y se olvide del Versed.

Una puerta se abre a lo lejos. Un microondas pita. Al cabo de un rato suena un teléfono y Jasmine atiende la llamada, con voz apagada e indescifrable a través de las paredes. Habla durante unos

diez minutos. Luego, finalmente, cesan todos los ruidos, después de que suene la cadena del inodoro y ese silbido de dos tonos me diga que la cisterna ya está llena.

Una vez que la casa se vuelve a sumirse en un silencio inquietante, cojo el móvil y lo pongo sobre mi pecho, luego levanto el borde de la venda lo suficiente para ver un estrecho tramo de la pantalla para acceder al contacto de Denise. Llamo y me tapo la boca para ocultar el sonido.

—Hola, Emma —dice, probablemente al ver mi nombre en la pantalla de su teléfono—. ¿Cómo estás?

No tengo tiempo para nada de eso.

—Ayúdame, por favor —digo en un susurro apresurado y lleno de pánico. Jasmine o el doctor Sokolowski podrían entrar en cualquier momento—. Tienes que llamar a la policía. Creo que me están reteniendo aquí. Es cosa de Steve. Quiere quedarse con mi casa.

—Pero ¿qué dices? No me lo puedo creer. ¿Estás segura, querida?

—No sabes lo que ha hecho. Llamó a un abogado. Quiere que firme un acuerdo para mi tutela, para poder mudarse aquí con Mikela. Quiere quitarme todos mis derechos. —Empiezo a sollozar y me muerdo el labio para parar—. Y yo no puedo enfrentarme a él; no puedo enfrentarme a todos.

—Ay, cielo… No parece el Steven Wellington que conozco.

—¿No me digas? Y no sabes ni la mitad. —Me callo antes de decirle que Steve intentó matarme. No estoy segura de por qué; tal vez porque todavía no puedo ver su cara en ese recuerdo.

Un pesado silencio me hace preguntarme si Denise cree algo de lo que he dicho. Es difícil hacerlo; en su lugar, probablemente yo estaría igual de sorprendida. *«Venga, por favor»*, pienso, sabiendo que mi tiempo es limitado.

—¿Seguro que no estás dándoles demasiadas vueltas a las cosas? Estás tomando muchos medicamentos y tienes una lesión cerebral, Emma. ¿Es posible que estés imaginando algunos de estos… sucesos?

Un largo y agitado aliento abandona mis pulmones. No me sorprende que piense que me he vuelto loca. A veces, yo también lo pienso.

—Denise, solo te pido una cosa: que confíes en mí. Ayúdame, por

favor. Necesito que me creas ahora mismo.

—Haré unas llamadas…

—Es lo más importante que podrías hacer por mí. Por favor…

—Vale. Dame unos minutos. ¿Puedo llamarte luego?

—Sí. —Cuelgo, asustada de que no confíe en mí. Pero yo sí que confío en ella. Si ha dicho que me va a llamar, lo hará. Bajo el volumen del móvil y espero con los oídos aguzados a que se oiga el más mínimo ruido al otro lado de la puerta.

Cuando suena el teléfono, me sobresalto. Me cuesta un poco aceptar la llamada, mi dedo es torpe y descoordinado, pero al final lo consigo.

—¿Denise? ¿Has hablado con la policía?

—He hablado con tu médico. —Al oír sus palabras, todo mi mundo se derrumba—. Me ha explicado por qué te ocurre esto, y que es perfectamente normal en casos como el tuyo, en los que el cerebro ha sufrido un traumatismo. Dice que no hay dos cerebros iguales y que es difícil predecir lo que va a ocurrir cuando el cerebro se reconfigura tras el traumatismo. Pero me ha dado el número de tu neurólogo, un tal doctor Winslow. Le he dejado un mensaje de voz. Probablemente lo oiga por la mañana.

Las lágrimas inundan mis ojos.

—No me crees —susurro—. Eras mi última esperanza. Y ahora él sabe…

—No he terminado —dice rápidamente—. Me has interrumpido como haces siempre. Mañana a primera hora estaré allí. Yo misma te cuidaré, ¿de acuerdo? Entiendo que todo esto sea aterrador, pero no hagas nada y no digas nada. Descansa un poco y mañana yo me ocuparé de arreglarlo todo.

—Gracias —susurro entre lágrimas. La llamada termina y vuelve el silencio, pesado y amenazador, justo cuando me doy cuenta de que no le he preguntado que por qué me ha mandado mensajes si sabía que no podía verlos. Decido mandarle un mensaje en lugar de llamarla. Así correré menos riesgo de que Jasmine o el doctor Sokolowski me descubran.

Con dedos débiles y temblorosos, abro la aplicación de mensajes.

Lo primero que noto me hace jadear. El mensaje anterior no era de

Denise. Era del ayudante de Steve, Tim, con la noticia de que Steve había desaparecido.

Con un escalofrío, recuerdo que Tim le tiene un miedo mortal a volar.

Nunca habría recogido a Steve en casa por una emergencia en el set. Ocurrió otra cosa. El doctor Sokolowski mintió.

Y ahora Steve ha desaparecido. Según el mensaje de Tim, nadie lo ha visto desde su visita de ayer.

«¿Qué está pasando?».

Me invade el pánico. Desesperada, miro fijamente la pantalla del móvil mientras pienso qué hacer, cómo salvarme.

Jadeando, busco entre mis contactos un nombre de confianza. A continuación, pulso sobre uno y contemplo el atractivo rostro que aparece en mi pantalla. Los recuerdos se agolpan en mi mente; dulces recuerdos de los buenos momentos que pasamos juntos y del amor que compartimos. El avatar me sonríe; el gesto toca los hipnotizantes ojos avellana del hombre.

Al no haber respuesta, la llamada salta al buzón de voz. Escuchar la voz de Adrian en la grabación me remueve por dentro; hay demasiadas emociones encontradas a las que dar sentido. Una sensación de pérdida y añoranza, restos del antiguo amor y también miedo, probablemente ante la idea de volver a hablar con él. Estaría en su derecho de mandarme al infierno.

«Ya estoy allí».

Espero a que suene el pitido y hablo con un susurro entrecortado.

—Hola, Adrian, soy yo, Emma. Sé que hace mucho tiempo y que has pasado página. No me debes nada, pero te agradecería mucho que vinieras por mi casa. Te necesito… Ha ocurrido algo. Por favor, ven.

Después, espero.

42

El tiempo pasa despacio cuando estás esperando.

Para mí, es mucho peor que eso. Tengo miedo del momento en que se abra esa puerta, de quién la atravesará y de cuáles serán sus intenciones. Aún no estoy lo bastante fuerte para defenderme.

La pantalla de mi teléfono me muestra el paso del tiempo. Eso me da estabilidad. Los números que veo en la pantalla digital son mi salvavidas hacia el mundo, hacia la realidad. Sé que son casi las diez de la noche y el silencio absoluto significa que es probable que Jasmine esté profundamente dormida. Imagino que estará aquí hasta mañana, pero hace tiempo que no oigo ningún ruido en la habitación de invitados. Está al otro lado del pasillo y a la izquierda, y tiene su propio baño; el que tiene la cisterna que silba.

Tirar de la cadena será probablemente lo primero que haga cuando se despierte; la oiré y estaré preparada para cuando venga.

Pero ¿dónde está el doctor Sokolowski? ¿No se suponía que se pasaría esta noche con el helado que se ha ofrecido a comprar? Ha dicho que íbamos a celebrar el regreso de mi memoria anterógrada. Sacudo la cabeza con incredulidad, suavemente, porque me duele.

Ya no sé qué creer.

Espero unos treinta minutos más para asegurarme de que no va a venir esta noche, y aprovecho el tiempo para ejercitar las piernas. Porque esta noche necesito hacer algo. No puedo esperar a Denise… No puedo vivir en esta incertidumbre tan aterradora. Tengo que saber…

Mientras cuento los minuciosos ejercicios de piernas que consigo hacer bajo las sábanas, recuerdo el día que conocí a Adrian. Yo era la protagonista de una película de chicas y él era mi coprotagonista. De hecho, nos besamos por primera vez mientras rodábamos esa película, bajo la mirada concentrada y profesional del director. Recuerdo que me sentía culpable por lo mucho que había disfrutado besando a un desconocido.

Vuelvo a pensar en su extraña conversación con Lyle, su obstinado

agente. Y algo más se me revela.

A través de la niebla del tiempo, oigo una voz. Es Lyle, el agente de Adrian, al que le encanta canalizar a Joe Pesci. El recuerdo se arremolina en mi mente, invasivo y odioso y aún incompleto.

—Hazme caso, chaval, firma en esta línea de puntos y el cielo será el límite para Adrian Sera —decía, con la voz ronca, como si fumara dos paquetes al día y bebiera hasta perder el sentido todas las noches—. Diablos, las mujeres harán cola alrededor de toda la manzana para pasar una noche con Adrian Sera.

Adrian había gritado

—¡Ni pensarlo, Lyle! ¡No lo haré! —Parecía bastante decidido para ser un hombre que estaba a punto de hacer exactamente lo contrario unos segundos después.

—Hijo, ¿quieres volver a echar un polvo? Entonces firma el maldito papel. Es tu única oportunidad.

Adrian le dio la espalda y lo despidió con un gesto.

—He dicho que no. Yo no soy así. —Entonces había echado a andar hacia mí y Lyle lo había agarrado de la manga para retenerlo.

—Escucha, nadie puede…

Las palabras de Lyle se desvanecieron con el ruido de fondo. Ahí acaba el recuerdo, la historia inacabada, mis preguntas sin respuesta. Sé que firmó el contrato momentos después, pero lo que se dijo entretanto se me escapa.

¿Por qué demonios importa ahora?

Ojalá este recuerdo me dejara en paz. Solo es un gusano cerebral, nada más. Si viene Adrian, le preguntaré de qué iba esa extraña conversación con Lyle y dejará de atormentarme. Me siento como si fuera importante que resuelva ese misterio de algún modo.

Son casi las once cuando decido que ya he esperado bastante. Elevo el respaldo hasta que estoy erguida y procedo a desenvolver la venda de mi cabeza. Me muevo despacio, con los brazos temblorosos y débiles; mantenerlos en funcionamiento por encima de mi cabeza es una tarea difícil. Cuando casi he terminado, me muevo aún más despacio: la venda está pegada a los puntos de sutura, y eso hace que me estremezca. Se necesita paciencia para desenredarla del pelo sin

tirarme del cuero cabelludo. Cuando se suelta el último trozo, bajo los brazos y los dejo reposar un momento.

A continuación, intento abrir bien los ojos, infinitamente despacio, temerosa de lo que pueda ocurrir. Mis párpados se resisten. Me palpo la cara con los dedos y encuentro trozos de esparadrapo que los mantienen cerrados. Me cuesta despegarlo, pero al final lo consigo. Entonces abro por fin los ojos, familiarizándolos de nuevo con la visión, con la luz de la habitación.

La luz que emite lámpara que hay sobre mi cabeza se ha atenuado; no es tan insoportablemente brillante como antes. Reconozco el mando a distancia del regulador de intensidad, en la mesilla de noche que hay a mi lado, y bajo aún más la luminosidad para darme tiempo a adaptarme.

Luego, con la respiración contenida, desbloqueo y bajo la barandilla lateral izquierda de la cama. Miro el panel de control que hay a mi derecha, hasta que localizo un par de botones con flechas y un gráfico que representa una cama que sube y baja. Pulso la flecha hacia abajo y la cama desciende conmigo, en silencio, hasta que se detiene con un leve pitido. Luego me quito la vía y dejo la aguja colgando suelta del tubo.

Los cables del monitor cardiaco son los siguientes. Antes de despegarlos de mi piel, giro la cabeza y miro la máquina de cerca. No puedo permitirme que suene una alarma porque se desconecte un cable. En la esquina inferior derecha, vislumbro un botón de encendido/apagado. Un momento después, el pitido cesa por fin y me sumerjo en un silencio perfecto y absoluto.

Me giro sobre el lado izquierdo y luego me impulso hasta sentarme. Mis pies tocan el suelo. Me apoyo en él, intentando ver si mis piernas soportan mi peso. No me queda muy claro, pero no tengo muchas opciones. Me agarro a la barandilla y salgo de la cama.

Me tiemblan mucho las rodillas, pero estoy de pie. Tras un largo momento de duda, me suelto de la barandilla y doy un par de pasos, temiendo que me fallen las piernas y me caiga. Pero eso no ocurre. Con los puños apretados, llego hasta el carro con cajones que hay junto a la ventana.

Uno a uno, los abro en silencio para rebuscar su contenido. Uno

está lleno de elementos esenciales para vendar heridas: vendas, compresas, esparadrapo, tijeras y kits de sutura estériles. El de arriba está repleto de medicamentos en pastillas y viales e incluso hay un par de bolsas de suero. Otro cajón está hasta los topes de material etiquetado y envuelto en plástico: tubos endotraqueales, laringoscopios, kits de catéteres de succión e incluso un kit de cricotirotomía. No hay nada que pueda usar.

Tengo suerte en el último cajón, donde encuentro jeringuillas, rellenas con todo tipo de medicamentos, codificadas por colores y organizadas cuidadosamente. Cojo una con la etiqueta VERSED y la sostengo en la mano. Sé lo que hace. Me noquea en cuestión de minutos.

Tras escuchar durante un momento, sé que Jasmine está profundamente dormida. Desde la puerta de mi habitación oigo sus ligeros ronquidos. Con la mayor ligereza posible y pasando la mano por la pared para conservar el equilibrio: avanzo por el pasillo hasta llegar al salón. Desde allí, me cuelo en el despacho y abro el armario.

Dentro del minúsculo espacio, un escritorio alberga un pequeño monitor, un teclado y un ratón con cable. La unidad de control del sistema de seguridad doméstico está instalado en una estantería fijada a la pared. Bajo el escritorio hay un pequeño taburete de tres patas. Lo saco, sin soltar la jeringuilla que tengo en la mano, y me siento, sin importarme el polvo.

El doctor Sokolowski me dijo que la policía se llevó los vídeos más antiguos del sistema de seguridad, los de la noche del ataque. No sé si eso es cierto e incluso si lo es, ocurrió antes de la última visita de Steve. Enciendo el sistema y espero a que el monitor muestre el menú y las imágenes de las cámaras, luego elijo la que cubre la puerta de mi habitación. Retrocedo rápidamente mientras observo los códigos de tiempo cambiar con rapidez; no ocurre nada en la pantalla durante un rato, salvo por una enfermera que debe de ser Jasmine yendo y viniendo, e Isabella antes que ella. Entonces llego al momento en el que el doctor Sokolowski salió de mi habitación. Unos minutos antes, se había marchado con Mikela. Otros minutos antes, con Steve.

Quiero saber qué le pasó. Estoy dispuesta a apostar mi vida a que

Tim no voló hasta lago Tahoe para recogerlo.

Memorizo el código de tiempo y cambio la cámara a la que está fuera de la puerta principal. No sucede nada. Unos minutos después, veo a Mikela salir de la casa, subirse al BMW azul de Steve y marcharse.

Frustrada, vuelvo a las cámaras interiores y elijo la del salón; luego accedo al código de tiempo que he memorizado. Veo al doctor Sokolowski hablando con Steve; ambos parecen alterados y están gesticulando ampliamente, posan y se miran con fijeza. Entonces el doctor Sokolowski parece invitar a Steve a salir por la puerta del patio trasero. Hay algo familiar en el andar del doctor que me inquieta, aunque la imagen es borrosa y distante y se ve desde un ángulo bastante malo. Siento que ya lo he visto antes.

Tal vez lo hice la vez que vi esa lámpara, y no lo recuerdo.

Contengo la respiración y cambio a la vista de la cámara que da al patio trasero. Como si estuviera mirando una película de terror muda, veo que ambos hombres continúan su discusión. Steve se acerca de forma amenazadora hacia el doctor Sokolowski, que da un pequeño paso atrás. Entonces, a la velocidad del rayo, el doctor le da Steve un puñetazo en el cuello.

Jadeo y me tapo la boca.

En la pantalla de baja resolución, Steve se atraganta y cae al suelo, con ambas manos en el cuello mientras el doctor Sokolowski lo observa sin hacer ni un solo movimiento para ayudarlo. Al cabo de un rato, el doctor se acerca y pone el pie sobre la garganta de Steve, presionando hasta que Steve deja de retorcerse y se queda quieto. Aproximadamente un minuto después, tras mirar con detenimiento a su alrededor, el doctor Sokolowski comprueba si Steve tiene pulso en la carótida y arrastra el cuerpo hasta el bosque que hay detrás de la casa. Sale de allí con las llaves del coche en la mano y vuelve a entrar en la casa.

Observo, todavía con la boca tapada, mientras intento controlar mi corazón acelerado. Ahora sé lo que tengo que hacer. Tengo pruebas. Puedo llamar a la policía ahora mismo y terminar con todo esto.

Me agarro al borde del escritorio para apoyarme y me levanto.

Apago el monitor y cuando me doy la vuelta para irme, me quedo paralizada.

Desde la puerta, Jasmine me observa, impávida.

43

—Lo sabía —murmura Jasmine, enfadada, más para sí misma que para mí. Me mira fijamente de pies a cabeza con los ojos abiertos de par en par—. Ay, Señor. Venga, vamos.

Es más alta de lo que había imaginado y también un poco más delgada, pero sigue siendo bastante corpulenta. Lleva un uniforme azul oscuro, un estetoscopio alrededor del cuello y el pelo recogido en un moño hecho con largas trenzas canosas. Se queda con la boca un tanto abierta, consternada e incluso horrorizada.

Estoy acabada.

No estoy lo bastante fuerte como para luchar contra ella ni huir. Aterrorizada, acorralada contra ese pequeño armario, me doy cuenta de que no hay salida, a menos que logre encontrar una.

—Puedo explicarlo. Por favor, no me hagas daño.

—¿Hacerte daño? Yo soy el menor de tus problemas, Emma. Empecé a despegar ese parche porque sospechaba que había algo raro en él; olía raro.

—¿El fentanilo no huele a vinagre? —Las palabras salen de mi boca en un débil susurro, el esfuerzo de hablar me consume casi toda la energía que me queda.

—El fentanilo no huele a nada —dice, cogiéndome del brazo para apoyarse. Me aparto del armario vacilante, aún con miedo de confiar en ella.

—¿Por qué no dijiste nada?

—¿Y hablar mal de un médico? —Me mira, con las cejas enarcadas, pero compungida y avergonzada—. Necesito este trabajo. Mi marido sufrió un derrame cerebral el año pasado y no puedo permitirme que se quejen de mí. Empecé a despegar un poco el parche, esperando notar una diferencia en ti. Y entonces lo sabría, tendría alguna prueba y podría contárselo a alguien. —Sus ojos brillan con lágrimas —. Debería haber avisado a alguien antes. Lo siento mucho…

—Me dijiste que era un buen médico. Nunca dijiste…

Baja la cabeza un momento, avergonzada.

—¿Qué habrías hecho tú en mi lugar? ¿Decirle a una paciente postrada en cama que no conocías a su médico? Debería haber…

—Tenemos que huir —le insisto y tiro débilmente de su mano—. No podemos estar aquí cuando vuelva. —Pienso en lo que podría ocurrir y me estremezco mientras aprieto con más fuerza la jeringuilla de Versed que llevo en la mano.

—¿Puedes andar? —me pregunta, soltándome el brazo—. Tengo que ir a ver a ese tipo de ahí fuera, el del monitor. —Mueve la barbilla hacia la pantalla de la cámara de seguridad que hay detrás de mí—. Todavía podría estar vivo.

—Recuerdas a Steve, ¿verdad? —Mi voz se vuelve fría, teñida de sospecha—. Tienes su número de teléfono. ¿Os pagaba a ti y al médico para que me hicierais firmar esos papeles? —Me escucho y me doy cuenta de que lo que digo no tiene mucho sentido.

Jasmine me mira, visiblemente confusa y con el ceño fruncido.

—Te oí hablar con él, eso es todo. Parecía ser una de las pocas personas que se preocupaba por lo que te pasaba. Me dio su número y me pidió que le llamara si te pasaba algo. Lo juro, eso es todo.

—Pero ¿no dijiste…? —Me callo al darme cuenta de lo borrosa que está mi memoria sobre todo lo que me ha pasado desde que me atacaron—. No importa… Larguémonos de aquí. —Sigue mirándome, sin saber qué hacer—. Sí, puedo andar. ¡Vete!

Sale a toda velocidad por la puerta trasera y entra una ráfaga de aire frío que me hiela hasta los huesos. Estoy descalza sobre el frío suelo y llevo un endeble camisón de hospital que me envuelve el cuerpo al caminar. Me castañetean los dientes y empiezo a sentir los miembros entumecidos; estoy demasiado débil para aguantar un momento fuera vestida así.

Me muevo como un zombi, entro en el armario del dormitorio principal y rebusco en los cajones. Cojo calcetines gruesos de lana, un pantalón de chándal y un jersey, y me los pongo lo más rápido que puedo. La jeringuilla de Versed, sacada de su envoltorio, aterriza en el bolsillo de mi pantalón, pero no estoy dispuesta a soltarla durante demasiado tiempo. Mantengo la mano apretada alrededor del delgado cilindro mientras salgo a trompicones de la habitación.

Mientras me dirijo a la puerta principal, casi me caigo un par de

veces. Sigo mirando por encima del hombro, escuchando cada ruido, temiendo que el doctor Sokolowski vuelva. Las luces de la casa permanecen apagadas, por suerte; por extraño que resulte, ahora me siento más segura en la oscuridad mientras tanteo este lugar familiar, atenta a los sonidos reveladores.

En ese momento, la llave gira en la cerradura de la puerta principal y me quedo inmóvil, a pocos metros de ella. Mantengo la mano en la pared para mantener el equilibrio, demasiado débil para correr y esconderme.

La puerta cruje ligeramente al abrirse.

—¿Emma? —pregunta la fuerte voz de un hombre desde el umbral.

Suena inquietantemente familiar, porque lo es.

—Adrian —digo, con el alivio inundándome el pecho, y corro a sus brazos—. Ayúdame, por favor —suelto de golpe; miro su cara de preocupación y mi historia se escapa de entre mis labios en un revoltijo de palabras—. Me atacaron y acabé en el hospital, pero luego no sé qué pasó. Debe de haber sido Steve, que quiere la casa, pero el doctor me estaba mintiendo. Creo que me están drogando. Por favor, tenemos que irnos enseguida. Mató a Steve. Me matará a mí también.

—Tranquila, Emma, ya estoy aquí. He venido en cuanto he podido. —Sus brazos me rodean los hombros, suspiro y empiezo a sollozar en silencio—. Tranquila, cariño. No contestabas a la puerta y yo aún tenía mi llave. Tenía miedo por ti. Todo va a salir bien.

Me tiemblan las piernas por el esfuerzo, pero puedo apoyarme en Adrian. Él percibe mi debilidad y me sujeta. Apoyo la cara en su pecho mientras recuerdo cómo me sentía en el calor de sus abrazos cuando estábamos juntos: a salvo, amada y protegida.

Me meto la jeringuilla en el bolsillo y le rodeo el cuello con los brazos. Y en ese momento, me envuelve un recuerdo repentino; varias imágenes vívidas desfilan por mi mente como si fueran un rollo de película fuera de control.

Después de que me dejara aquella noche en Los Ángeles, trabajaba por el día y me dormía llorando por las noches. Me quedé en esa casa

de alquiler unas dos semanas para darle tiempo a que me perdonara, para que volviera a casa.

No lo hizo.

Así que me mudé al apartamento de Lexington Avenue de Lisa. Ella estaba rodando fuera de la ciudad, y yo estaba encantada de estar sola mientras lloraba la pérdida del amor que había entre Adrian y yo. Poco a poco, empecé a sentirme mejor. El dolor se disipó en unos días y me sentí con energía, capaz de memorizar mis líneas y de rendir al máximo. Me sentía igual que en Wyoming, donde había achacado mi mejoría al aire fresco de la montaña y a la emoción de trabajar en algo nuevo.

En mi revisión, la doctora se dio cuenta de que no tenía ningún síntoma y se rascó la cabeza. No había ni rastro de fibromialgia, solo una fuerte sospecha de que me habían drogado. Cuando se ofreció a analizarme el pelo en busca de restos de toxinas, acepté sin dudarlo, pero luego esperé los resultados con una fría garra de hierro apretándome el corazón.

Si la prueba era positiva, solo podía significar una cosa.

Me separo lentamente del pecho de Adrian, confusa y aturdida, mientras los recuerdos se agolpan en mi mente. El fino aroma a albahaca picante y cuero me inunda las fosas nasales ahora que mis lágrimas se han secado, y recuerdo la primera vez que lo olí: fue en la oficina del productor, en el rodaje de *Amor de verano,* el primer día de rodaje. El recuerdo intrusivo cae en cascada sobre mí, pero se completa por fin con las piezas que faltan del rompecabezas mientras lucho por respirar.

—¡No lo haré! —gritaba Adrian, fulminando con la mirada a su agente.

—Hijo, ¿quieres volver a echar un polvo? Entonces firma el maldito papel. Es tu única oportunidad.

Lyle le clavó el dedo en el pecho a Adrian, pero este lo apartó con un gesto de la mano; parecía un poco avergonzado.

—He dicho que no. Yo no soy así. —Entonces echó a andar hacia mí con una tímida sonrisa.

Lyle había agarrado la manga de Adrian y lo había retenido.

—Escucha, nadie puede pronunciar tu nombre, chico; nadie *quiere* hacerlo. Preguntémosle a esa hermosa joven con quién preferiría salir: ¿con el romántico Adrian Sera o con el nada atractivo Adrian Sokolowski?

Ahora sé el motivo de la discusión y por qué tenía que recordarlo. Mi Adrian solía ser Adrian Sokolowski.

El recuerdo me hiela hasta los huesos.

No me he acordado de eso hasta que he revuelto mi mente una y otra vez para destapar esa información enterrada. Debió de escaparse de mi mente ese día, ya que era un dato irrelevante sobre un hombre al que aún no conocía. Pero sí recuerdo que, más tarde, cuando me dio la mano y se presentó, lo hizo como Adrian Sera.

Probablemente hay más cosas que no sabía, empezando por el hecho de que era un médico que había preferido actuar a ejercer la medicina. Nunca me lo contó.

Temblando, me aparto de él, y retrocedo hasta chocar contra la pared.

—¿Por qué, Adrian? ¿Por qué me estás haciendo esto? —Él no dice nada, solo me mira. El cálido brillo de sus ojos se desvanece, dejando tras de sí el frío de una mirada mortífera.

En esa fracción de segundo entre mi pregunta y su respuesta, más recuerdos olvidados se agolpan en mi mente e impactan contra mí.

44

Todo empezó con ese maldito acosador.

Estaba haciéndome la cena, esforzándome por preparar algo más que un sándwich, un par de meses después de que Adrian y yo rompiéramos. En mi caso, vivir sola me lleva a cenar comida de microondas frente al televisor y a tener una cintura que no puedo permitirme en la profesión que he elegido. Había picado todos los ingredientes para una ensalada griega y estaba esperando a que terminaran de cocerse unos huevos para añadirlos como ingrediente adicional. Me asomé tras las cortinas cerradas y lo vi ahí fuera, junto al álamo. Era la primera vez que veía al acosador desde la noche en que Adrian me había dejado en Los Ángeles.

Nevaba ligeramente y no hacía demasiado frío, pero aún estábamos bajo cero; la nieve se asentaba en el suelo. Llevaba la sudadera gris que yo había llegado a reconocer y temer, con la capucha levantada y los ojos ocultos bajo el borde. Una bufanda negra, enrollada alrededor del cuello, le cubría la boca y la nariz. Estaba cruzado de brazos y los pies, calzados con pesadas botas, estaban un poco separados, como si fuera un soldado o un policía.

La rabia que había sentido en Los Ángeles resurgió. Esa vez estaba en mi propio patio trasero; quería que lo atraparan. Necesitaba que eso se terminara para siempre.

A pesar de mi enfado, me lo pensé un par de minutos. No podía llamar a la policía; ya lo había hecho dos veces. Cada vez que los oía venir y desaparecía, y yo me quedaba con cara de tonta. No iba a gritarle desde la puerta, como había hecho en Los Ángeles, y así darle tiempo de sobra para que se esfumara. No… Quería creer que podía ser más inteligente, aprender de mis errores.

En primer lugar, abrí las cortinas solo un centímetro para mantener su atención centrada en ese resquicio de luz, con la idea de que pudiera verme al pasar. Después, atravesé la casa, me escabullí por la puerta principal y avancé a lo largo de la pared hasta que lo tuve a la

vista. Utilicé la cobertura del seto lateral para acercarme un par de metros a él.

Cuanto más me aproximaba, más dudaba de que fuera una buena idea, pero ya no había vuelta atrás. Había dejado de tener miedo, así que abandoné la protección del seto y me puse de puntillas con cuidado, acortando la distancia hasta que pude tocarlo.

Le di un golpecito en el hombro.

—¿Me buscabas? —dije. Él se dio la vuelta, visiblemente sobresaltado. Una ráfaga de viento atrapó su capucha y la echó hacia atrás. La bufanda se soltó y le dejó al descubierto la boca. Atónita, retrocedí tambaleándome—. ¿Adrian? ¿Qué demonios…?

No dijo ni una palabra; su silencio era más amenazador que cualquier cosa que hubiera podido decir. Caminó hacia mí mientras yo retrocedía hacia la puerta trasera, olvidando que estaba cerrada con llave. Cuando me acordé, me detuve. Me di media vuelta y corrí tan rápido como pude hacia la entrada principal.

Conseguí entrar y casi había cerrado cuando puso el pie dentro y la bloqueó. Empujó la puerta y me solté, incapaz de resistirme a su fuerza. Corrí hacia el salón mientras él giraba el pestillo para cerrar tras de mí.

—¡Emma, para! —gritó—. Deja que me explique.

Entré a trompicones en la cocina, con los zapatos mojados resbalando en las baldosas. Me agarré a la encimera para apoyarme y busqué el teléfono.

—Voy a llamar a la policía. Vete, Adrian, déjame en paz. —Él se quedó de pie, cerca de la ventana, mirándome con una intensidad que no podía soportar. Era como si sus ojos me taladraran el cerebro y agotasen mis fuerzas—. Sé lo que hiciste —solté en un arrebato corto y sin aliento, como si intentara romper el hechizo de aquella mirada petrificante—. Me envenenaste. La doctora dijo que era curare, un agente paralizante. Me lo dabas en pequeñas cantidades, lo suficiente para debilitarme. ¿Por qué, Adrian? ¿Por qué me acosas?, ¿por qué haces todo esto?

—Porque te quiero, Emma. Y porque eres imprudente, egoísta y una descerebrada con tu propia seguridad; comes lo que quieres, haces lo que te da la gana y sales a beber con tus supuestas amigas. Te

pavoneas delante de borrachos, pervertidos y toda la escoria que hay por ahí. Por eso.

¿Otra vez con eso? No podía creer lo que estaba oyendo, pero no dejé que se me notara. Había algo en él que me asustaba.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, solo para que siguiera hablando hasta que se me ocurriera qué hacer, porque entendía a la perfección cuál era su problema. No podía manejar a una mujer que tenía mente propia.

Levantó los brazos y los dejó caer en un gesto de frustración e incredulidad.

—¿Recuerdas cuando saliste con Lisa y con otras dos mujeres? «Noche de chicas», creo que lo llamaste, pero solo erais cuatro mujeres vestidas como putas, bebiendo. Te observé desde el otro lado de la calle para asegurarme de que estuvieras a salvo. Entonces llamaste a un taxi. —Suspiró y me miró como si fuera un niño pequeño al que se le ha derramado la leche—. ¡A un maldito taxi! —Hizo una pausa—. Ahora eres famosa, Emma; no puedes ir sola en coches de desconocidos. Quién sabe lo que podría pasar. Los hombres no son como tú piensas.

Su explicación alimentó mi rabia.

—¡Me has mentido! *Sabías* lo asustada que estaba de ese acosador. Me *querías* asustada, amargada y encerrada en casa como una prisionera. —Caminaba de un lado a otro en el mismo sitio, desesperada por encontrar una salida sin conseguirlo—. Por el amor de Dios, fuiste conmigo a la policía cuando presenté la denuncia contra el acosador. ¡Contra *ti!* —Apunté al aire con el dedo, pero él no reaccionó, se limitó a mirarme fijamente.

Tenía la mandíbula apretada, los músculos tensos bajo la piel y sus ojos eran fríos como el hielo, como los de una serpiente.

—No tenía elección. Eres una irresponsable redomada. Pensé que no te vendría mal ser más precavida. Lo único que quería era cuidarte, protegerte y que estuvieras a salvo. ¿De verdad era tan horrible?

Una oleada de emociones me hizo tartamudear; no tenía palabras.

—Yo… ¿Eso es lo que piensas?, ¿que soy una irresponsable? Bueno, pues entonces, me alegro de que hayamos terminado. Y ahora,

márchate de una vez. No eres más que un enfermo asqueroso, delirante y manipulador. Necesitas ayuda.

—Emma, no —dijo, acortando la distancia que había entre nosotros con tres zancadas grandes. Di la vuelta a la isla de la cocina y me dirigí hacia la puerta, corriendo tan rápido como pude. Cuando miré por encima del hombro, vi que agarraba el atizador de la chimenea y lo levantaba, listo para atacar.

Iba a matarme. Lo vi en esos ojos aterradores.

—¡Socorro! ¡Que alguien me ayude…! ¡Deja que me vaya! —chillé, sin dejar de correr, tocando la pared para mantener el equilibrio, vacilando cuando me volví para mirar por encima del hombro.

Estaba ganando terreno con rapidez. No veía el atizador ni sus manos ni la expresión de su cara; solo la mirada mortal en sus ojos que se grabó a fuego en mi mente. Era una mirada intensa, inquebrantable, sin emoción. Sus ojos estaban fijos en mí, como si no me vieran; fríos, penetrantes y decididos.

Llegué a la puerta principal e intenté abrirla, pero no pude. Chillando, tanteé la cerradura, tiré de la manija para abrir y me volví para mirar de nuevo detrás de mí, justo a tiempo para ver que el brazo levantado por encima de mi cabeza empezaba a bajar. Entonces vi cómo me precipitaba hacia el asfalto de mi propia entrada hasta golpearme la cara, antes de que todo mi mundo se oscureciera en un estallido de estrellas.

El recuerdo todavía resuena en mi mente cuando Adrian al fin responde.

—Porque te quiero demasiado como para quedarme de brazos cruzados y ver cómo te destruyes cuando yo puedo cuidar de ti.

Me quedo con la boca abierta por la incredulidad. No voy a repetir la misma conversación que tuvimos aquella noche. Ya sé cómo termina, con mi cabeza abierta y yo, muerta.

En lugar de eso, trago saliva y me fuerzo a sonreír.

—Ah… Yo también te quiero, cariño. Te he echado mucho de menos.

La dura línea de su mandíbula se suaviza un poco y sus ojos se llenan de calidez. Le sostengo la mirada con firmeza mientras cuelo la mano en el bolsillo y agarro la jeringuilla de Versed.

En ese momento, la puerta trasera se abre de golpe y Jasmine entra estampando las botas contra el felpudo.

—Está muerto. Lo siento…

—¡Corre! —grito, pero no es lo bastante rápida. Durante un precioso instante, se me queda mirando, confusa. Entonces ve a Adrian abalanzarse sobre ella y grita, pero él es muy rápido; la agarra por el cuello y le golpea la cabeza contra la pared con un ruido repugnante. Jasmine cae al suelo como si fuera una marioneta inerte.

Adrian cierra la puerta de una patada y se frota las manos.

—De todas formas, no era tan buena. No ha seguido la pauta de medicación para salvar su vida. —Su breve risa de psicópata me hiela la sangre.

Yo seré la siguiente.

No puedo huir. No hay escapatoria. Los dos segundos que necesitaría para hacer una llamada a la policía son dos segundos que no tengo. Lo miro con toda la cordialidad de la que soy capaz, mientras, en el fondo del bolsillo, lucho por quitarle el capuchón a la jeringuilla con los dedos.

—Tengo un poco de hambre —digo—. ¿Por qué no preparamos algo?

Él ladea la cabeza de forma casi imperceptible y una sonrisa torcida se dibuja en sus labios.

—Debes de pensar que soy idiota. —Su mirada se clava en mí por un momento y luego se abalanza sobre mí. Me agarra por la cintura y me levanta en el aire; tengo los brazos débiles para luchar contra él.

—¡Por favor, bájame! —grito—. Por favor, Adrian, te lo ruego.

—Te voy a bajar, no te preocupes. —Me lleva al dormitorio y me deja caer en esa horrible cama.

Empieza a apartarse, pero le pongo las manos detrás del cuello y entrelazo los dedos.

—No, no te vayas. Te quiero. Puedo demostrártelo.

Eso llama su atención.

—¿De verdad? Oigamos lo que tienes que decir.

Sentada erguida contra las almohadas, le suelto el cuello, deslizo la mano dentro del bolsillo y agarro la jeringa.

—Incluso después de que los médicos me dijeran que me habían envenenado, nunca le dije a nadie quién había sido. Nunca dije una

palabra, porque lo entendí todo, Adrian. *Te* entendí. Comprendí lo que yo significaba para ti.

Se sienta a un lado de la cama y me lanza una mirada larga y escrutadora. El corazón me late en el pecho. El sudor amenaza mi presa sobre la jeringuilla.

—No te creo —acaba diciendo—. Sé que no le dijiste nada a la policía sobre mí; pero sé que quieres que me vaya, que desaparezca de tu vida.

—¿Por qué dices eso?

—Después de Wyoming, te morías de ganas de alejarte de mí. Querías volver a Tahoe, ¿recuerdas? No me digas que ahora de repente ha cambiado todo. —Se levanta y se acerca al carrito con ruedas, el que contiene todos los medicamentos—. Ya es hora de dormir, Emma. Es tarde y tengo que madrugar. Mañana comenzamos la segunda temporada de mi serie.

Salgo de la cama en silencio y me acerco a él, pero lo nota y se da la vuelta. Le agarro del brazo, pero me empuja con tanta fuerza que me estampo contra el suelo, sin aire en los pulmones. Tardo un momento en combatir el mareo. Me duele todo el cuerpo y me late tanto la cabeza que no veo bien. Con un gemido de dolor, consigo sacar la jeringuilla del bolsillo y le clavo la aguja en la pantorrilla, empujando el émbolo tan fuerte como puedo.

Grita y se vuelve para mirar la jeringuilla; la aguja aún está clavada en su pantorrilla hasta la empuñadura. La saca y se queda mirándola mientras yo me retuerzo hacia atrás en el suelo, alejándome de él todo lo que puedo. Brama de rabia y viene a por mí, pero me meto debajo de la cama. Se balancea un par de veces, pero solo consigue cogerme la pierna. Alarga la mano, me agarra y empieza a tirar de mí.

Pero entonces me suelta, me mira incrédulo y murmura algo que no consigo captar. Luego se arrodilla y cae de lado, respirando con dificultad.

Me alejo hasta llegar a la pared.

Al cabo de un rato, reúno el valor suficiente para acercarme a él. Está luchando contra la somnolencia causada por el Versed y va perdiendo: le pesan los párpados y tiene la boca ligeramente abierta.

Miro fijamente al hombre del que solía estar enamorada y me estremezco. Nunca vi venir nada de lo que ha hecho.

—¿Por qué? —pregunto en voz baja, insegura de que aún pueda oírme. Me corren las lágrimas por la cara, pero no me molesto en secármelas—. Me cegaste y me paralizaste… ¿Por qué me torturaste así?

Intenta sonreír mientras se duerme.

—Mi dulce Emma…, sabes que tenía que hacerlo. No tuve elección. No podía dejarte morir.

45

No podía quedarme ahí viendo cómo Emma moría. No importaban las consecuencias.

Durante un tiempo, caminé inquieto cerca de ella, haciendo todo lo posible por ignorar los suaves sollozos que salían de sus pálidos labios, deseando poder levantarla y consolarla, abrazarla fuerte entre mis brazos y llevarla adentro para que estuviera caliente y a salvo. En lugar de eso, recorrí el camino de entrada como un animal enjaulado, considerando mis limitadas opciones. ¿Y si pedía ayuda y luego destruía el teléfono antes de que pudieran rastrearlo? Pero ahora rastrean esas malditas cosas en tiempo real. Entonces, ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Qué mentira podría contar para explicar mi presencia allí?

Mientras caminaba cada vez más rápido, desgarrado por mi propia indecisión, empecé a darme cuenta de lo que sentía en mi interior; cómo el olor metálico de su sangre me llenaba de un anhelo indefinido, lo profundamente preocupado que estaba por el cuerpo vulnerable que yacía a mis pies, el poder que yo tenía sobre su existencia.

En ese momento, en el filo dentado entre la vida y la muerte, ella era completa y absolutamente mía. Y me gustaba el poder absoluto que tenía sobre ella y que podía seguir teniendo. Pasaría de villano —el hombre que atormentaría sus pesadillas para siempre— a héroe; al hombre del que podría enamorarse de nuevo. Las personas que la visitaban al principio dejarían de venir; se sentirían demasiado culpables por su propia salud y felicidad como para querer estar en la misma habitación que ella. La abandonarían, y yo sería el único que me quedaría a su lado.

Mi dulce Emma.

Mía, para tenerla y sostenerla.

Mía para siempre.

Y así, la solución a mi problema empezó a formarse en mi mente, de la manera en que una simple idea puede convertirse en un guion

y luego en dos horas de película. Una escena cada vez, pulida, perfeccionada y unida sin fisuras a la siguiente. Y a continuación, un viaje en el que la ilusión y la realidad se mezclaban y entrelazaban.

Saqué el teléfono y miré la hora. En noviembre oscurece pronto, pero apenas eran las cinco y media. Aún tenía tiempo.

En lugar de al nueve, uno, uno, llamé al mayor proveedor de suministros y equipos sanitarios a domicilio de la zona.

—Heal Home*, ¿en qué puedo ayudarle? —La voz al otro lado de la línea era dulce, ansiosa y dispuesta a complacer.*

—Soy el doctor Adrian Sokolowski, con número de licencia A 054421. Tengo una paciente dada de alta a cuidados domiciliarios tras un traumatismo craneoencefálico. Necesito que me entreguen varios equipos esta noche y también algunos suministros. Le doy la dirección.

—Por favor, espere, doctor Sokolowski. —Tardó menos de un minuto en comprobar mi licencia—. Veo que llama desde el número que consta en el Colegio de Médicos. ¿Qué necesita?

Miré los dedos de Emma; apenas se movían ya. No podía perder ni un segundo.

—Necesito una habitación de hospital completa: cama ajustable con colchón, monitor cardiaco, carros de suministros de emergencia totalmente equipados… Todo lo necesario.

—Entendido. ¿Qué más?

—Material básico para el cuidado de heridas traumáticas para dos semanas: gasas en rollos y almohadillas, cinta adhesiva, agentes hemostáticos, kits de sutura con suturas absorbibles y no absorbibles 3.0, y también un par de conductores de agujas.

—Tomo nota. —La oía teclear rápidamente; debía de ser muy buena en su trabajo.

Estaba muy concentrado, apremiado por el tiempo. Temía que muriera allí mismo, a mis pies, mientras yo intentaba salvar su vida y la mía.

—Líquidos intravenosos: Ringer Lactato y solución salina normal. Yo diría que unos diez litros de cada uno.

—¿Y qué más?

—Algunos medicamentos y ya está. Midazolam: nombre comercial, Versed. Necesito veinticinco viales de la concentración de dos miligramos para la sedación de procedimiento. Añada diez jeringas precargadas. Agentes bloqueantes neuromusculares; por ejemplo, bromuro de rocuronio; veinte viales de la concentración de diez miligramos por mililitro. Añada dexametasona, marca Decadron, veinte viales inyectables de cuatro miligramos por mililitro; y parches transdérmicos de fentanilo, en concentraciones de veinticinco y cincuenta microgramos por hora, también veinte unidades. Eso es todo por ahora.

Le di un momento para que terminara de teclear.

—¿Cuándo puedo tenerlo?

—Mañana a las…

Miré a Emma y el miedo me estranguló.

—No, eso no es posible. Lo necesito todo de inmediato.

—Doctor, lo siento, pero no podemos… Nuestros transportistas se van en diez minutos.

—Bueno, pues deténgalos. Si la paciente tiene que pagar más, lo hará.

Se produjo un interminable momento de silencio.

—Déjame ver qué puedo hacer.

Esperé impaciente, agachado cerca de Emma, con los dedos en su pulso extremadamente débil.

—Muy bien, doctor, lo tendrá todo dentro de una hora. Habrá un recargo del quince por ciento en todo el pedido.

—Es usted increíble —le dije, y colgué.

Observé con ojo crítico el tamaño del charco oscuro que había cerca de la cabeza de Emma. Había perdido demasiada sangre. Levanté su cuerpo del suelo y entré corriendo en la casa. De camino al dormitorio de invitados, saqué algunas toallas del estante del baño. La tumbé en la cama y le levanté la parte superior del cuerpo con almohadas y toallas. Luego humedecí una y la sostuve contra la parte posterior de su cabeza, aplicando presión, con la esperanza de que la hemorragia se detuviera.

No fue así. Necesitaba algo para que se mantuviera en su sitio mientras yo salía a limpiar la sangre del camino de entrada antes

de que llegara la entrega de Heal Home. *Pensé que no pasarían por alto un charco de sangre en el lugar de una entrega urgente. La policía invadiría el lugar en cuestión de minutos y yo no podía permitírmelo.*

Rebusqué en los cajones del armario de Emma hasta que encontré algo que podía utilizar para ejercer presión sobre la herida: un pañuelo de seda blanco. Se lo até alrededor de la cabeza, sobre la toalla que tenía la nuca y de la frente. Acomodé las almohadas y el pañuelo se deslizó sobre sus ojos.

Así fue como se me ocurrió la idea.

Podría estar ciega durante un tiempo, lo que le daría la ocasión al Versed para que hiciera su magia.

El midazolam obra milagros en pacientes con lesiones cerebrales, ya que evita convulsiones y los mantiene cómodos mientras se recuperan; pero no fue por eso por lo que pedí suficiente Versed para un mes. Tiene un efecto secundario interesante: la amnesia anterógrada. Mientras el Versed goteara en las venas de Emma, no recordaría nada: ni lo que pasó ni cómo llegó a estar en esa cama de hospital. Ni siquiera mi voz. Con suficiente Versed, olvidaría el incidente por completo; el recuerdo se borraría de manera permantente de su cerebro. Entonces podría enamorarse de mí de nuevo. Ya lo había hecho una vez, ¿no?

Apreté el pañuelo sobre los ojos de Emma y atenué las luces. Luego salí con las dos botellas de agua oxigenada que solía guardar en los armarios del baño, agradecido de que Emma no las hubiera tirado cuando me fui. Las vacié sobre la mancha de sangre y dejé que el oxígeno hiciera su magia. Me llevó unos treinta minutos rociar, esperar y escuchar el chisporroteo del peróxido sobre el asfalto, pero al final, lo único que quedaba era un tenue tono rosado sobre la nieve acumulada en el borde del césped.

A continuación, quemé mi ropa ensangrentada en brasero, después de ponerme unos pantalones de chándal y una camiseta holgados de Emma. Me quedaban ceñidos y cortos, pero no estaban manchados de sangre, y eso era todo lo que necesitaba.

Pasó otra media hora más o menos y recibí a los repartidores. Los trabajadores, profesionales y rápidos, lo instalaron y lo probaron

todo, y me ayudaron a trasladar la cama de matrimonio en la que solíamos dormir al pequeño dormitorio que había al final del pasillo. Firmé el pedido después de asegurarme de que lo tenía todo, les di una generosa propina y me despedí de ellos.

Cuando el camión se alejó, me apresuré a entrar. Había mucho trabajo por hacer. Comencé por trasladar a Emma al dormitorio principal, donde la cama nueva ya estaba hecha, con un colchón nuevo y sábanas hospitalarias recién desempaquetadas. Me lavé las manos y me puse guantes quirúrgicos, luego la conecté a una vía intravenosa de Ringer, con el goteo más rápido, para ayudarla a reponer el volumen de sangre perdido. Le limpié la herida y la suturé con cuidado. Por último, le apliqué lubricante ocular y le cerré los párpados con cinta adhesiva, como se hace con los pacientes sometidos a cirugía para evitar que la sequedad dañe la córnea.

La venda que le envolvía la cabeza fue el toque final. Entonces todo lo que podía hacer por ella era sentarme y esperar, dejar que su cuerpo hiciera el trabajo pesado. Estaba demasiado débil para empezar a administrarle rocuronio y reducir aún más su tono muscular: podría provocarle una insuficiencia respiratoria si se hacía demasiado pronto; pero le puse un parche de fentanilo en el brazo. No tenía sentido que sufriera dolor. Por la mañana, le añadiría un poco del agente paralizante, lo suficiente para mantenerla inmóvil. Por último, añadí un vial de Versed a su vía.

Ella descansaba cómodamente, pero a mí me quedaba mucho trabajo por hacer. Lo primero que hice, cuando me atreví a dejarla sola un rato, fue colarme en el Baldwin Medical Center con bata, mascarilla y un estetoscopio colgado del cuello. Nadie me prestó la menor atención cuando fui derecho al tablón de mensajes del personal y pegué allí un anuncio en el que ofrecía a los enfermeros de Urgencias un trabajo en atención domiciliaria. «Llama a cualquier hora», decía el anuncio y, a continuación, el número de un móvil prepago que había comprado en Internet hacía un tiempo, cuando empecé a seguir a Emma.

Antes de tener que marcharme al día siguiente, tenía a dos enfermeras en fila, que se apuntaron a la atención domiciliaria. A

ambas se les informó de que la paciente había sufrido una agresión en su domicilio y que le habían dado el alta recientemente. Lo mejor para ella sería no decirle que ya no estaba en el hospital. Tenía que creer que estaba a salvo. Se lo creyeron e incluso derramaron alguna lágrima.

A las seis de la tarde, todo estaba listo para que la primera enfermera se presentara a trabajar. Se instaló una nueva lámpara en el dormitorio principal para dar la luz adecuada cuando viniera a visitar a mi dulce Emma. Ya había cámaras de vigilancia instaladas en la habitación y en el pasillo; yo había vivido ahí... Sabía dónde estaban las cosas. Añadí seis monitores y los conecté al sistema de seguridad de la casa. Lo preparé todo en el dormitorio pequeño, donde me refugié, durmiendo en el colchón de la que solía ser nuestra cama. El toque final fueron un par de altavoces en miniatura escondidos en la habitación de Emma para reproducir los anuncios por megafonía que había grabado con el teléfono en la sala de Urgencias del hospital la noche anterior. Pensé que la calmarían cuando estuviera sola y pareciera agitada.

«La gente ve lo que quiere ver», dice la regla de la percepción motivada, o su pariente cercano, el sesgo de confirmación. Sabía lo que pensaría Emma. Sabía lo que pensaría todo el mundo.

Cuando se despertara, se sentiría mucho más segura al saber que estaba en un hospital, atendida por un equipo de profesionales, a salvo y protegida. Ella no esperaría nada menos que eso, y yo quería que tuviera la experiencia hospitalaria y la tranquilidad que le aportaría, hasta que pudiera averiguar qué recordaba, si recordaba algo.

Aunque no lo hice de forma totalmente desinteresada: orquestar todo eso por su bien me emocionaba, la sensación de poder absoluto sobre su realidad era muy estimulante. Yo era el ilusionista por excelencia, distorsionaba realidades y líneas temporales, permitía que todos vieran y sintieran con exactitud lo que yo había planeado para ellos. No había límite, porque la gente ve lo que quiere ver. Siempre.

Quería que la visitaran otras personas, para tranquilizarla y asegurarme de que ninguna le causaría problemas. La misma

historia triste también funcionó con ellos, y nadie se atrevió a contarle a Emma que estaba en casa antes de que yo les dijera que podían hacerlo. Cuando miento, lo hago bien: que sea medio verdad, que encaje para todos y, además, le pongo una gruesa capa de barniz emocional para que la gente lo crea rápido, antes de que tener la oportunidad de pensar. Siempre funciona.

Mi único problema era Lisa, que había pasado suficiente tiempo con nosotros como para reconocerme, incluso con la mascarilla quirúrgica que llevaba todo el tiempo y hablando con la voz más suave y profunda del doctor Sokolowski, con ese acento polaco que tan bien pega con el nombre. Pero conseguí solucionarlo al dejar que las enfermeras se ocuparan de ella. En cuanto a ese engreído, presuntuoso hijo de puta, Steve Wellington, me miró como si no existiera y solo vio lo que quiso ver: a un doctor insolente que se interponía en su camino. Aunque hubiera dirigido dos de las películas en las que había actuado.

El montaje, el guion, la escenografía… Todo era una obra maestra. Y aun así, no fue suficiente.

Emma debería haberme recibido en su vida con los brazos abiertos una vez que mejorara, pero no conseguí controlarla bien. No anticipé lo fuerte que era ni lo decidida que estaba a luchar contra mí y las adversidades de su realidad. No imaginé que esa enfermera sería tan tonta de olvidarse de añadir el Versed a su vía.

Todo lo que hice mereció la pena, porque le salvó la vida. Habría muerto esa noche de no ser por mí.

Si me hubiera dejado cuidar de ella, podría haberla hecho tan feliz…

Mi dulce Emma. Mía, para siempre.

46

—Era rocuronio —dice Jasmine. Está sentada en el sillón de piel que hay detrás de la mesa de mi despacho, con una bolsa de guisantes congelados en la cabeza; es lo más parecido que se me ha ocurrido a una compresa fría.

Me cuesta un poco, pero consigo abrir una lata de Coca-Cola y me la bebo con ansia. Es la segunda que tomo y ya noto los efectos. Mi fuerza no es lo que era, pero al menos puedo funcionar.

—¿Qué? —pregunto un poco distraída mientras abro el pequeño armario donde se aloja el sistema de seguridad y tomo asiento en el taburete de tres patas.

—El olor a vinagre de tu parche; provenía del rocuronio, un agente paralizante. Es una forma sintética de curare, ¿lo sabías?

«Curare otra vez. Por supuesto».

—No tenía ni idea.

—No tenía por qué dártelo; se usa para otras cosas.

—¿Por ejemplo? —Enciendo la pantalla y espero a que se cargue.

—Anestesia general, intubación..., ese tipo de cosas. Supongo que no quería creerlo. Emma, lo siento mucho. Al principio no lo olía; fue cuando empecé a levantar el parche. Solo tenía curiosidad por saber si mejorarías más rápido sin el fentanilo. No imaginaba que alguien pudiera hacer lo que él hizo.

—Nadie podría. —No pienso en Jasmine; no le guardo rencor por nada de lo ocurrido. Si acaso, le estoy agradecida. Me despegó la esquina del parche y eso me ayudó a recuperarme más rápido. A ver que era posible—. ¿Sigues bien?

—Sí, cielo, no te preocupes por mí. No me ha partido el cráneo, aunque lo ha intentado con todas sus fuerzas. —Se ríe y le da la vuelta a la bolsa de guisantes—. Por cierto, acabo de comprobar sus credenciales en Internet. —Levanta el teléfono y lo sacude delante de mí—. Estudió Medicina en California, pero suspendió la residencia. Nunca ejerció después de eso, se dedicó a la actuación.

La parte de la actuación la conocía. De todo lo demás, no tenía ni

idea.

Es como si aquel día, cuando Adrian había aceptado firmar aquellos papeles, hubiera dejado atrás toda una persona, no solo un nombre.

Le pregunto a Jasmine si puede darme algo de tiempo para ver las imágenes de seguridad antes de llamar a una ambulancia; antes de que el mundo entero se venga abajo.

Cuando se enciende la pantalla, me encojo de miedo por lo que estoy a punto de ver. Elijo la vista exterior y retrocedo hasta el momento en que Adrian intentó matarme. Me veo irrumpir por la puerta abierta, corriendo. Levanta la mano, me golpea y yo me caigo sobre el asfalto, sin moverme más.

Entonces lo veo pasearse, acercarse a ver cómo estoy y se pasea un poco más, aparentemente indeciso. Cuando hace una llamada, supongo que llama al nueve, uno, uno. Más tarde, me coge en brazos y me lleva dentro. Ojeo los vídeos de seguridad a medida que la situación evoluciona, siguiendo la acción de cámara en cámara. Lo veo tumbándome en la cama del cuarto de invitados, cuidándome. Lloro en silencio mientras miro, con la mano sobre la boca y las lágrimas brotando de mis ojos hasta que todo se vuelve borroso.

Entregan el mobiliario del hospital, lo instalan y luego la gente se va. Tengo ganas de gritarles: «¡Parad! Haced preguntas, no os vayáis así».

«Nunca estuve en el hospital».

En la pantalla, me limpia la herida, la sutura, me cierra los ojos, y me venda la cabeza. Me veo allí tumbada y recuerdo lo atemorizada que estaba, lo oscuro que estaba y lo frío, aterrador y surrealista que era todo.

Cambio la velocidad de visualización a x10 y sigo mirando. Veo entrar a Isabella y cómo hace su trabajo. Aprieto los ojos cuando realiza ciertas tareas, incapaz de soportar verme tan vulnerable.

No me doy cuenta de que estoy murmurando: «No, no, no…», hasta que siento la mano de Jasmine apretarme el hombro.

—Quizá no deberías ver esto —dice amablemente.

Pongo mi mano sobre la suya.

—Tengo que hacerlo. —Y sigo mirando y recordando al mismo

tiempo lo que sentí, los pensamientos que me atormentaban, las preguntas que tenía, la desesperación.

La segunda noche de la grabación, después de que Jasmine me alimente y cambie las bolsas de suero, deja las luces encendidas cuando se va. No pasa nada durante un rato, pero entonces, sobre la una de la madrugada, Adrian entra en el dormitorio.

Lo primero que hace es ajustar las luces del techo a la configuración más brillante.

Comprueba algunas cosas, mira el monitor, escucha mi corazón; desenvuelve el vendaje de la cabeza e inspecciona la herida; luego me quita las sábanas y el camisón. Jadeo y miro incrédula cómo me peina y me lava cada centímetro del cuerpo con un trapo. Entonces empieza a hablarme. Veo que mueve los labios, pero no sé lo que dice, solo que se acerca a mi oído cuando lo dice. Me besa en los labios despacio, con suavidad, mientras yo me encojo y quiero gritar al verlo.

—Cielo, ya basta —dice Jasmine. Está de pie junto a mi silla, se agacha y su mano se cierne sobre el ratón para pulsar «Stop»—. No necesitas ver esto. Ya no importa. Se acabó.

Tiene razón.

Esas imágenes me perseguirán el resto de mi vida. No soñaba con ese círculo de luces brillantes; lo veía de noche, drogada y traumatizada, y no lo recordaba. Recuerdo escuchar su voz en mis sueños; mi piel se erizaba como si la tocara el viento en la orilla del lago. Ahora sé por qué.

Una vez de pie, estoy a punto de apagar el monitor, cuando se me ocurre otra cosa. Avanzo a la noche siguiente y veo lo mismo: luces brillantes sobre mi cuerpo desnudo y Adrian tocándome.

Tengo el estómago revuelto.

Despacio, entro en el dormitorio principal y enciendo las luces. Entonces miro al hombre que yace en la cama de hospital. Tiene cables conectados al pecho que conducen a un monitor cardiaco, que emite pitidos silenciosos. Una vía intravenosa cuelga de un soporte y el tubo se conecta a su vena con una aguja del calibre dieciocho. Una ampolla gastada de Versed y otra de rocuronio están abandonadas en

la bandeja, junto a la jeringuilla utilizada para añadirlos a la solución salina intravenosa.

Con una sonrisa ladeada, le quito la aguja del brazo. Entonces contemplo el rostro del hombre al que amaba y me pregunto una y otra vez cómo no vi quién era en realidad.

Sus apuestos rasgos están relajados en un sueño profundo, pero pronto empiezan a contorsionarse cuando el miedo ahuyenta la serenidad de su letargo.

Entonces se despierta.

—¿Emma? —Oír mi nombre en sus labios me hace querer gritar—. Emma, no puedo moverme. Cariño, por favor, deja que me vaya. Ya me perdonaste una vez, ¿te acuerdas?

Se me revuelve el estómago. Combato las náuseas con profundas y agudas bocanadas de aire.

—Sí, lo recuerdo, a pesar de tu empeño en que no lo hiciera. Me creí todas tus mentiras, hasta el final. No vi que eres un asesino.

—Emma, por favor…

—Tienes dos opciones —digo con frialdad—: Quedarte aquí, paralizado en esta cama de hospital, a mi merced todo el tiempo que quiera, o ir a la cárcel para el resto de tu vida. Tú eliges y, a cambio, yo obtendré respuestas a todas mis preguntas.

—Por favor, no llames a la policía. Me encerrarán. Prefiero estar contigo el resto de mi vida. Sé que algún día me perdonarás.

«Ni de coña».

—¿Por qué yo? —pregunto. No contesta, solo me mira con los ojos entrecerrados—. De todas las mujeres que hay, ¿por qué tuve que ser yo?

Una sonrisa aletea en sus labios.

—En cuanto te vi, supe cuánto me necesitabas. Parecías muy perdida, tímida y nerviosa, y nada preparada para enfrentarte a este mundo. Sabía que yo podría cuidar de ti y hacerte feliz.

—El curare con el que me envenenaste, ¿cómo me lo dabas? —Tengo que saberlo. Cuando me fui a Wyoming, la mejora de mi salud había sido inmediata; pero después de que me dejase en Los Ángeles, no sucedió tan rápido. No mejoré hasta que me mudé al apartamento de Lisa.

Él aprieta los labios un momento. Lo fulmino con la mirada y le enseño el teléfono que tengo en la mano.

—Estaba en el salero. Te gusta la comida salada. Yo controlo mi consumo de sal.

No recuerdo qué hice con el salero que tenía en aquella casa de alquiler de Los Ángeles. Espero haberlo tirado con el resto de las cosas.

—¿Hubo alguna vez un doctor Winslow? ¿Me exploró alguna vez? —Él no responde de inmediato y a mí ya se me está acabando la paciencia—. ¿Lo hizo?

—No. —Hubo un instante de silencio—. Hay un neurólogo llamado Winslow, pero nunca ha oído hablar de ti.

Respiro profundamente para calmarme y contener la ira intensa.

—Todas las mentiras que contaste, tan sutiles, tan increíblemente reales… —susurro, más para mí que para él.

—Somos actores, cariño. Nos ganamos la vida mintiendo, y se nos da bien.

Su respuesta arrogante me exaspera.

—Fuiste muy audaz al suponer que te saldrías con la tuya. ¿Qué esperabas que iba a pasar?

—Nada, mi dulce Emma; solo quería salvarte para que volvieras a quererme.

Lo miro con lástima. En algún lugar dentro de ese hombre hay un alma fracturada, una personalidad atormentada, quizá por algún trauma del pasado del que nunca supe nada. Casi se lo pregunto, pero me doy cuenta de que en realidad no quiero saberlo.

Me invade una oleada de amargura y se lo suelto todo.

—No eres más que uno de esos locos que encierran a las chicas en los sótanos; la única diferencia es que tú usas ataduras químicas en lugar de cadenas y candados. Me pones enferma.

A lo lejos, oigo cómo se acercan las sirenas de la policía. El miedo ilumina sus ojos color avellana con matices de pánico.

—¿Emma? ¡Lo has prometido!

La sonrisa que florece en mis labios alcanza mis ojos.

—Ya no tiene la sartén por el mango, doctor Sokolowski.

Un par de horas después, casi han terminado, y les ha llevado su tiempo; yo estoy a punto de colapsar. Envuelta en una manta, tiemblo como una hoja movida por el viento feroz de la montaña. Es de día, pero ha amanecido hace poco y la luz es sombría.

En la parte trasera de una ambulancia, un paramédico atiende la herida que tiene Jasmine en la cabeza. Por fortuna, ha dicho que no es muy grave, pero que necesitará un TAC para descartar una conmoción cerebral. Ella se niega y dice que solo lo hará si presenta síntomas. Discuten un rato, pero se conocen bien, y la conversación es más una charla amistosa que una pelea.

Mientras tanto, veo cómo meten el cuerpo de Steve en la furgoneta del forense; la bolsa negra para cadáveres atada a la camilla es deprimente y escalofriante. He estado muy cerca de correr la misma suerte. Me arden los ojos. Quería a Steve… Una parte de mí aún lo llora, y lo ha hecho desde el día en que nos divorciamos. Siempre echaré de menos al Steve que conocía antes de que llegara ella; antes de Mikela.

Estoy a punto de entrar para intentar dormir un poco. Sin nada de drogas. Sola en mi casa. Luego podré hacerme un filete y tomarme una cerveza junto al brasero.

Jasmine se acerca desde la ambulancia y me da un abrazo.

—¿Vas a estar bien? —pregunta con una sonrisa alentadora. Asiento y le aprieto la mano: por fin es *mi* turno—. Si no, sabes que tienes amigos en el Baldwin*,* ¿vale? Estoy a una llamada de distancia.

Le doy un beso en la mejilla y veo cómo se pone al volante de su coche y se marcha. Luego me doy la vuelta y camino hacia la puerta.

—¿Señorita Duncan? —Un paramédico me mira con cara de preocupación—. Por lo que he oído, sufrió un traumatismo craneoencefálico, pero nunca le hicieron un TAC. Tenemos que llevarla al hospital.

Lo miro directamente a los ojos.

—Ni de coña.

CARTA DE LESLIE

Gracias de todo corazón por leer *El hospital*. Si te ha gustado y quieres estar al día de todas mis novedades, solo tienes que suscribirte en el siguiente enlace. Tu dirección de correo electrónico nunca será compartida, y puedes darte de baja en cualquier momento.

www.bookouture.com/leslie-wolfe

Cuando escribo un libro nuevo, pienso en ti, lector, en lo que te gustaría leer a continuación, en cómo te gustaría disfrutar de tu tiempo libre y en lo que más valoras de estar en compañía de los personajes que creo y de experimentar indirectamente los retos que les planteo. Por eso me encantaría saber tu opinión. ¿Te ha gustado *El hospital?* Tus comentarios son muy valiosos para mí, y te agradezco que me cuentes lo que piensas. Ponte en contacto conmigo directamente a través de uno de los canales que encontrarás a continuación. El correo electrónico funciona mejor: LW@WolfeNovels.com. Nunca compartiré tu dirección de correo electrónico con nadie, y te prometo que recibirás una respuesta de mi parte.

Si te ha gustado mi libro y si no es mucho pedir, tómate un momento y déjame una reseña. Puedes recomendar *El hospital* a otros lectores. Las reseñas y las recomendaciones personales ayudan a los lectores a descubrir nuevos títulos o autores por primera vez.

Gracias por tu apoyo, y espero seguir entreteniéndote con mi próxima historia. ¡Hasta pronto!

Leslie.

www.LeslieWolfe.com
facebook.com/wolfenovels
amazon.com/stores/author/BooKRIQZoG
bookbub.com/authors/leslie-wolfe

AGRADECIMIENTOS

Un agradecimiento especial y sincero al fantástico equipo editorial de Bookouture. Es un placer trabajar con vosotros; vuestro entusiasmo es contagioso y vuestra dedicación, inspiradora.

Muchas gracias a Ruth Tross, que siempre hace que el proceso de edición sea fluido y atractivo. Ha sido un apoyo increíble y una verdadera colaboradora en todos mis esfuerzos editoriales; siempre ha estado ahí para darme ese empujón creativo que tanto necesito. Estoy increíblemente agradecida por su ayuda.

Gracias también a Kim Nash y Noelle Holten por sus dedicados esfuerzos en la promoción del libro a través de diversos canales. Alba Proko merece un aplauso por su habilidad en la gestión de las versiones en audio de mis libros, asegurándose de que tengan una calidad superior. Estoy profundamente impresionada por el trabajo que hacéis todos.

También quiero agradecerle al equipo de *marketing* digital su diligente trabajo en cada lanzamiento de mis libros, elevando constantemente el listón. Todos hacéis un trabajo excepcional.

Mi más sincero agradecimiento a Richard King por su compromiso en presentar mis libros a nuevas audiencias y mercados; quizá, algún día, podamos llevarlos a la gran pantalla. Gracias de corazón por todo lo que haces y por tu gran interés en mi trabajo. Valoro mucho lo que haces.